

ANA ÁLVAREZ

EBRIAS
DE AMOR

I

UN VODKA PARA VERO
Y QUE LA AYUDE
EL DEL TERCERO



Selecta

Un vodka para Vero y que le ayude el del tercero

Ebrias de amor 1

Ana Álvarez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Presentación de la serie *Ebrias de amor*

Dicen las malas lenguas que cuando una mujer está despechada, desesperada, sola y es mayor de treinta y cinco años se vuelve loca, le da por la bebida, se tira a todo lo que se mueve y se olvida hasta de su propia madre... Vamos a comprobar si todo esto es verdad... o no.

Ebrias de amor es la historia de seis mujeres diferentes, atípicas y un poco locas que se reúnen los jueves para tomar una copa, o dos, o tres..., según se tercie, y hablar de sus amores, desamores, problemas, madres o vecinos.

No es un canto al alcohol, sino a la amistad. ¡Te invitamos a conocernos en el grupo JB o de los *Jueves Borrosos*!

«Preparaos para una sesión de carcajadas, Ebrias de amor es el resultado del ingenio de cinco autoras de gran calidad que han aunado sus esfuerzos, su ilusión y su sentido del humor para regalarnos seis novelas donde la amistad, el alcohol y el amor nos sirven un cóctel inolvidable; un proyecto posible gracias a horas de dedicación, risas... ¡y algún que otro chupito!».

Ruth M. Lerga

Para Iria Álvarez

Con mi más profundo agradecimiento por todo cuanto ha hecho por Selecta; por su amabilidad, cercanía, y también por su ayuda y confianza en mi trabajo. Puesto que esta serie es su último proyecto con Selecta, esta dedicatoria solo puede ser para ella

Prólogo

Me llamo Verónica Ramírez y esta noche de Halloween, mientras todos se divierten a mi alrededor, yo me he sentado en un parque abatida y sola. Y sin un euro. Hace una noche espléndida, la gente se ha echado a la calle, por lo que pocas pizzas he tenido que repartir. A pesar del ridículo disfraz de bruja que mi jefa me ha obligado a ponerme, nadie me ha dado una mísera propina. Son las once y no tengo con quién ir de fiesta, de modo que después de terminar el reparto me he sentado en un banco a mirar cómo se divierten los demás. He tenido un día nefasto y no me apetece ir a casa.

Aquella mañana fui, por enésima vez en mi vida, a una entrevista de trabajo y, como todas las demás, sin ningún resultado. Porque desde hace años tengo un problema con los hombres. Cuando debo hablar con alguno, a los pocos minutos lo veo sin ropa. Sin ninguna ropa. Entonces mi lengua se traba, tartamudeo, sudo, y parezco la mayor gilipollas del mundo.

En esta ocasión había hecho una de las peores entrevistas de trabajo de mi vida y os aseguro que he hecho muchas y malas. Desde el primer momento imaginé en pelotas a aquel señor que, no sé muy bien por qué, mi mente decidió ver como una bolita redonda cubierta de pelo espeso desde el cuello a los talones. Eso me hizo tartamudear más de la cuenta. Mi posible jefe, aunque ya tenía claro desde el primer momento que no iba a serlo, me preguntó algo sobre qué programas informáticos dominaba y yo solo podía pensar en sus pelotas velludas. Y en si también tendría pelo entre los dedos de los pies. Respondí con el nombre de una crema depilatoria, los nervios me hicieron cometer un lapsus por la asociación de ideas. Lo arreglé añadiendo: «Señor Yeti, puedo aprender cualquier programa con rapidez». Incapaz de soportar el bochorno de mi nueva metedura de pata, me levanté disculpándome lo mejor que pude, para salir corriendo a continuación como alma que lleva el diablo.

Por eso sobrevivo a duras penas repartiendo pizzas a domicilio los fines de semana, cuidando niños cuando surge la ocasión y probando juguetes eróticos para una conocida marca de venta *online*. ¿Que cómo llegué a eso? Muy fácil. A pesar de que mi contacto carnal con hombres es nulo, soy apasionada y me gusta el sexo. Empecé a usar consoladores y otros artilugios semejantes a los veinticinco años, cuando me vine a Madrid buscando el empleo de mi vida. Después solía dejar un comentario en la web y al parecer eran tan detallados que me contactaron para ofrecerme probar sus nuevos aparatos antes de ponerlos a la venta, a cambio de una cantidad de dinero

bastante aceptable.

Conseguí matar dos pájaros de un tiro: ganar un sobresueldo y que los juguetes me salieran gratis. En consecuencia, no hay cacharrito que haya salido al mercado en el último año que no haya pasado por mis manos... ejem... y otras partes.

Esa es mi desastrosa vida, la que me ha llevado esta noche de Halloween a sentarme en un banco, más sola que la una. De pronto unas voces alteradas a mi alrededor me sacaron de mis negros pensamientos. Alcé la mirada y vi a tres señoras disfrazadas en el interior de un comercio chino, de esos en los que venden de todo, desde pilas para la linterna hasta alcohol de diversa graduación. Una vestida de angelito, con sus alitas y todo desplegadas en la espalda, un traje más apropiado para Navidad que para la noche más terrorífica del año. Otra de Annabelle, con el vestido blanco arrugado y cubierto de maquillaje y algo que parecía... ¿vómito? Una tercera llevaba un minidisfraz ajustadísimo de bombera sexi. Parecía que más que apagar fuegos, los quisiera encender.

Las tres discutían justo en la puerta de salida del comercio, agarradas a una botella de algo que tenía una etiqueta con un dragón. El dueño del comercio, un chino de mediana edad, trataba de poner paz entre ellas.

—Vodka Ming siete euros. Última botella —dijo a las tres mujeres que forcejeaban agarrando la bebida.

—Yo la vi primero —gritó Annabelle con voz estridente y un poco histérica mientras sujetaba el gollete con una mano y con la otra balanceaba una bolsa de esas reutilizables que se compran en los supermercados por cincuenta céntimos y cuyo contenido no llegaba a vislumbrar.

—Yo la necesito más —respondió el angelito.

—Chino Juan es mi amigo y mi vecino. El vodka es para mí. —La bombera incendiaria tiró de la botella con el consiguiente riesgo de que acabara en el suelo. El angelito se tambaleó para no soltarla y enganchó una de las alas en una estantería llena de cacerolas, que cayeron con un ruido metálico.

—Suficiente para tres. No pelea. Bolsa plástico cinco céntimos —afirmó el dependiente mostrando una bolsa blanca y anodina con la esperanza de que se fueran antes de que le destrozaran la tienda—. ¿Quiere bolsa?

Las mujeres se miraron.

—¿Y si la compartimos? Yo necesito un trago con urgencia y no hay nada más abierto —dijo Annabelle

—Vale.

—O sea, ¿pensáis que yo voy a beber de la misma botella que unas desconocidas? —Angelito puso cara de asco—. Ni muerta.

—Chino Juan tiene vasos de chupito desechables —respondió la bombera—. ¿Verdad?

—Chino Juan tiene todo. Bolsa de seis, un euro.

—De acuerdo, tráelos.

—Todo ocho euros cinco céntimos. Dos setenta por señora.

—Yo no traigo dinero —se excusó la bombera alzando las manos—. ¿Dónde quieres que lo guarde? Te pago mi parte mañana, que hay confianza.

En efecto, una simple moneda se notaría bajo el vestido.

—Yo tampoco llevo efectivo. ¿La Visa oro vale?

—Yo sí tengo —exclamó Annabelle sacando un monedero de un bolsillo escondido en el lateral de la falda.

—Vodka para señora que paga —sentenció el chino Juan impertérrito.

Las voces se alzaron de nuevo y mantuvieron mi atención. La bombera golpeó con el trasero unas alfombras que también rodaron de la estantería. Aquello era mucho más divertido que el truco o trato. Tres manos tirando de una botella a punto de estrellarse contra el suelo. El dependiente oriental, con filosofía, sujetando la bolsa de plástico y yo tratando de no reírme. A mi lado en el banco se sentó una chica disfrazada de unicornio y se sumó al espectáculo.

—¿Quién crees que ganará? —me preguntó.

—El chino, que cobrará su botella, aunque esté rota.

Annabelle tendió un billete de diez euros y agarró la bebida.

—La compartiré con vosotras. Esta noche necesito hablar con alguien y si es desconocida y está borracha, mucho mejor.

Salieron a la plaza y se sentaron en un banco frente al mío, que ahora compartía con un unicornio. Ambas seguimos atentamente la conversación de las tres mujeres, que abrieron la botella y llenaron los pequeños vasos de plástico hasta el borde.

—¡Ufff! Esto debe tener dos grados menos que el aguarrás —dijo el angelito con una mueca, olfateando el líquido incoloro. Pero tragó.

—No seas exquisita, es alcohol y, al menos yo, lo necesito. —Annabelle se bebió medio vaso de golpe. A juzgar por la mueca, debió quemarse hasta el hígado.

—Por muy malo que sea lo que te ocurre no será peor que lo mío —dijo la bombera.

—Yo os gano, seguro —afirmó el angelito terminando de un trago el contenido de su vaso—. Estaba en la fiesta de Halloween del coro...

—¿Un coro? —preguntó la bombera con una mueca—. ¿De esos que hacen gorgoritos?

—Uno de la parroquia, de canto gregoriano, en el que participo desde hace años. Y me ha llamado mi madre. Me lo estaba pasando genial, con los chicos y eso, cantando el Ave María.

—¿El Ave María en la noche de los muertos?

—El Miserere me da como grima. Suena a... difunto.

—Y te llamó tu mami para decirte que se había muerto —insinuó Annabelle.

—¡Ojalá! Solo me dijo que se había roto un tobillo.

—¿Los muertos hablan por teléfono, zumbada? ¿Cuántas copas llevas ya, *tronca*?

—Solo unos vasitos de anís del mono. Sí, es lo que suelo beber, *guapi*, ¿qué pasa?

—Nada, aquí cada una que beba lo que quiera.

—Mi madre me llamaría desde la tumba para fastidiarme —afirmó el angelito.

—Yuyu, yuyu... Acordaos de qué noche es hoy —replicó Annabelle tocando la madera del banco con la punta de los dedos.

La parricida frustrada se tragó un segundo lingotazo, esta vez con menos repugnancia. Era vodka, mi bebida favorita, y aquella noche hubiera dado algo por tomar una copa y compartir con alguien mi fracaso. Como estaban haciendo aquellas desconocidas.

—Pues eso, que estaba tan a gusto y me tuve que ir, cortándome todo el rollo. ¿Y sabéis qué hice?

—Llevar a tu madre a Urgencias.

—No, porque sabía que era mentira. No tenía voz de tobillo roto.

—¿Te cambia la voz cuando te rompes un hueso? ¡Qué chuli! —exclamó Annabelle.

—Nooo. Pero no parecía dolorida ni nada. Más bien como encantada de fastidiarme la diversión. Lo hace siempre. Y me dije que era hora de dejarle claro que no soy su niñera. Que, si le pasa algo, llame a la señora que le arregla la casa y la cuida cuando lo necesita. Me di media vuelta, y me puse a buscar algo de beber, porque a pesar de mi firme decisión me sentía muy culpable. Pero ya no había ninguna licorería abierta, y buscando, buscando, me alejé del barrio y encontré ese chino.

—Lo tuyo es de risa, tía. A mí me acaban de despedir —dijo la bombera—. Yo trabajaba en el Carrefour y mi novio, el Jhonny, me convenció para quitarle las etiquetas a las botellas. Dijo que así no las podían vender, y tenía razón. Yo le hice caso y con eso de las cámaras de seguridad me pillaron, porque además me las llevaba a casa para que se las bebiera él. Bueno, yo también me daba algún que otro lingotazo.

—Eso es robar —sentenció el angelito.

—¡No se podían vender! El caso es que me han despedido y el Jhonny se ha enfadado mucho porque dice que de qué vamos a comer ahora, y a beber. Y a mí se me ha subido la mala leche y lo he echado de casa, que para eso la pago yo. O la pagaba, porque ahora no tengo curro, me van a echar del piso y acabaré debajo de un puente. Necesitaba esa botella más que tú.

—¡Debajo de los puentes hace frío! Hay mucha humedad.

—¡No te jode con la pija! En algún sitio tendré que vivir, y sin curro y sin dinero, ya me dirás.

—No... lo mío es peor —exclamó Annabelle restregándose los ojos y añadiendo un nuevo churrete al vestido—. Soy agente inmobiliaria y hace meses que no vendo un piso. Hoy he ido a un casting de esos de talentos musicales y me han echado sin ningún miramiento.

—¿A venderles un piso?

—No, a cantar. Veréis, a mí me chifla cantar, y no lo hago mal. Sé que para profesional, profesional... quizás me falta un pelín de preparación, pero no me han dado la oportunidad. Se han enfadado conmigo y me han dicho cosas terribles. Y luego, Jorge estaba en la fiesta del *coworking* y no me ha hecho ni caso. Por eso la botella debía ser para mí.

Yo alucinaba de ver a esas tres mujeres que no se conocían de nada contarse sus historias y me

pregunté qué dirían si conocieran la mía.

De pronto el angelito reparó en el unicornio y en mí, que no perdíamos palabra de su conversación.

—Vosotras que lo habéis escuchado todo, ¿quién gana? ¿Cuál necesita más la botella?

No sé de dónde me salió la frase, quizás de saber que ellas estaban ya bastante achispadas porque, aunque solo llevaban un par de chupitos cada una, el licor debía tener graduación para tumbar a un elefante. Y yo necesitaba una copa.

—Gano yo —exclamé apartando mi timidez.

—¿Tú? ¿Qué te ocurre?

Me encogí de hombros y susurré:

—En ocasiones veo...

—¿Muertos? —preguntaron al unísono.

—Tíos en pelotas.

—¡Eso es guay, tía! ¡Molaaa!

—No tanto cuando te están haciendo una entrevista de trabajo y nunca consigues superarla porque ves las bolas peludas del tío que será tu jefe y... no dices más que estupideces como confundir programas informáticos con cremas depilatorias.

Annabelle, que seguía dueña y señora de la botella, la alzó.

—Creo que te mereces un traguí... ¿Quiéeres? —arrastraba ya las sílabas a consecuencia del alcohol ingerido.

—Me vendría bien, gracias.

El angelito miró al unicornio sentado junto a mí.

—¿Tú también tienes una historia que merezca un chupito? Aún quedan tres vasos limpios y casi media botella.

—He dejado a mi novio en Villapene y me he largado con su moto.

—¡Villapene! ¡Guaaauuu! —exclamó la bombera eufórica—. ¿Había muchos?

—Solo el suyo porque es temporada baja. Pero me ha mandado a la mierda después de doce años. Yo esperaba una propuesta de matrimonio y me ha dicho de darnos un tiempo. ¿Quizás otros doce años más?

—O sea, que te ha dejado.

—No, lo he dejado yo... sin la moto. Me la he traído desde Lugo y la he aparcado por ahí a ver si se la roban —señaló con la mano una zona detrás de la plaza.

—Como la vea el Jhonny, seguro. Tiene controladas todas las del barrio y las que no conoce... ¡zas, al desguace!

El angelito cogió dos vasitos de plástico de la bolsa y los tendió para que Annabelle los llenara. El unicornio y yo nos acercamos y las cinco nos apretujamos en el banco.

—¿Queréis que os cante un poquito para que comprobéis la injusticia que han hecho hoy conmigo? Porfiii... —suplicó Annabelle.

—No sé... —Angelito no parecía muy convencida.

—Claro que sí, *tronca*. Seguro que lo haces genial —aceptó la bombera viendo la cara de ilusión de la propietaria de la botella.

Annabelle se arrancó nada menos que por Rocío Jurado que, aunque no era mi estilo de música, debía reconocer que pocas voces podían competir con la suya.

—«Se nos rompió el amor, de tanto usarlo...» —empezó con toda la potencia de sus pulmones.

Todas nos encogimos ante sus notas desafinadas, comprendiendo el rechazo que había sufrido, pero dispuestas a animarla por encima de todo.

—Como bien dices, en plan profesional no te veo —dijo el unicornio—, pero no lo haces mal.

—¿Verdad que no?

—Claro que no. Ese jurado no sabe lo que dice —animé a mi vez.

—Gracias, chicas... sois *tupendis*. Os habéis merecido que comparta con vosotras mi tesoro.

—¿Tienes un tesoro?

Ella abrió la bolsa misteriosa y sacó un *tupper*.

—Son las croquetas de mejillones de la Paqui. La Paqui es mi madre, y como yo canto mejor que cocino me trae a veces comida casera.

—¿He oído croquetas? —preguntó la hija de ideas asesinas con los ojos muy abiertos.

—Y empanada. Y pollo en salsa.

Abrió los *tuppers* y nos ofreció.

—¿No hay tenedores? —preguntó angelito con una mueca al ver el pollo que, aunque frío, desprendía un olor delicioso.

—¡No seas pija, *tronca*! Los mejores tenedores son las pinzas.

Y para dar ejemplo, la bombera metió la mano en el *tupper* y se comió un trozo de pechuga. No nos hizo falta más, todas nos abalanzamos sobre la comida. Era tarde y los estómagos rugían de hambre. Incluso el escrupuloso ángel de la guarda, eso sí, agarrando los trozos con la punta de los dedos y la nariz fruncida, dio buena cuenta del pollo. Al que siguieron la empanada cortada a pellizcos y las deliciosas croquetas de la Paqui.

Terminamos la botella entre risas y todas, achispadas, acabamos riéndonos de nuestras desgracias y problemas. Seguimos charlando hasta la madrugada y al despedirnos nos dimos cuenta de que ni siquiera sabíamos nuestros nombres. Lo que sí teníamos claro era que queríamos volver a vernos y repetir la experiencia. Puesto que era jueves, decidimos reunirnos de nuevo el jueves siguiente, porque era el día ideal. No tendríamos que lidiar con los adolescentes del fin de semana ni pelear a codazos por una mesa en algún bar abarrotado. El angelito sacó un móvil de ultimísima generación dispuesta a crear un grupo de WhatsApp.

—Yo me llamo María Jesús, pero si alguien me llama así, la saco del grupo. En el coro me llaman Chus.

—Yo soy Tere —comentó la bombera.

—¿Tere? ¡Con el nombre tan bonito que tienes! Si no te importa, yo te llamaré Teresa.

—¡Vale, tía! Como quieras.

—Yo soy Ana Isabel pero así solo me llaman en el trabajo... y Jorge, claro. Porque él forma parte mi mundo laboral. Pero como me pirra una buena copa de anís del mono, me gusta que me llamen Anisi.

—Sííí, me encaaanta. ¡Anisi! Molaaa.

Me miró en un mudo gesto con el móvil en la mano para incluirme en el grupo.

—Vero, de Verónica —expliqué como si no fuera obvio.

Y finalmente preguntó al unicornio

—¿Y tú?

—Romi.

—¿Romi? ¿Cómo los armarios de los cuartos de baño?

—En realidad Romina, y tiene una historia detrás que os contaré en la próxima reunión.

—¿Y qué nombre le ponemos al grupo? ¿Las chicas de los jueves? ¿Jueves con amigas?

Annabelle hizo un gesto con la mano.

—Como quieras, me da igual. Yo ya lo veo todo borroso.

—¡Eso! Genial, *tronca*. Jueves borrosos.

Chus tecleó las siglas JB. Muy apropiadas. Y así quedó establecido el grupo, formado por las amigas más variopintas y locas del mundo.

Capítulo 1

Abril 2019

Había sido un jueves especialmente borroso. Nos pusimos a hablar sin ton ni son, como casi siempre, y cuando quise darme cuenta me había bebido ya el tercer vodka. Puesto que comí poco y temprano, los efectos eran bastante acusados cuando comencé a subir la empinada escalera de mi casa. Los escalones se movían con un vaivén acompasado, casi poético, o quizás quien me sentía poética era yo. Me agarraba con las dos manos a la barandilla y ascendía con calma, peldaño a peldaño.

Rozaba la una de la madrugada y me sobresalté al escuchar pasos a mi espalda. Pasos que subían deprisa y con agilidad. Imaginé lo primero que se le pasa a una mujer que vuelve sola y con unas copas de más de noche. ¡Un violador! ¿Me habían seguido desde el Cabify? ¿No habría cerrado bien el portal? Al ritmo que escuchaba los pasos no me daba tiempo a llegar a mi piso y resguardarme en él. Agarré el bolso con ambas manos dispuesta a vender cara mi integridad. Puse mi mejor cara de asesina, apretando la boca, abriendo mucho los ojos y, con el bolso levantado sobre mi cabeza para que el golpe fuera más contundente, lo esperé.

Sin embargo, me quedé paralizada cuando el asaltante apareció en mi campo de visión. Un hombre que rondaría los treinta y tantos, de pelo castaño claro, alto, delgado, con una barba de pocos días y los ojos más verdes que había visto nunca.

—Buenas noches —saludó sin hacer el menor gesto para agredirme.

Yo seguía con el bolso alzado sobre mi cabeza, sintiendo que la escalera giraba a mi alrededor, y también el efecto que los hombres despertaban en mí.

—Mírale a los ojos, a los ojos... —me dije cuando pasó por mi lado, en dirección al piso de arriba. ¿Iba a mi casa? Porque en el tercero no vivía nadie. Yo continuaba quieta, mirándolo como una idiota. Al ver mi inmovilidad se volvió desde un par de escalones por encima.

—¿Estás bien? ¿Te ocurre algo? —preguntó con una voz suave y agradable.

Era incapaz de responderle que temía que me atacase, de nuevo la presencia de un hombre, ¡y qué hombre!, me bloqueó. Mi imaginación se disparó y solo pude tartamudear para averiguar qué hacía en mi escalera.

—¿Dónde vas? —«Mírale a los ojos, a los ojos», me repetía la escasa lucidez que el vodka me dejaba.

—A mi casa —aclaró con una sonrisa divertida—. ¿Y tú?

—También.

—Pues no puedo ofrecerte gran cosa, acabo de mudarme.

—Yo no. —Tuve que cerrar los ojos para conjurar las imágenes lascivas que acudían a mi mente. ¡Este hombre no era una bolita velluda sino todo un Apolo!

Me di cuenta de que seguía con el bolso en alto y lo bajé de golpe. El movimiento brusco hizo que la escalera se balancease de nuevo y me agarré con fuerza al pasamanos, pero trastabillé. A través de un ojo apenas entreabierto para no mirar donde no debía, vi los escalones muy cerca de mi cara. Antes de que pudiera besar del todo el suelo unas manos fuertes me sujetaron por los brazos y me alzaron. El cuerpo del misterioso desconocido estaba a escasos centímetros de mí cuando abrí los ojos. Y volví a cerrarlos con fuerza para no ver... nada.

—¿De verdad estás bien? —preguntó solícito.

Asentí con los párpados fuertemente apretados.

—¿Dónde vas exactamente? Porque estoy seguro de que a mi casa no.

—Vivo en el segundo —musité.

—Solo falta un tramo de escalera, pero si no abres los ojos, no llegarás de una pieza.

Hice un esfuerzo y los abrí. Me esforcé en no fijar demasiado la vista en él y comencé a subir los escalones despacio y erguida, tratando de mantener un poco de dignidad. Entonces me soltó y continuó su camino. No pude evitar que mi imaginación se desbordara contemplando ese trasero que subía delante de mí, cubierto por un pantalón azul pero desnudo en mi imaginación.

Llegué a mi piso después de que él entrara en el suyo. Escuché la puerta cerrarse mientras yo intentaba buscar las esquivas llaves en el fondo de mi bolso. Al fin, me sentí a salvo entre las paredes de mi casa. Me quité los zapatos de una patada y colgué mi arma mortífera en el perchero, no sin antes sacar el móvil. Era tarde, pero las chicas no habrían llegado a su casa aún, y yo tenía que contarles lo que me acababa de ocurrir, por si había sido una alucinación y mañana no me acordaba. Por si mi sexi vecino era solo fruto de los vapores del vodka.

YO: Chicas, acabo de tener una visión apocalíptica en la escalera.

TERE: ¿Qué tipo de visión?

Y: Pensaba que venía a violarme, pero solo me ha dado las buenas noches.

ANISI: ¿Quién venía a violarte? ¿Qué has visto?

Y: El macizo de la escalera. Pero no lo ha hecho. Me ha levantado y se ha ido.

CHUS: ¿Te ha levantado de dónde?

Y: Me iba caer, la escalera se movía y además yo tenía los ojos cerrados.

T: ¿Has subido la escalera con los ojos cerrados? Estás como una puta cabra, tía. *Pa haberte matao.*

Y: Para no verlo.

CH: O sea, que te has encontrado a un hombre por la escalera, has cerrado los ojos para no verlo, te has caído y él te ha levantado. ¿Es eso?

Y: Más o menos. También quería darle con el bolso.

T: ¿Antes o después de cerrar los ojos?

Y: Creo que antes. O después. No lo sé.

A: Vamos a ver. ¿A quién se supone que te has encontrado, *guapi*?

Y: Al vecino de arriba... pero arriba no vive nadie.

CH: Mira, bonita, estás muy mal. Todo eso es fruto de la embriaguez que llevas encima y de la necesidad urgente que tienes, ¡URGENTE!, de echar un *kiki* de verdad.

T: El próximo jueves te arreglo una cita, aunque sea con el Jhonny, que eso de ver tíos en pelotas por todos lados no es buen síntoma.

Y: ¿Entonces creéis que todo ha sido fruto de mi imaginación?

A: ¿Tienes vecinos arriba?

Y: No.

A: Pues eso.

T: Eso.

CH: Es el vodka, cielo, y tu necesidad.

Y: Ya lo decía yo, que tener un vecino tan macizo era demasiado bonito para ser verdad.

A: Anda, duerme la mona que es lo que te hace falta.

T: Y búscate un tronco para follar, que tanto plástico te va a dar urticaria más tarde o más temprano.

ROMI: Acabo de ver los mensajes. ¿Qué me he perdido?

CH: Nada importante. Los vapores etílicos de Véro, que le hacen ver visiones.

R: ¿Más tíos en pelotas?

A: Ajá.

Apagué el móvil y traté de recordar lo ocurrido en la escalera, pero todo estaba borroso, muy borroso en mi cabeza. Me desmaquillé y me metí en la cama con la imagen de unos ojos verdes en mi mente. Quizás mis amigas tuvieran razón y esa manía de imaginar desnudo a todo hombre con el que debía mantener una conversación fuera fruto de mi subconsciente, que reclamaba tener sexo con alguien real. Nunca había tocado un pene de carne, que reaccionara a mi contacto, ni había visto los ojos de un hombre iluminarse de placer con mis caricias.

Mi mente volvió a recordar al desconocido de la escalera, ese que no podía ser real. Y puesto que las chicas del JB debían estar en lo cierto y tratarse de los efectos del vodka, no había peligro en fantasear con él ya que no iba a encontrármelo nunca más en el rellano. Mientras me dormía, rememoré su rostro, sus increíbles ojos verdes, y permití que mi imaginación bajase hasta el pecho cubierto de suave vello castaño. Ni poco ni mucho, justo como me gustaba. Dejé que mis manos lo acariciaran, que mis dedos se impregnaran de su suavidad, escuché los suaves jadeos que salían de su boca. Pensé levantarme y terminar la noche con uno de mis amantes de silicona, a los que tenía bautizados con nombres de varón, pero decidí que no. Que, aparte de que el vodka hacía cada vez más efecto y dudaba que pudiera llegar hasta el arcón donde los guardaba, aquella noche iba a ser para un hombre, aunque solo fuese producto del vodka: mi imaginario vecino del tercero.

Fantaseando con sus besos me dormí plácidamente.

Óscar se levantó de su mesa, dejando oscurecidos en la pantalla códigos y secuencias para dirigirse a la sala de descanso. Era habitual en él hacer una parada a media mañana y coincidir allí con su compañero y amigo Ismael para charlar unos minutos ante una taza de café. Se conocieron en la sala de espera antes de realizar la entrevista que los llevaría a los dos a cubrir puestos informáticos en AUTISA, una importante empresa del sector automovilístico. Ambos consiguieron el trabajo con una puntuación muy superior al resto de aspirantes, y cuando se volvieron a encontrar, firmando los respectivos contratos, se tomaron una copa para celebrarlo. Aquello había sido el inicio de una buena amistad, siete años atrás.

Ismael ya estaba sirviéndose de la cafetera común, había salido del departamento donde trabajaban unos minutos antes.

—¿Café? —preguntó nada más verlo.

—Sí, por favor. Pero hoy solo, sin leche. Necesito una buena dosis de cafeína.

—¡No irás a decirme que la copa de vino de anoche te ha pasado factura! —Habían cenado juntos y, puesto que tenía que conducir, fue muy moderado con la bebida.

—No fue el vino, sino un encuentro surrealista que tuve en la escalera. Apenas he pegado ojo.

—¿A qué llamas tú surrealista? Que nos conocemos y tienes una imaginación...

—Había una tía muy rara. Estaba parada en mitad de un tramo con un bolso sobre la cabeza.

—¿Como si fuera un sombrero?

—No, tenía los brazos en alto y lo sujetaba entre las manos. Y una cara muy rara, con los ojos muy abiertos y una mueca agresiva en la boca; parecía la niña de *El exorcista*. Por un momento pensé que iba a atacarme.

Era muy susceptible a temas paranormales y su amigo lo sabía.

—¿A atacarte por qué?

—¡Yo qué sé! ¡No me dirás que es normal estar parado en la escalera, de madrugada, con un bolso en alto!

—¡Tienes razón, muy normal no es! ¿Pasó algo más?

—Pues sí. Le di las buenas noches con mi mejor cara de inocente y al pasar por su lado, algo acojonado, tengo que confesarlo, cerró los ojos y empezó a subir los escalones.

—¿Con los ojos cerrados?

—Sí, y tropezó. Si no la sujeto, se parte la cara contra los peldaños.

—Era real, de carne y hueso. Si la tocaste...

—Claro que sí. El aliento le apestaba a alcohol a kilómetros.

—Estaba borracha. De lo más normal entonces.

—De eso no hay duda. Pero yo he estado borracho y nunca he hecho cosas tan extrañas. Vómito, me duermo, al día siguiente tengo resaca, pero nunca me ha dado por pararme en la escalera a esperar a los vecinos. Me dio un yuyu...

—¿Por qué?

—Cuando abría los ojos me miraba muy raro y los volvía a cerrar.

—¿Cómo de raro?

—No lo sé, no podría explicarlo. Como si yo fuera un bicho raro, un monstruo, un fantasma... Una visión terrorífica. Cuando la que estaba haciendo cosas extrañas era ella; yo solo subía a mi casa.

—Es posible que además de borracha estuviera drogada. Hay sustancias que provocan alucinaciones.

—Podría ser. Quizás cerraba los ojos para que no le viera las pupilas.

—Es una explicación.

—Pues no me hace gracia tener una vecina yonki.

—¿Es una vecina? A lo mejor se metió en el bloque para drogarse y tú la sorprendiste. Tenía la mercancía en el bolso e intentaba protegerla. Eso lo explicaría todo.

—Es una vecina, se quedó en el segundo. Justo debajo de mi piso. Si hubiera querido drogarse lo habría hecho en su casa.

—O no. ¿Sabes si vive con alguien?

—Ni idea. Recuerda que es mi primera noche allí. Ni siquiera he puesto aún mi nombre en el buzón.

—No te rayes, ya verás que no es preocupante. Y si no, estás de alquiler, te largas a otro sitio y punto.

—¿Como si fuera tan fácil encontrar un piso que pueda pagar yo solo! Estoy harto de compartir casa —dijo hastiado.

Ismael miró el reloj de la pared.

—Se acabó el descanso. Volvamos al trabajo, y por favor, mantenme al día sobre la niña de *El exorcista*.

—¡Menudo estreno del piso! Aunque, quizás el precio asequible se deba a que hay una loca en el bloque. ¡Maldita sea mi suerte!

Apuró la taza de café y se levantó dispuesto a continuar su tarea. Sabía que Ismael se lo tomaría a broma, pero él había sentido algo muy raro cuando aquella mujer lo miró. Borracha, drogada o lo que fuera, no le había gustado ni pizca.

Capítulo 2

Cuando sonó el despertador, con su timbre estridente, quise morirme. Un dolor lacerante taladraba mi cabeza y las náuseas agitaban mi estómago como si se tratase de un tiovivo. Me arrastré hasta la ducha, puse el agua bien caliente y me obligué a permanecer bajo los chorros hasta que me sentí un poco mejor. Luego, me envolví en la toalla y salí a preparar la cafetera.

Después de vestirme, me senté a tomar una taza de café con un analgésico y comencé mi rutina diaria. Abrí las páginas de búsqueda de empleo: Infojobs, Infoempleo, Laboris... Tenía cuenta en todas y las revisaba cada día con la esperanza de encontrar un trabajo de mi especialidad y acabar con la precariedad laboral que arrastraba desde hacía años. Pero para eso necesitaba que la entrevista me la hiciera una mujer, algo que nunca sucedía.

Tras comprobar que ninguna oferta me interesaba, y puesto que me sentía un poco mejor, decidí comprobar si el misterioso hombre de la escalera existía o era solo fruto de mi imaginación. Bajé al portal y me acerqué a los buzones. En efecto, y como imaginaba, el correspondiente al tercero seguía mostrando una cartulina blanca sin ningún nombre. Experimenté una mezcla de alivio y pena. Pena de que aquel estupendo ejemplar masculino no fuera real y alivio por lo mismo. Porque no sabía cómo comportarme si me lo tuviera que cruzar a menudo por la escalera. Tenía mi comportamiento de la noche anterior algo borroso, pero, tras revisar la conversación de WhatsApp con las chicas del JB, sospechaba que había sido muy patético y vergonzoso. ¿Qué hubiera pensado de mí de ser real?

Regresé al piso y anoté la lista de la compra. Debía llenar el frigorífico porque estaba casi vacío, era viernes y pasaría el fin de semana repartiendo pizzas a domicilio con un *scooter*. Otro de mis maravillosos trabajos a pesar de tener un título de Administración de Empresas y un curso de Secretariado de Dirección con las máximas calificaciones.

Tenía que superar mi problema con las entrevistas y con los hombres. Quizás mis amigas tuvieran razón y necesitara acostarme con alguien de carne y hueso, pero... ¿Cómo conseguirlo? Si mi cabeza dejara de imaginarlos desnudos podría relajarme y aceptar una copa. Si consiguiera no tartamudear y sudar, los posibles interesados no saldrían corriendo sin siquiera terminar la invitación. En ocasiones llegaba la primera a los locales donde nos reuníamos los jueves y, al verme sola, algún hombre se acercaba a charlar conmigo con intenciones bastante claras de ligar. En cinco minutos se había marchado al otro extremo del local. Y debo decir que no soy fea, tengo

un buen tipo, un precioso pelo rojizo, teñido por supuesto, y unas tetas más que aceptables. Lo suficiente para un polvo, ¿no? Pues no. Se largaban como si tuviera la lepra.

Cargada como si fuéramos a entrar en guerra regresé un par de horas después. Subí las escaleras resoplando hasta el segundo. Odiaba vivir en un bloque sin ascensor, pero era propiedad de una amiga de mi madre y, aparte de que me dejaba el alquiler a muy buen precio, no me exigió un contrato de trabajo para arrendármelo. Mis padres no sabían que no había logrado el empleo de mis sueños, ese que buscaba cuando me mudé a la capital, o me habrían obligado a regresar a Guadalajara. Pero yo no quería volver, ni a la ciudad ni a la supervisión paterna, de modo que logré sobrevivir en Madrid.

La dueña de la pizzería donde trabajaba era una mujer, por lo tanto, no tuve problema con la entrevista que solo consistió en preguntarme si sabía conducir una moto. Y con los clientes varones no pasaba más que unos segundos en las puertas de sus casas, de modo que lo tenía controlado. Casi nunca, salvo que se tratara de un Adonis, los imaginaba sin ropa. Tere decía que porque no los consideraba «follables».

Una vez en casa, preparé comida para varios días y luego me marché al trabajo. Era viernes y hacía frío, por lo que tendría que llevar muchos pedidos. Cuando el tiempo era malo, los clientes sentían lastima de la pobre repartidora que recorría Madrid mientras ellos permanecían calentitos en sus casas, y solían dejar propina, pero eso no compensaba las horas interminables de callejear con las pestañas congeladas por el aire gélido.

Volví a casa aterida y muy tarde. Subí las escaleras mirando por encima de mi hombro, esperando y temiendo escuchar pasos a mi espalda. Pero estaba claro que mi imaginación no iba a conjurar al hombre de la noche anterior.

Me dispuse a darme una ducha caliente mientras el microondas ponía a punto un cuenco de sopa. Al entrar en el cuarto de baño un sonido procedente del piso de arriba me paralizó. Parecían pasos, como si alguien caminase sobre mi techo con decisión.

Antes de desnudarme me asomé a la ventana, que, como casi todas las del piso, daba a un patio común y descubrí que del tercero salía una luz tenue que rompía la oscuridad. ¡No fue una alucinación mi encuentro en la escalera! Porque esa noche no había bebido más que agua. Vivía alguien arriba y, si mis vapores etílicos no me habían engañado, era un hombre joven que estaba como un queso. Solo había un problema y era mío... ¿Cómo iba a mirarlo cuando me lo cruzara? Ni a la cara ni a ningún otro sitio. Ya la noche anterior había «imaginado» más de la cuenta. Tampoco podía cerrar los ojos cada vez que lo viera, porque aparte de partirme la crisma, pensaría que estaba como una cabra, si no lo pensaba ya.

Me duché y tras cenar algo me decidí a afrontar un trabajo pendiente. Unos días atrás recibí la nueva versión de un vibrador que tenía en casa desde hacía tiempo. Manolo, lo había llamado. No era de mis favoritos puesto que la vibración era muy tenue, y la silicona con la que estaba fabricado, algo áspera. No me extrañaba que hubieran tratado de mejorarlo.

Me senté en la cama y abrí la caja. El nuevo juguete tenía un color rojizo, mientras que Manolo

era azul. Lo miré con atención tratando de ponerle un nombre adecuado. Ramón, sí, ese nombre le iría bien. Tenía empaque. A continuación, leí las instrucciones con cuidado, tratando de asimilar las diferencias entre ambos modelos. Ramón sumaba tres velocidades mientras que Manolo solo una, y la forma algo más anatómica, pero por lo demás eran bastante similares. Me quité la ropa interior y encendí la grabadora donde dejaba constancia de mis sensaciones para luego elaborar el informe. Para apreciar la diferencia tenía que probar los dos, de modo que clavé la mirada en el techo mientras agarraba a Manolo con mano firme y empezaba a fantasear con mi misterioso vecino para ponerme a tono.

A medida que el vibrador entraba en mi cuerpo comencé a jadear, soy muy expresiva en el sexo y me gusta hablar y gemir mientras lo hago. Eso y las grabaciones me ayudan a la hora de escribir mi opinión.

—Bien, Manolo —comencé a jadear—. Así se hace, machote. Más rápido, eres un poco lento. No llenas lo suficiente y eso lo tienes que compensar con fuerza y rapidez. Más... vamos, más... rápido, rápido... Ahhh... Ahhh, sí, sí, así... mejor.

A medida que imprimía rapidez a mi mano mis gemidos aumentaban de intensidad. Supongo que era la ventaja de hacerlo sola, no tenía que preocuparme de lo que pensara mi pareja si me oía gemir y gritar. En ocasiones me entusiasmaba mucho. Al final me corrí con un prolongado gemido que llenó la habitación. Quedé relajada contra la cama y, tras un periodo de descanso, antes de que me venciera el sueño, empuñé a Ramón. Tenía que probarlo a continuación para detectar las diferencias.

Aún estaba húmeda, de modo que volví a encender la grabadora, que había apagado tras el orgasmo, y procedí a la prueba.

—Ramón es más suave que Manolo —dije para que quedase constancia—, y se desliza mejor. O quizás es que yo estoy más mojada.

Una vez dentro, pulsé la primera velocidad de vibración y no noté ninguna diferencia con su predecesor. Sin embargo, cuando pasados unos minutos activé la segunda, la cosa empezó a cambiar. Y mis gemidos a subir de intensidad.

—Ramón, tú sí que eres la leche... ahhh... ahhh.

Alcé el trasero para introducirlo más profundamente, y sentí el orgasmo muy cerca. Apagué el modo vibración durante unos segundos y ralenticé los movimientos. Cuando me calmé un poco activé el tercer nivel de golpe y un orgasmo brutal me sacudió casi al instante. Solté el aparato y dejé que la vibración lo hiciera todo. Grité como una posesa aferrada a las sábanas y con los talones clavados en el colchón.

—Ay, Ramón... tú sí que vales... Manolo es una mierda comparado contigo. ¡Ahhh...! ¡Ahhhhhhhhhhhhhhhh!

Tuve que permanecer un buen rato tendida para recuperar las fuerzas. Después me levanté, y tras asearme y lavar los vibradores, regresé al dormitorio. Tendida en la cama puse las grabaciones para comprobar que se escuchaban. En ocasiones mis gemidos tapaban las palabras,

aunque las pronunciaba lo bastante fuertes para que se oyeran bien. Pero en esta ocasión el sonido estaba claro. No había duda, Ramón era muy superior a Manolo y así lo haría constar en el informe. Para comprobarlo volví a poner la grabación una tercera vez antes de dormirme. Después de oírla de nuevo, puse la calificación: Manolo 5, Ramón 8. Ya escribiría el informe por la mañana, no trabajaba hasta la una del mediodía y después de un día tan intenso necesitaba descansar.

Óscar había estado colocando cosas hasta muy tarde. Pretendía terminar de instalarse ese fin de semana, no le gustaba el desorden ni tener cajas por todos lados. Por fortuna, provenía de una casa compartida con otros dos compañeros y el espacio era reducido. No había acumulado demasiadas pertenencias en los años que llevaba fuera de casa. El grueso de sus cosas aún estaba en el trastero de la casa familiar que abandonó al emanciparse, cuando comenzó a trabajar. Poco a poco las iría trasladando, de momento tenía todo lo que necesitaba. Pero lo más importante era disponer de su espacio y del silencio que necesitaba para trabajar. Además de su empleo en la empresa de coches desarrollaba programas a la carta para quien lo contratase y eso lo hacía quedarse hasta tarde algunas noches. También era fabuloso no tener que llamar a las habitaciones de sus compañeros de piso buscando tenedores para comer por que hubieran olvidado devolverlos a la cocina, y fregarlos. Todo eso bien valía una vecina majareta y algún encuentro extraño en las escaleras.

Terminó de colocarlo todo y se tendió en el sofá, no demasiado cómodo, a disfrutar del placer de su nuevo piso. Se buscaría un sillón de relax en cuanto pudiera, porque ya sería solo suyo y nadie se lo disputaría. Puso la televisión bajita y se sirvió una copa de ron. El mundo era perfecto.

De pronto escuchó unos tenues ruidos procedentes del piso de abajo. La niña de *El exorcista* estaba en casa.

Aquella mañana había mirado los buzones y, al parecer, vivía sola. Verónica Ramírez. El primero estaba ocupado por una pareja, que aún no se había encontrado. Las persianas, desde la calle, se veían cerradas, como si no estuvieran en casa.

Pasado un rato los sonidos se hicieron más precisos e inconfundibles.

«Mi vecina tiene compañía», pensó divertido.

Alzó un poco más el volumen de la televisión, pero siempre le había molestado el retumbar de los altavoces y lo bajó de nuevo. Los suaves gemidos que le llegaban del piso inferior aumentaron, la chica se lo estaba pasando de escándalo y él comenzó a excitarse. Otra de las ventajas de vivir solo. Se bajó los pantalones de chándal y empezó a masturbarse, arrullado por los gemidos de su vecina.

Óscar se reunió con Ismael para almorzar. Juntos estaban desarrollando un programa para una clínica dental y con frecuencia se reunían los sábados a poner en común sus respectivos avances. Puesto que su ordenador aún no estaba del todo instalado, se vieron en casa de aquel.

—Menuda cara traes, macho —le dijo su amigo—. ¿Te has corrido una juerga para celebrar el piso nuevo?

—No del tipo que piensas —comentó alzando las cejas—, pero no he dormido apenas.

—Dime que no te has pasado la noche trabajando.

—Pues no sé yo qué decirte.

—¿Me lo vas a explicar o no?

—Dame algo de beber, anda, que lo que tengo que contarte es muy fuerte.

—¿Cerveza? ¿Vino? ¿Ron?

—Una cerveza me vale.

Ismael sacó un par de botellines del frigorífico, los abrió y le tendió uno.

Tras darle un largo trago, lo miró con diversión.

—Me he pasado la noche haciéndome pajas.

Su amigo estuvo a punto de atragantarse con el sorbo que tenía en la boca.

—¿Cuántos años tienes, Óscar?

—Treinta y ocho, lo sabes.

—Pues ya no tienes edad de eso. Ni necesidad. Si estás tan cachondo como para matarte a pajas, dale un telefonazo a María, la de contabilidad, y la tienes en tu cama en dos minutos. Ya sabes que te tira los tejos a muerte.

—No estoy necesitado de sexo. La culpa es de mi vecina del segundo que se lo ha montado con dos tíos esta noche. Y en estos pisos se escucha todo.

—¿La niña de *El exorcista*?

—Que yo sepa no hay otra. El buzón solo tiene un nombre.

—¿Y qué escuchabas?

—A ella, gritando como una loca. Nunca he oído a una mujer gozar de esa manera tan desenfadada. A sus acompañantes no se les escuchaba en absoluto, llegué a pensar que los debía tener amordazados, porque ni un gemido. Un tal Manolo solo ha pasado el aprobado raspando y la tía no se ha cortado un pelo en dejarlo a la altura del betún. Le decía que era una mierda comparado con el otro, Ramón. Y el capullo callado y follándosela. Si yo hubiera sido él, me habría pillado un trauma de por vida. Y por supuesto me habría largado a las primeras de cambio. No hubiera repetido ni muerto.

—¿Repitió?

—Dos veces más con ambos. Ya te he dicho que la juerga ha durado horas. Cada vez le recriminaba a uno y halagaba al otro. Incluso les ha puesto nota. Un cinco para el pobre Manolo y un ocho para Ramón. Y yo empalmado toda la noche. ¡Qué calentón! No recuerdo un maratón así desde que tenía catorce años. Si a alguno le da un diez alguna vez, a mí me mata.

—Joder... creo que necesito otra cerveza. ¿Repites? La cerveza, claro. Otras cosas ya sé que sí.

—Menos cachondeo, ¿quieres? Y sí, dame otra.

—Y ahora vamos a lo importante. ¿Está buena?

—¿La cerveza? Prefiero las de trigo.

—¡Tu vecina!

—La verdad es que no lo sé. Solo la vi el jueves en la escalera, y llevaba una chaqueta abrochada. En el resto no me fijé, salvo en que me miraba raro.

—La rara es ella, pero bueno, tú tranquilo.

—¿Tranquilo? Creo que me voy a comprar tapones para los oídos o peligra mi salud, si estas sesiones se repiten a menudo. Además, ¿qué voy a decirle cuando me la encuentre por la escalera? ¿Buenos días... mi favorito es Manolo?

—Es posible que le vaya el que lo insulten y lo menosprecien. Hay gustos para todo.

—Debe ser eso. Vamos a comer, que tenemos trabajo y yo no sé qué me voy a encontrar esta noche cuando llegue a casa. ¡Si solo deseaba una existencia tranquila cuando dejé el piso compartido! Y me he encontrado una especie de ninfómana loca justo en la planta de abajo.

—Alguna vez me invitarás a dormir en tu casa, ¿verdad? Aunque solo sea para echarle un vistazo.

—Si prometes que no vas a decir ni palabra de lo que te acabo de contar.

—Lo juro.

—Ahora vamos a comer y a trabajar, que hay mucho por hacer.

—De acuerdo.

Capítulo 3

Me desperté bien avanzada la mañana. Desde la cama y sin muchas ganas de levantarme escuché los leves pasos de alguien que caminaba descalzo o con zapatillas por el piso de arriba. También el sonido de la ducha, del anticuado termo de gas que hacía un ruido de mil demonios. Y mi imaginación se disparó.

Recordaba de forma muy vaga, más bien borrosa, las facciones del misterioso hombre de la escalera, ese que según el buzón no existía. Ese que mi oído, libre ya de los vapores etílicos del jueves noche, me decía que sí.

A continuación, y todavía acostada, oí los pasos más firmes por el techo, como si se hubiera calzado, en dirección a la puerta del piso y cómo esta se abría. Salté de la cama y me acerqué a toda prisa, tropezando con todo lo que encontré a mi alrededor, para observar por la mirilla. Primero fueron unos pies enfundados en mocasines negros, después unos pantalones grises y una cazadora azul lo que apareció en mi línea de visión, para terminar con un cabello castaño claro más largo de un corte clásico y una barba ligera y cuidada. No podía apreciar los ojos, que yo sabía de un verde intenso, pero sí la figura alta y delgada que bajaba los empinados escalones de mármol con agilidad.

Regresé al interior de mi casa casi sin respiración, enchufé la cafetera de filtro y la tostadora, y cogí el móvil. Abrí el chat JB y me dispuse a dar las nuevas noticias a mis amigas.

YO: Hola, chicas. Tengo noticias.

TERE: Has follado.

Y: No, pero mi vecino es real.

ROMI: Pues ve a por él.

ANISI: ¿Está tan bueno como decías?

Y: Por lo que se puede apreciar a través de la mirilla, sí.

A: Entonces haz caso a Romi y ve a por él, *guapi*.

CHUS: Nena, estoy a punto de entrar en el ensayo del coro. Haz una descripción somera y exhaustiva para que me haga una idea antes de apagar el móvil.

Y: Alto, delgado, viste bien, y por lo que puedo recordar de la otra noche tiene los ojos más verdes que un campo de fútbol.

T: No seas cursi. ¿Cómo tiene la polla? Seguro que ya te la has imaginado.

Y: Por Dios, Tere, no me preguntes esas cosas, que ya sabes...

CH: Dejemos a Dios fuera de esto, por favor.

T: Vete a lanzar gorgoritos, que nosotras tenemos que saber detalles. Luego te hacemos un resumen adecuado a tus castos oídos.

CH: No soy casta, al menos no los jueves. Solo no mezclo temas celestiales con terrenales, y hoy es sábado. Os dejo, no os desmadréis demasiado.

A: ¿Cómo se llama el susodicho?

Y: No lo sé. Solo lo he visto bajando la escalera, y... lo he escuchado ducharse.

R: Y has estado imaginando cosas.

Y: No. Bueno, un poco. ¡No tengo la culpa de que en estos pisos se escuche todo!

A: Es el destino, Vero. Te ha tocado un vecino *chupi*, porque lo es, ¿no?

Y: Mucho.

R: Pues eso, para que acabes con la sequía. Tienes que ir a por él.

Y: ¿Cómo? Os olvidáis de mi problema.

T: Te presentas en su casa, cuando abra le miras la polla, que, aunque esté tapada, tú ya te la estás imaginando, y le preguntas con aire picarón: ¿tienes un plátano para mí? Seguro que lo pilla. Eso si no le dices abiertamente: ¿quieres follar?, que sería ir a lo seguro.

Y: No puedo hacer eso. ¿Cómo podría mirarlo a la cara después?

T: Es que tú no los miras a la cara, tía.

A: No seas burra, Tere. Vero tiene que ir a su ritmo.

T: Pues como siga a su ritmo va a ser vegana sexual hasta los ochenta.

Y: No soy vegana sexual.

T: ¿Has catado carne?

Y: No.

T: Pues eso.

R: Ya le damos unas cuantas sugerencias el jueves. Tú tranquila, no te agobies.

Y: Os dejo que tengo que redactar un informe antes de ir a trabajar.

A: Hasta el jueves, que va a ser memorable. Las semanas deberían tener dos jueves, ¿verdad?

T: ¡O siete!

Me desconecté. Cuando el grupo se ponía a desvariar nos podíamos encontrar con doscientos mensajes y yo tenía que escribir el informe sobre Ramón. Si dejaba pasar más tiempo, debería probarlos de nuevo, y no me apetecía repetir tan pronto. Para mí no era sexo sino trabajo.

Mientras tecleaba en el ordenador me sorprendí poniendo atención por si escuchaba pasos en la escalera, pero me marché al trabajo sin que hubiera regresado. Eso de repartir pizzas era una mierda, estabas enredada todo el día por cuatro perras. Además, empezó a llover.

Llegué a casa empapada a media tarde para volver a salir en un par de horas. No obstante, me dio tiempo a enviar el informe, y recibí un correo comunicándome que en breve tendría un nuevo envío. Menos mal que pagaban bien.

La noche fue nefasta, la lluvia arreció y los felices comensales que no deseaban salir de sus casas aumentaron. Mientras conducía por el intenso tráfico madrileño bajo una cortina de agua helada, no dejaba de imaginar lo maravilloso que sería trabajar en un despacho con calefacción en invierno y aire acondicionado en verano en vez de patearme las calles cada fin de semana. Me prometí a mí misma que la próxima entrevista no la cagaría, que obtendría el empleo, aunque el

entrevistador fuese el mismísimo King Kong peludo. Aunque hubiera todo un tribunal de entrevistadores en pelotas o vestidos. Para conseguirlo solo tenía que recordar aquella horrible noche y el resfriado que sentía gestarse en mí.

Al fin no hubo más pedidos que repartir y me pude marchar a casa. Esperaba no tener encuentros, ni agradables ni desagradables, por la escalera. Al cruzar la zona de buzones me di cuenta de que el del tercero ya no estaba en blanco. Una tarjeta, escrita con una letra elegante que había visto en la lista de tipografías de Word, mostraba el nombre del inquilino: *Óscar de la Fuente*.

De modo que se llamaba Óscar. Un bonito nombre, pensé mientras subía hasta mi piso. No tenía ningún juguete que se llamara así, pero lo reservaría para algo especial. Nada de ponerle el nombre del vecino a un simple Manolo.

Movida por la curiosidad y a pesar de la lluvia, ya estaba empapada, daba igual un poco más, saqué la cabeza por la ventana para comprobar si había luz en el piso de arriba, pero todo estaba a oscuras y en silencio. Solo era la una de la madrugada de un sábado, por lo que deduje que no estaba en casa. Ningún tío bueno y joven pasa los sábados por la noche en su casa, salvo que esté acompañado.

Me di una ducha caliente, me puse un pijama abrigado y me acosté, no sin antes tomar un vaso de Cola Cao bien caliente —odio la leche sola—, con un chorrito de vodka y un paracetamol. No estaba especialmente bueno, al menos no tanto como el vodka con naranja de los jueves, pero era medicinal. Como decía mi abuela, el catarro con el jarro.

Amanecí mejor, tras una noche de sueño reparador. Desde la cama escuché los pasos de Óscar por el piso de arriba. Era una maravilla poder llamarlo por su nombre. Óscar... Óscar...

Lo repetí varias veces, en diferentes tonos. Dulce, con enfado, en tono de llamada y también con pasión. Sonaba de forma maravillosa en todas. Intuía que mi monótona existencia en aquel piso iba a cambiar, aunque solo fuera imaginando las idas y venidas de Óscar. Me propuse usarlo para curar mi problema, y no el de echar un polvo, como dirían las chicas, sino el de imaginar desnudos a todos los hombres con los que hablaba. Si debía verlo a menudo por las escaleras me acostumbraría a él y ya se acabaría el trauma. Luego bordaría una entrevista de trabajo y se terminarían los repartos y los niños odiosos.

Aquella mañana me apetecía desayunar uno de los panes especiales de la tahona de la esquina, y me puse un chándal para bajar a comprarlo. Calentito y recién hecho, me relamía con él en la bolsa de papel imaginándolo untado con mantequilla y una generosa porción de mermelada. Quizás eso me impidió escuchar los pasos que bajaban la escalera mientras yo la subía. Unas zapatillas de deporte, unos vaqueros y a mitad del tramo que lleva hasta mi piso, me lo encontré de frente. Alto, delgado, el ejemplar masculino más atractivo que había visto nunca. Y yo esforzándome por no mirarlo, para que mi imaginación no se disparase.

—¡Hola! —saludó cordial.

Como si fuera la primera vez que nos veíamos. Como si en nuestro primer encuentro yo no

hubiera pretendido atacarlo con un bolso.

—Ho... hola —tartamudeé. Ya empezábamos.

Me tendió una mano, blanca y cuidada, de uñas cortas y limpias. Y un antebrazo cubierto por un polar oscuro. Lo veía vestido, era buena señal.

—Soy Óscar, tu vecino del tercero.

—Yo Vero, del segundo —acerté a confesar.

Seguí mirando la mano mientras la estrechaba. Era una mano fuerte y cálida, y ahí ya todo empezó a estropearse. El polar dejó de existir y dio paso a un antebrazo cubierto de ligero vello castaño. Empecé a sudar, lo solté como si me pinchara y me apresuré a seguir escaleras arriba, pero él me agarró el brazo y me detuvo. ¡Ay, madre! Estábamos en el mismo escalón. Muy cerca.

—¿Sabes por aquí de algún sitio donde vendan churros? —me preguntó sonriente.

—¿Churros? —Yo solo pude pensar en un churro y para controlar la mirada la clavé en la pared por encima de su hombro.

—Sí. Me gusta desayunar con churros los domingos y soy nuevo en el barrio. No sé si hay alguna churrería cerca o un bar donde los sirvan.

—¿De qué tipo? —pregunté mirando la pintura blanca a su espalda. Era incapaz de pensar, seguro que decía algo inconveniente... o muy inconveniente.

—¿Hay de varios tipos? Yo me refiero a los de masa frita.

—Eh... los hay finos o... gruesos.

—Me da igual.

A mí no me daba igual; claro que no estábamos pensando en el mismo tipo de churros.

—Pregunta en la tahona —acerté a decir—. Yo desayuno pan.

Alcé la bolsa de papel y se la mostré, sin mirarlo más que de reojo. Poco a poco iba desapareciendo el polar y estaba segura de que, si seguía bajando la mirada, todo lo demás. Al fin me soltó el brazo.

—Gracias. Si lo averiguo, ya te lo comento... por si un día te apetece.

—¿Me apetece qué? —pregunté con un punto de pánico en la voz.

—Desayunar churros. Te aseguro que cuando los mojas, están deliciosos. Deberías probarlos.

—¡Eh...! Vale. —Mojados... del verbo mojar, y yo estaba sudando del verbo sudar. Aferraba la bolsa del pan con todas mis fuerzas, como si así pudiera conjurar las imágenes lascivas que me rondaban la mente.

—¿Eso es un sí o un no?

—Se me enfría el pan. —Cambié de tema con brusquedad. Me giré y subí deprisa, tratando de no tropezar demasiado.

—¿Puedes llegar bien a casa, o necesitas ayuda?

—Llego bien —murmuré dándole la espalda—. La otra noche había tomado un par de copas.

Sentí los pasos bajando y poco después la puerta de la calle cerrarse tras él.

Una vez en mi reducto me sentí a salvo. Estaba enferma, por un momento imaginé que me estaba

invitando a algo más que a desayunar. Esperaba que no se hubiera dado cuenta de mi pifia. Quizás debería ir al psicólogo. O mejor a una psicóloga, por si las moscas.

No quería imaginar lo que estaría pensando de mí, que era idiota como poco.

Cuando me tranquilicé un poco me preparé el pan, que no me supo tan delicioso como otras veces, porque me habían entrado unas ganas tremendas de desayunar churros.

Óscar llegó a la tahona donde le indicaron un bar en el que servían unos deliciosos churros. Se sentó a tomarlos junto con un café y mientras lo hacía no pudo dejar de pensar en la extraña mujer que tenía por vecina. La noche anterior se había mostrado como una auténtica fiera del sexo, una dominatrix en toda regla que se lo había montado con dos hombres y los había dejado secos, no tenía ninguna duda de eso. Y de paso, a él también. Sin embargo, minutos antes en la escalera, le había parecido casi tímida. Había rehuído sus ojos porque parecía que lo miraba, pero no lo hacía. Un pensamiento cruzó su mente, algo que lo aclaraba todo. Verónica era ciega y miraba en dirección a su voz, pero no a su cara. Por eso se había sobresaltado cuando la agarró del brazo, se había sentido amenazada.

Una llamada entrante, de Ismael, le distrajo de sus pensamientos.

—Hola, Ismael.

—¿Has sobrevivido a otra noche en tu nuevo piso?

—Estoy desayunando. Ha sido una noche tranquila. Imagino que Manolo y Ramón están para el arrastre, como yo, y no han aparecido.

Mojó un delicioso churro en el café y tomó un bocado. Cuando lo tragó, comentó a su amigo.

—Me la he encontrado por la escalera, y ya sé cuál es su problema. Es ciega.

—¿Ciega? ¿De las de la ONCE?

—De las que no ven, o al menos ven muy poco. Porque me he presentado y hemos hablado unos minutos, pero no me ha mirado a la cara, sino por encima del hombro. Como si intuyera donde estaba mi rostro por el sonido de la voz, pero no pudiera localizarlo con exactitud.

—Joder, tío, ¿no hay una mujer más rara para tenerla por vecina? Borracha, ninfómana y ciega.

—Y muy bonita. Hoy he podido verla bien.

—Describe.

—Un poco más baja que yo, pero no demasiado, buen tipo con las curvas justas y bien puestas, pelo rojizo, ojos marrones y labios sonrosados y carnosos. Un bomboncito.

—Pues llama a su puerta y ofrécete a sustituir a Manolo.

—Preferiría ser Ramón, la verdad. Pero no es buena idea liarle con la vecina, por muy buena que esté. Sí le voy a ofrecer mi ayuda para cualquier cosa que necesite, vive sola y aunque parece que domina sin problema su discapacidad, siempre puede surgirle una necesidad.

—¿En qué necesidad estás pensando?

—No seas malpensado, en algo de tipo doméstico.

—Bien, en ese caso, suerte.

—¿Por qué suerte?

—Porque pienso que vas a necesitarla. Tu vecinita sigue siendo rara de narices y creo que te vas a involucrar más de lo recomendable. Si está adaptada a su ceguera, déjala tranquila, que no le haces falta. A ti te pone cachondo y, como bien dices, no es buena idea encoñarte con una vecina.

—No exageres, lo de la otra noche fue algo ocasional. Hoy hemos hablado como buenos vecinos, sin ningún tipo de implicación sexual.

—Mejor así. ¿Vamos a quedar hoy? Te he llamado por eso, y no porque me muriera de curiosidad.

—Ya, seguro. No quedamos, pasaré por casa de mi madre a recoger algunas de las cosas que guardo en el trastero. Y por la tarde terminaré de poner a punto el ordenador.

—Hasta mañana entonces.

Cortó la llamada y pidió un nuevo café, porque el que tenía delante se había quedado frío. Lo tomó despacio y luego regresó a su domicilio. Al pasar por la puerta de Verónica, acercó el oído a la madera, pero ningún sonido le hizo saber si estaba en casa o había salido. De todas formas, cuando la volviera a encontrar por la escalera, le ofrecería su ayuda. Era solo una ofrenda de buena vecindad.

Capítulo 4

Durante toda la semana me dediqué a curarme el resfriado y a prepararme para el bombardeo de ideas y sugerencias que tendría lugar el jueves cuando nos reuniéramos las chicas del JB.

No había vuelto a encontrarme con Óscar, aunque sí escuchaba casi todos sus movimientos en el piso de arriba. Cuando lo sentía bajar la escalera me apresuraba a correr hasta la mirilla y lo observaba embobada a salvo tras la madera. ¡Cómo me gustaba ese hombre! Aunque fuera desde la distancia que imponía una puerta o un techo. Si tan solo consiguiera no parecer imbécil cuando estaba a su lado, tal vez tendría una oportunidad de dejar de ser, como decía Tere, una vegana sexual en sus brazos. No pedía más, ni un matrimonio ni siquiera una relación, solo dejar de ser un bicho raro, mirar a un hombre a la cara, si era Óscar mucho mejor, y tener relaciones sexuales con él.

Chus ya estaba instalada en nuestra mesa de siempre del Lolita's con un chupito de hierbas delante cuando entré en el local. Era su bebida favorita, aunque también le gustaba el vino. Había hecho un curso de maridaje, que es el arte de combinar vinos con los alimentos. E incluso había probado, sin consagrar, el que se usa en la misa. Al verme hizo una seña al camarero para que se acercase.

—Un vodka con naranja —pedí cuando hizo su aparición, libreta en mano.

Mi amiga me miró con atención.

—¿Hoy venimos en plan *light*? ¿Rebajado con naranja?

—La última vez tomé vodka caramelo y casi ruedo por las escaleras y descalabro a mi vecino con el bolso.

—Ya será para menos, bonita. Tu bolso no pesa tanto. —Agarró el asa que había colgado de la silla y lo levantó sin dificultad—. Prueba con un Louis Vuitton cargado hasta los topes y ya es otra cosa.

El bolso de Chus era la tienda del chino Juan en miniatura, tenía de todo. Cuando bebíamos en locales que no tenían la suficiente clase para nuestra chica más pija, solía sacar vasos de chupito desechables, por aquello de la higiene. Y cubiertos de plástico. A veces Tere y yo, sobre todo a finales de mes, no podíamos permitirnos más de una copa y terminábamos la noche las cinco sentadas en un banco y con licor comprado en el chino Juan, para hacer honor a los orígenes del grupo. Entonces Chus abría su bolso mágico y carísimo y nos repartía los vasitos y cubiertos, y

servilletas. Y Anisi nos agasajaba con las delicias culinarias de la Paqui.

—Sabes de sobra que no me puedo permitir uno de esos —respondí señalando al suyo.

—Solo es un bolso, muy *cuqui*, eso sí. —añadió Anisi uniéndose a nuestra reunión—. ¡Un anís, por favor! —añadió cuando el camarero se acercó para dejar delante de mí el vodka con naranja.

—Enseguida, señora.

—Ay, majo, solo soy una mujer soltera, que no entera, dispuesta a vivir la vida. Y a bebérmela, que para eso es jueves.

Tere y Romina llegaron al momento. Nadie llegaba tarde al JB, todas lo esperábamos con demasiadas ganas.

Una vez instaladas y con nuestras bebidas delante, noté un silencio profundo y que todas me miraban. Sabía que esperaban que contase algo sobre mi vecino porque es la novedad de la semana. Estaba dispuesta porque una de las reglas del grupo es «lo que pasa, se hace o se dice en el JB, se queda en el JB». Y lo cumplimos a rajatabla. Pero antes, tenía que contarles la decisión que había tomado.

—Voy a ir al psicólogo —afirmé rotunda—. No sé cómo lo pagaré, porque son caros, pero estoy decidida. Soy consciente de que se me va la pinza con este tema y debo poner solución. Eso de no poder mirar a los increíbles ojos verdes de Óscar, sino a la pared, me ha hecho decidirme. Y el resfriado que arrastro desde el sábado, también.

—Bien hecho, *tronca*. Puedes hacer como en la serie de *Lucifer*, que el diablo va a terapia y se folla a la psicóloga en la alfombra en cada sesión.

—Eso no es ético —protestó Chus terminando su chupito—. Los psicólogos no deben acostarse con los pacientes sean o no demonios.

—Yo no quiero acostarme con el psicólogo, yo quiero que me ayude con mi problema.

—Fóllate al vecino, te saldrá más barato.

—No tendrás ni que gastar en metro —rio Romi, con su ron cola en la mano.

—Óscar, se llama Óscar. ¿A que es un nombre precioso?

—¿Has probado lo del plátano? —insistió Tere.

—No he probado nada. Solo lo veo por la mirilla cuando sube y cuando baja.

—No, no, no, no —dijo Tere que ya iba por su segundo tequila. Era la que mejor aguantaba el alcohol con mucho—. Tienes que pasar a la acción.

—Si soy patética... Me lo volví a encontrar el domingo por la escalera y no lo pude mirar. Debe pensar que estoy tarada. Me hablaba y yo le respondía mirando a la pared. Estaba sudando y... me habló de churros y yo solo podía imaginar el suyo. Casi me caigo otra vez por la escalera, y estaba muy sobria.

—Tranquila, *guapi*. Nosotras te vamos a ayudar a conquistarlo —afirmó Anisi, a quien ya se le trababa la lengua—. Pero antes tenemos que estar seguras de que merece la pena.

—Sí, que tú tienes mucha imaginación, y a lo mejor, cuando se quite la ropa, es una birria —sentenció Romi.

—Te vamos a poner deberes, como hago yo con los críos de la catequesis, y eso te obligará a dar pasos adelante.

—Eso, *tronca*, tienes que hacer algo.

—Para el jueves que viene nos tienes que traer una foto.

Si hubiera estado sobria me habría negado, pero ya llevaba dos vodkas y acababa de pedir uno sin naranja. Me sentía fuerte, valiente, capaz de comerme el mundo y, por supuesto, de sacarle una foto a mi vecino.

—En pelotas —sentenció Anisi.

—Nosotras lo veremos vestido, pero una idea nos haremos.

—Le haré la foto. Puedo con ello. Y si yo lo veo en pelotas, mejor. Voy a echarle ovarios al asunto.

—¡Eso!

—Un brindis por la foto de Vero —propuso Romina.

—¡Foooto, foooto, foooto...! —coreaban todas, y yo me sentía capaz de hacerlo, con tres vodkas encima. Por supuesto que sí. Alcé mi copa y bebí.

—¡Ehhhh! —dijo Anisi con voz algo estridente y golpeando con su vaso en la mesa—. ¡Que la que no apoya, no folla!

Todas posamos los vasos, alguna con más fuerza que otras. Ya el ambiente estaba más que caldeado y en breve comenzaríamos a desvariar. Como cada jueves. Que ya era viernes.

Después de un par de copas más, nos despedimos y, como otras veces, Chus pidió un Cabify de cinco plazas para que cupiéramos todas. Otra noche más era incapaz de llegar por mí misma.

Una vez en el portal abrí lo mejor que pude y me enfrenté a la escalera. Agarrada al pasamanos con fuerza, comencé a subir despacio. No quería amanecer tirada en uno de los descansillos, o despatarrada en los escalones. Ahora tenía una imagen, aunque patética, que mantener. En una ocasión, un jueves muy muy borroso, dormí en el portal, incapaz de subir hasta el segundo, pero en aquella época no tenía un vecino maravilloso circulando por las escaleras.

Tardé mucho, pero logré llegar sin contratiempos a mi piso. Después de abrir la puerta miré hacia arriba, tratando de calcular el mejor ángulo para sacar la fotografía de Óscar. Sin duda sería bajando o subiendo, pero mi mente borrosa por el vodka se negaba a discernir cómo iba a hacerlo. Ya lo pensaría al día siguiente, tenía una semana para llevarlo a cabo.

Sin desnudarme siquiera, caí de bruces sobre la cama, me cubrí con el edredón y me dormí.

Un churrete negro sobre la almohada fue lo primero que vi al abrir los ojos. ¡Mierda, no me había desmaquillado y las consecuencias eran bien visibles! De nuevo me arrastré hasta la cafetera y me metí en la ducha. Como cada viernes, desde que conocí a las chicas. No se escuchaba ningún sonido en el piso de arriba, ya sabía los horarios de Óscar y este habría salido un par de horas

antes. De modo que me tomé con calma el desayuno para aclarar mi cabeza y asentar el estómago, y luego, aún con mi abrigado pijama de oso panda de Primark, abrí la puerta, móvil en mano, buscando la mejor forma de hacer la foto que me habían encargado las chicas del JB.

Lo intenté abriendo la puerta unos centímetros y sacando la mano por la rendija preguntándome si se daría cuenta. Seguro que sí, y si todavía tenía dudas de que yo estaba como una cabra, ver una mano misteriosa salir de mi puerta con un móvil terminaría por convencerlo.

Tal vez, si calculaba el tiempo que se tardaba en subir la escalera podía programar el teléfono para que se disparase solo, y así yo no aparecería y sería menos probable que me descubriera.

Bajé y subí varias veces calculando minutos y segundos, hasta que estuve segura de que necesitaba tres minutos y medio para que fuera visible desde mi puerta. Quizás un poco más si lo veía venir desde la calle, de modo que, sobre las seis, hora en que solía llegar, me aposté en la ventana y esperé.

Lo vi aparecer un cuarto de hora más tarde, y con movimientos rápidos programé el temporizador y fijé con cinta de carrocero el teléfono a la puerta. Esperaba que subiera deprisa y no se percatara de mi estratagema, porque el teléfono verse, se veía.

Cerré y, apostada detrás de la madera conté los segundos que faltaban para que la cámara se disparase. Confiaba que al quitarle el flash no saliera muy oscura.

Los pasos se detuvieron delante de la puerta, y mi corazón también dejó de latir. Más aún cuando sonó el timbre. No sabía si abrir. Seguro que se había dado cuenta de que le había tomado una foto, y yo me moría de vergüenza.

Volvió a llamar con insistencia, y no tuve más remedio que enfrentarlo. Tenía mi móvil en una mano y las cintas de carrocero en la otra.

—¿Es tuyo este móvil?

—¿Móvil? —Me hice la despistada, por supuesto.

—Sí —dijo agitándolo delante de mi cara—. Un Aquaris con la carcasa rosa con corazones. Estaba pegado a la puerta.

—Pues sí es mío, pero no me he dado cuenta de que estaba ahí —respondí con mi mejor sonrisa inocente, improvisando lo mejor que pude—. Lo olvidé en casa de una amiga y ha debido traerlo y dejármelo ahí porque no estaba en casa. La verdad, no lo he visto al entrar, soy un poco despistada.

«Gilipollas también soy, si pienso que te lo vas a tragar».

—No te preocupes, mujer —dijo agarrándome la mano y colocando el teléfono en la palma—. Me he dado cuenta de tu problema, no hace falta que disimules conmigo.

Empecé a sudar, y sería por el bochorno, estaba controlando lo de verlo sin ropa. Pero de pronto todo cambió. La ropa desapareció y yo ya no supe dónde mirar. Cerré los ojos, y él me agarró la mano.

—Vero, no pasa nada. Abre los ojos, mujer.

—Es que me da mucha vergüenza. Pero no puedo evitarlo.

—No es algo de lo que tengas que avergonzarte.

—¿No?!

—No. Por lo menos conmigo. Yo lo sé y lo entiendo, y si te puedo ayudar en algo, solo tienes que decirlo.

¿Ya podía mirarlo todo lo que quisiera? ¿Lo entendía? Abrí mucho los ojos, aunque me contuve y no bajé de los pectorales.

—¿En serio no te importa?

—Claro que no. Somos vecinos y me educaron en que los vecinos se echan una mano.

—Gracias, me pensaré lo de aceptar tu ayuda. —Mis mejillas ardían, solo deseaba meterme en casa y que me tragara la tierra, pero la curiosidad pudo más—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Porque soy observador.

—¿Eres psicólogo acaso? Estoy buscando uno para que me ayude a gestionarlo; no lo llevo muy bien.

—Soy informático, pero no hay que ser un lince para darse cuenta. No eres la única persona en el mundo con ese problema.

—¿En serio? Yo me considero un bicho raro desde que... ya sabes.

—¿Es reciente?

—Hace años ya. Desde los quince, más o menos.

—No es de nacimiento entonces.

—¡Qué va! De pequeña lo veía todo... normal.

—Pues no te agobies. Es cuestión de aceptarlo, y adaptarse. Ya verás como lo consigues. Ahora, si no me necesitas...

—No, muchas gracias.

—Ten cuidado.

—Sí, no te preocupes.

Subió las escaleras y yo olvidé por completo que tenía que tomarle una foto. Me olvidé de todo salvo de ese culo prieto que ya podía mirar con libertad ascendiendo al piso de arriba.

Entré en casa con una mezcla de alegría y bochorno. Saber que no tenía que disimular con Óscar me relajaba lo suficiente para no partirme la crisma cuando me lo cruzara. Sin embargo, la idea de que supiera mi secreto precisamente él, que sin apenas conocerle me gustaba más de lo que me había gustado un hombre en mucho tiempo, me avergonzaba. No creía que fuera verdad que hubiera más gente con el mismo problema que yo, al menos no mucha. Seguro que lo había dicho para que me sintiera bien. Era un encanto y se había anotado unos cuantos puntos en mi aprecio.

Miré el móvil para comprobar las fotos tomadas con la cámara, y pude ver una imagen de las manos de Óscar. Había debido dispararse mientras quitaba el teléfono de la puerta; no obstante, sabía que las chicas no se conformarían con eso, de modo que aún tenía pendientes los deberes para el jueves. Porque lo que se decía y prometía en el JB era sagrado.

Justo en aquel momento, el teléfono vibró en mi mano. Me asusté y a punto estuve de tirarlo, pero cuando vi el nombre de Anisi iluminando la pantalla, me apresuré a contestar.

—Hola, *guapi*. ¿Cómo llevas la resaca?

—Eso bien. La vergüenza es otra cosa.

—¿Por qué? ¿Qué te ha pasado?

—Óscar lo sabe.

—¿Qué sabe?

—Que lo veo desnudo, bueno a él y al resto de los hombres.

—¿Se lo has dicho?! —Había tal asombro en la voz de mi amiga que sentí enrojecer mi cara, aún más.

—No, lo ha adivinado él. Debo ser transparente, además de tonta de remate.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Bien, dice que no le importa. Y se ha ofrecido a ayudarme.

—¿Ayudarte? Ay, *cari*, eso es genial. —Pareció pensárselo un momento antes de preguntar—: ¿A qué te va a ayudar en concreto?

—Ni idea. ¡No pensarás que le iba a preguntar, no sabía dónde meterme! Ha dicho que no debo avergonzarme, que hay mucha gente con el mismo problema.

—¿En serio? Oh, ahora entiendo las miradas que me echa el carnicero, como si me desnudara. ¿Crees que debo ponerme un anorak o algo así la próxima vez?

—No funciona, Anisi, al menos para mí. Yo los veo desnudos, aunque lleven encima un traje de astronauta.

—¿Y tengo que pensar que cada vez que vaya a comprar filetes el carnicero me verá las *dominguis*? ¿Y todo lo demás?

—Si padece el mismo problema que yo, sí.

—En ese caso, me depilaré antes. Y tú, *tranqui*, que no es tan grave.

—Intento no hacerlo.

—¿Has hecho la foto?

—Aún no. Pero la tendré el jueves, palabra de JB.

—Sí, porfi, que me muero de ganas de conocerlo. Hasta entonces.

—Adiós, Anisi.

Óscar llegó a su piso con un pellizco en el pecho. ¿De verdad su vecina sentía vergüenza por ser ciega? ¿Qué clase de personas la rodeaban? Por lo que podía comprobar se las apañaba bastante bien, salvo por esas escaleras terribles, sobre todo cuando bebía. No suponía una carga para nadie, vivía sola y era independiente. Tal vez no tenía familia.

Sin darse cuenta, se empezó a sentir responsable. Tenía que decirle que cuando bebiera lo

llamase para que la ayudara a subir los empinados escalones. Cerró los ojos y trató de imaginar lo que sería un mundo sin luz, sin colores. No le extrañaba que tuviera problemas para adaptarse y necesitara un psicólogo, sobre todo si su discapacidad no era de nacimiento, pero él no conocía ninguno. Aunque quizás su madre sí. La llamaría para preguntarle, tal vez pudiera ayudar a su bonita vecina a superar sus traumas.

A su mente volvieron los gemidos de placer escuchados días atrás y su entrepierna acusó el recuerdo. Si había algo para lo que la ceguera no suponía un problema era el sexo, y Verónica lo disfrutaba sin trabas.

Tratando de distraerse de la molesta tirantez que sus pensamientos le habían provocado, cogió el teléfono y llamó a su madre. Esperaba que no estuviera de guardia.

—¡Dichosos los oídos, Óscar! ¿Te vi el domingo y hoy me llamas? ¿Sucede algo?

—No, a mí no. Se trata de una consulta profesional.

Ya estaba habituado a los reproches velados de su progenitora sobre que iba poco a visitarlos, pero se sentía excluido. En su familia eran todos médicos, de distintas especialidades, y él, la oveja negra, prefirió los ordenadores a las personas. Además, era muy independiente, no entendía la manía de su madre de que todos fueran a comer los domingos, cosa que él no hacía.

—¿Para quién entonces?

—Tengo una vecina que necesita un psicólogo.

—¿Qué le ocurre? ¿Qué tipo de problema mental sufre?

—Está ciega.

—Entonces lo que necesita es un oftalmólogo.

—No, necesita un psicólogo que la ayude a asimilar su ceguera.

—Entiendo. Pues no conozco ninguno, pero seguro que en la ONCE hay buenos profesionales que podrían ayudarla mejor que un psicólogo de otro tipo.

—No creo que Vero sea de las ciegas que venden cupones. No me la imagino en absoluto.

—La ONCE es una organización muy compleja y no solo se dedica a vender cupones. Coméntaselo, seguro que ellos pueden ayudarla mejor que yo.

—Lo haré. Gracias, mamá.

—Óscar...

—¿Qué?

—¿Qué edad tiene esa señora?

—Más o menos la mía, ¿por qué?

—Entiendo.

—No entiendes nada. Solo trato de echarle una mano a una vecina.

—De acuerdo. ¿Vendrás a comer el domingo?

—Tengo otros planes.

—Entonces, nos vemos cuando quieras. Ya sabes dónde vivo, cariño.

Cortó la comunicación. Ya estaba su madre imaginando cosas. Cada vez que hablaba de una

mujer, lo veía en el altar. Sus hermanos tenían parejas que iban a comer con ellos los domingos, y él... era muy diferente al resto de su familia. Prefería presentarse de visita cuando le apetecía verlos, sin la obligación de una fecha determinada.

Se sentó ante el ordenador y empezó a trabajar. Ya había perdido mucho tiempo aquella tarde, Ismael le tiraría de las orejas.

Capítulo 5

Óscar salió a cenar con Ismael aquel sábado. Después de pasar la tarde trabajando en el proyecto común, cada uno en su casa, ambos necesitaban despejarse y disfrutar un rato de ocio y buena compañía.

Comieron en un restaurante italiano, cada fin de semana elegía uno de ellos tanto el lugar de la cena como lo que harían después. Y esa noche le tocaba a él decidir.

Se reunieron en La Tagliatella de la calle Preciados y, una vez acomodados en una mesa de la segunda planta, pidió un delicioso *risotto* además de una ensalada para compartir. Ismael se decantó por unos raviolis. Una vez tuvieron la comida delante, sintió sobre él la mirada inquisidora de su amigo y esperó la pregunta que no tardó en llegar.

—¿Cómo va todo con tu vecina?

—¿Por qué me preguntas eso? —respondió evasivo. No tenía muchas ganas de hablar de Verónica, Vero como la llamada en su mente desde que ella se presentó con el diminutivo.

—Porque hace días que no me comentas nada. ¿Ha vuelto a ponerte cachondo con sus orgías sexuales a dos bandas?

—No —confesó. Aunque reconocía que no dejaba de aguzar el oído cada noche por si escuchaba gemidos sospechosos en el piso de abajo. O cualquier otro signo de actividad sexual.

Aunque compró unos tapones para los oídos, no los había utilizado y dudaba de que, si se presentaba la ocasión, lo hiciera. Hacía tiempo que no se había sentido tan excitado como aquella noche escuchando los gemidos de su bonita vecina.

—¿El Dúo dinámico no ha vuelto a dar señales de vida?

—No; ha habido calma absoluta en el piso de abajo.

—Mejor para ti.

—Por supuesto.

—¿Eh? Ese por supuesto no ha podido sonar más a decepción. ¿Qué pasa? ¿Te mola la vecina?

—Me da lástima.

—¡Y un cuerno! Te pone.

—Tengo que admitir que sí —confesó. Sabía que era inútil tratar de engañar a Ismael.

—Pues a por ella.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? ¿Porque es ciega? El problema lo tiene en los ojos, no en otra parte. «Eso» le funciona muy bien, tú has podido comprobarlo.

—Ya lo sé, pero es vulnerable. ¿Puedes creer que se avergüenza de su ceguera?

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con ella?

—Sí. La otra tarde, cuando subía, vi un móvil pegado con cinta de carroceros en su puerta.

Ismael detuvo el tenedor que se estaba llevando a la boca a mitad de camino.

—¿Un móvil? ¿Es algo que hacen los ciegos, pegar los móviles en las puertas? ¿Como una alarma o algo?

—No.

—Óscar, un poquito rara sí que es, admítelo.

—Tiene su explicación. Se lo olvidó en casa de una amiga, esta fue a devolvérselo y, como no estaba, se lo dejó ahí. Al entrar no lo vio.

—¿Como lo iba a ver, si es ciega! ¿La amiga es tan rara como ella? Porque no tiene ninguna lógica.

—Tal vez pensaba llamarla y que al oír el sonido se diera cuenta de dónde estaba el teléfono.

—No sé, sigue pareciéndome muy extraño. Creo que voy a ir a echarle un vistazo a tu vecina.

—Te invito mañana a merendar, trabajamos un poco y quizás tengas suerte y te la cruces por la escalera.

—¿Por qué mejor no me la presentas? La invitas a merendar y así la conozco.

—¿Como si fuera un animal de feria? Ni de coña.

—Claro que no, no es eso. Pero no me puedo pasar la tarde subiendo y bajando la escalera con la esperanza de encontrármela. Aunque ya se me ocurrirá algo.

Alzó el tenedor con gesto amenazante.

—¡No vayas a hacer ninguna estupidez!

—¡Para eso ya estás tú! Y ella, claro. No te preocupes, no te voy a delatar, ni a preguntarle por Manolo. Pero de mañana no pasa que le eche un vistazo.

—¿Por qué tienes tantas ganas de conocerla?

—Porque hace mucho que no te escucho hablar dos veces de la misma mujer. Ninguna de las que han pasado por tu vida en los últimos años te ha generado mucho interés.

Ismael tenía razón. Hacía casi diez años de su última relación larga, y desde entonces solo tuvo intentos efímeros que no habían durado más de unas semanas. Su relación con Candela había durado cinco años, y cuando ella lo dejó, justo en el momento en que estaba preparado para dar un paso más y pedirle matrimonio, se sintió morir. Había tardado en pedirle que se casaran, y cuando al fin lo hizo, ella le miró a los ojos y le dijo que no. Que en realidad llevaba tiempo intentando decirle que lo dejaran, que ya no sentía lo mismo por él y que no deseaba continuar con la relación. Puesto que la casa que compartían desde hacía cuatro años era de ella, hizo las maletas y se mudó a compartir piso, incapaz de soportar la soledad.

Desde entonces, había conocido a bastantes mujeres, pero ninguna lo atrajo lo suficiente para

desear ir más allá de algunas salidas y unos cuantos polvos. Tampoco lo excitaron como lo habían hecho los gemidos de Vero, días atrás.

—Es cierto —admitió—. Pero mi interés por ella no va más allá de querer echarle una mano, porque otra cosa iría contra mi ética. No voy a ofrecerle mi ayuda a cambio de sexo.

—¡Yo no he dicho nada de eso! Si acaso, lo has pensado tú solo. Pero sí puede suceder que os hagáis amigos y eso lleve a otra cosa.

—De cualquier forma, sentiría que me aprovecho de ella.

—¿No será que su incapacidad te frena a la hora de ir más allá de una relación de vecinos? No es fácil ser la pareja de una persona ciega.

Sintió el enfado apoderarse de él. Muy mal lo conocía Ismael si pensaba así, pero, además, su amigo estaba dando muchas cosas por sentadas. Hablaba de relación, cuando solo hacía unos días que ocupaba el piso de arriba de Vero, y solo habían hablado tres veces. Eso sí, se había corrido algunas más con sus gemidos y su imagen en la mente.

—Estás hablando de parejas —dijo molesto—, relaciones y otras memeces, cuando lo único que quiero es ayudar a una vecina. Punto.

—De acuerdo. Punto. Pero mañana a las seis estaré en tu casa. Y ahora vamos a terminar la noche en una discoteca, y si surge algo, lo vamos a aprovechar. Los dos.

—Por supuesto.

Ismael dobló la servilleta y llamó al camarero para pagar la cuenta. Después ambos se dirigieron a uno de los locales de moda para terminar la noche.

Entraron en Kapital, una discoteca de siete plantas y con una amplia oferta que incluía karaoke. A ninguno de ellos se le daba bien cantar, pero habían echado algún buen rato viendo cómo lo hacían los demás en visitas anteriores.

Aquella noche decidieron dar una vuelta por las siete plantas y al final se quedaron en la sexta donde los ritmos latinos hacían moverse con sensualidad los cuerpos de los bailarines. Con una copa en la mano, al principio se dedicaron a observar con calma, antes de unirse a los que se dejaban llevar por la música.

Apenas se integró entre quienes bailaban, con más entusiasmo que pericia, tenía que reconocerlo, Óscar se encontró cara a cara con una explosiva rubia de abundante melena y escasa ropa. Ella le agarró la mano y lo instó a seguir sus pasos.

Se apartó de Ismael y se concentró en el cuerpo que se movía frente al suyo con movimientos sensuales y claramente invitadores. Se olvidó de todo, de la vecina que necesitaba su ayuda y de cualquier otro tema que no fuera aquella belleza rubia que, sin palabras, le prometía pasar un buen rato antes de que terminara la noche.

A las cuatro de la madrugada se fueron juntos, Alma dijo que se llamaba, y él solo le dio su nombre de pila. Fueron a casa de ella, donde se sumergió en sus brazos durante unas horas. No fue nada espectacular, un polvo más de los muchos que había tenido con mujeres desconocidas y a las que no pensaba ver de nuevo. Ni siquiera se quedó a desayunar.

Entró en el portal de su casa con un paquete de churros recién hechos, la ropa arrugada y olor a noche de juerga impregnado en ella y se encontró con Vero.

—Hola —saludó.

—Hola, Óscar.

Ella estaba parada delante de los buzones, tenía el móvil en una mano y las llaves en la otra. Le dio la impresión de que no podía moverse de allí

—¿Necesitas algo? —preguntó solícito.

—Eh... no. Solo iba a comprar pan para el desayuno.

Él alzó la mano y colocó delante de su cara el paquete que desprendía un olor apetitoso—. Yo acabo de comprar churos. Si te apetecen, podemos compartirlos.

Por algún motivo estaba nerviosa y se le notaba. Ya no miraba por encima de su hombro, sino que lo recorrió con la vista. Entonces fue él quien se sintió incómodo.

«Mierda», pensó. «Si no fuera porque es ciega, juraría que me está mirando el paquete».

—No, gracias —dijo ella desviando la mirada hacia la bolsa de papel. Debía guiarse por el olor con toda seguridad. Había escuchado que las personas ciegas desarrollaban mucho los otros sentidos—. Ya te dije que prefiero pan para el desayuno. Pero tengo una amiga a la que le encantan los churros. ¿Te importa si le hago una foto al paquete con el nombre de la churrería y se la envío para que sepa dónde comprarlos?

—No, claro. Si quieres se la hago yo.

—No es necesario, Óscar. Yo puedo.

—En ese caso... —Alzó un poco la bolsa de papel para que viese bien el nombre del comercio y esperó.

Vero cogió el móvil, lo levantó colocándolo justo enfrente y apretó el botón, sin enfocar la bolsa. Le pareció que había salido más él que los churros, pero no lo dijo. No quería hacerla sentir mal. Luego se despidió y comenzó a subir las escaleras volviendo a sentir la mirada femenina que se deslizaba por su torso hacia abajo. Tuvo que hacer un esfuerzo y repetirse una vez más que Vero no veía para no cubrirse con las manos.

Luego, ya en su casa, lo comprendió. Debía ser por el olor; no se había duchado aquella mañana, y el fuerte aroma del sexo practicado la noche anterior se habría quedado adherido a sus partes nobles. Ella había notado algo extraño y por eso su mirada se había desplazado hacia su entrepierna. ¡Sí que tenía un olfato sensible su vecina! Tendría que ducharse un par de veces al día o ella adivinaría todo sobre sus rutinas.

Llegó a su piso y preparó un café, que tomó mojando los churros en él, tal como le gustaban. Después se dio una larga ducha para borrar el olor de la noche anterior, por si acaso se volvía a encontrar con Vero a lo largo del día.

Salí corriendo del portal y me paré en la calle a mirar la foto. Salía estupendo, con su amplia sonrisa y un brillo intenso en los ojos verdes. Me había concentrado en sacarle la cara, y de refilón mostraba el paquete de churros, para cubrir las apariencias. Pero no pude evitar, ahora que sabía que tenía vía libre, echarle un vistazo de cuerpo entero. Si lo que tenía bajo los pantalones era tal como me lo estaba imaginando, haría muy feliz a cualquier mujer.

Dudé si enviar la foto a las chicas, pero un domingo a las diez de la mañana era muy probable que pillara a más de una dormida, así que preferí esperar al jueves para enseñarla. Sé que era ilegal robar fotos y enviarlas a terceros, pero yo había pedido permiso... más o menos; no había hecho nada incorrecto, aunque hubiera mentido un poco. No estaba en el portal por casualidad, llevaba casi media hora esperando que bajara a por los churros, y mi sorpresa fue que no bajaba sino subía, y con aspecto de haber pasado una noche de marcha. No quería pensar en ello, solo en que había conseguido cumplir el reto del JB y en que estaba para comérselo con aquella chaqueta azul y aquella sonrisa que me dejaba sin aliento.

Con mi foto a buen recaudo en el fondo del bolso, fui a comprar el pan a la tahona y luego regresé a casa para desayunar, dispuesta a vagar un rato hasta la hora de repartir pizzas.

Eran las seis menos cuarto cuando Ismael llamó al piso de Vero. Estaba decidido a echarle un vistazo a la vecina de su amigo, y sabía que este no se lo pondría fácil. Le abrió una chica mona, pero sin una belleza espectacular, vestida con un chándal verde. Le sorprendió que abriese sin siquiera preguntar y por un momento le pareció que fijaba la vista en su rostro.

—¿Está Óscar? —inquirió resuelto.

—Te has confundido, Óscar vive arriba, en el tercero.

—Disculpa, pensaba que este era el tercero. ¡Hay tantos escalones...!

Una sonrisa iluminó el rostro de la chica.

—Pues aún te quedan unos cuantos. La escalera es terrible, me temo.

—Soy Ismael, su amigo y compañero de trabajo. Si no llego vivo, dile que pasé por aquí.

Una sonora carcajada le mostró una dentadura blanca y perfecta. Ella parecía no sentir miedo de un extraño, por muy amigo de su vecino que fuera. Quizás fuera conveniente que Óscar le explicara los peligros de abrir a desconocidos a los que no podía ver.

—Descuida, le contaré que has sido abducido por el monstruo de la escalera.

De pronto la vista de la chica pasó de su rostro a la pared, y notó en ella un nervosismo que minutos antes no mostraba. Decidió continuar su camino.

—Sigo subiendo, alguna vez llegaré a mi destino —comentó resignado—. Encantado de conocerte...

—Vero.

—Yo Ismael, creo que te lo he dicho. —Le tendió la mano, que ella estrechó casi a tientas, sin

desviar la vista de la pared—. Ya nos veremos, porque vendré a menudo por aquí.

—Si necesitas hacer un descanso en el segundo, solo tienes que llamar.

—Gracias.

Continuó subiendo, y una vez ante la puerta de Óscar, volvió a pulsar el timbre con decisión.

—Muy mona tu chica —admitió cuando estuvo dentro y a salvo de oídos indiscretos.

—No es mi chica, y ahora mismo me vas a explicar qué has hecho. He escuchado voces en el descansillo.

—Llamar a su puerta. Era la única forma de verla cara a cara y hacerme una idea. Ha abierto sin dudar, quizás deberías decirle que pregunte antes de franquear la entrada a extraños.

—Supongo que pensaba que era yo el visitante, porque abajo hay un portero electrónico que no permite la entrada a cualquiera y no hay más vecinos en el bloque en este momento.

—¿Llamas a su puerta muy a menudo?

—No.

Se despojó del jersey de cremallera y dio un vistazo a la estancia mientras su amigo servía la merienda. Después se sentaron ante sendas tazas de café.

—Cuéntame, ¿qué tal anoche? Te fuiste con la rubia.

—Nada del otro mundo, un polvo más.

—¿Vas a volver a verla?

—No. Ni siquiera nos dimos los teléfonos.

—A ese paso no te casamos, y se te está pasando el arroz —dijo divertido.

—¡Mira quién habla!

—Yo soy un año más joven que tú.

—Calla, que te pareces a mi madre. No para de preguntar de forma solapada si hay una mujer en mi vida. Y no entiende que estoy de maravilla solo.

—No tan solo —dijo mirando hacia el piso de abajo.

—¡No empieces!

Rio con ganas ante la rotundidad de su amigo.

—No empiezo. —«Pero el tiempo me dará la razón», pensó.

—Además, tú también estás soltero.

—Y moriré así. Tengo una norma: una mujer, una noche y nunca nunca por muy bueno que haya sido el polvo, me permito pensar en ella cuando ha terminado. Pero tú, amigo mío, no te quitas a Vero de la cabeza desde que la conociste.

—Te apuesto lo que quieras a que ahora solo voy a pensar en trabajo.

—Vamos a ello, entonces.

Capítulo 6

Llegué a casa pasada la hora de la cena después de abandonar la de los niños que estaba cuidando. Aquella tarde la madre se había retrasado más de lo habitual y yo me sentía un poco inquieta porque esperaba un envío con un nuevo juguete para probar. Me tocaría con seguridad ir a recoger el paquete a la empresa de mensajería, vete a saber dónde, pero también me venía de perlas el dinero extra de aquellas horas de más.

Subí la escalera con rapidez, después de comprobar que no había en el buzón ninguna nota de entrega. Era posible que tuviera suerte y el repartidor no hubiera tenido tiempo de pasar por casa y lo recibiera al día siguiente, ahorrándome el incómodo desplazamiento.

En cuanto abrí la puerta me deshice de los zapatos y del abrigo. Hacía frío a pesar de estar en primavera y estaba muy cansada. Lo que más deseaba era ponerme uno de mis pijamas de animalitos de Primark y comer algo. La señora cuyos hijos cuidaba me había invitado a cenar con ellos, pero tenía ganas de estar en mi casa. Sentarme en el sofá y escuchar por el techo las idas y venidas de Óscar. Hacía un par de semanas que no coincidía con él en la escalera y me limitaba a imaginar sus actividades por sus movimientos. Las ventanas daban todas a un patio interior y a través de ellas se olía la comida, el olor a pollo frito que salía una noche de su cocina me hizo salivar, se escuchaban conversaciones e incluso el sonido del viejo termo cuando estaba funcionando. Sabía cuándo se duchaba, cuándo comía y cuándo estaba a punto de salir por el sonido de los zapatos que sonaba algo más fuerte que los pasos amortiguados por las zapatillas. A veces, al escuchar el termo, entraba yo también en la bañera a la vez e imaginaba que estábamos juntos. Que me tocaba, que me enjabonaba con las manos y yo a él. Imaginación no me faltaba, pero seguía sin hacer nada más, a pesar de los consejos de mis amigas. Ellas me animaban a que aprovecharse la oferta de ayuda de Óscar, aunque yo no tuviera muy claro en qué consistiría esa ayuda. Las chicas tenían diferentes opiniones al respecto. Chus pensaba que quería ayudarme a superar mi problema siendo un vecino amable y restándole importancia; Tere, que estaba dispuesto a follar conmigo para curarme; Anisi, que quizás me acompañara a terapia, y Romi... Romi se ofreció a darme uno de sus unicornios para que se lo colgara en salva sea la parte como si fuera un adorno de Navidad, para que luciera bonito. Y yo seguía dudando y esperando encontrármelo por la escalera.

Una vez duchada y calentita con mi pijama de oso panda, me dispuse a entrar en la cocina para

calentar una lasaña precocinada. Había salido con prisas y no tenía nada preparado, de modo que recurrí al congelador en el que siempre encontraba una comida de emergencia. No tenía ganas de complicarme más esa noche.

Estaba abriendo la caja de cartón cuando sonó el timbre. Pero no el de la calle, sino el del piso. Mi corazón se saltó un latido. ¿Sería Óscar? O tal vez su amigo que había vuelto a confundirse de planta. No estaba mal, tenía cierto atractivo, pero no se podía comparar con «mi Óscar».

Por si acaso me pasé las manos por el pelo en un intento de adecentarme un poco y me apresuré a abrir, después de comprobar por la mirilla que era él quien llamaba. Vestía una sudadera verde oscuro, a juego con sus ojos.

Abrí enseguida, no fuera a pensar que no estaba en casa. Al otro lado del umbral me sonreía con una caja de mediano tamaño en la mano. La alzó, agarró las mías y depositó la caja en ellas. Bajé la vista para comprobar con estupor que se trataba del paquete que estaba esperando. Por fortuna, el envoltorio era de cartón blanco con mi nombre y dirección en la parte superior, anodino y sin ninguna marca ni pista de lo que contenía. ¡A saber qué me habrían enviado en esta ocasión!

—Es un paquete para ti —aclaró como si yo no supiera leer—. Llegué cuando el repartidor llamaba a tu piso. Me dijo que no estabas en casa y me ofrecí a recogerlo en tu nombre. Espero que no te importe que me haya tomado esa libertad.

Lo agarré con cuidado, y volví a mirarlo a la cara, pasando de refilón por el cuerpo, cuya ropa comenzaba a desaparecer.

—Te lo agradezco —dije empezando a hiperventilar—. Me has ahorrado ir mañana a la oficina de mensajería a recogerlo. Me ha surgido un imprevisto y no he podido estar en casa.

—Si quieres, cuando tengas que recibir algo puedes dar mi dirección como entrega alternativa. Lo he tratado con mucho cuidado, por si era algo frágil.

Yo puse cara de póker, como si no supiera qué podía contener.

—No lo creo, pero gracias.

Lo vi mirarme de arriba abajo y solo entonces fui consciente de lo que llevaba puesto. El pijama era muy calentito y cómodo, pero poco glamuroso. Otro punto más para sumar a la lista de tía rara.

—¿No tienes problemas para ponerte eso? —me preguntó mirando la prenda, un mono enterizo que se abrochaba con una cremallera en la espalda.

—¿El pijama? No, ¿por qué iba a tenerlo?

—Por tu problema con la vista.

Enrojecí hasta las uñas de los pies, estaba segura. Me resultaba tan extraño que él aludiera a mis traumas con tanta naturalidad que volví a sentirme avergonzada. Sujeté la caja con más fuerza y respondí:

—El problema lo tengo con la ropa de los demás, no con la mía.

—Sí, claro; tiene lógica.

¿La tenía? Desde luego era un encanto parado allí de forma estoica sabiendo que yo lo

desnudaba con la mente, sin mover un músculo y sin azorarse. Sin hacer ninguna alusión sexual tampoco, como si de verdad pensase que yo tuviera una enfermedad común, como una alergia o algo así.

Me sentía nerviosa por momentos. Óscar no parecía tener ganas de irse y mis ojos vagaban inquietos por su pecho, me negaba a mirar más abajo no fuera a imaginarme el unicornio de Romi adornando «el árbol de Navidad». Me limité a deslizar la mirada por los hombros, no demasiado anchos. No era un hombre fuerte, sino delgado, de huesos largos y finos. ¡Dios, ¿por qué no podía imaginarme la osamenta: las costillas, el esternón o la clavícula?! En cambio, veía el color de la piel clara, sin vello, las tetillas marrones y pequeñas, como dos botones insertados en unos pectorales firmes, pero no voluminosos.

—Bueno, yo... —tartamudeé, a pesar de que él conocía mi secreto—. Iba a... prepararme la cena.

—¿Aún no has cenado? Son más de las once.

—He estado cuidando unos críos. La madre suele llamarme cuando tiene que trabajar por la tarde y siempre viene bien un dinero extra. Acabo de llegar.

—Tengo unos filetes empanados que me han quedado de la cena. ¿Te apetecen? Aún estarán templados.

Hacía siglos que no los comía y claro que me apetecían, muchísimo. Estaba hambrienta y cansada.

—No es necesario que te molestes —dije poco convincente, solo por educación—. Tengo lasaña congelada.

—En un momento te los bajo.

Lo vi subir la escalera con ese culo prieto y los muslos cubiertos por un ligero vello castaño. Me dieron ganas de pasar los dedos por ellos, rozarlos y sentir la suavidad que prometían.

Minutos después bajaba con un *tupper* blanco que me ofreció. Viendo que yo aún tenía la caja en las manos, miró alrededor y entró un par de pasos en el recibidor.

—Te lo dejo en la mesa de la entrada —dijo, como si no me hubiera dado cuenta de dónde los colocaba. Quizás pensaba que era una despistada de campeonato, desde que le dije que no había visto el móvil pegado a la puerta.

—Gracias —susurré. Me sentía tan agradecida que me esforcé en no mirarlo... demasiado.

Se marchó con una sonrisa, dejándome la cena y un cosquilleo interior muy parecido a las mariposas de las que hablaba la gente y que yo nunca había notado antes.

Cerré la puerta y me senté en el sofá a comer los deliciosos filetes que había preparado.

Cuando hube saciado mi hambre y limpiado el recipiente para devolvérselo al día siguiente, abrí la caja para ver qué me mandaban en esta ocasión. Nunca especificaban, solo recibía un correo electrónico anunciándome un nuevo envío y el tiempo límite en que debía entregar el informe. Después me ingresaban el pago en mi cuenta corriente. Puesto que nunca andaba sobrada de dinero, procuraba hacer el trabajo lo antes posible.

En una bolsa de raso atada con una cinta rosa, encontré un consolador doble, en forma de U. Más corto y grueso por un lado y fino alargado por el otro. También el usual lubricante al agua que acompañaba siempre este tipo de juguetes. Cogí el manual de instrucciones y leí: «Dildo vibrador de doble penetración, vaginal y anal». Enarqué las cejas, porque la cosa prometía. Estaba segura de que me lo pasaría de escándalo con aquel juguete, pero no sería aquella noche. Aquella noche era para Óscar, que me había invitado a cenar. Y me había dedicado su sonrisa, esa que me empezaba a caldear el alma. Que me trataba como nunca lo había hecho ningún hombre, desde hacía muchos años.

Con el vibrador en la mano, sonreí de forma bobalicona.

—¿Y a ti como te llamo? —susurré a la silicona—. Me estoy quedando sin nombres. —Pensé durante unos minutos antes de decidirme—. Puesto que eres de doble función deberás tener un nombre compuesto. ¿Qué tal Juan José? Juanjo para las amigas. Sí, me gusta.

Lo guardé de nuevo para probarlo al día siguiente, jueves, antes de la reunión con mis amigas. Si nadie me llamaba para cuidar algún crío tenía la tarde libre, y podría disfrutar del trabajo con todas mis facultades y sin estar tan cansada como aquella noche.

Me metí en la cama, y me dormí enseguida pensando en mi maravilloso vecino, imaginándolo sin ropa y acurrucado junto a mí en la cama. Me parecía sentir su calor, su tibieza y, abrazando la almohada, me sumergí en un profundo sueño.

Óscar subió de nuevo a su piso y se dirigió a la cocina. Abrió el frigorífico, sacó fiambre y queso, y, tras coger el paquete de pan de molde, se dispuso a prepararse un sándwich para el almuerzo del día siguiente. Por decisión propia, solo disponía de media hora para comer y no tenía tiempo de salir del edificio de trabajo. La mayoría de los empleados prefería esta opción y marcharse más temprano, por lo que se llevaban la comida de casa y la tomaban en una habitación acondicionada para ello. Pero él acababa de darle a Verónica su almuerzo.

Mejor no se lo contaba a Ismael, porque este empezaría a tararear la marcha nupcial imaginando todo tipo de ideas raras. No tenía razón, por supuesto, pero no sabía qué le pasaba con su vecina. La veía tan... vulnerable no era la palabra, porque sin duda era una mujer muy fuerte que se enfrentaba a sus dificultades con valor y arrojo. Sin embargo, algo le calaba muy hondo cuando la veía, le ablandaba el corazón y se lo volvía de mantequilla. No tenía nada que ver con que lo pusiera cachondo, que también; era algo menos primario. Despertaba en él una necesidad urgente de protegerla, cosa que, sin duda, ella no necesitaba porque había sobrevivido a su ceguera desde los quince años sin problemas. Y sin su ayuda. Sin embargo, al verla parada en la puerta con aquel aspecto tan cansado, y ese adorable pijama de oso panda, no quiso que tuviera que cocinar aquella noche y le ofreció los filetes que tenía preparados para su almuerzo. No era la primera vez que se comía un simple sándwich cuando estaba tan enfrascado en un programa que

no quería entretenerse en cocinar, y tampoco sería la última.

Terminó y se puso a trabajar un rato más, pero no podía quitársela de la cabeza. ¿Cómo había sobrevivido sola durante tantos años a la terrible oscuridad que la rodeaba? Llevaba una vida normal en apariencia. Cocinaba, trabajaba y se vestía sin complicaciones, dijo que el problema se lo generaba la ropa de los demás. Imaginaba que se refería a desnudar a un hombre antes de tener sexo. Y pensando en sexo, no pudo evitar acordarse de sus gemidos y gritos de placer. No los había olvidado ni podía evitar compararlos con los débiles suspiros, no sabía si fingidos, de la rubia con la que se acostó el sábado anterior. Nunca había estado con una mujer que se corriera con tanto entusiasmo que traspasara las paredes y el techo de una vivienda.

«No debes pensar en ella es esos términos —se recriminó—. Es tu vecina, está ciega y necesita tu ayuda, no tu lujuria».

Pero no podía evitarlo.

Al fin, cerró el ordenador y se metió en la cama, dispuesto a disfrutar de un sueño reparador. Porque estaba seguro de que no conseguiría trabajar más esa noche.

Capítulo 7

Escuché los pasos de Óscar en la escalera y poco después cerrarse su puerta en la planta de arriba. Esperé unos quince minutos para que no pareciera que estaba pendiente de sus entradas y salidas, y subí a devolverle el *tupper* de la noche anterior. Debía hacerlo ya, porque era jueves y había quedado con las chicas para una de nuestras reuniones y antes quería probar a Juanjo. Mi cuenta corriente estaba bastante escasa de fondos, durante las últimas semanas apenas había tenido avisos para cuidar niños y necesitaba un ingreso con urgencia. Además, la posibilidad de probar una doble penetración me atraía mucho porque nunca lo había hecho.

Subí despacio las escaleras, que me parecieron extrañas a pesar de que eran similares a las mías. Nunca me había aventurado más allá de mi planta, ya subía demasiados escalones hasta el segundo.

Llamé al timbre y enseguida escuché pasos que se acercaban. Esboqué mi mejor sonrisa de vecina agradecida, que se congeló en mi cara cuando Óscar abrió la puerta. Tenía puesta una camisa azul, desabrochada y dejando ver el torso, que no era exactamente como yo lo imaginaba; por lo tanto, debía ser el suyo de verdad. Un ligero vello castaño, muy tenue, le cubría los pectorales por la parte superior. Tartamudeé, como no podía ser de otra forma.

—Eh... vengo a... tra... devolver... te esto. —Alcé las manos para mostrar el *tupper*.

Él lo cogió y me miró a la cara, sin que aparentara darse cuenta de mi nerviosismo.

—¿Te gustaron? —preguntó.

Yo no sabía dónde mirar. Lo que veía era real, no fruto de mi imaginación. Mis ojos vagaban de su pecho a su cara, a la pared y al suelo como si mis pupilas no pudieran parar quietas.

—Mucho. Estaba todo... buenísimo —dije como si me relamiera, cosa que en verdad hacía, pero no refiriéndome a los filetes.

—El aliño es una receta de mi abuela, si quieres te la doy. Hay que dejarlos macerar unas horas.

—Sí —dije sin saber muy bien qué afirmaba.

—Vero, ¿estás bien? —me preguntó solícito.

—Sí, bien.

—¿Te apetece un café? Iba a prepararlo.

Apenas llegó la invitación a mi mente, un sudor frío empezó a deslizarse por mi espalda. Me

invitaba a entrar en su casa y se encontraba a medio vestir. ¿Me estaba haciendo alguna proposición? ¿O solo pretendía ser amable? Me acojoné, y mi mente buscó alguna excusa razonable para rechazar el ofrecimiento. Juan José. Tenía que trabajar. Me recompuse para responder de forma coherente.

—No puedo, lo siento. Tengo que... trabajar y... he quedado.

Mis amigas iban a matarme por rechazar la oferta, pero no podía aceptarla. En aquel momento no estaba preparada para entrar en su casa y seguir viéndolo de aquella guisa, aunque la invitación no conllevara ninguna propuesta sexual. Tampoco sería capaz de tragar un café porque tenía la garganta seca.

—Bueno, en otra ocasión.

—Claro. Gracias por todo. —Atiné a decirlo de un tirón.

Me di la vuelta deseando salir de aquel descansillo y llegar a mi casa.

—Baja despacio... —me advirtió al ver mis prisas por descender las escaleras.

Mantuvo la puerta abierta hasta que entré en mi piso, y luego lo escuché cerrarla.

Yo también atranqué la mía como si temiera un asalto. Temblaba. Sudaba a mares. Y estaba más que lista para probar a Juanjo.

Cogí la caja, la abrí y leí con cuidado las instrucciones. Comprobé que estuviera cargado activando el botón de encendido. El envase incluía un cable USB, lo cual ahorraría un dinero considerable en pilas.

Justo cuando iba a empezar, las chicas iniciaron una conversación por WhatsApp.

ANISI: *Guapis*, ¿podemos quedar un poco más tarde hoy? Porfi, tengo que enseñar un piso esta tarde.

ROMI: Por mí no hay problema.

TERE: ¿Cuánto tiempo necesitas?

A: Con media hora es suficiente, me pillá de camino.

CHUS: ¿Dónde siempre?

T: Sí.

A: Vero... Manifiéstate.

Y: Sí, bien. Tengo que trabajar y así voy más relajada.

A: Bueno, chicas, hasta la noche entonces. ¿Algo nuevo que contar?

Y: Sí, y me vais a matar. Creo que esta noche necesitaré doble dosis de vodka.

CH: O sea, que ha pasado algo.

Y: Luego.

T: ¡Troncaaaaa! ¡Venga yaaaa!

Y: Luego, que me está esperando Juanjo y mi cuenta está con telarañas.

A: ¿Juanjo es *nuevi*?

Y: Sí.

T: Pues que lo disfrutes. Así vienes relajadita.

Silencié el teléfono. Necesitaba tranquilidad para la prueba y esperé unos minutos antes de empezar. Recuperé en mi mente la imagen de Óscar y cuando volví a estar preparada conecté la

grabadora para comenzar.

—Bienvenido a casa, Juanjo —dije alzando la voz para comprobar, como siempre, que se grababa bien.

Nunca había probado un juguete doble, pero por intuición comencé por la penetración anal, y para mi sorpresa fue muy fácil.

—Bien, Juanjo, esto va genial. Intuyo que lo voy a pasar muy bien contigo. Me gustas —dije con un prolongado suspiro.

Pero el problema fue introducirlo en la vagina. Costó un poco, porque la parte de atrás tendía a salir mientras empujaba por delante. No tenía un asidero fácil, pero lo conseguí tras un poco de esfuerzo y maña. La doble penetración me resultó muy placentera y mis gemidos lo mostraron con creces. Todo fue bien hasta que activé la vibración en el primer nivel. Aquello empezó a agitarse en mi interior, pero solo duró unos segundos. La parte correspondiente a la vagina se escurrió y se salió cortándome el rollo.

—¡No te salgas! —gemí irritada—. Con el trabajo que me ha costado que entraras... Ufff... probemos de nuevo.

El suspiro de resignación me salió más fuerte de lo que pretendía. Empujé de nuevo y volví a meterlo con cierta dificultad. La base inferior donde se unían ambos vibradores era redonda y roma, lo que hacía complicado sujetarlo.

—Te faltan unos buenos huevos que agarrar, Juanjo —gruñí—. No me agrada eso. A mí me gusta tener un buen asidero. Punto negativo.

Pulsé el vibrador de nuevo, y se volvió a salir.

—¿Te has salido otra vez? Así no vamos a llegar a ningún sitio. No hay forma. Te doy otra oportunidad y si te escurres de nuevo, te mando a tomar viento fresco. No estoy para perder el tiempo.

Mi irritación aumentaba por momentos. La excitación que traía de casa de Óscar había pasado y ni el lubricante al agua conseguía que volviera a humedecerme. Lo intenté una vez más con el mismo nefasto resultado, de modo de desistí.

—Menudo desastre —le dije a la grabadora con mi malhumor y mi frustración a todo volumen—. Media hora y ni un triste orgasmo. Nunca me había pasado. Lo siento, Juanjo, pero no eres para mí

Cogí el vibrador y lo lavé con cuidado. Al día siguiente iba a escribir el peor informe desde que estaba trabajando para la empresa. Ni siquiera me quedaron ganas de terminar la faena por mi cuenta o con otro de los juguetes que guardaba en el arcón porque había perdido cualquier atisbo de excitación. Entré en la ducha y me dispuse a prepararme para el JB.

Tras la marcha de Vero, Óscar se puso a trabajar. No entendía qué demonios le pasaba a la chica.

Estaba muy nerviosa cuando le devolvió el *tupper*, más de lo habitual. Ismael tenía razón, era rara, muy rara. Pero también preciosa y adorable y él no podía sustraerse al encanto que emanaba de ella. No había tenido intención de invitarla a tomar café, pero lo hizo sin darse cuenta. Cuando fue consciente de ello, ya había lanzado la propuesta como si una fuerza poderosa lo hubiera impelido a ello.

Trató de alejar a su enigmática vecina de la mente y se sentó ante el ordenador dispuesto a trabajar. Tenía por delante un proceso delicado que requería una gran concentración y no lo conseguiría si dejaba entrar a Vero en sus pensamientos.

Le costó un cuarto de hora centrarse al cien por cien en lo que estaba haciendo, hasta que le llegó un largo gemido procedente del piso de abajo. Y a Vero hablando con un tal Juanjo. De modo que se trataba de eso, su vecina esperaba visita y a ello se debía su extraña actitud y su nerviosismo. La sola idea de volver a vivir lo sucedido noches atrás hizo que se excitara de inmediato y una erección pulsante y dolorosa lo oprimió obligándolo a desabrocharse los pantalones. Miró la pantalla llena de datos y cifras y por un momento, solo por un momento, pensó en coger los tapones para los oídos que guardaba en el cajón, pero no lo hizo. En cambio, apagó el monitor y esperó con impaciencia.

Un nuevo gemido y empezó a acariciarse lentamente. Y de pronto los suspiros se volvieron irritación. Vero acusaba a su amante de... ¿Que se había salido? ¿Tan torpe era?

Detuvo la mano y aguzó el oído. Estaría pendiente por si Juanjo se ponía violento y necesitaba que la protegiera. Vero no se andaba con chiquitas a la hora de despreciar a quien no la satisfacía sexualmente, aún recordaba al pobre Manolo, y su ceguera la dejaba en desventaja ante un hombre irritado. Algunos no se tomaban bien que les reprochasen sus incapacidades sexuales.

Al parecer, y según sus comentarios, le daba otra oportunidad. Y él continuó aguardando, expectante, con el pantalón desabrochado y el oído atento a cualquier sonido.

No hubo más gemidos y sí más reproches. Que no entraba. Que se escurría. Un gatillazo en toda regla. Y él con una erección de caballo y sin poder satisfacer a su bonita vecina, que sin duda se había buscado un amante incapaz.

—Ay, Vero —susurró—. Si te tuviera desnuda en mi cama ten por seguro que no se te iba a escurrir.

Luego se dio dos collejas mentales y comenzó su tarea en solitario para bajar aquella dolorosa erección. Porque, o se relajaba, o nunca terminaría el trabajo que estaba realizando.

Un par de horas después, y cuando ya había retomado la tarea, escuchó la puerta de Vero abrirse. Se apresuró a asomarse a la única ventana que daba a la calle para ver el aspecto del gilipollas que no había podido satisfacerla, pero la vio salir sola y caminar con rapidez hacia la parada del metro. Ni rastro de Juanjo. Debía haberlo despachado enseguida, porque, según comprobó mirando por las ventanas del patio, el piso estaba cerrado y a oscuras. Sin rastro de que hubiera nadie en él.

Regresó al ordenador con la esperanza de adelantar lo suficiente y recuperar el tiempo perdido

o tendría que quedarse hasta muy tarde aquella noche.

El sonido del móvil con un mensaje entrante lo interrumpió de nuevo.

ISMAEL: Mándame los datos para revisarlos. Estoy parado hasta recibirlos.

Resopló con fuerza. No tenía nada, la tarde se le había ido en recibir a su vecina, en pensar en ella y en hacerse una paja con su imagen en la mente.

ÓSCAR: No los tengo aún. Te los envío en un rato.

I: Esto es urgente. Dijiste que te ponías a ello en cuanto llegaras a casa.

Ó: Lo sé. En un rato, te lo prometo.

No había terminado de enviar el mensaje cuando vio una llamada entrante de su amigo. Descolgó.

—¿Qué demonios te ha pasado? Óscar, esto corre mucha prisa y vamos retrasados. Tenemos que enviarle algo al cliente, ya.

Había enfado en la voz de Ismael y además tenía razón.

—Lo sé. Lo sé. He tenido una tarde complicada, pero te prometo que no me acuesto sin terminarlo y hago también tu parte para que no estés esperando hasta las tantas.

—A ver... ¿Qué ha hecho tu vecina ahora?

—¿Por qué piensas que ella tiene algo que ver?

—¿No lo tiene?

—Sí —admitió.

—Pues ya puedes contármelo si quieres aplacar mi enfado por el retraso.

—Ha recibido a un hombre en su casa.

—¿No irás a decirme que no has trabajado porque te has pasado la tarde haciéndote pajas!

—Solo una.

—Óscar, esto no puede ser. Tú eres un tío muy serio con el trabajo. ¿No te habías comprado unos taponos para los oídos?

—Sí, pero no los he usado. Le escuché el primer gemido y no fui capaz de contenerme.

—¿Y ha sido como la otra vez? ¿El tipo ha dado la talla o ha pasado como con Manolo?

—Peor. Ella no se ha corrido, ha sido un gatillazo total. Se quejaba de que le costaba meterla, de que se le escurría...

—¿Cómo que se le escurría?! ¿La polla?

—¿Qué va a ser si no?

—O el tío tiene una lombriz, o tu Vero tiene el chichi como un bebedero de patos.

—No te burles.

—Para tenerle lástima ya estás tú, amigo. Y me apuesto un huevo y parte del otro a que te morías de ganas de ofrecerte a rematar la faena.

—Te mentaría si te dijera lo contrario.

—Pues hazlo. Quítate el calentón que te produce tu vecina, o el trabajo se va a resentir.

—Ha salido, se ha librado del Juanjo este y se ha ido a la calle. Y yo me voy a poner a trabajar en cuanto terminemos la conversación.

—De acuerdo. Cuando tengas los datos me los mandas.

Cortó la conversación y se concentró en sacar adelante el trabajo que tenía entre manos. Iba a acostarse muy tarde aquella noche.

Capítulo 8

Llegué a nuestro más frecuente local de copas con unos minutos de retraso y el ánimo como para beberme todas las existencias de la bodega.

Durante el trayecto en metro no cesaba de repetirme que debería haber aceptado el ofrecimiento a tomar café de Óscar en vez de pasar la tarde tratando de que Juanjo funcionara. Pero me sentía muy valiente cuando él estaba lejos y perdía todas las fuerzas y las buenas intenciones cuando lo tenía delante. Más si lo tenía delante y medio desnudo. Bueno, solo un trocito desnudo, pero con un desnudo real.

Mis amigas me esperaban expectantes, después de mi anuncio de que tenía novedades, pero aguardaron a que estuviera sentada y con mi vaso de vodka con naranja en la mano, bien cargadito de vodka como lo pedí, para interrogarme.

—¡Holi! ¿Qué ha pasado? —me preguntó Anisi.

—He visto a Óscar desnudo.

Chus levantó los brazos al techo como pidiendo paciencia al Todopoderoso.

—Siempre lo ves desnudo, Vero.

—Pero hoy ha sido de verdad. Tenía la camisa abierta y se le veía el pecho.

—¿Para eso tanto misterio? —bufó Tere—. ¿Por ese trocito?

—Espera, espera... —pidió Anisi—. ¿Podías ver la camisa y el pecho, ambas cosas a la vez?

—Sí.

—¿No estaba desnudo entero? —siguió preguntando.

—No.

De repente me di cuenta del cambio que eso suponía. Yo estaba tan ensimismada mirando la carne real que el resto de la ropa no desapareció.

—¡Estás curada! —gritó Romina—. ¡Otra ronda! —pidió al camarero que se apresuró a obedecer.

Chus, como siempre, vino a calmar los ánimos.

—No cantemos victoria. Habrá que hacer más pruebas. Pero sin duda es una buena señal. Óscar es tu tratamiento, nena.

—También me ha invitado a café —añadí—. Pero no he aceptado.

—¿Por qué, tronca?

—Porque estaba muy nerviosa y tenía la camisa sin abrochar. No estaba segura de lo que me proponía.

—¡Curarte el veganismo, hija, que pareces tonta! —informó Romina muy segura—. Prométenos que no vas a rechazar ninguna invitación más.

Yo, con dos vodkas en el cuerpo, prometía cualquier cosa. Con las chicas me sentía fuerte, me sentía capaz de comerme el mundo. Y de bebérmelo también, dicho sea de paso. Di un largo trago a mi segunda copa, que se vaciaba rápido. Pero aquella noche necesitaba celebrar que la indumentaria de Óscar no había desaparecido ante mis ojos y también olvidar mi mala experiencia con Juanjo. Nunca, en el tiempo que llevaba probando juguetes había dejado de correrme, con un mayor o menor grado de satisfacción.

—Prometido —afirmé con rotundidad.

—Brindemos —propuso Chus alzando su vaso a lo más alto que le permitía su estatura—. Un brindis por Vero.

—¡Y que la folle el del tercero! —añadió Tere.

Y todas apuramos los vasos.

—*Babys*, necesitamos otra ronda. —En esta ocasión fue Anisi quien pidió más bebida. El piso que había enseñado gustó mucho a los posibles compradores y si lograba cerrar la venta tendría para tirar una buena temporada con la comisión.

—Esta la pago yo —ofrecí sintiéndome derrochadora a pesar de que en el banco tenía lo justo para terminar el mes. No importaba, empezaba a pensar que mi problema tenía arreglo y eso merecía una invitación. Además, enviaría el informe sobre Juanjo por la mañana y eso significaba aumentar mi saldo en unos días.

Me levanté y me dirigí a la barra para encargar una nueva consumición para todas y dejarla pagada. Solo bebida, en aquella ocasión Chus no tendría croquetas para acompañar el licor. Mi precaria economía no daba para tanto.

—Un ron con cola, un chupito de hierbas, un anís del mono, un tequila y un vodka con naranja —pedí—. No lo apuntes en la cuenta, esto lo pago ahora.

Abrí el bolso, cogí el monedero y lo saqué dispuesta a abonar la cuenta. Unas leves risitas me hicieron mirar hacia abajo y para mi bochorno vi que, enganchada de la cremallera, colgaba una de mis bragas. Unas simples, negras, de licra. El camarero me miró con sorna y también todos los ocupantes de los taburetes de alrededor.

«Tranquila, Vero», me dije con la serenidad que da llevar un par de copas encima. Solo son unas bragas. Negras y horribles, pero unas bragas. Tú les estás viendo a ellos mucho más aunque no lo sepan. Porque lo de que la ropa no desapareciera solo había funcionado con Óscar. No sabía por qué lo controlaba con él y no con el resto del mundo. Cuando estuviera menos borrosa, me plantearía en serio buscar ayuda profesional, de momento debería salir de aquel atolladero. Con calma desenganché las bragas y las volví a guardar.

—¿Cuánto es? —pregunté con cara de póker.

El barman, muerto de risa, me entregó el tique que aboné con presteza. Luego volví a la mesa con mis amigas, seguida por otro camarero que traía las consumiciones con una sonrisa socarrona. Sin duda mis bragas habían sido el espectáculo de la noche y no tenía dudas de que lo estarían comentando todos los que habían sido testigos.

Cuando se fue y volvimos a estar solas en la mesa, dije como si fuera lo más normal del mundo:

—Acabo de enseñarles las bragas al camarero y a todos los clientes que están en la barra.

Chus, que cuando se achispaba perdía parte de su comedimiento, más bien todo, exclamó:

—Ahí, con dos ovarios. Enseñando el envoltorio para que quieran averiguar lo que hay dentro.

—Si ibas a hacer un *striptease* podías haber avisado para que no nos lo perdiéramos — protestó Romi.

—No me refiero a las que llevo puestas, sino a estas —dije abriendo el bolso y sacando un poco la que guardaba.

—¡Tía! ¿Llevas unas bragas en el bolso? ¿Para qué?

—¿Sufres incontinencia con el vodka?

—Inconti... ¿qué?

—Que *ze mea*, Tere —aclaró Anisi ya con voz un poco gangosa—. Es lo que tiene el *vodja* con naranja. Yo por eso *pfeviero* el *annisi*, que deja menos «*resifuis*».

—Jo, cómo está ya Anisi —murmuró Tere—. No aguantas nada, *tronca*.

—No sufro incontinencia y tampoco suelo llevar bragas en el bolso. Solo cuando tengo que cuidar niños y hay la posibilidad de que deba pasar la noche en sus casas. Me gusta cambiarme por las mañanas. Pero esta vez he olvidado sacarlas.

—Sí, Vero. A la calle hay que ir con la ropa interior limpia —añadió Chus con una de las consabidas frases de su madre.

—Por si nos pasa algo y tenemos que ir al hospital —coreamos las demás, que ya lo sabíamos de memoria.

—Eso. Pero podías usarlas un poco más bonitas. ¿Dónde las compras?

—En el mercadillo.

—¿Compras las bragas en un mercadillo? ¡Qué horror! —se escandalizó.

—Mis ingresos no dan para más y tampoco las va a ver nadie... salvo que las saque del bolso, claro.

—Ni se te ocurra ponerte ese espantajo para Óscar —sentenció Romi—. Tan negra y tan lisa... sin un dibujito ni un adorno.

—Hagamos una colecta para comprarle bragas a Vero —propuso Anisi y, a continuación, vació el cuenco de los frutos secos en una servilleta y depositó en él diez euros. El resto de las chicas la imitaron.

Sé que debería sentir alguna vergüenza, pero los vodkas ya hacían efecto y todo empezaba a importarme una mierda. Emplearía ese dinero en comprar algo bonito para mi primera vez, si es que alguna vez conseguía tenerla.

—Muchas gracias, chicas —acepté el regalo.

—Eso no da para mucho —dijo Chus mirando los cuarenta euros del platillo.

—¿Cómo que no? —pregunté—. Se pueden comprar muchas bragas con eso.

—No de las especiales ni donde yo te voy a llevar. Como mucho, te dará para dos, y eso si las buscamos normalitas.

—Yo soy una chica de clase media, no compro en los comercios donde sueles hacerlo tú.

—Espera que se me está ocurriendo una idea para conseguir más dinero.

Tere cogió el platillo, quitó tres de los cuatro billetes dejando solo uno y se acercó, algo tambaleante ya, a la barra. Y con estupor la escuché decir:

—¿Todos habéis visto las bragas de mi amiga?

Y me señaló con el dedo. Yo no sabía dónde esconderme, parecía una estatua inmóvil. Mi rostro se volvió rojo y quise morirme.

—No hemos podido evitarlo, bonita —respondió un cliente—. Las ha exhibido ante nuestras narices.

—¿A que son horrosas?

—Muy bonitas no son, la verdad —afirmó otro.

—Es que la pobre las compra en el mercadillo porque está en paro. Y el fin de semana viene su novio, al que no ve desde hace un año. No es justo que lo reciba con eso, ¿verdad?

—Dile que lo reciba sin nada, será mejor.

El comentario jocoso provocó grandes risotadas. Yo me puse más roja aún, pero mi amiga no se arredró.

—Al chico le gusta la ropa interior sexi —siguió hilvanando su patraña—, y estamos haciendo una colecta para comprarle bragas bonitas. ¿Queréis contribuir?

Alargó el platillo y, ante mi sorpresa, varios clientes echaron mano a la cartera y sacaron algunos billetes de diez y veinte euros.

—Es la manera más original que han tenido nunca de sacarme dinero. —Rio uno de los parroquianos.

—Aquí no permitimos la mendicidad —advirtió el camarero muy serio—, pero como sois clientes habituales y es por una buena causa, esta es mi contribución. Realmente las bragas de tu amiga son horrosas. Si mi novia después de un año me recibe con eso, seguro que la dejo. —Y abriendo el bote de las propinas sacó diez euros y los depositó en el platillo—. Pero que no vuelva a repetirse —advirtió tratando de parecer serio.

—Puedes estar seguro de que no.

Tere continuó con su particular colecta, y cuando ya no quedaba un centímetro de barra donde pedir, se giró con una sonrisa.

—Gracias a todos.

Regresó con paso vacilante y depositó el contenido sobre la mesa.

—Ciento quince euros —contó Chus—. Esto sí da para algo decente. La semana que viene nos

vamos de compras. ¡Otra ronda!

—¿Y qué tal el nuevo juguétín? —preguntó Anisi con una nueva copa de anís en la mano—. ¿Juan se llamaba?

—Juanjo, por eso de que es doble.

—¿Doble qué? —preguntó Chus, abriendo mucho los ojos, ya algo vidriosos.

—Que se mete por delante y por detrás —aclaré.

—¿Por detrás dónde?

—Por el culo, *Chuz* —aclaró Anisi.

Esta puso cara de repugnancia.

—Ay, qué asco... pero si en el culo hay... caca.

—Hay a quien le gusta.

—¿La caca?

—No. Meterla por ahí.

—Sigue siendo... una asquerosidad. En mi culo... no mete nadie... nada.

—Ya me contarás cuando uno te coja por banda y te ponga mirando para Cuenca. —Rio Tere. Ella aguantaba el alcohol mejor que las demás, que llevábamos poco tiempo ejerciendo de ebrias.

—¿Por qué para Cuenca? —pregunté. Había oído algo sobre una leyenda o un acontecimiento que dio lugar a esa frase, pero en aquel momento no lo recordaba. Casi no recordaba ni mi nombre. Y esperaba estar lo bastante borracha para que al día siguiente hubiera olvidado todo lo sucedido.

—¡Y yo qué sé! No entiendo mucho de geografía —aclaró Tere—. Pero significa que te están follando de puta madre.

Asentí con la intención de buscarlo en internet cuando tuviera la mente menos borrosa.

Después de esta cuarta ronda decidimos dar la noche por finalizada. Salimos del local y, como hacíamos a veces, tomamos un Cabify para las cinco porque en un taxi no cabíamos todas. Chus tenía instalada la aplicación en el móvil y raramente nos cobraba nuestra parte. Mi mente estaba aquella noche muy muy borrosa cuando entré en el vehículo. Un reluciente Mercedes negro conducido por un chofer uniformado. Rogué por que mi estómago no se revoliera y manchase los suaves asientos de cuero. Ya había pasado bastante vergüenza esa noche.

Óscar permaneció trabajando hasta tarde. Tenía que recuperar el tiempo perdido, o Ismael y el cliente lo iban a despellejar. Al filo de las tres de la madrugada, cuando ya estaba apagando el monitor para irse a la cama, con el trabajo terminado por fin, escuchó cerrarse con cierta violencia la puerta de la calle. Su vecina había llegado y al parecer, no de muy buen humor. Esperó oír sus pasos en las escaleras, pero tardaba en subir.

Preocupado, salió y se asomó a la barandilla. La vio ascender muy despacio, agarrada con

ambas manos a los barrotes de hierro forjado y levantando los pies con mucho cuidado. No le cupo la menor duda de que había bebido por lo que cogió sus llaves y bajó a su encuentro.

—Vero... ¿estás bien? —preguntó solícito.

—Eh... sí... sí.

Ella no alzó la mirada de los escalones que intentaba subir con esfuerzo.

—Has bebido —afirmó él con cierto tono de reproche. ¿Cómo se le ocurría emborracharse con su problema? El alcohol solo podía empeorarlo.

—Unas copas, sí. Los jueves salgo con mis amigas.

Agitó la cabeza sintiendo que no tenía ningún derecho a hacerle reproches. Era lo bastante mayor para beber o hacer lo que deseara.

—Ven, te ayudo.

Se situó a su lado y la agarró por la cintura para hacerla subir, peldaño a peldaño.

Una vez ante la puerta del segundo, ella, rehuendo su mirada, hurgó en el fondo del bolso para localizar las llaves. Al observar que no las encontraba, trató de quitárselo de la mano.

—Deja que las busque yo.

—¡NO!

El grito aterrado lo sorprendió.

—¡No mires... en el... el bolso! —La voz le salía estrepajosa por el alcohol ingerido.

—¿Por qué? ¿Qué tienes ahí?

—Algo que tú... no debes ver. —Se lo abrazó al pecho como si le fuera la vida en ello.

Recordó que, la primera noche que se encontraron en la escalera, ella tenía el bolso levantado sobre la cabeza, quizás para evitar que él lo alcanzara. Las sospechas de entonces acudieron a su mente de nuevo.

—¿Drogas? No soy policía, Vero, y lo que hagas con tu vida no me incumbe. Solo trato de ayudarte a entrar en tu casa.

—No son drogas —susurró bajito.

—Sea lo que sea, no te preocupes; he visto de todo en mi vida.

—Son bragas —gimió apenada—. Unas bragas muy feas. Y ya las ha visto demasiada gente esta noche.

Vero volvió a hurgar en el fondo del bolso.

—¿Llevas las bragas ahí?

—Sííí. Y no me preguntes también tú el porqué.

—Tranquila, no voy a hacerlo. Tampoco las miraré, pero deja que busque las llaves, ¿eh?

—Sin mirar...

—Prometido.

Metió la mano y tocó algo suave, como de licra y, sin siquiera verlas, no pudo dejar de excitarse al imaginar la prenda en el cuerpo de la chica. Supo que tenía un problema con ella.

Localizó el llavero y le devolvió el bolso. A continuación, abrió la puerta, ante la evidente

incapacidad de ella para hacerlo.

—¿Te ayudo en algo más?

—¡¡¡No!!!

—Vero —dijo con voz suave y tratando de no parecer que la regañaba—. No deberías beber tanto, eso empeora tu problema. —Estuvo a punto de decir ceguera, pero recordó a tiempo que se avergonzaba de ella y se contuvo.

—No suelo beber tanto como esta noche, pero es que hoy... no ha sido un buen día.

«¡A mí me lo vas a contar! Lo sé todo».

—No te preocupes. Sea lo que sea, tiene arreglo.

No sabía qué decir. Si se descuidaba se delataría y ella sabría que la escuchaba cuando mantenía sexo y que estaba al tanto de su experiencia con Juanjo.

—Hoy hemos llevado a cabo algo horrible —siguió hablando compungida. Parecía que la borrachera le había dado por sentirse apenada en vez de eufórica—. Lo he pasado muy mal. Mi amiga Tere, la chungu, es muy lanzada, y con unas copas encima no mide lo que hace. Sé que solo quería ayudarme.

—Seguro que no es para tanto. ¿Qué ha hecho? —preguntó, aunque no pudo evitar un nudo de aprensión en el estómago. No estaba seguro de querer saberlo. ¿Le habrían hecho algo a Juanjo?

—Ha realizado una colecta en el bar para comprarme bragas. —Vero era la pura imagen de la desolación—. No podré volver por allí en mi vida. Porque todos han visto lo feas que son las que tengo y les ha dado lástima.

—Que ha... ¿qué?

—Es terrible, ¿verdad?

—No, claro que no.

Era consciente de que Vero le contaba todo aquello porque estaba borracha, y que se avergonzaría de ello al día siguiente. Aunque lo que escuchaba no tenía mucho sentido para él, prefería no saber por qué llevaba las bragas en el bolso y no donde debían estar. Tampoco quería mirar las largas piernas enfundadas en medias negras ni imaginar lo que la minifalda ocultaba.

Al fin ella entró en su piso, y antes de cerrar la puerta, le sonrió. Por primera vez le pareció como si enfocara sus ojos. Los de Vero estaban turbios a consecuencia del alcohol, pero no tenía las pupilas dilatadas por consumo de drogas. Se tranquilizó.

—Gracias —susurró ella bajito.

—No hay de qué —dijo respirando hondo—. Si necesitas algo, dame una voz por el patio y vendré enseguida.

—Vale.

Ella cerró la puerta y él subió los escalones, muy consciente de que tardaría en dormirse, preocupado por si Vero se rompía la crisma contra uno de los muebles. Luego se dijo que llevaba años sobreviviendo sin él, pero eso no lo tranquilizó. Sintiendo que había sido un día muy extraño, se metió en la cama dispuesto a descansar lo poco que le quedaba de noche.

Capítulo 9

Óscar llegó al trabajo muerto de cansancio. Decidió, puesto que tenía unos minutos, tomar un café bien cargado en la sala de descanso antes de sentarse en su mesa. Allí coincidió con Ismael.

—Menuda cara tienes, macho. Parece que te haya pasado una apisonadora por encima.

—Apenas he dormido dos horas.

—Deja que adivine, Vero regresó acompañada para sacarse la espinita y tú te has pasado el resto de la noche dándole «al pinganillo». Porque el documento me lo mandaste antes de las tres de la madrugada.

—Regresó sola, pero como una cuba.

—Tiene ovarios tu chica. Sin ver un pijo y paseándose borracha por Madrid. Pero, si no es ella, ¿qué te ha quitado el sueño?

—Ella, y no es mi chica; solo mi vecina —admitió—. Estaba preocupadísimo por si se caía en su casa o le pasaba algo. Parece ser que sale todos los jueves con sus amigas y que la historia se repite. No sé yo si las amigas son muy recomendables.

—¡No irás a cuestionar sus amistades!

—Por supuesto que no. Es solo que me comentó algo que me dejó muy rayado de una de ellas.

—¿Qué te dijo? ¿Que eran más que amigas? Puede ser bisexual, eso no es nada extraño.

—No se trata de nada de eso. —Inspiró con fuerza antes de continuar—. Anoche volvió con las bragas en el bolso.

Ismael enarcó las cejas, muy divertido

—Por lo visto se las había quitado en un bar y la amiga en cuestión había hecho una colecta para comprarle otras. No tengo ni idea de por qué, me dijo que no preguntara, pero lo que fuese la tenía muy avergonzada.

—Desde luego, Óscar, nuestra existencia es mucho más divertida desde que te has mudado. Pero si no quieres que tu vecina siga quitándote el sueño, en todos los «aspectos», haz algo. Aunque no sea tu chica, no te es indiferente. Y no me digas que le tienes lástima o que solo pretendes ayudarla, porque conmigo no cuela.

—No sé qué demonios pretendes que haga, aparte de preocuparme por ella.

—Si te lo tengo que decir, no eres tan adulto como pienso. Ahora vamos a trabajar, que ya llevamos cinco minutos de retraso.

Resignado, apuró el café y se dirigió a su mesa. La cafeína había activado su metabolismo y se encontraba más preparado para comenzar la tarea. Ismael tenía razón, debía hacer algo porque Vero había alterado su vida desde el primer momento en que la conoció y eso estaba afectando a su trabajo y a todo lo demás. Y no era lástima lo único que le hacía sentir.

Me levanté, como casi cada viernes, con un respetable dolor de cabeza y el estómago revuelto. Pero en esta ocasión no solo por el vodka, sino porque sentía náuseas cada vez que recordaba que le había contado a Óscar algo referente a la colecta. No recordaba con exactitud qué o cuánta información le di, pero por muy poca que fuese, ¿qué pensaría de mí? Aunque no la hubiera realizado yo, sino Tere, el objetivo era comprarme bragas porque las mías eran muy feas. ¿Se lo habría dicho? ¿Las habría visto cuando buscó las llaves en el bolso? Yo no lo miré apenas, estaba tan borracha que temía lo que mi imaginación pudiera ver y, más aún, lo que mi boca de ebria pudiera decir. Ya se sabe el refrán de que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

Tras una ducha, café y el paracetamol de rigor, me puse a escribir el informe sobre Juanjo. El más negativo que había enviado jamás. Después, algo más despejada, me dispuse a afrontar el fin de semana. Compra, limpieza y cocina.

A media tarde escuché subir a Óscar, pero sus pasos no se dirigieron a su planta, sino que se detuvieron ante mi puerta. A continuación, el timbre. No estaba muy presentable con el chándal de estar por casa, pero al menos no llevaba el infantil y calentito pijama de oso panda.

Abrí y me encontré con su sonrisa deslumbrante.

—¿Por qué abres sin mirar? —Me espetó apenas verme. Después de esta regañina como saludo, pareció cohibirse y añadió—: Disculpa, quería decir sin preguntar.

—Es la costumbre. Normalmente los indeseables suelen llamar al portero.

Estuve a punto de decir que ya conocía sus pasos, pero me contuve. No deseaba que supiera que espiaba sus entradas y salidas.

—Ten cuidado, por favor. Sé más precavida.

—¿Has llamado para echarme una bronca? —pregunté ansiosa por saber el motivo de su visita. En poco más de una hora debía presentarme en la pizzería, pero tenía tiempo para un café rápido, si me lo proponía. Aquella tarde estaba preparada para aceptar la invitación.

—No, solo para saber cómo estabas. Anoche parecías encontrarte un poco... perjudicada.

—Borracha, puedes decirlo. Estaba borracha. Los jueves suele suceder. Salgo a tomar unas copas con mis amigas.

Óscar me sonrió con complicidad.

—Con Tere la chungu.

—Veo que te hablé de ella —admití con pesar—. También con otras tres chicas más. Bueno, no tan jóvenes para usar esa palabra al referirme a ellas, pero son mis amigas de todas formas.

Formamos un grupo... variopinto, por decirlo de alguna manera. No creas que soy o somos unas alcohólicas, solo bebemos los jueves por la noche. El resto del tiempo nos comportamos como mujeres respetables. Tenemos nuestras peculiaridades y problemas, como lo mío, pero son gente fantástica y nos tomamos unas copitas para olvidarlos por un rato. Nos aceptamos como somos y nos ayudamos unas a otras.

No sé por qué necesitaba hablarle de mis amigas, y exculparlas por lo que hubiera podido decirle la noche anterior.

—¿Ellas también son... como tú? —Parecía turbado, sin atreverse a decir las cosas con claridad—. Quiero decir si también tienen el mismo problema.

—No, ellas tienen otros. Pero cuando nos reunimos los jueves en el JB, todas los exponemos y eso nos ayuda mucho.

—El JB es alguna asociación como la ONCE, imagino.

—¡No, qué va! La ONCE, qué ocurrencia... Es un grupo que hemos formado nosotras para soltar frustraciones. Una noche a la semana, la de los jueves, nos liberamos de todos nuestros traumas y dejamos de sentirnos bichos raros. Hacemos lo que nos apetece, bebemos, charlamos, y nos reímos de nuestros defectos.

—Un grupo de terapia, entonces.

—Sí, justo eso.

—¿Y nunca te has planteado acudir a la ONCE? A lo mejor te pueden ayudar.

—Es que mi problema no está en los ojos, Óscar, sino en el cerebro.

—En ese caso, lo mejor es un neurólogo. ¿Te ha visto alguno?

—Yo pensaba acudir al psicólogo, pero los tratamientos son largos y caros, y no me lo puedo permitir en este momento. Un neurólogo no se me había ocurrido.

—Mi madre es médico y mis hermanos también. Quizás ellos puedan recomendarte un buen especialista y, hazme caso, lo tuyo es más de neurólogo.

—¿Tú crees? —Me sentía muy escéptica; no podía tratarse de algo tan sencillo, pero si él lo afirmaba con tanta seguridad, debía tener en qué basarse.

—Estoy seguro. Llevo toda la vida escuchando conversaciones médicas y conozco al dedillo de qué se ocupa cada especialidad.

No me imaginaba yendo a la Seguridad Social y pidiendo a mi médico de familia que me enviase al neurólogo porque lo veía en pelotas. Pero quizás valiera la pena intentarlo. No perdía nada por probar.

—Pediré cita, gracias por el consejo.

Le sonreí y por un momento nos quedamos sin hablar, como si ninguno de los dos supiera cómo continuar la conversación.

—¿Estás bien, entonces? —preguntó recordando el motivo por el que había llamado a mi puerta.

—Sí, muy bien, gracias por preocuparte.

—De nada. Somos vecinos. Ya sabes, si necesitas algo, estoy arriba.

—Lo mismo te digo. Bueno, yo estoy abajo. —Por un momento nos imaginé a él arriba, a mí debajo, y sentí que me ruborizaba. Entonces desapareció la ropa—. Me refería a los pisos, claro —logré articular.

—Por supuesto. Bueno, hasta otro rato.

Giró y comenzó a subir. A pesar de mi embarazo me sentí muy feliz de que, al menos con él, pudiera mantener una conversación sin que me abrumara la vergüenza todo el tiempo. Solo cuando metía la pata hasta el corvejón. Quizás, solo quizás, algún día lo consiguiera también con el resto del mundo, o, al menos, en las entrevistas de trabajo. Porque si había algo que aborrecía era subirme a la motocicleta y repartir pizzas. Cuidar niños era más llevadero.

Óscar subió preguntándose qué clase de minusvalía tendrían las amigas de Vero. ¿Cojas? ¿Sordas? ¿Mudas quizás? Fuera lo que fuese era admirable la forma en que se apoyaban unas a otras. En cuanto cerró la puerta se reajustó los pantalones, porque la frase de la chica sobre la posición de sus pisos, dicha sin malicia, le había provocado una incipiente erección que le hizo despedirse más deprisa de lo que pretendía. Se sentó en el sofá dispuesto a descansar un poco.

Escuchó la puerta de Vero sobre las ocho y sus pasos bajando la escalera. No pudo evitar que la curiosidad lo hiciera asomarse a la ventana para tratar de adivinar por su indumentaria dónde podría ir. Según sus palabras, solo se reunía con sus amigas los jueves, aunque eso no significaba que no saliera con otras personas. A buscar hombres quizás. Hombres mudos.

Él no iba a salir aquella noche, estaba cansado y había rechazado la propuesta de Ismael de ir de discoteca. Se quedaría en casa y vería al fin esa serie que estaba deseando empezar. Y se dormiría cuando le entrase sueño.

No obstante, se sorprendió aguzando el oído cada poco rato por si escuchaba llegar a Vero.

Era cerca de la una cuando la oyó. Estuvo tentado de asomarse a la escalera por si volvía a llegar bebida, pero se contuvo. Entreabrió su puerta y aguzó el oído. Los pasos sonaban firmes y entró sin dilación en su piso, por lo que dedujo que no debía preocuparse. Tampoco escuchó ninguna voz e intuyó que no habría sexo esa noche. No sabía si eso le alegraba o le decepcionaba. Cerró y continuó viendo su serie un rato más.

Capítulo 10

El martes quedé con Chus para que me acompañase a comprar las bragas que, en teoría, debía ponerme cuando me acostara con Óscar. Algo de lo que mis amigas parecían muy seguras y que yo dudaba. No es que no lo deseara, mi vecino me gustaba como no me había gustado nadie desde hacía mucho tiempo. Pero mucho mucho. Sin embargo, él solo se comportaba conmigo como un buen vecino, nunca había dado indicios de interesarse en mí como mujer. Su ofrecimiento de ayuda no había sido sexual, estaba segura, aunque a veces me dejara convencer por las insinuaciones de mis chicas del JB de lo contrario. Era fácil dejarse llevar, meterme en su loco mundo, seguirles la corriente y olvidarme de mis problemas. Y no es que ellas no los tuvieran, que también, pero entre todas era más fácil sobrellevarlos.

Me reuní con mi amiga en la puerta de El Corte Inglés, donde al parecer venden una de las marcas de ropa interior más selecta y cara del mundo: La perla. Nunca me imaginé a Chus comprando en unos grandes almacenes, es más de *boutiques* y diseñadores, pero cuando vi los precios, lo entendí. La dependienta nos sacó algunas de las prendas, que no estaban expuestas en simples percheros, sino que había que pedir las, y con los ciento cuarenta y cinco euros que llevábamos apenas nos daba para unas minúsculas braguitas que, por supuesto, me negué a comprar. Nunca había dispuesto de tanto dinero para ropa interior, y no pensaba gastármelo en una sola prenda. Por mucho que mi amiga dijera que la primera vez era una ocasión especial, aquella delicada confección no resistiría el ataque de un amante medianamente fogoso, fuera Óscar o cualquier otro. Y si un hombre, sea quien fuera, me rompía unas bragas de ese precio salía por la ventana fijo.

Al fin escogí dos conjuntos preciosos y de muy buena calidad, uno azul con sujetador *bustier* y braguita brasileña y otro en rojo vino con sujetador *balconette* y *culotte*, de otra marca menos exclusiva. Ambos de encaje y con las transparencias justas para insinuar sin enseñar demasiado.

Chus esgrimía ante la dependienta palabras que yo jamás había escuchado para describir las prendas, pero debo reconocer su buen gusto al elegir las. En el probador, donde me pude poner los sujetadores, me di cuenta de cuánto podía favorecer una ropa interior bonita, y me prometí a mí misma que algún día tenía que conseguir un empleo que me permitiera vestir esa lencería de forma habitual. Me los quité con pesar y me iba a poner el mío, negro y liso acorde con las bragas, cuando Chus me los cogió de las manos

—Espera que pague para que te puedas poner también las bragas. Ya sabes que no se pueden intercambiar. Quiero ver el efecto del conjunto —dijo Chus, saliendo hacia la caja con las prendas en la mano y dejándome medio desnuda y expuesta. Regresó minutos después y, a través de una rendija de la cortinilla, me tendió la bolsa.

—Pruébate el de las bragas brasileñas, y avísame cuando estés lista.

Estaba preciosa, lo reconozco, y mi amiga pensó lo mismo. A pesar de mi negativa, me hizo fotos con ambos conjuntos y se las mandó a las chicas con la recomendación de que las borrasen nada más verlas. La respuesta no se hizo esperar.

ROMINA: Estás estupenda, Vero.

TERE: Muy sosos, tías. ¿No hay nada de cebra? ¿O rosa y dorado?

CHUS: Nada de cebras ni dorados, Teresa. Esto tiene que ser elegante.

T: Que no va a cantar en el coro, *tronca*, que tiene que levantársela al Óscar.

Chus me cogió del brazo, me giró y le hizo una foto a mi trasero, que sobresalía a ambos lados del estrecho trozo de tela que apenas cubría la unión entre las nalgas. La envió, ante mi vergüenza, y tecleó rápida.

CH: Si esto no lo pone a mil, es que es homosexual.

ANISI: Me pone hasta a mí. ¡Qué culo más *tupendi* tienes, Vero!

T: Para que lo chupe el del tercero.

CH: Que brutísima eres, Teresa. Los pompis no se chupan, se besan, se acarician y, si acaso, se les da un mordisquito suave.

T: Pues a mí el Jhonny, cuando se ponía cariñoso, me restregaba por la cacha tocino de jamón y me la chuperreteaba entera.

CH: Ay, qué asco, nena. Menos mal que terminaste con él. No te pegaba nada.

R: Vamos a dejar al Jhonny y volvamos a Vero y su vecino. Muy bonito el conjunto, pero opino como Tere, es demasiado formal. Yo me pondría algo con topos o flores.

Viendo la cara de Chus cogí el teléfono para leer los wasaps y respondí.

YO: A mí me gusta, y es el que me voy a llevar. No quiero topos, flores ni cebras.

A: Así se habla. Tienes que imponer tus gustos y tu criterio.

Y: Ahora, por favor, borrad las fotos. No quisiera que mi culo estuviera dando vueltas por ahí. ¡Si alguien os coge el móvil y lo ve, me muero!

A: Enseguida las borramos. El jueves los traes para que los veamos.

Y: No, que Tere es capaz de enseñarlos para que vean los parroquianos en qué he gastado el dinero de la colecta. Si queréis verlos, venid a mi casa un día a merendar.

R: Hecho. Pero nos tienes que enseñar al maromo.

Y: Llega sobre las seis la mayoría de las veces.

A: Yo tengo libre la tarde del viernes.

T: Merienda es casa de Vero el viernes.

Y: Haré un bizcocho. Pero la merienda no se puede prolongar mucho, porque tengo que estar en la pizzería a las 8.

A: Gracias, bonita. Y no te preocupes, nos comportaremos, ¿verdad, Tere?

T: Lo prometo.

Puesto que me estaba muriendo de frío, di por finalizada la conversación y me apresuré a cambiarme de ropa. Me sentía muy satisfecha con la compra, y también con mi trasero, dicho sea de paso.

Al salir, invité a Chus a tomar un café por las molestias. Sentadas en el interior de una cafetería cercana me sinceré con ella.

—Os agradezco mucho todo esto, pero si te digo la verdad, creo que morirán guardados en el cajón o acabaré poniéndomelos para repartir pizzas.

—Ni hablar, Vero. Son para tu primera vez con un hombre.

—Si alguna vez llega ese momento. Tengo treinta y cinco años y nunca he estado con nadie. Solo he tenido Manolos, Juanjos y Pepes. Y sí, he disfrutado de unos orgasmos bestiales, de quedarme sin respiración, pero nunca he tocado un pene ni he acariciado una espalda.

—Óscar va a ser tu hombre, lo presiento.

—Me gusta mucho. Más de lo que quiero admitir.

—¿Has vuelto a verlo desnudo?

—Solo de espaldas. Por delante ya sé cómo es, y solo me imagino el pecho. Pero lo que en verdad me fascina son sus ojos, de un verde intenso, transparentes y amables. Podría perderme en ellos, si no fuera porque temo mirarlo. Ya sabes, por si vuelvo a verlo sin ropa. Ahora que conoce mi problema me da más vergüenza porque sabrá cómo lo imagino. —Suspiré—. Si dispusiera de dinero acudiría a un psicólogo, pero ahora mismo no me lo puedo permitir.

—Yo creo que tu vecino puede ayudarte y te ahorrarías el psicólogo. Si algo ha cambiado cuando lo ves...

—Ha cambiado, desde luego. Ya no tartamudeo ni sudo cuando estoy con él. Solo cuando digo cosas inconvenientes. Claro que tampoco hemos estado juntos demasiado tiempo. Nuestros encuentros se han limitado a vernos por la escalera o a algún intercambio de palabras ante nuestras respectivas puertas. Me ha invitado a café y a churros, pero he rehusado.

—Pero nena, no hagas eso. —Se echó el pelo hacia atrás con la mano en un gesto mecánico—. Le estás dando a entender que no te interesa. La próxima vez haz el favor de aceptar. O mejor aún, invítalo tú y así correspondes a su ofrecimiento. O sea, tienes que crear el clima propicio para llegar a estrenar esos preciosos conjuntos que te has comprado.

—¿Tú crees? No sé mucho de relaciones ni de hombres.

—Yo tampoco soy ninguna experta, porque las dos que he tenido no acabaron bien, pero sí te puedo decir que debes romper el hielo, y darle pistas de que te interesa. Los hombres esas cosas las pillan rápido, pero tienes que hacérselo entender. Un guiño, una caída de pestañas, una frase de doble sentido... Tere te diría que te presentes en su casa vestida con uno de los conjuntos y nada más, que también lo entendería, pero tú eres menos directa y más sutil.

—Me moriría de vergüenza.

—Mentalízate y verás como lo consigues. Y si lo ves sin ropa, puesto que Óscar ya lo sabe, no te agobies.

—Es verdad.

—De tomar café a echar un *kiki*, solo hay un paso.

—Yo creo que unos cuantos, pero no deja de ser un avance. Está bien, lo invitaré. ¿Puedo preguntarte por qué no funcionaron tus relaciones? No es por cotillear, sino para, en el improbable caso de que Óscar y yo lleguemos a algo, no cometer los mismos errores.

—¿Tienes una madre odiosa que quiere controlar cada resquicio de tu vida?

—No, mi madre es un encanto y vive en Guadalajara, con mi padre. Ellos... creen que tengo un buen trabajo en una oficina y no se meten en mi vida para nada.

—Pues mis relaciones no funcionaron por culpa de la mía. Ninguno de los dos hombres con los que he salido la soportaba. No se lo reprocho, tampoco la aguanto yo; pero es mi madre.

—Lo siento.

—Lo tengo asumido, bonita.

Apuré mi café, sin saber qué decir para consolar a mi amiga. Yo no tenía pareja, pero el problema estaba en mí, no me lo generaba otra persona.

—Tengo que marcharme, Chus —dije con pesar, pues me encontraba muy a gusto en su compañía—. Debo cuidar de un bebé esta noche, sus padres tienen una cena. Gracias por echarme una mano.

—De nada. Aquí estoy para lo que necesites.

Nos despedimos y regresé a casa. Me sentía contenta con las compras, y para nada me acordaba de la forma en que había conseguido el dinero con el que realizarlas.

La tarde del viernes, y con puntualidad británica, a las cinco y media mis amigas se presentaron en casa, en teoría para merendar, pero en realidad para echar un vistazo tanto a mi ropa interior nueva como a mi vecino.

La primera en llegar fue Romi, y con una escasa sucesión de minutos, aparecieron las demás. Anisi, más lanzada, subió hasta el tercero para «visualizar el terreno».

Después nos acomodamos en el amplio sofá en el que cabíamos sin problema las cinco y tras enseñar los dos conjuntos de lencería, que contaron con la aprobación de todas menos de Tere, serví café y bizcocho de naranja. Una receta familiar invención de mi abuela y que había pasado de generación en generación.

A las seis y diez escuchamos la puerta de la calle, una cancela de hierro que hacía un ruido espantoso si no se cerraba con cuidado.

—Creo que ha llegado —comenté—. Asomaos a la mirilla una a una y con discreción.

Anisi se levantó y se acercó a la puerta, haciendo un gesto con la mano para frenar a las demás,

que permanecieron sentadas. Cuando los pasos sonaron muy cerca abrió de golpe y enfrentó a Óscar que, sobresaltado, miró hacia dentro con extrañeza.

—¡Oh! Perdona —murmuró con aire inocente—, estamos esperando a unos *coleguis* y hemos escuchado pasos en la escalera. Pensaba que eran ellos.

Él paseó la mirada por todas y cada una de nosotras con una sonrisa.

—No es por cotillear quién sube o baja —añadió Romi, algo totalmente innecesario.

—Normalmente solo subimos Vero y yo. Soy Óscar el vecino de arriba. En el primero no suele haber nadie.

—Nosotras somos sus amigas.

—Las del grupo de terapia.

—Ejem, sí. De terapia.

A Tere se le escapó una risita y yo me encogí en el asiento. ¡Cualquiera sabía qué podría decir!

—Estamos merendando, *guapi*. ¿Quieres unirme a nosotras? —Invitó Anisi.

—No, gracias, no puedo; tengo que trabajar. En otra ocasión.

—Encantadas de conocerte, Óscar —saludó Chus.

—Igualmente.

Subió de prisa y desapareció de nuestra vista. Anisi cerró y se volvió con los pulgares alzados.

—¡No lo puedes dejar escapar, Vero! Te tienes que estrenar con él —dijo bajito, por si nos escuchaba desde la escalera.

—Parece simpático —añadió Chus.

—Está *pa rechupetearlo* entero —afirmó Tere.

—Calla, no le des ideas raras, Teresa. Vero, tú sutil y poco a poco. Nada de ir derecha al mete y saca. Que use las manos. Que se note la diferencia con tus Manolos y Pepes, que son mancos.

—Hablando de ellos, enséñanoslos —pidió Romina.

—¡Sí, sí, porfi! —exclamó Anisi entusiasmada.

—De acuerdo. Terminemos de merendar y los traigo.

Un cuarto de hora después, con el servicio de café retirado y la mesa limpia, saqué el cofre de los tesoros, como lo solía llamar. Abrí la tapa y dejé a la vista la variada colección de consoladores, vibradores y otros artilugios diseñados para dar placer a las féminas. Saqué a Manolo.

—Este es Manolo. Mediocre —informé—. Ramón, su gemelo, es mucho más intenso.

—¡Hola, Manolo! ¡Hola, Ramón! De modo que gemelos —dijo Romina cogiendo a cada uno con una mano. Los movía como si fueran personajes de guiñol y usaba un tono de voz más elevado de lo normal, como si estuviera declamando en un teatro.

—¿Y este quién es? —preguntó Anisi.

—Pepe. Es más clásico, solo entra y sale y el ritmo lo tienes que marcar tú. Y aquí tenéis al mayor fiasco de la historia. ¡Juanjo! —comenté señalando la última incorporación—. Ni un triste orgasmo he conseguido con él.

—¡De modo que este es Juanjo! —La voz de Anisi sonó estridente—. Pues mándalo a tomar por *culi*, ya que no da la talla ni por delante ni por detrás.

—Por detrás no está mal, porque es más estrecho el hueco, pero por delante se sale.

—Pues tienes que ir a por un Óscar de carne y hueso. Seguro que ese no se sale.

Un coro de risas acompañó las palabras de Romina.

—¿Y esto?

—Son unas pinzas para pezones. Duelen, a mí no me gustan. Prefiero estos. —Saqué de una cajita un par de ventosas negras y las mostré en la palma de la mano—. Es un gustazo cómo succionan los pezones.

—Imagino que succionan los dos a la vez —aventuró Anisi examinándolos—. Toda una ventaja, porque que te estimulen los dos a la vez tiene que ser una gozada.

—Yo he llegado a correrme solo con eso —confesé.

Mis amigas siguieron hurgando en la caja de madera con forma de cofre y haciendo comentarios subidos de tono sobre todos mis juguetes. A los dildos los trataban como yo, como si fueran personas, los llamaban por sus nombres y escuchaban con interés mis disertaciones sobre sus características, sus ventajas y sus inconvenientes.

La tarde finalizó más rápido de lo que había imaginado. A las ocho menos veinte, tras ayudarme a recoger la cocina, se marcharon. Yo me preparé para incorporarme a un trabajo que cada vez aborrecía más.

Óscar subió a su casa muy intrigado. De modo que esas eran las amigas de Vero, las del grupo de terapia. Por mucho que las miró, no detectó ninguna minusvalía aparente. Un par de ellas hablaban, la que abrió la puerta se sostenía sobre las dos piernas. Tendría que preguntarle sobre sus diversos problemas, porque estaba muy intrigado. Parecían un grupo muy variopinto, desde luego, pero fueran cuales fuesen sus deficiencias no se apreciaban a simple vista.

Estuvo tentado de aceptar la invitación, pero la idea de que esperaban otros invitados le hizo rechazarla. También era cierto que debía trabajar y adelantar un programa cuyos detalles finales se estaban alargando más de la cuenta. Y debía reconocer que la culpa era suya, aunque no se lo confesara a Ismael para no suscitar sus comentarios jocosos. Cuando estaba en su casa le costaba concentrarse, pensaba en su vecina más de lo que debía. Entre la preocupación que le generaba su ceguera, aunque estuviera adaptada —era más vulnerable que otras personas a los accidentes domésticos y de cualquier tipo— y las expectativas de escucharla mantener sexo con sus misteriosos y mudos amantes, apenas se podía concentrar.

Se sentó ante el ordenador dispuesto a aprovechar la tarde antes de salir con Ismael a cenar. Desde el piso de abajo le llegaban risas y voces suaves cuyas palabras no apreciaba con nitidez, hasta que una de ellas se alzó sobre las demás. «Hola, Manolo. Hola, Ramón». Así que eran ellos

a quienes esperaban. ¿Sabrían sus amigas que eran amantes de Vero? Por un momento sintió una ligera punzada de celos que se negó a reconocer, calificándola de simple curiosidad. En medio de la conversación, que no podía seguir al completo porque algunas de las chicas tenían un tono de voz bajo, escuchó la palabra gemelos. De modo que eran gemelos, quizás por eso Manolo no se había sentido ofendido por la comparación con su hermano. Pepe, escuchó también. A ese no lo conocía. Y Juanjo, el pichafloja. El eunuco. Joder, se habían traído a la lista completa, aunque ellas eran cinco y los hombres solo cuatro. ¿Pensarían montar una orgía? Y una idea peregrina le pasó por la cabeza. La mujer que abrió la puerta lo había invitado a la merienda. ¿Era también una invitación a unirse a la fiesta? ¿Debía ser él el quinto hombre, el que faltaba para completar el grupo? Maldita fuera, debería haber aceptado.

Como siempre le pasaba cuando su vecina se lo montaba con algún hombre, se puso duro como una piedra. Y el programa que tenía en la pantalla pasó a ser secundario. Alguien dijo algo de succionar pezones, los dos a la vez. No pudo evitar imaginarse a dos gemelos trabajando los de Vero y un gemido escapó de su garganta. Se apresuró a bajarse los pantalones y a masturbarse con esa imagen en la mente. En los últimos tiempos tenía más sexo en solitario que en compañía y siempre con la misma mujer en la cabeza. El orgasmo fue intenso, mientras aguzaba el oído tratando de escuchar más, pero ningún sonido sospechoso o gemido llegaba del piso de abajo. Quizás por el hecho de estar en grupo se contenían.

Con las manos pegajosas, y asiendo el miembro aún palpitante, recostó la cabeza en el sillón de cuero negro. Caray con su vecina. Nadie pensaría al verla con ese aspecto tímido y recatado, con su pijama de oso panda, que fuese una fiera del sexo, una devoradora de hombres que montaba orgías en su casa, probablemente con minusválidos. Mudos, seguro. Porque a ellos no se les escuchaba en absoluto, ni una palabra. Solo voces femeninas, que ahora sonaban más apagadas. ¿Se lo habrían montado todos juntos en el sofá o se habrían repartido en las habitaciones? La sola idea de un montón de cuerpos enredados unos con otros hacía que no se le bajara del todo la erección.

Se limpió con un pañuelo de papel, de los que siempre guardaba un paquete en el cajón del escritorio, y no porque tuviera la costumbre de masturbarse frente al ordenador. Eso solo le sucedía desde que vivía en el piso de arriba de Vero. Aguardó expectante algún otro indicio de actividad sexual, pero las voces se apagaron y poco después escuchó la puerta de su vecina abrirse y voces, femeninas, despidiéndose en la planta de abajo. Después pasos bajando la escalera. No sabía si los hombres se habían marchado o no, y tampoco quiso averiguarlo. En cambio, permaneció atento a cualquier sonido proveniente del piso inferior. Solo escuchó de nuevo la puerta abrirse y cerrarse. Después, silencio.

Capítulo 11

—Me he comportado como un imbécil esta tarde. —Fue lo primero que dijo Óscar a su amigo cuando se reunieron a cenar por la noche. En aquella ocasión elegía Ismael el restaurante, uno con especialidades de pescado.

—Deja que adivine. Con Vero.

—Y con sus cuatro amigas.

—Eso ya es más fuerte. ¿Qué has hecho?

—Di mejor qué no he hecho. Creo que me invitaron a unirme a una orgía, disfrazada de merienda, y decliné la invitación.

—¿Estás gilipollas?! ¡Con las ganas que tienes de meterte en las bragas de tu vecina! ¿No te habrás acojonado?

—En realidad pensé que me invitaban a merendar. Estaban reunidas en su casa, una de ellas abrió la puerta porque al parecer estaban esperando a unos amigos. Pero me dio la impresión de que sabían que era yo quien subía. En esos pisos se oye desde los pasos en la escalera hasta...

—Hasta todo; sí, lo sé. ¿Por qué piensas que te estaban proponiendo otra cosa?

—Estaban merendando, y una de sus amigas me dijo que me uniera a ellas. Como si lo tuviera planeado. Rehusé porque, ¿qué pintaba yo allí si estaban esperando a otras personas que no conocía?

—Lógico.

—¿Pero adivina a quién esperaban? A Manolo, Ramón, Juanjo y un tal Pepe. He descubierto que Manolo y Ramón son gemelos y al parecer chupan los pezones a dúo —dijo bajando la voz para que no lo escucharan desde las otras mesas—. Y me dio por pensar que ellos eran cuatro y las chicas cinco, y quizás faltaba uno para completar las parejas y por eso me invitaron.

—Seguro que sí. Y tú has dejado escapar la oportunidad.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no bajaste cuando te diste cuenta?

—Me dio apuro. ¿Qué podía decir, aparte de descubrir que escucho todo lo que sucede en el piso de Vero? ¿He venido porque, a merendar no, pero a follar me apunto? No podía, me limité a...

—¡No lo digas, me hago una idea! Tío, como no te controles vas a acabar con la polla con los

dedos marcados como los *joysticks* antiguos de la Nintendo.

—¡Baja la voz, que se va a enterar todo el restaurante! —susurró.

—Pues ya sabes que ahora te toca mover ficha. Fuera o no una invitación de carácter sexual, tienes que corresponder. La sondeas, y si te da pie... ¡zas!

—No voy a arrojarme sobre una ciega como si fuera un salido. Tantearé el terreno, y ya veré.

—¿No será que te gusta machacártela pensando en ella? O es que temes no estar a la altura de... ¿quién era el mejor?

—Ramón. Y no temo nada, es solo que... no sé si lo que quiero es acostarme con ella. Me gustaría conocerla mejor, ganarme su confianza. —No pretendía decir eso, pero le había salido sin pensar—. Antes de llevarla a la cama, claro.

—De modo que te estás enamorando.

—No me estoy enamorando, pero me gusta.

—Bueno, ese es el camino. Tu madre estará contenta de que sientes la cabeza. ¿Te imaginas la escena? «Mamá, te presento a Vero, tu futura nuera: ciega, borracha y ninfómana. Y no una ninfómana cualquiera, sino que se tira a todos los minusválidos de Madrid, que monta orgías con sus amigas del grupo de terapia. Y que me ha convertido en un pajillero de un tiempo a esta parte».

—No se puede hablar contigo, todo te lo tomas a chanza.

—Trato de quitarle hierro al asunto, porque lo que me estás diciendo es muy fuerte. Y solo he dicho la verdad.

—Vamos a hablar de otra cosa.

—Vamos a irnos a tomar una copa y a buscar plan para esta noche, eso es lo que haremos. Tanta paja te está reblandeciendo el cerebro. Ya lo decían los curas de mi orfanato, que era una práctica peligrosa, y a tenor de lo que te está pasando, no les faltaba razón.

Se dejó llevar. Tras la cena, se fueron a un bar de copas y allí entablaron conversación con tres amigas, pero ninguna de ellas lo atrajo lo bastante para irse con ella a terminar la noche. En cambio, se despidió a una hora razonable y se marchó a casa dejando a Ismael con ellas.

Las ventanas de Vero estaban a oscuras y su piso en silencio. Se acostó y se quedó dormido, no sin antes hacerse una pregunta, que no supo cómo responder. ¿Se estaba enamorando de su vecina? El sentido común le dijo que no. El corazón guardó silencio.

Al día siguiente, siguiendo el consejo de Ismael y sus propios deseos, Óscar bajó a casa de Vero después del almuerzo. Iba dispuesto a dar el paso definitivo para que su relación con ella avanzara de alguna charla ocasional en la puerta de uno de los dos.

Ella le abrió enseguida, vestida con uno de sus adorables pijamas de animales. En esta ocasión, una jirafa.

Se sentía embarazado y sin saber muy bien cómo realizar una simple invitación a tomar café. Por su mente, sucia a todas luces, pasaba la proposición de la tarde anterior. La chica mostraba una expresión seria.

—Hola, Óscar —saludó.

—¿Cómo sabes que soy yo? —Era una pregunta estúpida y lo sabía, pero cada vez le preocupaba más su costumbre de abrir sin preguntar.

—Es obvio, ¿no?

—Has escuchado mis pasos. ¿Los identificas?

Ella se encogió de hombros, en un gesto encantador.

—Te preguntarás a qué he venido.

Vero desvió la mirada a su pecho, con un movimiento nervioso.

—Quería disculparme por haber rechazado la invitación que ayer me hizo tu amiga para... merendar. Espero que... ejem... no hubiera supuesto un problema mi ausencia.

—Ningún problema. Anisi solo pretendía ser amable.

—Tenía un trabajo que terminar.

—Vale.

—En compensación me pregunto si te apetece tomar ese café hoy. Ahora.

—Pues yo estaba a punto de subir para proponerte lo mismo. Pasa, lo estoy preparando y aún queda bizcocho de naranja.

—Gracias. Espera un segundo, que cierro la puerta.

Subió con paso rápido. Cerró y tras coger las llaves se reunió de nuevo con su anfitriona.

Esta lo esperaba en el mismo sitio donde la había dejado, y lo precedió al interior de la vivienda. Al igual que la suya, el salón era la estancia en la que se encontraba la puerta de entrada, y la cocina se divisaba al fondo.

—Siéntate, enseguida lo traigo —lo invitó ella— ¿Cómo lo tomas?

Estuvo tentado de ofrecerse a ayudarla, pero se contuvo. En lugar de eso, la obedeció tomando asiento y se dedicó a observar cómo trajinaba en la cocina, con un perfecto dominio de sus movimientos y control de los espacios.

—Con un chorrito de leche y sin azúcar.

Vero salió poco después portando una bandeja en un equilibrio que envidiaría el más experto de los camareros, la colocó sobre la mesa baja y se sentó frente a él. Luego cortó dos trozos de dulce, y los depositó en sendos platos. Óscar la miraba maravillado.

—Espero que te guste el bizcocho, es una receta familiar.

—¿Lo has preparado tú?

—Sí. Me gusta cocinar.

—Me asombra lo bien que te desenvuelves. Has preparado el café sin ningún tropiezo, calculando todos los movimientos a la perfección.

—Solo es un café —dijo ella sonriente—. Y estoy habituada.

—Sí, claro. Imagino que otras elaboraciones te resultarán más complicadas.

—Me doy buena maña en la cocina.

—Ya lo veo —dijo tomando un bocado del delicioso bizcocho—. Esto está buenísimo.

—Gracias.

La miró cada vez más decidido a saber cosas de ella. Quería conocer su vida anterior, las dificultades que habría pasado para llegar a ese grado de autosuficiencia.

—Imagino que te enseñaron en la ONCE a hacer todo esto.

Vero lo miró con el ceño fruncido y temió que se hubiera molestado con la observación.

—¿La ONCE? —preguntó extrañada—. ¿Qué manía te ha dado con esa fundación?

—Es la que adiestra a los ciegos a desenvolverse en el día a día, ¿no?

—Eso tengo entendido. ¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Que tú eres ciega.

A punto estuvo de escupir el café que tenía en la boca. Los ojos se le abrieron por la impresión y él sintió que pisaba terreno resbaladizo.

—¿Ciega yo?!

—¿No?

—No.

Empezó a sudar. Deseó que se lo tragara la tierra. Deseó estar a muchos kilómetros de distancia. Deseó ni siquiera existir.

—¿Qué te ha inducido a pensar eso?

—Pues tu comportamiento extraño. Que a veces te cuesta fijar la vista, que miras por encima de mi hombro en vez de hacerlo a la cara.

—Oh, eso... —dijo enrojeciendo de repente—. De modo que tú pensabas que ese es mi problema. Es a mi supuesta falta de visión a la que ofrecías tu ayuda. Ya decía yo...

—¿Cuál es entonces? ¿Qué te ocurre? Porque tienes un problema en la vista, ¿no?

—Algo diferente. Y no me pidas que te lo cuente.

—Vero —dijo agarrándole las manos—, Vero, mírame y dime qué te pasa. Te ayudaré, sea lo que sea.

—No puedo, Óscar, me da mucha vergüenza.

—Si ya pensabas que estaba al corriente, ¿qué más da? Entiende una cosa: me preocupas, y no podré ayudarte si no sé qué te sucede. Somos adultos, no voy a asustarme de nada.

—No estoy yo tan segura —dijo desviando la mirada, pero él la obligó a mantenerla sujetándole la barbilla.

—Venga. Me lo debes por haberme tenido preocupado imaginándote borracha y ciega por Madrid.

—¿Te has preocupado?

—Mucho —admitió, y era cierto.

—Está bien. Mi problema es todo lo contrario, veo demasiado.

—¿Hipermetropía? Eso se corrige con gafas.

Vero negó con la cabeza.

—Veo desnudos a todos los hombres con los que hablo —soltó como si fuera una bomba.

Él se encogió sobre sí mismo y, de forma instintiva, cruzó las piernas. Ella se percató del movimiento y giró la cabeza.

—Contigo ya no me pasa —dijo mirando a la pared de enfrente—. Tienes puesto un pantalón vaquero y una sudadera negra.

Aspiró hondo. Exhaló a continuación liberando el aire que le comprimía los pulmones antes de afirmar.

—Pero te ha pasado.

—Al principio sí, pero de verdad que ahora no.

—Perdona mi reacción, pero es lo último que podía imaginar.

—¿Entiendes por qué me siento un bicho raro?

—No eres un bicho raro.

—Quizás sea mejor que te vayas a casa... y que no vuelvas.

Se recompuso. ¿Qué clase de hombre era? Vero necesitaba su comprensión, su apoyo. Pero él solo podía pensar en que cuando creía que le miraba la bragueta, se la miraba de verdad.

—Solo... yo solo necesito hacerme a la idea. Dame unos minutos, por favor.

De soslayo miró un cojín que reposaba contra el respaldo del sofá y tuvo que hacer un esfuerzo para no cogerlo y colocárselo en el regazo.

—Cógelo si te hace sentir mejor —aconsejó ella, viendo a dónde se dirigía su mirada, pero negó con la cabeza.

—No lo necesito. Ya está. Asumido. Aceptado. No pasa nada.

—No es cierto, pero gracias.

—Sí lo es. A partir de ahora nada de secretos entre nosotros, ¿vale?

—Vale. Ahora sí debes marcharte; tengo que ir a trabajar.

—¿Dónde trabajas?

—Reparto pizzas a domicilio. Aunque soy licenciada en Administración de Empresas y tengo además un curso de Secretariado de Dirección, no encuentro trabajo porque siempre estropeo las entrevistas. Ya sabes, por este problema. Me pongo nerviosa, tartamudeo y doy una imagen lamentable. Nadie me contrata. Para ello tendría que entrevistarme una mujer, pero no se ha dado el caso.

—Prepárame un currículum, en mi empresa contratan personal muy a menudo. Y trataré de que te entreviste una mujer.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto. Ya te he dicho que te ayudaré en lo que pueda.

—Gracias.

—Ejem... solo te pido una cosa... si te vuelve a pasar conmigo... me lo dirás... para que

agarre el cojín.

—Por supuesto.

Se despidió con un beso en la mejilla. Y la sensación de haber hecho el ridículo más grande de su vida. Ismael se estaría riendo de él durante décadas.

Capítulo 12

Después de abandonar la casa de Vero, Óscar se sentía aturdido. ¿Cómo había interpretado tan mal todo lo relacionado con ella? Estaba acostumbrado a fijarse en los detalles, a analizarlos para llegar a conclusiones. Quizás por esto había cometido el enorme error de considerarla invidente. Porque era la conclusión lógica a su mirada errante y a su extraño comportamiento. ¿Quién iba a imaginar... lo otro? De forma instintiva se cubrió los genitales con una mano. Aunque le había dicho que con él ya no le pasaba, no las tenía todas consigo. No quería ni imaginar las burlas de su amigo cuando se lo contase. No lo haría por teléfono, porque necesitaba verle la cara cuando lo supiera, cuando comprendiera que también él había sido objeto del escrutinio de su peculiar vecina. Pero tampoco deseaba esperar hasta el lunes para darle la noticia, de modo que le puso un mensaje de WhatsApp.

ÓSCAR: ¿Estás en casa?

ISMAEL: Sí.

Ó: ¿Solo?

I: Sí. ¿Qué ocurre?

Ó: ¿Puedo ir a verte? Tengo que contarte una cosa.

I: ¿Sobre Vero?

Ó: Sí.

I: Ya estás tardando. Porque imagino que no me vas a adelantar nada por aquí.

Ó: Imaginas bien.

I: Meteré más cervezas en el frigorífico.

Ó: Vamos a necesitar algo más fuerte.

I: ¡Venite para acá cagando leches!

Cortó la comunicación y se apresuró a cambiarse de ropa. Condujo hasta la casa de su amigo tratando de encontrar la forma más suave de suministrarle la información. ¡No había forma suave de hacerlo!

Por fortuna encontró aparcamiento enseguida. Era la ventaja de no vivir en el centro. Pensando en la reacción de Ismael llamó al timbre y cuando salió del ascensor, este esperaba con la puerta entreabierta y una expresión impaciente en el rostro.

—¿Te la has tirado? —preguntó en cuanto estuvieron a resguardo de oídos indiscretos en el recibidor del piso.

Negó con la cabeza.

—Entonces, esto va de pajas. ¿Cuántas? ¿Has batido algún récord?

—Tampoco. Pon unas copas y siéntate. —La mirada llena de irritación de su amigo ante el nuevo retraso le hizo soltar la bomba sin más demora—. No es ciega —afirmó ante la cara estupefacta de Ismael.

—¿Quién no es ciega? ¿Vero?

—Ajá.

—Pero... Entonces, ¿por qué te dijo que sí? ¿Para darte lástima?

Dio un largo trago al ron con hielo que tenía en el vaso.

—En realidad, nunca me lo dijo con esas palabras. Lo supuse yo ante su comportamiento extraño.

—Comportamiento que yo mismo he podido comprobar. No fija la mirada, los ojos van erráticos sin centrarse en nada. ¿Estrábica?

—No es estrábica. Ay, amigo, ahí está el quid de la cuestión. Sí tiene un problema en la vista, pero cuando hablábamos de ello los dos aludíamos a cosas diferentes.

—¿Qué problema? Deja de hacerte el interesante de una vez, que me tienes sobre ascuas.

—Vero ve más de la cuenta, y no, tampoco es hipermetropía lo que padece. De hecho, nos ha estado viendo a los dos en pelotas todo este tiempo.

De forma instintiva, y tal como hizo él al enterarse, Ismael se cubrió la entrepierna con las manos.

—¿A ti y a mí? ¿En pelotas? ¡Pero no puede ser! Nadie tiene rayos x en los ojos y ve a través de la ropa. Eso es cosa de las películas.

—Es lo que me ha dicho y no creo que estuviera mintiendo porque parecía muy avergonzada. Y no solo a nosotros, a todos los hombres.

—¿A las mujeres no?

—Parece que no.

—Eso es muy raro, tío. ¿Será consecuencia de la ninfomanía y va soñando con follarse todo lo que se menea? ¿Algo así como evaluar la mercancía?

—Podría ser. A estas alturas y a tenor de lo que escucho en su casa, no descarto nada.

—¡Joder, cuando pienso que me miró entero, de arriba abajo!

—A mí me ocurre lo mismo. En ocasiones he llegado a pensar que si no fuera ciega habría jurado que me miraba el paquete. Y resulta que sí lo miraba. —Bebió un nuevo trago para asimilarlo—. Aunque me ha dicho que ya no le pasa conmigo.

—¿Y te lo crees?

—No sé qué creer. ¡Parecía tan agobiada cuando la obligué a decírmelo! Me confesó que reparte pizzas porque no consigue trabajo como administrativa, puesto que en las entrevistas se imagina al sujeto en cuestión desnudo y se pone nerviosa. Me ofrecí a entregarle un currículum en nuestra empresa y a conseguir que la entreviste una mujer.

—¡¡¿En nuestra empresa?! ¿Quieres que trabaje con nosotros? ¡Tú estás loco, tío! ¿Cómo voy a pasearme por ahí sabiendo que me ve las bolas?

—A lo mejor si nos ponemos debajo de los pantalones unas *culottes* de ciclista, de esos con esponjita...

—¡¿Esponjita?! ¿Y por qué no unas bragas para las pérdidas de orina? Que no, Óscar, que no. Ni se te ocurra.

—Me da pena que con su cualificación esté repartiendo pizzas. Ganan una mierda.

—No te da pena, te pone, que no es lo mismo. ¿Quieres andar machacándotela por los rincones? ¿En los baños? ¿Por debajo de la mesa? Porque no te controlas mucho con ella.

—En la oficina me controlaría.

—¡Y un cuerno!

—Se lo he prometido y la voy a ayudar.

—¡Genial! Iré encargando una armadura y diré que me he vuelto majareta, pero yo no pienso trabajar con tu Vero sin estar, como mínimo, forrado de amianto de la cabeza a los pies.

—No te lo tomes así.

—¿Cómo quieres que me lo tome? Con razón decías que necesitaba algo fuerte. —Apuró el vaso de un trago, y se sirvió otro. También rellenó el de Óscar, que bebió a su vez.

—¿Y no tiene cura?

Se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Pues estamos jodidos... porque tú no piensas mudarte, ¿verdad? Y tienes intención de entregar el currículum.

—Sí.

—Pues nada... ¡A enseñar la picha! —Y volvió a beber—. ¿Cómo lo has descubierto?

—Me invitó a merendar y yo flipaba de lo bien que preparaba el café y lo servía. Como si viera a la perfección, sin un titubeo.

—¡Como si viera! Lo ve todo... ¡Todo!

—Le pregunté si lo había aprendido en la ONCE y... Deberías haber visto su cara cuando le dije que era ciega. Y deberías haber visto la mía cuando me dijo que no.

Ismael sirvió otra ronda.

—No quiero más, tengo que conducir.

—Tú no te vas de aquí esta noche. ¿Y si te está esperando «ojos de halcón» en la escalera? ¿Y si quiere convertirte en el próximo Manolo?

—Pues alguna vez tendré que volver, vivo allí.

—Antes tenemos que diseñar una estrategia

—¿Una estrategia? ¿Para qué? Además, si quisiera enrollarse conmigo hubiera aprovechado esta tarde, que me tenía a tiro. Yo no le hubiera dicho que no.

—¡La madre que te parió! ¿Te sigue poniendo cachondo a pesar de lo que sabes? A mí se me

convierte en una avellana solo de pensarlo.

Se encogió de hombros.

—No es algo que pueda evitar. Me gusta Vero. Claro que preferiría que fuera un poco más normal, pero es como es. Y la gente la rechaza por ello. No es justo, tiene un problema, pero no le hace daño a nadie.

—Viola la intimidad, eso hace. La tuya, la mía y la de los pobres incautos que le ofrecen un trabajo.

—Ella no tiene la culpa. Está muy avergonzada y quiere ir al psicólogo para solucionarlo. Pero con su mísero sueldo de repartidora de pizzas no se lo puede permitir.

—Vale. Me estás haciendo sentir el villano de la película. Asumo que la tendremos en el trabajo como un escáner con patas.

—Lo superará, estoy seguro.

—Bueno; tú ahora bebe, porque te quedas a dormir esta noche en el cuarto de invitados. Yo sí necesito compañía para asimilar todo esto.

—De acuerdo. —Y dio un nuevo sorbo a su vaso.

Por fortuna, después de que Óscar se marchase apenas tuve tiempo de pensar en lo sucedido. La vergüenza me abrumaba y su mirada nerviosa hacia el cojín, buscando algo con qué cubrirse, me había hecho muy consciente de que acababa de perder su amistad. Por mucho que me hubiera ofrecido entregar mi currículum en su empresa, que por otra parte no tenía ni idea de a qué se dedicaba, sabía que algo había cambiado entre nosotros. Que no le importara mi problema era demasiado bonito para ser verdad. ¡Ciega! Pensaba que era ciega, y en aquel momento casi prefería serlo para no haber visto la mirada de espanto que me dedicó. Y el dolor que eso me causaba me hizo comprender hasta qué punto me estaba empezando a importar aquel hombre. Sus frases de ánimo, su ofrecimiento de ayuda incondicional me había hecho bajar la guardia y hacer que me confiara, y que pensara que era posible, solo posible, que algún día pudiera estrenar con él esos maravillosos conjuntos de lencería que guardaba en el cajón.

Sabía que las chicas esperaban noticias de la merienda, pues les había prometido que lo invitaría, y al no recibir ningún wasap de mi parte imaginarían que me había echado atrás, pero en aquel momento no me sentía capaz de afrontar sus comentarios. En aquel momento no me sentía capaz de nada, y me costó un mundo levantarme de aquel sofá y marcharme a la pizzería invadida por una profunda desesperanza.

Me hubiera gustado que fuese jueves, un jueves tan borroso que pudiera ahogar en él la tristeza que sentía. Tristeza porque el hombre del que me estaba empezando a enamorar, aunque me negara a reconocerlo, nunca más volvería a ofrecerme un café, y mucho menos tendría con él la sesión de sexo que había soñado. Como decía Tere, seguiría siendo una «vegana sexual» durante el resto de

mi vida. Porque en aquel momento, a tenor de mis sentimientos, debía ser Óscar o nadie.

Traté de apartar mis negros pensamientos para dedicarme al trabajo que con toda seguridad realizaría durante el resto de mi vida. Cuando volviera trataría de ajustar mi presupuesto para ver hasta qué punto podía permitirme el gasto que supondría tratar mi problema.

Óscar se despertó temprano, a pesar de ser domingo. Pasó un rato tendido en la cama del cuarto de invitados de Ismael pensando en una estrategia, como le había recomendado su amigo la noche anterior. Pero la suya sería una estrategia bien distinta de la que este planteaba. Vero tenía un problema, cierto, y si lo pensaba con frialdad, no era peor que ser invidente. Solo tenía que acostumbrarse a ello. No era tan grave que lo viera en pelotas, lo habían visto de esa guisa bastantes mujeres. Claro que como preludeo o en medio de un acto sexual. Nunca había tenido una relación tan profunda con una mujer, salvo Candela, como para exponerse a sus miradas fuera del dormitorio. No había compartido ducha, ni momentos íntimos de convivencia con sus ligues ocasionales. Tampoco pensaba que fuera a compartirlos con Vero, era su vecino y ella se buscaba sus amantes entre... hombres también con problemas. Quizás para compensar el suyo. Si lo pensaba con frialdad, no creía que fuese ninfómana. Estas follaban todos los días y a todas horas, y Vero, en las semanas que llevaba viviendo en su piso, solo había tenido dos encuentros, eso sí, con varios hombres, y la orgía con sus amigas. Poco para una ninfómana.

Aunque a él le gustaba mucho no tenía indicios de que ella sintiera lo mismo. Solo era su vecino, su amigo, y tenía que continuar siéndolo. Porque Vero necesitaba alguien que la comprendiera además de las borrachas y viciosillas de sus amigas, que ya no tenía tan claro que fueran minusválidas. Que lo habían invitado a unirse a ellas en una orgía múltiple, de eso estaba bastante seguro.

Apartó esas ideas de su mente, no era ni el momento ni el lugar para excitarse. Tenía que hablar con Vero y borrar de su rostro la decepción que vio la tarde anterior. Tenía que demostrarle que no le importaba, o que lograría que no le importase, que viera o imaginara hasta el último centímetro de su anatomía mientras tomaban café.

Saltó de la cama y se apresuró a vestirse con una decisión tomada.

Cuando salió de la habitación escuchó la puerta del dormitorio de Ismael.

—¿Dónde demonios vas tan temprano? Solo son las ocho y media de un domingo.

—A desayunar con Vero.

Su amigo puso los ojos en blanco.

—Estás fatal, macho.

—No voy a dejarla sola. Tengo que demostrarle que me da igual que sea ciega o que vea demasiado. Me importa ella, y voy a ayudarla a superar su problema. Redactaremos juntos un currículum atractivo para que encuentre un buen trabajo.

—Preferentemente lejos de nuestra empresa.

—Todo va a ir bien.

—Y seréis felices y comeréis perdices.

—Hoy comeremos churros y tostadas.

Recogió sus cosas y se marchó. Pasaría por la churrería y por la tahona, averiguaría qué tipo de pan compraba Vero para las tostadas y se presentaría con todo ello en su casa como una ofrenda de buena voluntad.

Escuché el timbre de la puerta cuando remoloneaba en la cama sin decidirme a apartar las sábanas y salir del entorno calentito y protector que me ofrecían. Querría permanecer escondida el resto de mi vida. Era la puerta del piso, por lo que solo podía tratarse de Óscar. La última persona del mundo a la que deseaba ver. No sabía cómo enfrentarme a su rechazo. En él me importaba.

Salté de la cama sin preocuparme de qué pijama de animales llevaba, me acerqué a la puerta y lo vi a través de la mirilla con una bolsa de papel en la mano. Abrí dispuesta a enfrentar cualquier cosa que deseara decirme.

—Buenos días, Vero.

—Hola —respondí sin mirarlo a los ojos. Vestía ropa de calle, pantalón, camisa y cazadora de entretiempo. Y yo clavé la vista en la pared, para evitarle cualquier incomodidad.

—¿Te he despertado?

—No, llevo un rato levantada —mentí.

—En ese caso, he traído el desayuno. Churros para mí y pan de cereales para ti. Me han dicho en la tahona que es el que sueles comprar.

—¿Quieres desayunar conmigo? —pregunté incrédula.

—Tenemos que hablar y yo me muero de hambre.

—Pasa, prepararé café. —Le franqueé la entrada dispuesta a escuchar lo que quisiera decirme.

—También lo traigo —comentó alzando una de las bolsas—. Hoy invito yo. Lo único que tienes que hacer es ponerle al pan lo que sueles tomar.

Entró detrás de mí. Me sentía extraña mientras cortaba el pequeño panecillo y lo metía en la tostadora. Óscar, a mi lado en la cocina, sacaba de la bolsa los dos cafés para llevar y el papel con churros. Le señalé una bandeja para que lo colocase y en silencio terminamos de ordenarlo todo. Después, nos sentamos en el sofá, como si lo hiciéramos a menudo. Como si el extraño y tenso momento vivido la tarde anterior no hubiera tenido lugar.

—Pensaba que no querrías volver a verme. Que nunca más llamarías a mi puerta —dije para romper el silencio.

—Lo sé, y por eso estoy aquí.

—Siento haberte hecho sentir incómodo. Preferiría ser ciega.

—¿Y perderte este maravilloso cuerpo mío? —bromeó para hacerme reír, señalando con una mano desde la cabeza a los pies.

—Óscar —aclaré—, de verdad que contigo ya no me pasa. Llevas puestos pantalón, camisa y cazadora, que te puedes quitar si quieres estar más cómodo, porque no cambiará nada.

Me hizo caso y se desprendió de la prenda. Luego continuó comiendo con tranquilidad. No me lo podía creer, me había traído mi pan preferido para desayunar y se estaba tomando sus churros con apetito, sin que le importara mi problema, y esta vez no tenía dudas de cuál era.

Cuando ambos acabamos de comer, me miró fijamente y esbozó la sonrisa más encantadora que un hombre me había dedicado jamás. Que me hizo revolotear mariposas gigantes en el estómago y temblar las piernas. Por suerte estaba sentada.

—Vero —me dijo muy serio—. Me importa una mierda lo que veas de mí o del resto del mundo. Eres una mujer encantadora y quiero que seamos amigos.

—Obviamente no veo a través de la ropa, solo imagino cómo serán desnudos los hombres con los que hablo. A ti, por ejemplo... —Me detuve dudando si continuar y hablarle con franqueza o dejar que ignorase lo que había visto en él.

—¿Sí? —preguntó con interés—. Continúa, quiero saberlo.

—Siempre te imaginé sin vello en el pecho. Sin embargo, un día abriste la puerta con la camisa sin abrochar y pude comprobar que tienes un poco. No eres como te veía en mi mente. Con el resto del cuerpo supongo que pasará lo mismo. No veo hombres desnudos, solo los imagino.

—¿Tienes idea del motivo?

—No estoy segura. Un día, siendo pequeña, volvía del colegio y por la escalera de mi casa vi bajar corriendo a un hombre tal como su madre lo trajo al mundo, con la ropa en la mano, y a otro detrás gritando que lo iba a matar. En los días sucesivos logré enterarme, por conversaciones de los adultos, que un vecino había descubierto a un hombre sin ropa en su casa, entonces supuse que robando, y este había huido escaleras abajo. Mi mente infantil no se cuestionó por qué robaba desnudo y lo olvidé, pero luego ya cuando tenía unos quince o dieciséis años empecé a trasladar la imagen de aquel hombre a todos con los que mantenía una conversación. Al principio eran como él, rubicundos y con algo de sobrepeso, pero poco a poco y sin percatarme de ello fue cambiando el aspecto y adecuándose a la constitución física del sujeto en cuestión. No sé si viene de ahí o de... —Me callé antes de confesar que a mis treinta y cinco años no había visto un hombre real desnudo. Si lo hacía me convertiría a sus ojos en un bicho más raro que por el hecho de ver tíos en pelotas—. Cualquiera otra cosa.

—Bueno, pues conmigo no tienes que preocuparte. Es más —se levantó y empezó a desabrocharse la camisa ante mis estupefactos ojos—, te mostraré cómo soy para que cuando me mires no tengas que imaginar nada.

Se quitó la camisa, dejando a la vista un torso delgado y fibroso por el que paseé la mirada sin reparo. Unos hombros fuertes y unos brazos tonificados, sin músculos excesivos. Y unas manos que se afanaron con la cremallera del pantalón. A mí se me secó la boca cuando dejó caer la

prenda hasta los tobillos.

—Suficiente —susurré mientras paseaba la vista por aquellos muslos cubiertos de un fino vello rubio por los que también me hubiera gustado deslizar las manos... y la boca—. Déjame algo para la imaginación.

—Mira sin reparo. Si te vuelve a suceder, quiero que me veas tal como soy.

—Eso ni lo dudes. —«No se me olvidará esta imagen»—. Gracias, de verdad. Significa mucho que no me rechaces y quieras seguir siendo mi amigo.

Con una sonrisa, volvió a vestirse y a ocupar su lugar en el sofá.

—En cuanto terminemos de desayunar vamos a revisar tu currículum y a enviarlo a algunas empresas, incluida la mía, donde tengo contactos y podría conseguir que te entreviste una mujer.

—Gracias, eso sería fantástico —respondí eufórica.

Si Óscar me apoyaba, si estaba a mi lado, todo empezaría a ir mejor. Mi suerte iba a cambiar. Tal como había cambiado aquella mañana de domingo.

Capítulo 13

Apenas Óscar se marchó me faltó tiempo para coger el móvil y buscar el JB entre los iconos. No sabía qué contar primero, si mi «ceguera» o que se había desnudado para mí. La visión de ese cuerpo de miembros largos y elegantes llenaría mis fantasías nocturnas durante mucho tiempo.

Decidí dejar que mis ebrias marcaran el ritmo.

YO: Hola, chicas. Tengo noticias.

TERE: ¿Te lo has tirado?

Y: No. Pero se lo he visto «casi todo».

ROMI: Define casi.

ANISI: ¿La vara de mando?

Y: Eso no. Se dejó los gayumbos.

CHUS: ¡Mecachis!

Y: Se ha ofrecido a presentar mi currículum en su empresa. Y a conseguirme una entrevista con una mujer.

R: Eso está genial. Y de lo otro... ¿Hay posibilidades de que lo veas al completo?

Y: No creo, al menos de momento.

A: No desesperes, *guapi*, todo llegará.

Y: Os tengo que contar otra cosa. Cuando hablábamos de mi problema, no pensábamos en lo mismo. Creía que era ciega.

CH: ¿Ciega?

A: ¿En serio? ¿Por qué imaginaba eso? ¿Tienes bastón o algo? ¿Vas con gafas de sol por la casa? ¡Es *superchuli*!

Y: No. Me dijo que lo pensaba porque no le miraba a los ojos.

R: ¿No le dijiste que le mirabas otras partes más interesantes?

CH: ¿Los testículos, por ejemplo?

Y: Se lo imaginó. Y yo no le miro esas partes a propósito. Le doy una ojeada general a todo el cuerpo.

R: Pero ahora le ha quedado claro lo que te pasa, ¿no?

Y: Sí. Y se quedó tan estupefacto que pensé que no volvería a llamar a mi puerta nunca más. No dejaba de mirar al cojín del sofá como si quisiera cubrirse con él. No le dije que eso no serviría de nada. Sí le comenté que con él ya no me pasaba.

R: ¿Y es cierto?

Y: La mayoría de las veces. Ahora, desde que se desnudó para que lo viera y no me lo inventara, creo que no podré sacarme la imagen de su cuerpo real de la cabeza a ninguna hora.

T: ¿Y no aprovechaste la ocasión para meterle mano? ¿Estás tonta o qué? Ningún hombre se desnuda si

no es con intención de llegar a algo más.

Y: Me dijo lo del currículum.

T: ¿Pero qué clase de tío es? ¿En gayumbos delante de una mujer y habla de trabajo? Creo que te vas a tener que buscar a otro más *espabilao*, hija, o te mueres vegana.

Y: No quiero a otro. Me gusta Óscar.

A: No la presiones, ya lo conseguirá. Y si tiene que ser él, será él, ¿verdad, *cari*?

Y: Será él, o nadie.

T: Ay madre, que a ti la silicona te está llegando al cerebro. Primero líbrate de la abstinencia y luego vete a por tu vecino. Mira que más vale pájaro en mano que ciento volando. Para un revolcón cualquiera vale. Luego ya te pones exquisita con el del tercero.

Y: No seáis pesadas, ya surgirá si tiene que surgir. Ahora os voy a dejar, que tengo trabajo.

R: Vale, ya nos cuentas.

Cerré el chat y me puse a organizar los informes. También a enviar currículums a otra tanda de empresas. Si a Óscar estaba consiguiendo verlo a veces con ropa, quizás me sucediera lo mismo con algún entrevistador. Estaba cansada de recorrer Madrid en moto repartiendo pizzas.

De nuevo tenía que recibir un paquete. Y de nuevo no estaba en casa cuando llegó. Me llamaron para cuidar de un bebé de forma imprevista, y aunque era consciente de que recibiría el envío esa tarde, me resigné a recogerlo en el almacén de la empresa de paquetería. Sobre las seis y media me enviaron una notificación de que se lo habían dejado al vecino del tercero, lo que me daba una ocasión perfecta para verlo. De modo que cuando regresé subí del tirón a casa de Óscar. No lo había visto desde la mañana del domingo, cuando me invitó a desayunar. Cuando se desnudó para mí.

Me abrió vestido con un pantalón de chándal y una camiseta de manga larga gris. Los temores que sentía de que su imagen sin ropa copara mi mente no se hicieron realidad, solo prevalecía en mis sueños.

—Hola, Óscar. Creo que te han dejado un paquete para mí —dije confiando en que estuviera bien cerrado.

—Así es. Pasa.

Lo seguí al interior del salón. Sobre una mesa auxiliar se encontraba la habitual caja blanca, cerrada y a salvo de miradas indiscretas.

—Compras mucho por internet —me dijo con una sonrisa que iluminó los ojos verdes.

—Bastante. Me resulta muy cómodo, aunque no siempre puedo estar en casa para recoger los paquetes.

Mentí como una bellaca. Me moriría de vergüenza si conociera mi actividad profesional con los juguetes eróticos y mucho más si supiera que eran mi única relación sexual. A mis treinta y cinco años, aquello pesaba como una losa y me convertía en un bicho muy muy raro. Pero, ahora

que conocía a Óscar, me encontraba incapaz de irme a la cama con cualquier otro, como habría hecho en el pasado de haberse presentado la oportunidad.

—Cuando hagas alguna compra puedes poner mi casa como lugar alternativo para la entrega —ofreció.

—Gracias.

—De nada, mujer. —Pareció titubear un poco—. ¿Te apetece tomar alguna cosa? No he cenado aún, si quieres puedo preparar algo para los dos.

Me moría de ganas de pasar un rato con él, pero pensé que sería abusar permitirle que me invitase de nuevo.

—Dejé preparada una tortilla de patatas. —Propuse—. Puedo subirla y la compartimos.

—Me encanta la tortilla.

—Voy por ella.

Bajé deprisa los escalones. Estaba deseando dejar en casa, y a buen recaudo, lo que quisiera que me hubiesen mandado esta vez. Casi siempre sentía impaciencia por descubrir qué era, incluso por probarlo, pero en aquella ocasión me importaba un bledo.

Dejé la caja sobre el mueble de la entrada, cogí la tortilla y una barra de pan y subí con presteza la escalera.

Óscar estaba poniendo la mesa para dos, y me sentí casi casi como si tuviera una cita con él. Mariposas gigantes revoloteaban por todo mi cuerpo. Y seguía viendo el pantalón de chándal y la camiseta.

«Bien, Vero», me dije, «esto funciona».

—Solo tengo agua para acompañar la comida. No he hecho la compra, y tampoco esperaba visita —se excusó depositando una jarra sobre la mesa, a la vez que me invitaba a sentarme.

—Es lo que suelo beber. No tomo alcohol más que los jueves, cuando salgo con mis amigas.

—Pero tomas mucho. Me preocupa que andes por ahí ebria cada semana.

—Solemos volver en taxi o en Cabify. ¿Tú no tomas alcohol nunca?

—Por supuesto que sí, pero no me emborracho cada semana. Mi madre es médica y me inculcó desde muy jovencito los riesgos del alcohol.

—Será porque no tienes penas que ahogar —susurré recordando mi maltrecha existencia, un poco menos maltrecha desde que él había entrado en ella.

—Los problemas no se solucionan bebiendo.

—Pero se olvidan por unas horas.

—Hay formas mejores de olvidarlos —me dijo clavando con fijeza sus increíbles ojos verdes en mi rostro—. Por ejemplo, contárselos a alguien.

—Ya lo hago, con mis amigas. Pero ellas también tienen los suyos y acabamos ahogándolos los jueves, en el JB.

—Yo estoy aquí de lunes a domingo. Puedes contármelos a mí. Por cierto, he entregado tu currículum en mi empresa y también lo he enviado a otras que colaboran con nosotros. A ver si

hay suerte.

—Gracias. ¿Dónde trabajas?

—Soy informático en una fábrica de coches. Me ocupo de que los ordenadores funcionen a la perfección. Y en los ratos libres Ismael y yo hacemos programas «a la carta» para clientes particulares.

—Debe ser estupendo tener un trabajo estable y saber cuánto cobrarás a final de mes. Yo cobro por entrega, y también por horas, cuando cuido niños. Eso hace mis ingresos muy variables. Si tengo un mes bueno no me atrevo a darme ningún capricho por si al siguiente no llego.

—¿Por eso te hacen tus amigas colectas para comprar ropa?

Tuvo la delicadeza de no decir bragas.

—¡Calla, que pasé mucha vergüenza!

Me miró con intensidad y tuve que desviar la vista de sus ojos. Y todo empezó a fallar, porque la camiseta desapareció. Por suerte estaba la mesa entre ambos.

—Tengo una curiosidad sobre aquella noche. ¿Te importa si te hago una pregunta?

—Hazla. Nada puede ser peor que el bochorno que Tere me hizo pasar. —«Y el de estar viéndote las tetillas».

—¿Por qué te quitaste las bragas?

—¡Yo no me las quité! —La camiseta volvió, con gran alivio por mi parte.

—Las traías en el bolso.

—Las de repuesto.

Una sonrisa iluminó su cara, creo que para evitar la carcajada.

—¿Llevas bragas de repuesto? De verdad eres muy especial.

Sé que lo dijo para no soltar que era un bicho raro. Pero lo era, y él aún no sabía hasta qué punto. Sentí la necesidad de defenderme.

—Solo cuando hay la posibilidad de que duerma fuera. Me gusta cambiarme por las mañanas.

—Entiendo. Y los jueves sueles dormir fuera.

—No, los jueves no. Fue otro día, pero no me había acordado de sacarlas.

Tenía una expresión extraña mientras me miraba. Quizás estaba imaginando que yo dormía fuera con hombres, pero no lo saqué de su error. Quería que me considerase una mujer experimentada, que había tenido aventuras y relaciones con algo más que con mis amantes de pega. No obstante, no deseaba que me hiciera más preguntas, porque no quería mentirle, pero tampoco confesarle la verdad. Desvié la conversación hacia él.

—Ya basta de hablar de mí, ahora cuéntame algo sobre tu vida.

—¿Qué quieres saber?

«Todo»

—Por ejemplo, el motivo por el que te has mudado a vivir aquí.

—Porque estaba harto de perseguir tenedores.

No pude evitar soltar una risotada.

—Y la especial soy yo, porque llevo bragas en el bolso.

—Bueno, en sentido figurado. No es que lo hiciera literalmente, pero compartía piso y los compañeros se llevaban los tenedores, vasos y platos a las habitaciones y se olvidaban de devolverlos a la cocina. A veces he llegado a comer con las manos, sobre todo cuando estaban enrollados con alguien y no quería llamar a la puerta para no molestar.

—¿Escuchabas a tus compañeros de piso cuando mantenían relaciones sexuales?

—La mayoría de las veces. Y supongo que ellos a mí también.

—¡Qué horror! Yo me moriría de vergüenza. Menos mal que vivo sola —dije dándomelas de mujer moderna y liberada que hace el amor con frecuencia.

—Sí, menos mal. Aunque tampoco es tan grave —respondió mirándome muy serio—. Es algo natural.

—También lo es hacer pis y no lo hago a la vista de todo el mundo.

—No es lo mismo. Yo no los veía, solo los escuchaba. De verdad que no tiene importancia, Vero.

—Pero tú ¿cómo te sentías? ¿Te quedabas impasible, como si no estuvieras oyendo tal cosa?

Óscar desvió la mirada hacia la tortilla con una expresión enigmática.

—A veces. No siempre.

—¡Ufff! Me hubiera dado mucho pudor escuchar a otros, y que me escucharan a mí, ni te cuento.

—Por suerte vives sola, como bien has dicho.

—Sí, menos mal. Nunca he compartido casa.

—Yo lo hice porque antes de independizarme pasaba solo la mayor parte del tiempo. Mi padre murió cuando era adolescente y mi madre y mis hermanos mayores son médicos. Trabajan mucho, con turnos cambiantes, y yo estaba cansado de comer solo, ver la televisión solo y muchas otras cosas. También el tiempo que estuve viviendo con mi novia pasaba tiempo solo. Ella es enfermera y tiene turnos y guardias larguísimas. Cuando lo dejamos necesitaba compañía. Ver alguna película, tomar una copa o desayunar con alguien como hicimos nosotros el domingo. De modo que busqué un piso compartido y he vivido de esa forma seis años. Sin embargo, ahora ya necesito otra cosa. Quiero los tenedores en la cocina y no encontrar ropa desperdigada por doquier. Supongo que todo llega con la edad.

—Hablas como si fueras un viejo. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y ocho. ¿Y tú?

—Tres menos.

—Una edad perfecta para una mujer.

—¿No te gustan las jovencitas?

—Cuando era jovencito, sí. Ya no lo soy. Ahora prefiero mujeres hechas y derechas, experimentadas, que sepan lo que hacen. ¡No tengo vocación de profesor! Mujeres ardientes y exigentes en la cama, que se entreguen al máximo y que también me pidan lo mismo.

—¿Te refieres a ligues ocasionales?

—No estoy con nadie en este momento. Lo mío con Candela acabó, pero estoy abierto a intentarlo de nuevo si llega una persona especial, no tengo problema con eso ¿Y tú? Imagino que los tuyos son encuentros esporádicos también.

—Sí, muy esporádicos. Pero me gustaría encontrar al hombre de mi vida, tener pareja y todo eso.

Él alzó la mirada con una chispa brillante en los ojos.

—No desesperes. A lo mejor tu media naranja te está esperando a la vuelta de la esquina.

Me encogí de hombros. Prefería encontrarlo algo más cerca. En el tercero, por ejemplo.

De repente, el móvil de Óscar vibró sobre la mesa auxiliar. Le echó un vistazo y cortó la llamada.

—Es mi madre —dijo—. La llamaré más tarde.

Sin embargo, yo sentí que nos habían cortado el rollo. Hacía rato que habíamos terminado de cenar y la sobremesa se había prolongado bastante. Me levanté dispuesta a marcharme.

—Yo debo irme ya. Tengo cosas que hacer.

—Bien —dijo—. Mañana te devuelvo el *tupper* limpio.

—Puedo llevármelo ahora.

—Ni hablar. Ahora descansa. Espero que repitamos esto alguna vez, me encanta comer en compañía. Y la tuya me resulta muy grata.

—Y a mí la tuya.

Me dirigí hacia la puerta más feliz que una perdiz.

—Buenas noches, Vero.

—Hasta mañana, Óscar.

¡Qué bien sonaba mi nombre en su boca! Nunca, desde la adolescencia, había disfrutado de la compañía de un hombre en una comida. Y mucho menos me habían hablado de repetir.

Llegué a casa y, por costumbre, abrí la caja blanca para averiguar qué me habían enviado en esta ocasión. Se trataba de un dildo tipo conejito rampante con succionador de clítoris en lugar del pequeño apéndice vibrador que este tipo de aparatos solía tener. Prometía placeres intensos, pero no aquella noche. Aquella noche era de Óscar y no me apetecía «ponerle los cuernos» con un desconocido. Porque ni siquiera sentía ganas de bautizarlo en aquel momento. Porque me había dicho que le gustaba mi compañía. Y que no tenía novia.

Claro que también dijo que le gustaban las mujeres experimentadas, pero yo lo era, ¿verdad?

Capítulo 14

La mayor parte del día siguiente, estuve cuidando al bebé de la tarde anterior. La madre trabajaba y la criatura estaba enferma y no podía ir a la guardería.

Llegué a casa sobre las ocho y encontré iluminadas las ventanas del tercero. Tuve que contenerme para no subir con cualquier excusa y ver a Óscar, aunque solo fueran unos minutos. La cena de la noche anterior me había dejado con ganas de más. De mucho más. Una vez que me metí en la cama mi cabeza vagó libre por las imágenes reales de su cuerpo. Dejé que sus manos de dedos largos y cuidados acariciaran las mías, imaginé sus ojos verdes turbios por la pasión; su voz, ronca de deseo, susurrando palabras que al principio fueron eróticas y acabaron siendo de amor. Tuve claro que me estaba enamorando de él, que lo que me hacía sentir era mucho más intenso que unas simples ganas de sexo.

La conversación que tuvimos sobre las relaciones me había llevado a pensar, durante las turbias horas de vigilia nocturna, que ambos estábamos preparados para mantener una relación amorosa, aunque él no había dicho en ningún momento que la deseara conmigo. Yo sí la deseaba con él, más allá del hecho de querer llevarlo a mi cama. Quería compartir comidas, ratos de ocio y desayunos. Todo lo que él había mencionado la noche anterior que le gustaba hacer en compañía.

Sacudí la cabeza y deseché esos pensamientos que, de momento, no me llevarían a ninguna parte. También ignoré la idea de subir no fuera a pensar que lo que quería, más que su compañía, era recuperar el *tupper* de la tortilla. Además, tenía trabajo. Y era consciente de que después de ver a Óscar me costaría probar un juguete nuevo con la debida frialdad para emitir un juicio fidedigno, porque su cara, su boca y su miembro se colarían en mi cabeza sustituyendo al objeto del análisis.

Me tomé mi tiempo para ducharme y también para cenar, dándole la oportunidad de que fuera él quien bajase, pero no lo hizo. Tras la cena, me metí en la cama y preparé la grabadora, dispuesta a trabajar.

Lo primero fue ponerle nombre al nuevo aparato, tarea difícil porque solo uno me venía a la cabeza. Pero no podía llamarlo Óscar. De modo que opté por Arturo, como el de la tabla redonda, esperando que, como aquel, estuviera a la altura de mis expectativas.

Lo saqué de la caja y, tras lavarlo de forma concienzuda, siempre lo hacía, procedí a empezar. Giré la cabeza hacia la grabadora y hablé.

—Bienvenido, Arturo, a esta familia que cada vez cuenta con más miembros. Espero que estés a la altura. Tengo el clítoris muy sensible y hace tiempo que nadie le hace los honores.

Comencé la prueba y pronto me di cuenta de que era uno de los mejores juguetes que había usado. La succión del clítoris no tenía nada que ver con la vibración de los aparatos que tenía en casa. Los gemidos empezaron a escapar de mi garganta de forma regular. Modifiqué un poco el ángulo y también jugué con la velocidad y la intensidad. El placer resultó abrumador.

—Ahhh, Dios, sí. Esto sí...sííí, tú sí que vales. Nunca... nunca me habían trabajado el clítoris así. Ahhhh... Ahhhh. De diez, Arturo... ahhhh. ¡Eres un portento!

Mientras hacía la prueba imaginaba los labios suaves de mi vecino haciendo maravillas en mi cuerpo, creando sensaciones intensas que se arremolinaban en mi vientre proporcionándome un orgasmo abrasador. En medio del torbellino de placer, Arturo pasó a segundo término y otro nombre escapó de mis labios, entre gemidos entrecortados.

—Óscarr.

Después, caí desmadejada sobre la almohada, con los ojos cerrados y tratando de recuperar la respiración. Sin embargo, el succionador seguía funcionando y el placer volvió a crecer dentro de mí, por lo que me dispuse a disfrutar, con los increíbles ojos verdes de mi vecino en mi mente, de un segundo asalto. Después del fiasco de Juanjo, Arturo era un verdadero campeón. Tenía el clítoris muy sensible y a veces los vibradores por fricción me lo dejaban irritado, pero Arturo era diferente. Me dejé llevar una y otra vez por su magia, hasta acabar agotada. Exhausta, apagué la grabadora y, como solía, pospuse el informe para el día siguiente.

Óscar escuchó llegar a Vero y estuvo tentado de bajar a devolverle el *tupper*. Pero tenía trabajo y no confiaba en que, una vez en su puerta, pudiera resistir la tentación de quedarse un rato si ella lo invitaba a entrar. Lo había pasado muy bien la noche anterior y deseaba repetir. Su vecina tenía una conversación entretenida y había disfrutado mucho de su compañía. De modo que decidió adelantar el trabajo y posponer un día la devolución, para disfrutar con tranquilidad de un rato de charla. Si surgía la oportunidad.

Cenó un sándwich mientras trabajaba, algo que hacía con frecuencia si estaba muy enfrascado en la tarea, y cuando terminó se acostó a ver una película, resistiendo la tentación de bajar. Eran las doce menos veinte de la noche, la hora civilizada para hacer visitas sin invitación había pasado hacía rato. Se resignó a esperar un día más para ver a su vecina y, a ser posible, pasar un rato con ella.

Estaba haciendo *zapping* para buscar en Netflix algo que lo distrajera y llamara al sueño, cuando escuchó la voz de Vero en el piso de abajo. Hablaba con alguien llamado Arturo. Soltó el mando sobre la cama y aguzó el oído tratando de averiguar si era una simple visita o un nuevo rollete. Los gemidos no tardaron en llegar y los elogios al amante, tampoco. Se bajó los

calzoncillos, dispuesto a masturbarse como solía hacer cuando su vecina mantenía relaciones sexuales, pero no se sentía excitado aquella noche. Sí irritado con aquel tipo que la hacía gemir de una forma tan intensa. Mudo también, porque no emitía un solo sonido. Claro que, si estaba ocupado con el clítoris, como afirmaba Vero, no podría hablar. De todas formas, él se moría por ocupar su lugar, por que fuera su nombre el que susurrara. Por hacerla estremecerse con su boca y con sus manos. Tanto que hacerse una paja mientras la escuchaba, esa noche no le apetecía. La quería a ella, entre sus brazos, bajo su cuerpo. Bajo su boca.

Cada suspiro, cada palabra y cada gemido se le clavaba como un agujonazo doloroso. No comprendía qué le pasaba aquella noche, su reacción era muy diferente a la de otras veces en que había disfrutado escuchando a Vero correrse con otros hombres. Esa noche quería que lo hiciera con él, y con nadie más. Que el maldito Arturo fuera un fiasco como Juanjo, o como el mediocre de Manolo. Quería escucharla burlarse de él, y recriminarle su incapacidad amorosa. Pero solo oía halagos, y eso lo tenía muy crispado. Casi furioso.

De pronto, su nombre traspasó las paredes y aguzó el oído. ¿Era su imaginación o Vero lo había llamado? Tal vez el tipo se estaba propasando y necesitara ayuda. Tal vez el jodido Arturo le estaba haciendo daño. Y él le iba a machacar la cabeza si era así.

Saltó de la cama y, en calzoncillos y descalzo, acudió presto al rescate. Bajó los escalones de dos en dos, y se detuvo a escuchar tras la puerta del segundo. En principio no oyó nada y por su mente pasaron escenas terribles de Vero maltratada o herida. Luego, nuevos gemidos de placer y susurros ponderando las habilidades del maldito Arturo le hicieron percatarse del ridículo que había estado a punto de hacer si hubiera tocado el timbre. Dio media vuelta y regresó a su piso, con un humor negro y el corazón estallando de celos. Las palabras de Vero sobre que nadie le había comido el clítoris como aquel mudo imbécil lo tenían muy ofuscado. Más que ofuscado, cabreadísimo. Porque estaba seguro de que él lo haría mucho mejor, pero claro, no era mudo y no sabía si se trataba de una condición indispensable para llegar a la cama de Vero.

Incapaz de conciliar el sueño se levantó y abrió el ordenador, tratando de trabajar o de distraerse. No consiguió ninguna de las dos cosas. Solo aguzar el oído para saber si «el portento» se quedaba a dormir o no. Puesto que después de un buen rato de gemidos no escuchó la puerta ni pasos en la escalera, comprendió que Arturo se había ganado el derecho a hospedaje. ¡Mal rayo lo partiera!

Se levantó y se sirvió una copa. A su mente volvieron las palabras de Vero de la noche anterior sobre que el alcohol hacía olvidar los problemas, pero él no tenía un problema con su bonita vecina. Solo un encoñamiento frustrado y unas ganas terribles de acostarse con ella. Porque ya no le tenía lástima ni sentía que se estuviera aprovechando de una persona con minusvalía. Además, era lo bastante promiscua para ser uno más entre sus amantes. ¡Joder, pero no era mudo! Y Vero lo invitaba a tortilla, y a café con bizcocho, pero a nada más. Para el sexo buscaba sus amantes Dios sabía dónde. ¿Habría una página o una asociación de mudos donde los localizaba? Tecléo en Google la palabra mudo, pero solo encontró una entrada de la Wikipedia con explicaciones sobre

la discapacidad y poco más. Luego probó con «asociación de mudos» y tampoco tuvo resultados satisfactorios. Al final decidió ir al grano y escribió «follar con mudos» y le llegaron enlaces de videos porno que ni siquiera abrió. Cabreado, cerró todas las pestañas, apagó el ordenador y se metió en la cama dispuesto a dormir, si su frustración se lo permitía.

El estado de ánimo de Óscar no había mejorado cuando entró en la sala de descanso de su empresa para tomarse el primer café del día. Lo necesitaba mucho, porque apenas había pegado ojo. Había caído en un duermevela que no le permitió descansar, esperando y temiendo una nueva sesión de gemidos.

Ismael solo tuvo que mirarlo unos segundos para adivinar su malhumor.

—¿Una noche dura? —le preguntó con sorna.

—No he pegado ojo —respondió adusto, sirviéndose un café bien cargado—. Vero se ha traído otro tío a casa —masculló.

—¿Cuántas?

Alzó la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—¿Cuántas, qué?

—Pajas, por supuesto.

—¡Ninguna!

—¿En serio? ¿Ha sido otro fiasco como el eunuco?

—¡Ha sido el puto amo! Le ha hecho de todo en el clítoris, la tenía loca de gusto —gruñó.

—Pero tú no...

—¡Que no, joder! ¡A ver si te piensas que me voy a pasar la vida haciéndome más pajas que un mono!

Había alzado la voz y un compañero entró en la sala de descanso, riendo.

—¿Quién se hace más pajas que un mono?

—Un amigo nuestro —intervino Ismael—. No le conoces.

Óscar apuró el café de un trago, quemándose la garganta, y salió hacia su mesa. Lo único que le faltaba era que lo catalogaran como el pajillero de la empresa. Ismael lo siguió, dispuesto a llegar al fondo del cabreo de su amigo.

—¿Se puede saber por qué estás tan enfadado? —dijo bajito y aprovechando que no había nadie más alrededor—. ¿Ya no te pone Vero? ¿Es por lo de sus visiones? ¿Te incomoda escuchar sus maratones sexuales? ¿Es eso?

—No es eso. Me pone mucho más que antes.

—Entonces ve a por ella. Por lo que me dices tiene una mentalidad abierta respecto a las relaciones, porque no suele repetir con un hombre. Hazle saber que estás interesado en formar parte de su harén.

—De mudos —gruñó.

—¿Este también?

Asintió con la cabeza.

—Tiene fijación la chica —afirmó Ismael sonriente.

—Y yo hablo —exclamó con pesar—. No sé dónde los encuentra. No debe haber tantos tíos con problemas en el habla y dispuestos a echar un polvo con Vero, digo yo. He buscado en Google a ver si existe una asociación de mudos calientes o algo por el estilo, pero no he encontrado nada.

—¿Mudos calientes? Joder, Óscar... lo tuyo es muy fuerte. Creo que solo tiene una solución. Espera.

Ismael salió en dirección a su mesa, situada en el otro extremo de la habitación, para regresar poco después con cara circunspecta. Se acercó a su amigo ocultando algo en las manos.

—Esta noche te presentas en casa de tu vecina de esta guisa. —Y antes de que se pudiera dar cuenta, le colocó dos tiras de celo cruzadas en la boca—. Es lo más parecido a un mudo que puedes ser, a menos que te cortes la lengua.

—¡Vete al diablo! —dijo tras quitarse las tiras adhesivas de un manotazo—. Bastante estuve a punto de hacer el ridículo anoche.

Ismael soltó una carcajada.

—A ver, ¿qué hiciste?

—Estaba escuchando y me pareció que me llamaba. Hubiera jurado que escuché mi nombre. Creí que necesitaba ayuda y bajé corriendo a socorrerla. Estaba a punto de llamar a su puerta cual Quijote al rescate cuando me di cuenta de que se estaba corriendo, que todo había sido fruto de mi imaginación. Menos mal que me contuve antes de pulsar el timbre.

—¿En serio bajaste?

—En calzoncillos y descalzo. Vamos, un numerito.

—Macho, estás muy mal. Vete a ver a tu vecina y dile sin rodeos que te pone cachondo, que quieres acostarte con ella. Lo peor que te puede pasar es que te diga que no.

—¿Y estropear la buena relación que tenemos? Esperaré un poco a ver si ella hace algún movimiento.

—Como quieras, pero creo que te estás equivocando. En fin, ya eres mayorcito para saber lo que haces. Algo me dice que Vero no te rechazaría, aunque hables por los codos. Ahora vamos a trabajar, y aparca esos celos. Porque sabes que es eso lo que tienes, ¿verdad?

Sí, era eso lo que sentía, tuvo que admitir. Unos celos brutales de todos aquellos hombres que pasaban por la cama de su vecina sin darle a él la mínima oportunidad. Pero de momento seguiría conquistándola por el estómago. El clítoris tendría que esperar.

Capítulo 15

Óscar esperaba con auténtica impaciencia el regreso de Vero. Llamó a su puerta cuando subió del trabajo, pero nadie respondió. Tampoco se escuchaba ningún sonido dentro por lo que dedujo que no había nadie.

Aguardó adelantando el programa hasta la noche, en que escuchó los pasos en la escalera. Con cautela abrió su puerta y se asomó para averiguar si estaba sola. No quería resultar inoportuno. El alivio que experimentó fue inmenso, la noche anterior había sufrido un auténtico ataque de celos y temía que Vero se hubiera quedado pillada por aquel tipo que la hizo disfrutar tanto. Pero, al parecer, Arturo pasaría a formar parte de la larga lista de amantes de una noche de su vecina. O al menos eso esperaba.

Le dio unos minutos y a continuación bajó con el *tupper* de la tortilla en la mano.

—Hola, Vero —saludó mostrando el recipiente—. Vengo a devolvarte esto, por si lo necesitas.

—Gracias, es el único que tengo de ese tamaño.

La miró con atención, tratando de averiguar por su aspecto y su comportamiento si la noche anterior había supuesto algo especial para ella. Sin embargo, la encontró como siempre. Encantadora y preciosa. No obstante, no se había puesto ropa cómoda a pesar de que le había dado tiempo suficiente para cambiarse.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Un rato de charla tal vez? —propuso esperanzado.

—Lo siento, Óscar. Me encantaría, pero tengo cosas que hacer y luego debo salir. Pasaré la noche fuera.

La decepción se apoderó de él, y también los celos locos que lo habían asaltado el día anterior.

—Vaya —se lamentó sin que supiera disimularlo—. Bueno, en otra ocasión será.

—Claro.

—Que tengas buena noche —deseó con voz más falsa que una moneda de plástico. Se dio la vuelta y subió las escaleras como si lo persiguiera el mismo diablo.

—También tú —escuchó decir a Vero a su espalda. Entró en su casa y cerró con brusquedad.

Lo sabía, sabía que el puto Arturo le había calado hondo a Vero; no había más que escuchar cómo la hizo gemir. Y ahora le tocaba a ella pasar la noche en su casa. Toda la noche. Estaba furioso, estaba dolido... estaba hecho polvo, esa era la realidad.

Agobiado, incapaz de trabajar ni de mantenerse quieto, se cambió de ropa y se marchó a dar un

paseo. No soportaba la soledad de su piso ni la imaginación dándole vueltas a sus funestos pensamientos. Tampoco le apetecía escuchar las chanzas de Ismael. Se dedicó a caminar sin rumbo, hasta que se encontró muy cerca de la casa de su madre, en la que él había vivido muchos años. No lo pensó demasiado y se encaminó hacia allí, con la esperanza de pasar un rato distraído. Una visita a su progenitora le calmaría lo suficiente para matar los negros celos que le corroían las entrañas.

Doris Sandoval apenas podía creerlo cuando, a través del portero electrónico, escuchó la voz de su hijo Óscar a las nueve de la noche de un miércoles. Este se prodigaba poco en sus visitas y nunca las hacía sin avisar y mucho menos a horas intempestivas, por lo que temió que algo malo le sucediera.

Aguardó impaciente a que subiese y su expresión torva le confirmó sus temores.

—Hola, Óscar. ¿Qué ocurre? —preguntó en cuanto hubo cerrado la puerta a sus espaldas.

Él pareció sorprendido.

—Nada. ¿Tiene que suceder algo?

Arqueó una ceja. Era una mujer alta y corpulenta, que no se parecía en nada a su hijo. Este había heredado la fisonomía de su padre, fallecido cuando él contaba pocos años.

—Reconoce que no es habitual que te presentes en casa sin avisar y a estas horas.

—Si estás ocupada me voy y vuelvo en otra ocasión.

—No espero a nadie y me encanta que hayas venido. ¿A qué debo el honor?

—Pasaba cerca y decidí subir un rato. Siempre te quejas de que apenas me ves.

—En ese caso, siéntate. ¿Te quedas a cenar? Estaba preparando una ensalada y puedo añadir algo más consistente para ti.

—Unos huevos con chorizo, por favor —trató de bromear, aunque su ánimo seguía siendo negro, conociendo la manía de su madre por la comida sana.

—En mi casa y de noche no comerás ese chute de grasa y colesterol. Una tortilla francesa bastará.

—Lo que quieras, mamá. Pero si te preocupa mi colesterol, lo quemaré en el camino de regreso. He venido andando.

—¿Andando? ¿Desde tu casa? ¡Y dices que no tengo motivo para preocuparme!

Óscar rio y abriendo los brazos encerró en ellos a su madre. Doris no era una mujer muy expresiva a la hora de demostrar sus afectos. Sus hijos sabían que podían contar con ella para todo, pero se acostumbraron a no tener besos ni abrazos de su parte salvo en ocasiones excepcionales. Él, en cambio, era muy besucón. Le encantaba abrazar y achuchar.

—No pasa nada, en serio. Solo necesitaba tomar el aire un rato, salí a dar un paseo y... llegué aquí.

—Entiendo.

—No se trata de lo que quieres entender. No hay ninguna mujer.

—Tú eres quien ha dicho eso, no yo.

Óscar la acompañó a la cocina y supo que se había delatado. Trató de solventarlo atacando a su vez.

—¿Y tú? ¿Cuándo me vas a dar un padrastro?

—No tengo la más mínima intención. Estoy muy a gusto así.

—Pero eres una mujer joven y llevas sola mucho tiempo.

Doris sonrió de forma enigmática.

—¿No lo estás?

—No tengo a nadie en el sentido que tú insinúas. Pero tampoco estoy sola del todo.

—Vaya, vaya... ¿No vas a decirme nada más?

—Solo si tú me hablas de esa mujer que no hay en tu vida.

La curiosidad pudo más y claudicó.

—De acuerdo. *Quid pro quo*.

Se sentaron a cenar en la isla de la cocina, el lugar de las comidas informales y los desayunos. En casa de los De la Fuente pocas veces se sentaba uno a la mesa, todos estaban siempre muy ocupados y con prisas. Era más cómodo acercar el plato a la isla y tomar allí los alimentos de forma rápida. Poner la mesa, alinear vajilla, servilletas y cubiertos era algo que se dejaba para ocasiones muy especiales.

—¿Quién es ella?

—No tengo una relación.

—Yo tampoco.

—¿No me irás a salir con que estás casada con tu profesión, después de sonsacarme para que te cuente mi vida!

—La Medicina es una mala compañera de cama. No; hay un hombre: el hermano de una paciente que falleció hace un par de años. Solía acompañarla a la consulta, y después de su muerte nos encontramos un día por casualidad. Tomamos un café... y desde entonces hemos quedado con alguna frecuencia.

—Dime, por favor, que no se trata de una relación platónica, que hacéis algo más que tomar cafés.

—¿Crees que esa es una pregunta para hacerle a tu madre? —Doris lanzó una carcajada.

—¿Por qué no? Tú te mueres por saber si me acuesto con Vero.

—Doy por supuesto que lo haces.

—Pues no, no lo hago. Aunque no por falta de ganas —admitió—. La nuestra sí es una amistad platónica. Pero no te escaquees, y responde a mi pregunta.

—Blas es lo que podría llamarse un amigo con derecho. No vivimos juntos ni tenemos intención de hacerlo en el futuro. Ambos somos muy independientes y nos gusta tener nuestro espacio. Nos llamamos cuando queremos pasar un rato juntos y, si el otro puede y le apetece, perfecto. Si no es así, en otra ocasión. Viajes, cine, sexo... lo que surja, siempre sin compromiso.

—Muy buen planteamiento.

—¿Y tu Vero? ¿Compañera de trabajo?

—Es mi vecina.

Sintió sobre él la mirada escrutadora de su madre. Esa que siempre adivinaba de pequeño cualquier travesura que tratara de ocultarle.

—¿La ciega? —preguntó.

—No es ciega. Eso fue un error mío. Malinterpreté unas palabras que me dijo y algunos comportamientos.

—Entonces no es eso lo que te preocupa y te ha hecho caminar mucho rato sumido en cavilaciones.

—No. Lo que me ha traído hasta aquí son los celos. Y jamás reconoceré haberlo admitido.

—Los celos son un sentimiento consecuencia del amor. ¿Estás enamorado?

—¡No! No creo. Me gusta un poco y quizás me sienta algo celoso porque nunca hemos tenido nada. Ella es... una mujer del siglo veintiuno, soltera, libre y... tiene sus amigos.

—Promiscua —sentenció Doris.

Se sintió molesto ante la afirmación de su madre. No quería que se formara una opinión errónea de ella.

—¡Vero no es promiscua! —Sabía que había sido demasiado vehemente con su defensa, pero no pudo evitarlo—. Solo disfruta del sexo, como puedo hacerlo yo.

—De acuerdo, no lo es. Pero a ti te molestan sus amigos.

—Debo reconocer que sí. Anoche recibió a uno en su casa y hoy... se ha ido para pasar la noche con él. Por eso he salido de mi casa y me he puesto a caminar sin rumbo.

—¿Quieres un consejo? No de madre, sino de una persona que ha vivido mucho y sabe de la vida. No tienes que seguirlo, por supuesto —sonrió.

—Dime.

—Dile que te gusta y que quieres formar parte de ese círculo de amigos «especiales». Casi siempre ir con la verdad soluciona todos los problemas.

—Vero nunca repite con sus amigos —admitió dando la razón a su madre sobre la promiscuidad de su vecina; «salvo que se monte una orgía con sus amigas de terapia», pensó, acordándose de aquella tarde en que reunió a varios de sus amantes—. Luego puede ser incómodo para ambos. Yo... no sé cómo me tomaría escucharla con otro, si me acostara con ella.

—Estás hecho un lío, Óscar. Creo que antes de dar un paso con tu vecina, deberías aclarar lo que quieres de ella.

—Sexo —respondió, demasiado rápido quizás.

—Aunque eso lo tengas claro, sigues hecho un lío.

Sonrió. Su madre tenía razón y la hora larga que había pasado caminando no había conseguido que se aclarase.

—Quizás. Pero me ha sentado bien hablar contigo.

—Las madres no siempre somos un coñazo. A veces, hasta damos buenos consejos.

—Que los hijos no solemos seguir.

—Exacto. Al margen de eso, me ha encantado cenar contigo sea cual sea el motivo de tu visita.

—A mí también, pero ya tengo que marcharme. Es tarde y me queda una larga caminata hasta casa.

—¿Te pido un Uber?

—Estaría bien. Gracias, mamá.

Se levantó dispuesto a irse en cuanto el vehículo que acababa de solicitar Doris, a través de la aplicación, llegase. Pocas veces hablaban como aquella noche, quizás porque casi siempre sus hermanos estaban presentes y la conversación nunca tocaba los temas personales.

—¿Puedo devolverte la visita algún día? Me gustaría conocer tu cueva de soltero —preguntó Doris sintiendo una curiosidad tremenda sobre la vida de su hijo menor.

—Por supuesto, pero no es una guarida repugnante como piensas. Está limpia y ordenada; no en vano me inculcaron desde niño que la suciedad es un foco de microbios y bacterias.

—Te educaron bien, entonces. —Rio.

—Sin ninguna duda. Y me alegro de lo de Blas. Quizás algún día me lo presentes.

—No cuentes con ello. Blas y yo somos solo nosotros. Sin familia, ni compromisos.

—De acuerdo. Me conformo con que te haga feliz.

—Tu Uber —dijo ella ignorando su observación y mirando por la ventana, pero con una sonrisa en la boca que le confirmó que había encontrado a alguien especial.

Tras un escueto beso en la mejilla, se marchó con el corazón un poco más ligero de lo que había llegado. Dispuesto a enfrentarse a una noche sin Vero en el piso de abajo.

Capítulo 16

Es jueves de nuevo. Me acerqué al lugar de reunión muy contenta después de mi cena con Óscar días antes. No les había contado nada a las chicas porque estuve muy ocupada cuidando al bebé enfermo. Por fortuna, ya se encontraba mejor y su madre estaba libre desde el mediodía. Cuando comencé a cuidarlo dejé claro que los jueves, viernes, sábados y domingos tenía las noches ocupadas con otro trabajo. No era del todo cierto, pero, como decimos las chicas, los jueves eran para el JB. Incuestionable.

Me reuní con mis amigas, dispuesta a pasar una velada divertida. Chus nos había dicho que esa semana apenas habían ensayado en el coro y necesitaba el desahogo que suponía la música para ella, además de los chupitos. Eso significaba que terminaríamos la noche en el karaoke de la discoteca Kapital. Menos mal que mi amiga cantaba muy bien y tapaba mis torpes gorgoritos, que yo lanzaba lo más bajo posible, y los de Anisi que no se cortaba un pelo con el tono. Aunque prefería quedarme sentada, no me dejaban y me hacían coger el micrófono y castigar al auditorio con mi pésimo talento musical. Pero divertido era, sobre todo cuando llevaba dos copas encima, o tres o cuatro, si la semana había sido muy mala.

—Hola, chicas —saludé a mis amigas que acababan de sentarse en el Lolita's y estaban pidiendo la primera ronda—. ¿Cómo ha ido la semana?

—¿Vodka caramelo o con naranja? —me preguntó Romina, no tanto para efectuar la comanda sino para averiguar mi estado de ánimo.

Cuando pedía el vodka caramelo, muy dulce y sin rebajar con refresco, era porque había tenido una mala semana o estaba agobiada. Si lo diluía significaba que no deseaba beber hasta emborracharme del todo. Aquella noche no pensaba hacerlo, mi cena con Óscar me tenía contenta y las horas extras cuidando al bebé suponían un aumento de ingresos. Pero lo que más me frenaba eran las palabras de mi vecino diciendo que le preocupaba que bebiera tanto. No quería que pensara que era una alcohólica y que no lo controlaba.

—Con naranja, por favor.

—Yo doble de anís —pidió Anisi que, con toda probabilidad, tampoco había vendido ninguna casa esa semana.

—Chupito de hierbas y unas olivas, por favor —dijo Chus, que siempre tomaba algo de comer porque cuando bebía a palo seco se le subía mucho a la cabeza. Cuando comía también, pero

dejábamos que creyera lo contrario.

Tere y Romi encargaron sus habituales tequila y ron cola, y todas nos preparamos para la sesión de confidencias de los jueves borrosos.

—¿Cómo ha ido la semana?

—Fatal. Mi madre ha tenido dos indigestiones de caviar en cinco días y me ha telefoneado a todas horas. He tenido que llamar a la enfermera para que la cuidara por las noches. Yo tuve que hacerlo de día y solo he podido asistir a un ensayo del coro. Las notas musicales se me agolpan dentro y tengo una comezón... Creo que vamos a tener que acabar la noche en el karaoke.

—¡Siii, *tupendi!* hace mucho que no vamos —aceptó Anisi encantada—. Me muero por cantar *La Macarena*, como la última vez.

—¿Andas bien de pasta, Vero?

—Esta semana sí. Y me siento contenta. Hace unos días cené con Óscar.

—¿Dónde? —preguntó Romina.

—En su casa.

—¿Y rematasteis la faena?

—Si con eso quieres saber si hubo sexo, no, Tere. Solo tortilla de patatas.

—Es un paso. Las cosas de palacio van despacio.

—Es que estos dos, cuando lleguen a la meta, en vez de condón van a tener que usar Algasiv. Porque no habrá peligro de embarazo sino de que se le quede la dentadura pegada en un pezón.

—Ayer me propuso tomar algo, pero tenía que cuidar al bebé toda la noche. Espero que me llamen de alguna de las empresas donde Óscar ha enviado los currículums. A ver si hay suerte porque he observado que a veces ya no desaparece la ropa cuando hablo con un hombre. Estoy empezando a controlarlo. No me sucede siempre, pero va mejor.

—¿En serio? Eso es increíble, *baby*. Vamos a hacer una prueba con aquel señor.

—¿Con cuál? —pregunte pensando que había hablado demasiado. Solo me había sucedido una vez, con un hombre que me preguntó una dirección. Y cuando se alejó, tras haberle informado con detalle, me percaté de que no lo había visto desnudo en ningún momento.

—Ese es un motivo para brindar. ¡Por Vero!

En el JB todos los motivos eran buenos para arrancar un brindis. Pero yo tuve cuidado de tomar solo unos sorbos en vez de beber de golpe medio vaso, como solía hacer. Tenía el presentimiento de que Óscar estaría esperándome a la vuelta, o al menos eso deseaba, y no quería que me viera subir las escaleras aquella noche borracha como una cuba. Bastante mala imagen debía tener de mí después de mi confesión.

—Vamos, Vero, acércate y pregúntale cualquier cosa.

Aún no estaba lo bastante achispada para que no me importase hacer el ridículo, pero me levanté y me dirigí despacio a la mesa donde un hombre solo bebía a pequeños sorbos un coñac, mientras tecleaba algo en el móvil. A mis espaldas mis amigas me lanzaron palabras de ánimo en un tono de voz más alto de lo que hubiera deseado.

—Vamos, Vero... seguro que puedes.

—A por todas.

—Hola... —saludé sin tener muy claro qué iba a decirle.

Él levantó la mirada de su teléfono y me miró expectante. Vestía una camisa negra y pantalón gris, que de momento seguían en su sitio.

—Perdone que le moleste... ejem... ¿Es usted pariente de Rodolfo León? —Dije lo primero que se me ocurrió y me inventé el nombre, por supuesto.

Él me miró con atención y asintió muy despacio.

—Sí, es mi primo. ¿Lo conoces?

«La madre que me parió. ¡Ni que hubiera dicho Pepe López!»

—Un poco, no demasiado a fondo. Pero os parecéis mucho.

—Sí, eso dicen.

Jolines, empezaba a sudar y no por verlo desnudo sino porque no sabía cómo salir de aquella situación sin quedar como una idiota.

—Bueno, yo solo quería enviarle un saludo. Hace tiempo que no nos vemos.

—Pues estás de suerte, porque vendrá más tarde, cuando salga de trabajar. Ya sabes sus horarios...

La leche, tenía que salir de allí enseguida. ¿Por qué me pasaban a mí estas cosas?

—No... yo... no creo que coincidamos. Me iré en breve.

—¿De parte de quién lo saludo? —me miró muy serio.

—Vero... soy Vero.

—Se lo transmitiré encantado. Supongo que cuando le diga tu nombre sabrá quién eres.

—Sí, claro. Adiós...

Me di la vuelta y me dirigí a toda prisa a la mesa donde mis amigas aguardaban con cara expectante. Yo debía estar pálida como una muerta.

—¿Qué ha pasado, *guapi*? —preguntó Anisi preocupada.

—Le has visto hasta el último pelo de los huevos, ¿no? —añadió Tere.

Yo negué.

—¿Entonces? Parece que has visto un fantasma.

—Me he inventado a un tipo y no sé si por una puñetera casualidad existe, o el señor de la mesa se está quedando conmigo, porque me ha dicho que es su primo. Y que va a venir en un rato.

—Pues nada, esperamos que venga —dijo Romina muy divertida.

—Y lo invitamos a un anís.

—Si aparece, yo no lo conozco de nada.

—Vamos a lo que importa. ¿Cómo tiene la pilila el de la mesa? —preguntó Chus, siempre con su forma educada de llamar a las cosas.

—Bufff —bufó Tere—. Espero que no tenga una pilila y sí una buena polla. Porque, aunque madurito, tiene un polvazo.

Era verdad. Alto, delgado y con las sienas plateadas, resultaba bastante atractivo. Pero para mí ya no era una opción. Solo quería a Óscar. Esos ojos verdes y esa sonrisa radiante que me volvían loca.

—¡Vero! Baja de las nubes y responde. ¿Cómo la tiene? —insistió Romi.

—No lo sé.

—¿No lo has desnudado?

—Estaba tan preocupada por salir airosa de la situación que no, no lo he hecho.

—¡¡¡Biennn!!! —estallaron mis alocadas amigas al unísono. Y saltaron, palmotearon y me dieron un sinfín de besos.

—Otra ronda —pidió Anisi—. Hay que celebrarlo.

Chus hizo una señal al camarero que se acercó para tomar nota de las nuevas consumiciones.

—La mía poco cargada de vodka, por favor.

—Neniii, hay que celebrarlo con una buena borrachera —me animó Anisi.

—Hoy no. Mañana tengo que estar en forma porque debo cuidar al bebé y no me puedo permitir una resaca.

No era del todo cierto, casi seguro que no me llamarían, pero prefería que creyeran eso y no que deseaba estar sobria para Óscar. Y porque ya no sentía la necesidad de beber para olvidar mis problemas. Estos se iban minimizando poco a poco y la prueba estaba sentada a una mesa en el fondo del local, vestido. Lo miré para comprobar que no me quitaba la vista de encima, y me sentí un poco azorada. Aparté la mía rogando que no se hubieran alineado los planetas haciendo que el primo existiera y tuviera que enfrentarme a él.

El camarero se acercó con nuestras bebidas y las depositó sobre la mesa.

—Esta ronda corre a cuenta de aquel caballero del fondo —dijo señalando al supuesto primo de Rodolfo—. Y esta nota es para usted, de su parte.

Colocó un papel doblado sobre la mesa, delante de mí, y se marchó. El revuelo entre las integrantes del JB fue mayúsculo.

—¡Léelo! —exhortó Romina con impaciencia.

—Has ligado, *tronca*. Olvídate del Óscar.

—Esta noche te libras del estigma.

Con una elegante caligrafía, había garabateado unas palabras, que leí en voz alta.

—«Nunca han intentado ligar conmigo de una forma tan simpática. De todas formas, estoy casado y es a mi mujer a quien espero. Acepta estas copas para ti y tus amigas de mi parte. Sea lo que sea lo que celebráis, mis felicitaciones.»

Lo miré y alzó su copa sonriente. Yo hice lo mismo.

Poco después una señora muy elegante se reunió con él y nosotras dejamos de prestarle atención.

Tras apurar esa segunda copa, nos trasladamos a Kapital. A cantar como locas, a beber, yo ya solo naranja, y a celebrar mi lenta mejoría, pero mejoría, al fin y al cabo. Me sentía eufórica

aquella noche junto a mis amigas, una de las mejores cosas que me había traído aquel año, mis chicas del JB, junto con un maravilloso vecino en el tercero.

Acomodadas en los amplios bancos de la discoteca, contemplé cómo cantaban otros asistentes, y no me hice de rogar cuando las chicas me tomaron de la mano y me subieron al escenario para cantar hasta desgañitarnos. Aquella noche, a pesar de estar solo un poco achispada, no me importó desentonar.

Óscar contempló una vez más la hora en él móvil. Las cinco y cuarto, solo diez minutos más de la última vez que lo había mirado. Vero no había vuelto aún de su reunión semanal con sus amigas de terapia, las del JB, y estaba muy preocupado. No solía regresar tan tarde, y mil imágenes se agolpaban en su mente, cada una más truculenta que la anterior. No era ciega, al menos esa inquietud había desaparecido, pero persistía la que le causaba su ingesta incontrolada de alcohol. Una mujer ebria a altas horas de la madrugada siempre estaba en peligro.

Al fin escuchó la puerta de entrada del edificio cerrarse con cuidado. Sin pensarlo siquiera abrió la puerta y se asomó a la escalera. La chica subía erguida y firme los escalones, bastante sobria al parecer, lo que le tranquilizó. Dudó si dejarse ver, por si ella se sentía vigilada o molesta por su preocupación, pero antes de que pudiera retirarse, Vero alzó los ojos y lo descubrió asomado a la barandilla.

—¿Óscar?

—Sí, soy yo —admitió entrando en su campo de visión.

—¿Qué haces despierto a esta hora? —preguntó mientras buscaba las llaves en el bolso—. ¿Ocurre algo?

—Estaba trabajando —mintió—. Tengo que entregar un programa y me he enredado más de lo que pensaba. Iba a acostarme cuando he sentido la puerta de la calle y me he asomado para ver si necesitabas ayuda.

—No estoy borracha hoy.

—Me alegro.

—Pero sí muy contenta.

Bajó los escalones hasta llegar al segundo, muriéndose de ganas de charlar con ella, aunque fuera unos minutos. El estómago se le contrajo ante la idea de que pudiera decirle que se había enamorado del gilipollas de Arturo.

—¿Qué te ha pasado?

—Esta noche he hablado con un hombre y no lo he visto desnudo.

—¿Habéis hablado los dos? ¿Él te ha respondido?

—Sí.

Respiró hondo. No se había dado cuenta de que contenía el aire hasta que lo expulsó con alivio.

Si el tipo hablaba no era una amenaza. No se lo traería a casa y se lo follaría hasta el amanecer, para su disgusto.

—Eso es estupendo.

—Para celebrarlo nos hemos ido al karaoke del teatro Kapital.

Se sorprendió. Él solía frecuentarlo, pero nunca la había visto allí.

—Es curioso, yo voy a veces, pero nunca hemos coincidido.

—Nosotras vamos los jueves, y no todos. Solo cuando Chus no ha podido ensayar en el coro y tiene mono de música o hay algo que celebrar.

—Como lo de tu hombre de hoy... vestido y hablador.

Vero se rio como si hubiera escuchado algo gracioso.

—Sí, pero tampoco hemos hablado tanto. Solo intercambiamos unas pocas frases.

—Las suficientes.

—Sí.

—Bueno, es tarde y hay que irse a dormir. Buenas noches, Vero.

—Hasta mañana, Óscar.

Subió las escaleras eufórico. Vero ya estaba en casa, sola y sobria. Dormiría del tirón el poco rato que le quedaba hasta que sonara el despertador.

Capítulo 17

Estaba haciendo la compra cuando me sonó el móvil, y en la pantalla encontré un número desconocido. Por un momento mi corazón latió más deprisa, imaginando que Óscar me llamaba para proponerme un café, una cena o alguna otra cosa. Los últimos días apenas lo había visto y lo echaba de menos. Luego recordé que nunca habíamos intercambiado los teléfonos, porque nos bastaba con subir o bajar un tramo de escaleras para saber del otro.

Solté el carro del supermercado y respondí.

—¿Diga?

Una agradable voz de mujer sonó al otro del aparato.

—¿Verónica Ramírez?

—Sí, soy yo.

—La llamo del departamento comercial de AUTISA. —Era la empresa de Óscar y mi corazón comenzó a latir con fuerza—. Hemos recibido su currículum y estamos interesados en su perfil para cubrir un puesto en nuestras oficinas. Nos gustaría hacerle una entrevista.

—Claro... claro... —tartamudeé muy nerviosa. Esta no era una entrevista más.

—¿Puede venir mañana a las diez?

—Por supuesto.

—Pregunte por Elena Parras. La esperamos.

Colgué con el corazón latiendo desbocado. La sola idea de trabajar en la empresa de Óscar, aunque no se tratara del mismo departamento, me llenaba de ilusión. El hecho de que debiera preguntar por una mujer me daba esperanzas, aunque desde la noche del último jueves me había sucedido dos veces que hablar con un hombre ya no suponía un problema. Con Óscar ya no me pasaba, siempre lo veía vestido y mi conversación con él era fluida y cordial. ¿Podía suceder que lo que sentía me hubiera curado? ¿Que enamorarme diera fin a mis pesadillas con los hombres? No estaba segura de esto, siempre fui una niña algo fantasiosa, pero eso no justificaba mi obsesión por imaginar desnudos a todos los hombres con los que hablaba. Debía haber un motivo y creía que solo la ayuda de un profesional podía terminar con el problema.

Mientras continuaba con la compra repasé mentalmente mi economía y decidí que había llegado el momento de acudir a un psicólogo, aunque tuviera que ajustar mi presupuesto. Óscar y un trabajo estable bien merecían algunos sacrificios económicos.

Saqué algunos caprichos del carro, decidida a comenzar aquel mismo día, y regresé a casa. Aguardé impaciente hasta escuchar los pasos de Óscar en la escalera y, sin que me importase que supiera que espiaba sus entradas y salidas, abrí la puerta y le espeté de golpe:

—Me han llamado de tu empresa para una entrevista. Tengo que estar allí mañana a las diez.

—Estupendo —dijo y por su sonrisa complacida tuve la impresión de que ya lo sabía.

—¿Has tenido algo que ver? —pregunté para averiguar si había pedido favores por mí.

—Solo entregué el currículum en persona, pero tu cualificación es muy buena, aunque te falte experiencia. No he intentado enchufarte, si es lo que piensas. En mi empresa se mueve mucho el personal y siempre están contratando gente.

—Me han dicho que pregunte por Elena Parras.

—Es la jefa del departamento comercial.

—Eso me dijo. No tendré que vender coches, ¿verdad?

—El departamento comercial tiene mucho personal, además de vendedores: administrativos, contables, atención al cliente, etc. Los vendedores, aunque suene anacrónico y machista, suelen ser hombres. No te preocupes, todo irá bien.

—Eso espero. No me gustaría decepcionarte después de las molestias que te has tomado.

Se giró y enfrentó mis ojos con una mirada llena de firmeza.

—No me decepcionarás, aunque no consigas el puesto. Pero me encantaría que lo lograses porque sé que harías un gran trabajo.

—A mí también. Si lo consigo, te invitaré a cenar para celebrarlo.

—Y si no lo consigues te invito yo para que se te pase el disgusto.

Me derretí ante su sonrisa cálida.

—No conseguir un trabajo ya no supone un disgusto, sino algo habitual para mí. Pero acepto encantada tu ofrecimiento, aunque preferiría ser yo quien invitara.

—Estupendo. Mañana me llamas enseguida para comentarme cómo te ha ido. Podría buscarte allí, pero prefiero no hacerlo. No quiero que nadie piense que si entras a trabajar en la empresa sea por enchufe; aunque yo solo soy un simple informático, no tengo potestad para hacerlo.

—No tengo tu número —aventuré con la esperanza de que me lo facilitara.

—Es cierto, dame el tuyo y te doy un toque para que lo guardes. Y no olvides llamarme en cuanto termines.

Intercambiamos los números y subió a su casa. Yo entré en mi piso y seguí buscando qué ponerme para causar buena impresión. Conseguir aquel puesto se había convertido en algo importante para mí. Por su confianza y su ayuda.

Escogí un pantalón y una blusa discretas, que consideré apropiados y entré en internet para informarme sobre la empresa, su producción, su personal, y todo lo que pude encontrar para parecer profesional. También para que, en caso de que me preguntasen por qué deseaba trabajar con ellos responder algo coherente y no que mi vecino era uno de sus empleados y yo me moría por trabajar cerca de él. O que estaba desesperada por encontrar un empleo estable.

Después traté de serenarme y calmar los nervios lo más posible. Me hubiera venido bien charlar con Óscar un rato, pero no deseaba forzarlo a que hiciera algo en mi favor al día siguiente. Ya me había ayudado bastante. Entonces, y decidida a dar un giro a mi vida, me puse a buscar información sobre gabinetes de psicólogos a los que acudir para acabar con mi problema.

Eran las diez menos cuarto cuando llegué a las oficinas de AUTISA, situadas en un elegante y moderno edificio del centro. Estas ocupaban toda una planta y me pregunté si vería a Óscar o permanecería alejado del lugar de mi entrevista.

Pregunté por Elena Parras en un mostrador corrido detrás del que había cuatro escritorios en los que trabajaban sendos empleados y enseguida una mujer de aproximadamente mi edad se acercó.

—Yo soy Elena. Imagino que usted es Verónica Ramírez y viene por la entrevista.

—Sí, en efecto.

—Por aquí, por favor.

Me precedió por un largo corredor blanco flanqueado por puertas cerradas a ambos lados. Tras ellas, se oía sonido de voces e impresoras en funcionamiento.

Al fin abrió una de las puertas y entramos en una habitación pequeña, amueblada con una mesa, dos sillones de piel negra enfrentados y varias sillas adosadas a la pared. Todo en aquel lugar reflejaba confort y lujo y pensé que sería maravilloso trabajar allí.

—Enseguida vendrá Ricardo, el jefe de personal.

Sentí pánico y no pude evitar la pregunta que escapó de mi boca.

—¿No me hará la entrevista usted?

—Suele hacerlas él —respondió observándome con atención.

Respiré hondo y pensé que lo tenía que conseguir, que aquella vez no iba a estropearlo todo.

Elena me miraba ceñuda.

—Entiendo —dijo—. Ha tenido alguna mala experiencia con un entrevistador.

Yo me encogí de hombros y no respondí.

—No se preocupe, Ricardo es un hombre decente. Solo le hará preguntas sobre sus capacidades profesionales. No se propasará en ningún sentido, pero si lo prefiere puedo quedarme.

—Se lo agradecería —murmuré. Aquella mujer joven y dinámica me infundía confianza, y por la comprensión con que me miraba imaginé que debía haber sido objeto de algún tipo de acoso laboral.

—Sin problema.

Acercó una silla y se sentó en uno de los laterales de la mesa. Indicándome que yo lo hiciera en uno de los sillones. Pocos minutos después entró un hombre también en la treintena. La plantilla era bastante joven, por lo que había podido ver, y eso me gustaba.

—Ricardo, ya que el puesto a cubrir es en mi departamento me gustaría quedarme y hacerle a la señorita Ramírez algunas preguntas. ¿Te importa?

—En absoluto.

Nos acomodamos y en principio me dediqué a mirar a la mujer, mientras Ricardo ojeaba mi currículum.

—Veo que tiene unas excelentes calificaciones —dijo—, y sin embargo ninguna experiencia. ¿No ha trabajado con anterioridad?

Esperaba la pregunta, cuando elaboramos el currículum Óscar me dijo cómo responderla sin titubear.

—Problemas familiares me han hecho postergar la incorporación al mundo laboral. Llevo poco tiempo intentando encontrar empleo.

Desvié la mirada hacia él tratando de recordar las preguntas que había preparado con Óscar y eso distrajo mi atención de otros pormenores, como la ropa.

—¿Nivel de inglés C1?

—Sí.

La entrevista siguió desarrollándose de la forma habitual con diversas preguntas sobre mis conocimientos y capacidades. De vez en cuando Elena, situada a mi derecha, hacía alguna observación y yo respondía con soltura. Me gustaba aquella mujer, me hacía sentir relajada en su presencia. A medida que pasaban los minutos me iba tranquilizando, era yo misma y estaba haciendo la mejor entrevista de mi vida. Aunque no consiguiera aquel trabajo, después de aquello, sabía que podía lograrlo, que no repartiría pizzas durante toda mi edad laboral.

Tras media hora larga, me despidieron con el consabido «ya la avisaremos. Tenemos que entrevistar a otras candidatas.»

Yo me despedí sintiéndome eufórica. La ropa de Ricardo seguía en su sitio.

—¿Podrá encontrar la salida? —me preguntó Elena.

—Por supuesto, solo hay que seguir el corredor, ¿no?

—En efecto.

Estreché las manos que se me tendían y salí del despacho con una sonrisa de oreja a oreja. Recorría el largo pasillo en sentido inverso cuando una puerta se abrió y un hombre salió de ella con paso rápido justo delante de mí. Al divisarme se detuvo, me miró como si hubiera visto un fantasma y retrocedió de nuevo hacia el interior de la habitación. Lo reconocí al instante.

—¿Ismael?

—Eh... sí. Soy yo. —Se paró, titubeante.

—¿No me recuerdas? Soy Vero, la vecina de Óscar.

—Eh, sí... claro, Vero... sí.

Parecía incómodo de verme o sorprendido, no estaba muy segura. Desde luego no era el mismo chico simpático que llamó a mi puerta una tarde.

—¿Lo estás buscando? Lo encontrarás en aquella puerta. —Me señaló una del fondo.

—No, he venido a una entrevista de trabajo.

Lo vi tragar con dificultad.

—Para trabajar... ¿aquí?

—Sí. Acabo de terminar, ya me marchaba.

—¿Y cómo ha ido? ¿Satisfecha del resultado?

—Sí, bastante. Tengo esperanzas de conseguir el puesto.

—Estupendo —dijo con la expresión de quien acaba de morder un limón—. Ya nos veremos, si hay suerte.

—Adiós, Ismael.

Salí de la oficina con la sensación de que al amigo de Óscar no le había gustado la posibilidad de que trabajase allí.

Ismael recorrió el tramo de pasillo hasta el despacho donde trabajaba a grandes zancadas. Empujó la puerta ocasionando que varias cabezas se alzarán para mirar quién entraba en la habitación como un elefante en una cacharrería. Se dirigió hacia la mesa de su amigo y le susurró en voz baja.

—¿Sabes a quién acabo de encontrarme?

Óscar disimuló una sonrisa.

—Lo imagino. Tenía una entrevista esta mañana.

—¿Por qué no me has avisado de que venía? Me la he tropezado y no sabía dónde meterme.

—Ismael, si Vero empieza a trabajar aquí tendrás que acostumbrarte a verla —aconsejó en un tono bajísimo para que nadie más lo oyese.

—Si eso sucede, Dios no lo quiera, me quedaré en mi mesa las ocho horas, y confío en que no aparezca por aquí.

—No es tan terrible, yo ya me he acostumbrado y la mayoría de las veces olvido lo que le sucede.

—Tú estás deseando que te vea la picha al natural, pero no es mi caso. No tengo la menor intención de ir mostrando mis intimidades a tu vecina. ¡Joder, acabo de acordarme de que llevo puestos unos gayumbos con dibujo de raquetas de tenis! ¡Eso se avisa, macho!

—¿Raquetas de tenis? ¿En serio?

—Sí, me compré un pack en Carrefour con motivos deportivos. ¿Qué pasa? A partir de ahora los tendré que dejar para los domingos y ponerme para trabajar solo prendas negras y tupidas. Muy tupidas. ¿Sabes si venden calzoncillos de lana?

—Te va a dar una urticaria en los huevos, no sé si sabes que están fuera del cuerpo para mantenerlos apartados del calor. Y no creo que sirva de nada.

—¡Bufff!

—¿Has hablado con ella?

—¡Qué remedio! Me la encontré de frente y me saludó.

—¿Te ha dicho cómo le fue en la entrevista?

—Dice que muy bien. ¡Pobre Ricardo, le habrá visto hasta la muela de juicio! Deberías haberle avisado.

—Se trata de que Vero consiga un trabajo.

El móvil de Óscar comenzó a vibrar sobre la mesa.

—Es ella —dijo este, dispuesto a descolgar—. Le pedí que me llamara cuando terminase.

—Yo me voy a mi mesa —se apresuró a darse la vuelta— no sea que también tenga visiones a través del móvil. Ya hablamos.

—Ismael —llamó Óscar con gesto amenazante—, ni se te ocurra decirle a Ricardo una palabra sobre Vero.

—No te preocupes, sé que peligra nuestra amistad. Tu Vero acabará trabajando aquí y todos pasaremos por el escáner. Joder, y yo con calzoncillos de raquetas...

Óscar lo vio sentarse a su mesa y salió de la habitación para responder al teléfono, justo antes de que la llamada se cortase.

—¡Hola, Vero! ¿Cómo ha ido? —preguntó muy interesado.

—Creo que bastante bien. No me he puesto nerviosa y he respondido a todo. También he conseguido mantener al entrevistador con ropa. ¿Sabes? Tengo una noticia más. He pedido cita para mañana con una psicóloga, pienso que ya es hora de poner remedio a esto. Cogeré un día más de reparto para pagarlo, pero no quiero continuar así. Esta mañana me he levantado con la decisión tomada y sin darme tiempo a pensarlo llamé a un gabinete de psicología y pedí hora con una mujer.

—Me alegro mucho, Vero. Eso merece una celebración. ¿Tomamos un café esta tarde? Y me cuentas con detalle la entrevista.

—De acuerdo. ¿En tu casa o en la mía?

—Da igual. Te llamo cuando llegue.

—Muy bien; hasta luego.

Capítulo 18

De nuevo tenía un paquete en mis manos. Esta vez estaba en casa cuando lo recibí y lo abrí con tranquilidad. No sabía qué podía contener, pero me alegraba que me hubieran enviado otro encargo tan pronto. Había comenzado a ver a la psicóloga y los ingresos extra me vendrían muy bien. Marcia se llamaba, una mujer que me parecía muy competente y con la que no me costaba nada abrirme y hablar. Ella me confirmó mis sospechas de que aquel episodio de mi niñez en el que vi bajar por las escaleras a un hombre desnudo, perseguido de cerca por mi vecino, había generado mi problema. Según me explicó la mente es algo muy complejo y había mantenido oculto el trauma hasta que la edad en que por lógica debía ver hombres desnudos en una relación amorosa, había liberado el recuerdo de forma anormal. Me aseguró que con un poco de terapia y paciencia lograría superarlo del todo, y que Óscar ayudaría a ello. Que el día que mantuviera una relación sexual daría un paso importante en mi recuperación. Y si estaba enamorada, mucho mejor.

Me sentía contenta e ilusionada, pero el contenido del paquete me dejó perpleja y algo confusa, pues se trataba de algo muy inusual. Descansando sobre una capa de virutas de papel encontré un anillo vibrador de los que se colocan en el pene. Y yo no tengo pene. Hasta el momento siempre me habían enviado aparatos para usar en solitario y no sabía cómo afrontar aquel encargo.

Fui al cofre donde guardaba mis «tesoros» y traté de encajarlo en alguno de los vibradores, sin resultado. Demasiado grande, demasiado pequeño, no había forma de acoplarlo. Acudí a mis chicas para pedir consejo y abrí el WhatsApp.

YO: Hola, chicas. Tengo un problema.

ANISI: Cuenta, *cieli*, que aquí estamos para ayudarte.

Y: Me temo que no podéis, a menos que tengáis un pene que prestarme.

TERE: ¿Un pene? Ya sabes quién tiene uno.

CHUS: Espera, Teresa, que primero hay que saber para qué lo necesita.

ROMI: ¿Para qué se necesita un pene, Chus? Para follar.

T: Eso.

A: Aclárate, Vero.

Y: Me han mandado para probar un anillo vibrador y no encaja en ninguno de los consoladores que tengo en casa.

CH: Pide ayuda.

Y: Eso estoy haciendo.

R: ¡A nosotras no! Sube al tercero, que allí hay un pene a tu medida.

Y: ¡No puedo hacer eso!

T: Claro que puedes. Y de paso te libras de la *veganez*.

A: Es tu destino, Vero.

CH: ¿Cuál es la alternativa? ¿Devolverlo sin probar?

Y: No me atrevo, por si acaso deciden prescindir de mis servicios. Ahora con la psicóloga tengo más gastos y de la entrevista no me han dicho nada. No sé si me llamarán o si ni siquiera me dirán que no me han escogido.

CH: No hay alternativa entonces. Tienes que acudir a Óscar y pedirle ayuda.

Y: ¿Y decirle: Me he quedado sin penes, préstame el tuyo? ¿Como si se tratara de un poco de azúcar?

R: Así no, burra. Más sutil.

T: Claro que así. Directa y a la yugular. Necesito que me echas un polvazo y yo pongo el anillo.

A: Te vestes sexi, con las bragas *cuquis*, subes y te insinúas, le dejas ver un poco de carne, un poco de encaje. Cuando se ponga a tono sacas el anillo y en vez de pedirle la mano como en los compromisos de matrimonio, le pides la *pichi*.

Y: ¡No puedo hacer eso!

T: O lo haces tú o lo hacemos nosotras. ¿Quieres que nos presentemos en su casa, le digamos que no has echado un polvo en tu vida y que necesitas que te rescate de morirte sin haber probado un poco de carne fresca? O caliente, mejor dicho. ¡Porque da un gusto una polla calentita dentro!

Y: ¡No seréis capaces!

R: Sabes que sí.

A: Por una amiga, lo que sea.

CH: ¡Que hasta yo, que soy más católica que las reliquias, dejé de ser virgen hace años! Esta es tu oportunidad.

T: Te damos veinticuatro horas de plazo. Si no vas a pedirle ayuda a Óscar, lo hacemos nosotras en tu nombre.

Y: De acuerdo, subiré esta tarde cuando llegue del trabajo. Le diré la verdad y espero que me ayude.

A: ¡Suerte!

CH: Yo pondré unas velas en tu nombre a san Antonio. Es el que consigue novios, no sé si para las pililas funciona, pero por intentarlo...

T: Yo hare un brindis. Un vodka por Vero y que la ayude el del tercero.

Y: Ay, locas... que haría yo sin vosotras. Sin este empujoncito...

R: No te confundas, esto es una patada en el trasero en toda regla. A por todas.

Y: Gracias, chicas.

A: Nos cuentas, ¿eh?

Y: Claro.

Corté los mensajes. Los nervios se habían apoderado de mí de tal forma que me temblaban hasta las pestañas. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿De pedirle a Óscar aquello tan especial? Debía, o las chicas tomarían las riendas y no dudaba de que hablaban en serio. Aún recordaba la colecta de Tere para comprarme ropa interior bonita. Serían muy capaces de contarle que nunca había estado con un hombre, algo que yo no tenía intención de que supiera. Le pediría ayuda y esperaba que no se negase.

Óscar estaba a punto de preparar la cena cuando sonó el timbre de la puerta. Una llamada corta, tímida y como indecisa. Sabía que era Vero porque había escuchado sus leves pasos en la escalera. Respiró hondo y abrió.

Ella estaba en el umbral, con aspecto muy nervioso. Un tic le hacía levantar de forma rítmica la punta del pie derecho, y se retorció las manos una contra otra.

—Hola —saludó.

—Hola, Óscar. ¿Estás ocupado? Si lo estás puedo venir en otro momento —insinuó como si esperase que fuera así. Parecía un corderito a punto de que lo llevaran al matadero.

—No demasiado. Acabo de cerrar el ordenador por hoy y me iba a preparar la cena.

—No te entretendré mucho. Solo he venido a ...

La vio inspirar hondo como si le costara llevar aire a los pulmones. Empezó a pensar que había sufrido una recaída en lo que a él respectaba y lo estaba viendo como su madre lo trajo al mundo pero con más años. Trató de que no se notara que también se estaba poniendo nervioso, y en vez de cerrarle la puerta en las narices, como era su ferviente deseo, la invitó a entrar.

—Pasa.

Se apartó de la puerta y le dio la espalda, precediéndola hasta el salón. Si tenía que desnudar algo, mejor el trasero.

Ella lo siguió y permaneció de pie ante el sofá.

—¿No te sientas? —preguntó. Si ambos lo hacían podría poner las manos en el regazo con disimulo, por si las moscas.

Vero se acomodó en el borde del asiento, con la espalda muy rígida.

—Tú dirás...

—Vengo a pedirte un favor. Un gran favor, de hecho.

Se envaró, porque por la actitud de la chica no sería algo fácil de cumplir.

—¿Tiene que ver con tu... problemilla? —Se cubrió los genitales con disimulo, pero ella no pareció percatarse.

—No, es un asunto de trabajo. Necesito colaboración y... no sé a quién acudir. Mis amigas me han aconsejado que recurriera a ti, que siempre me has ofrecido tu ayuda. Aunque no sé hasta qué punto llega ese ofrecimiento.

—¿Quieres que reparta pizzas por ti?

Respiró hondo. Eso lo podía manejar.

—Tengo otro trabajo.

—Ya lo sé, pero lo de cuidar niños no se me da muy bien.

—Otro más. Es, de hecho, el que más dinero me proporciona, el que paga la mayoría de mis facturas.

—¿Y consiste en...?

—Pruebo cosas, y emito informes sobre su calidad y eficiencia.

La actitud nerviosa y el ligero rubor que le cubrió las mejillas le hizo sospechar que había gato encerrado en aquella sencilla frase.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó suspicaz.

—Juguetes eróticos para una conocida marca.

Ella dijo la frase desviando la mirada hacia los posavasos que había sobre la mesa, lo que agradeció. Porque su entrepierna había sufrido una violenta reacción a las palabras femeninas. Por suerte tenía las manos en el sitio justo.

—Es un trabajo... interesante. ¿Qué clase de juguetes, exactamente?

—De todo tipo, para mujeres. Consoladores de varias clases, vibradores, succionadores. Lo que me manden.

Empezó a sudar bajo la camiseta de manga corta que llevaba. Vero continuó hablando:

—Hasta ahora no he tenido ningún problema, he llevado a cabo todas las pruebas con eficiencia.

«Eficiencia», pensó. Y se le puso un poco más dura, si eso podía ser.

—Pero ahora me han enviado algo que necesita la colaboración de un hombre... y no sé a quién pedírsela.

—¿Quieres que te ayude a programar un consolador o algo así? ¿Que maneje un mando a distancia, como en la película *La cruda realidad*?

«Estaría encantado de hacerlo».

—No se trata de un consolador, sino de... —Enrojeció un poco más—. Un anillo vibrador.

—¿Un anillo vibrador? ¿Eso que se pone en el pene?

—Sí. El problema es que yo no tengo pene.

—Joder. —No sabía cómo tomarse aquello—. Ya sé que no lo tienes, pero no sé qué me estás pidiendo en concreto. ¿Quieres que lo pruebe y te diga mi opinión?

—No exactamente. Tengo que hacer un informe, con las sensaciones que produce tanto en el hombre como en la mujer, y no tengo a quien pedirle que me lo diga.

—Es lo que pasa por acostarse con mudos.

—¿Mudos? ¿Qué mudos?

—Tus amantes. Juanjo, Manolo y los demás. —No tenía intención de mencionarlos y se arrepintió al instante al ver la cara pálida de ella.

—¿Qué sabes tú de Juanjo y Manolo? —preguntó azorada.

—Pues que a Juanjo no se le levanta porque es eunuco y Manolo es mediocre y no folla tan bien como su gemelo Ramón. Pero que los dos juntos son un portento chupando los pezones. Y Arturo es la leche lamiendo el clítoris

—¿Chupando los pezones? ¿Lamiendo el clítoris? ¡Pero si no tienen boca!

—¿Cómo que no tienen boca? ¿Con qué seres te lo montas? Lo siento, Vero, pero las paredes son muy finas y se oye todo. Te escucho cuando traes a tus amigos a casa.

—¿Me escuchas cuando tengo sexo? ¿Todo?

—Me temo que sí. Cuando gimes, cuando te corres, cuando recriminas a los hombres que no te dejan satisfecha y también cuando los halagas. Puesto que solo te escucho a ti, he comprendido que son mudos. Eso, o que los amordazas para que no hablen. Pero ahora veo que la cosa es más grave. ¡Sin boca!

En aquel momento el azoramiento dio paso a unas violentas carcajadas que convulsionaron el cuerpo de Vero.

—Lo siento. Debí habértelo dicho la primera vez, pero no tenía confianza contigo y no me atreví.

—Ay, Óscar, por favor... ¡Qué película te has montado! No tengo amantes, ni mudos ni deformes. Manolo, Ramón y todos los demás son los consoladores que pruebo. Les pongo nombres para diferenciarlos unos de otros a la hora de hacer los informes y no liarme con los números de referencia. ¡Juanjo eunuco! Qué bueno...

—Entonces, ¿la orgía que montaste con tus amigas cuando vinieron a merendar?

—¡¿Qué orgía?! Me pidieron que se los enseñara y saqué el cofre donde los guardo.

Se mesó el pelo, consciente del ridículo que había hecho. Esto no podía decírselo a Ismael o iría derecho a Twitter. Y él no volvería a echar un polvo en su vida porque el tuit se haría viral en cuestión de minutos.

—¿Crees que si tuviera amantes estaría aquí pidiéndote que probáramos juntos un anillo vibrador?

Volvió a sudar bajo la camiseta. De todas las cosas que había vivido con Vero, esa era la más surrealista de todas.

—Espera un momento, vamos a aclarar las cosas. No quiero más malentendidos, que ya ves lo obtuso que soy. ¿Me estás pidiendo que folle contigo, con un anillo vibrador puesto?

Ella giró un poco la cabeza, evitando sus ojos.

—Sí, justo eso. Y que luego me des tus impresiones para el informe.

—¡Joder...!

Vero se levantó deprisa.

—Ya veo que no ha sido buena idea. Lo siento, no pretendía hacerte sentir incómodo. Me buscaré la vida.

Alzó la mano y le agarró el brazo para detenerla.

—Espera... no he dicho que no. Es solo que... me resulta un poco surrealista todo esto.

—¿Más que el hecho de pensar que soy ciega? ¿O que tengo fijación por los mudos? ¿O por hombres sin boca?

—Tienes razón. Pero antes de aceptar hay una cosa que quiero que tengas en cuenta. ¿Has pensado que somos vecinos y que nos volveremos a encontrar por la escalera a menudo?

—¿Y? Esto es trabajo, Óscar. No vamos a entablar una relación ni voy a acosarte con una petición de matrimonio.

—De acuerdo, entonces. ¿Cuándo?

—Tengo diez días para presentar el informe. Cuando a ti te venga bien.

—Vale, ya te digo. Ahora necesito pensar en todo esto.

—De acuerdo. Recuerda, diez días.

Y se marchó. Y él quedó con cara de imbécil sentado en el sofá, mientras una idea se colaba en su cabeza. Vero no tenía amantes, no era una ninfómana que se tiraba a todo bicho viviente. De hecho, le había pedido a él que la ayudase a probar un anillo vibrador porque no tenía nadie más con quien acostarse. O quizás sí lo tenía, pero deseaba que fuese él y no otro quien lo hiciera. Comenzó a sentirse mejor, y se dijo que un polvo con Vero bien merecía haber quedado como un idiota. No iba a desaprovechar la oportunidad. Disfrazada de ayuda, le daría una noche de sexo que no pudiera olvidar. Organizaría una cena romántica, nada de tortilla de patatas hecha al mediodía. Cocinaría y crearía un ambiente distendido en el que ninguno de los dos se sintiese incómodo. Sería una noche memorable y eso borraría la desastrosa imagen que ella tendría de él en aquel momento.

Cuando pudo asimilar lo sucedido y analizó a fondo la conversación mantenida con Vero, dejó que las carcajadas salieran con ganas desde lo más hondo de su ser. Y se dijo que sí, que Ismael debía saberlo, aunque lo subiera a Twitter.

Se serenó un poco y cogió el teléfono dispuesto a llamarlo.

—Hola, Óscar —respondió al instante—. ¿Trabajo o Vero?

—Tengo algo que contarte.

—¿Debo sentarme, o puedo escucharlo de pie?

Aguantó una carcajada antes de responder.

—Mejor te sientas.

—No va a trabajar con nosotros, ¿verdad? No me asustes...

—Voy a acostarme con ella.

—¡Jo, macho! Dime algo que no sepa desde la primera paja que te hiciste. ¿Tanto misterio para eso?

—Me lo ha pedido ella.

—Eso sí es raro. Sabe que no eres mudo, ¿verdad? Le hablas y todo eso...

—Por supuesto.

—No me da buena espina. Seguro que trama algo raro. No dejes que te amordace, que puedas gritar si te hace algo.

—No me va a amordazar, solo me pondrá un aro en el pene. Ya me lo ha advertido.

—Óscar, tío, ya sé que te pone mucho tu vecina, pero piénsatelo. Que me vas a tener como cuando hiciste espeleología en la cueva del Gato, temblando hasta que sepa de ti.

—Vero no me va a hacer nada, al menos nada que yo no quiera. Es un encanto.

—Que te quiere entubar la polla.

—Con un anillo vibrador, para disfrute de ambos.

—Esos artilugios molan, desde luego —dijo seguramente con conocimiento de causa—. Prométeme que usarás condón.

—Ismael, que no tengo quince años. Jamás he follado sin usarlo.

—Vero te puede pegar cualquier cosa.

—No es una ninfómana, es lo que quería decirte en realidad. Manolo, Ramón y el resto no existen.

—¿Se los ha inventado para ponerte cachondo? Menuda cabrona. Te tenía echado el ojo desde el principio.

—No sabe nada de mis pajas y si se te escapa algo, te la corto. Prueba consoladores para una empresa de juguetes eróticos y les pone nombres. Esa es la verdad, y ni te imaginas lo que se ha reído de mí cuando le he hablado de sus amantes mudos.

—¿Y Juanjo? El eunuco... Porque a ese no se le levantaba, si no recuerdo mal...

—¡Yo que sé! Sería de trapo o de un material blando. Desde luego ni se me ha ocurrido preguntarle. Ya se ha carcajeado bastante de mí. Y eso que no sabe que busqué en internet una asociación de mudos para follar.

—¿En serio trabaja haciendo eso? ¿Y le pagan?

—Por lo visto, muy bien.

—Entonces no necesita venir a nuestra empresa, que curre ocho horas, como todo el mundo. Y de paso, tú te la machacas ya sin celos y todos tan contentos.

—¡Ocho horas! Pobrecita, va a terminar en carne viva. Y yo ni te cuento. Le han encargado que pruebe un anillo vibrador y necesita un pene para ello.

—Y te ha pedido el tuyo.

—Quiere toda la persona. O al menos es lo que le voy a dar. Una noche inolvidable. Luego que haga los informes que deba.

—Le va a poner nombre a tu picha, tenlo claro.

—Mí picha ya tiene nombre.

—Todo esto es muy raro, tío. Surrealista.

—Un poco sí, pero me ha brindado en bandeja la ocasión de acostarme con ella, y no la desaprovecharé por nada del mundo.

—Me llamas cuando salgas de «la cueva del Gato», para que me quede tranquilo.

—¡Y una mierda! A poco que pueda, pasaremos juntos toda la noche y el móvil se va a quedar bien apagadito.

—Vas a tener que superar a... ¿Cuál era el mejor?

—Ramón, creo... y Arturo. Tengo una ventaja, ellos no besan ni abrazan... Los superaré.

—Bien, puesto que estás decidido, solo puedo desearte suerte.

—Joder, que voy a echar un polvo, no al castillo de Drácula. Además, tengo intención de que sea en mi casa.

—¿Cuándo?

—Tenemos que cuadrar fechas. Y no pienso avisarte con antelación.

—Bien. Eres mayorcito. Y ahora, corta la conversación que yo voy a tomarme una copa. La necesito.

Salí de casa de Óscar como alma que lleva el diablo. No podía creer que me hubiera atrevido a pedírselo y mucho menos que hubiese aceptado. ¡Iba a acostarme con él! Se acabaría mi veganismo sexual, como lo llamaba Tere. Eso era en lo que debía pensar, y no en que había escuchado cada gemido de placer que salía de mi boca cuando probaba los juguetes.

Al llegar a mi piso, resistí la tentación de buscar las grabaciones para saber con exactitud lo que había dicho. Mucho, porque se había montado toda una historia sobre cada consolador. ¡Juanjo eunuco! No pude evitar la carcajada. Lo de que Arturo era la leche con el clítoris era verdad, nunca había tenido unos orgasmos tan fuertes ni tan seguidos. Esperaba que la realidad lo superase, que Óscar estuviera a la altura, porque Arturo había dejado el listón muy alto. Pero Arturo era de silicona, no de carne calentita, como decían las chicas.

Tras tomarme unos minutos para asimilarlo les escribí tal como les había prometido.

YO: ¡¡¡Chicas!!! Lo he hecho. Se lo he pedido y ha dicho que sí. Vamos a cuadrar fechas y, antes de diez días, lo hacemos.

CHUS: Si ya sabía yo que san Antonio no fallaba.

ANISI: Guay, Vero... A estrenar las bragas sexis.

TERE: Lo que tiene que estrenar es el chocho.

CH: Cállate, burra. A ver si lo va a asustar con tanto desparpajo.

Y: Si no lo he asustado ya... Me considera una especie de ninfómana que folla con mudos.

ROMI: ¡Con mudos!

T: ¡La hostia!

Y: Me ha escuchado cuando hacía las pruebas, y como no oía voces masculinas ha supuesto que eran mudos.

A: ¿Todos?

Y: Sí.

R: ¿Estás segura de que te quieres estrenar con él? Hay que ser un poquito raro para pensar algo así.

T: ¡No le quites las ganas ahora que se ha decidido, *tronca!*

A: Tú primero te lo tiras y *luegui*, si no te convence, lo mandas a la mierda. Pero más vale pájaro en mano...

R: Nada de en la mano... el pájaro dentro de la jaula.

Y: Ay, chicas, que me estáis poniendo más nerviosa de lo que ya me encuentro.

CH: Tú tranquila, que una vez que estés metida en situación todo irá rodado.

Y: Eso espero. Os dejo que me voy a preparar una tila o algo. Tengo que irme a repartir pizzas y con estos nervios no voy a llegar al gran momento.

A: De acuerdo. Pero el jueves... hay que celebrarlo y bien.

Y: Gracias. Sin vuestra ayuda nunca me hubiera decidido.

Grandes emoticonos de besos, flamencas y corazones pusieron fin a la conversación. Yo cerré los ojos imaginándome en la cama con Óscar. Besando a Óscar. Sintiendo a Óscar. Y me apresuré a preparar una tila doble para amortiguar los latidos de mi corazón y la excitación que me producía lo que estaba por venir.

Capítulo 19

Ante la inminencia de lo que estaba por suceder, apenas podía aplacar mis nervios. Tenía una cita en el tercero para cenar con Óscar y que después me «ayudara» a probar el anillo vibrador. Al día siguiente de proponérselo bajó para decirme que no quería ir al grano y que prepararía una cena para relajar el ambiente, que el aquí te pillo y aquí te mato no le iba. Me emocionó, y acepté encantada sin querer pensar que quizás necesitara una ayudita para excitarse y meterse en la cama con su extravagante vecina que veía tíos desnudos por doquier. Pero a mí la propuesta me sonó a cita y me hizo sentir un intenso cosquilleo en el estómago.

Para estar a la altura hice algo muy inusual en mí, ahorradora por naturaleza y por necesidad, y llené la bañera. Le eché sales y me sumergí en ella con la esperanza de calmar mi agitación y también de presentar el mejor aspecto posible. Tenía que conseguir que le apeteciera acostarse conmigo, que mi primera vez con un hombre, y además uno que me gustaba mucho, no estuviera teñida de favor. Quería ver en sus ojos al menos un brillo de deseo, ya que otra cosa era impensable. Aunque yo sentía que podía enamorarme hasta las trancas de aquel vecino encantador al que parecía que no le importaban mis rarezas. Si no lo estaba ya, porque ese cosquilleo que me abrasaba las entrañas cuando me miraba no lo había sentido nunca. Tampoco la alegría de saber que estaba en casa cuando escuchaba sus pasos subiendo la escalera. Óscar de la Fuente era especial para mí, no un simple vecino. Y, tenía que reconocerlo, mucho más que un hombre que me aceptaba con mi problema. Que poco a poco y gracias a Marcia, mi psicóloga, iba mejorando.

Me quedé en el agua un buen rato, aunque no tanto como para que se me arrugase la piel, y luego me sequé y me perfumé un poco. Solo lo justo para que lo percibiera «en las distancias cortas» y no para que pensase que me tomaba aquello como una cita. Bien sabía que no lo era, sino una ayuda que me prestaría porque se lo había pedido, pero para mí era mucho más.

Me vestí con una falda corta fácil de quitar, no era cuestión de complicar las cosas, y un jersey negro de cuello en pico y que se ajustaba a mi cuerpo como un guante. El sujetador *bustier* que había elegido por consejo de Chus, que de ropa entendía un rato, me hacía un pecho muy bonito y el escote bajo dejaba entrever el comienzo del canalillo, como decía Tere. Me vi guapa y sexi, y rogué para que Óscar fuera de esos hombres que no tienen dificultad para excitarse. Porque si me encontraba con un gatillazo la primera vez porque no le ponía y solo lo hacía como un favor, me iba a morir.

Me cepillé el pelo dejándolo caer suelto sobre los hombros. Me alisé una arruga inexistente de la falda y, tras coger las llaves y el anillo vibrador, saqué pecho y subí al tercero. El móvil se quedó sobre la mesa de la entrada y también la grabadora. Estaba segura de que no se me iba a olvidar ni un detalle.

No sabía qué me temblaba más, si las manos o las piernas, cuando llamé al timbre. Óscar abrió apenas unos segundos después. Vestía pantalón gris y una camisa negra, semiabierto sobre el pecho, y a mí se me secó la boca al verlo. Mi primer pensamiento fue si me pediría que se la quitara o lo haría él. Me gustaba la idea de soltar los botones uno a uno.

—Hola... —balbuceé—. ¿Llego a buena hora? Si es muy pronto puedo volver en un rato.

—Perfecta. Pasa.

Se hizo a un lado y cerró a mis espaldas. A la derecha de la habitación había una mesa lista para sentarse a ella, con un mantel crema, servilletas de tela dobladas en pico y platos y cubiertos alineados con elegancia. Me emocioné. ¿Había organizado todo ese despliegue por mí? ¿Intuía acaso que era un momento muy especial en mi vida?

—¿Quieres tomar algo? —preguntó acercándose.

Aún tenía las puntas del pelo algo húmedas por la ducha y olía de maravilla. A jabón, a colonia o a desodorante, no lo sé. A Óscar, seguro. Jamás olvidaría ese olor.

Estuve a punto de pedirle un vodka con naranja para calmar mis nervios, pero no me atreví. No quería que pensara que necesitaba una copa con desesperación, así que me encogí de hombros y susurré:

—Lo que tú tomes, si es que vas a acompañarme.

Sacó una botella de vino blanco de la cocina y escanció dos copas. Me tendió una.

—Por una noche especial —brindó.

«Ni te imaginas cuánto».

Choqué mi copa con la suya y bebí un sorbo. El líquido helado se deslizó por mi garganta aliviando su sequedad. Y me quedé allí de pie como un pasmarote, sin saber qué hacer. Me había prometido a mí misma que me comportaría con desenvoltura, como una mujer de treinta y cinco años del siglo veintiuno, pero la verdad era que no lo lograba.

—¿No te sientas? —me preguntó—. ¿Vas a pasarte toda la noche ahí de pie?

—¿Dónde? —pregunté mirando la mesa y el sofá.

—Dónde quieras, considérate en tu casa.

—¿Vamos a cenar ya o más tarde?

—Aún faltan unos minutos para que la comida esté lista.

Me dejé caer en el borde del sofá con la espalda muy rígida. Volví a beber, apenas humedeciéndome los labios. No quería emborracharme y perder la noción de lo que decía, y mucho menos de lo que iba a vivir. Llevaba esperándolo demasiado tiempo. Llevaba también esperando a aquel hombre toda mi vida.

Se sentó a mi lado, observándome fijamente.

—Vero, ¿estás incómoda?

Suspiré con fuerza. Por mucho que le dijera lo contrario mi comportamiento demostraba que era así.

—Un poco. Esta situación es un poco... rara.

—Quizás hubieras preferido que obviáramos todo lo relativo a la cena y fuéramos directos al grano. También para mí resulta extraño eso de irme a la cama con una mujer para probar... un artilugio sexual. Si quieres apago el horno y vamos a ello. Pero pienso que así, en frío, puede resultar más violento.

—No, no... está bien lo de cenar antes para romper un poco el hielo. Es solo que...

—¿Hace mucho tiempo de la última vez? ¿Es eso?

—Sí, es eso —admití.

—No te preocupes, es como montar en bicicleta, nunca se olvida... o eso dicen.

—Seguro que es cierto.

Bebí de nuevo. A medida que el vino entraba en mi organismo me sentía un poco más relajada. También la mirada intensa de Óscar contribuyó a ello. Y cuando sus ojos se desviaron a mis muslos desnudos y dio un sorbo también a su copa supe que no le costaría dar la talla.

—Explícame un poco cómo va esto de los informes... es nuevo para mí. Suelo dejarme llevar y pienso poco mientras lo hago. Debo memorizar las sensaciones, imagino, para contártelas después.

—Yo suelo usar una grabadora, pero en esta ocasión prescindiremos de ella. Me acordaré de lo que digas —lo animé. Lo último que deseaba aquella noche era estar pendiente del informe—. ¿Has usado alguna vez un anillo?

—No. En encuentros esporádicos no suelo usar más que preservativos y tuve una relación hace años, pero Candela era de misionero y poco más. El sexo no era muy imaginativo con ella.

Me molestó que hablara de su ex en aquel momento. Y más aún que comentara su vida sexual con ella. Quizás esperaba que yo hiciera lo propio, pero nada tenía que contar. Solo tratar de que no averiguara lo inexperta que era. Confiaba en que los movimientos aprendidos con los consoladores dieran el pego.

Al fin, el horno emitió un pitido en la cocina.

—La cena está lista. Espero que te guste el salmón.

—Me gusta todo.

—Estupendo. Siéntate y haz los honores.

Me dirigí a la mesa y tomé asiento en una de las sillas, dispuestas frente a frente. Donde no podría disimular mi nerviosismo. Donde trataría de comer, aunque mi estómago se negara a aceptar los alimentos que, dicho fuera de paso, olían de maravilla.

Óscar regresó con una fuente en la que dos lomos de salmón reposaban sobre un lecho de patatas y zanahorias. Me sirvió uno y rellenó las copas de vino.

Comenzamos a cenar, yo con cautela, con bocados pequeños y fáciles de tragar, porque mis

nervios aumentaban a medida que se acercaba el momento.

La conversación giró en torno a temas intrascendentes como el buen tiempo que hacía aquella primavera, su coche que necesitaba una revisión y mis amigas y cómo nos conocimos una noche de Halloween todas en una plaza sentadas en dos bancos enfrentados. No le hablé de la desesperación que todas sentíamos en aquel momento, ni de los problemas que arrastrábamos cada una, solo que compartimos una botella de un vodka malísimo y *tuppers* de pollo en salsa, empanada y croquetas, y que eso selló una amistad a prueba de todo.

Al fin, la cena terminó después de un postre a base de helado, servido en bolas en unos cuencos de cristal opaco. Y llegó el momento de la verdad. Quitamos la mesa y lo llevamos todo a la cocina, donde lo dejamos en el fregadero.

—¿Vamos? —preguntó Óscar agarrándome la mano y tirando de ella en dirección al dormitorio.

Comprobé que estaba justo encima del mío, y que ambos tenían ventanas que daban al patio. Era un cuarto masculino, con un cabecero de cuero negro y cortinas blancas y negras. Bastante espartano, la verdad. Nada que ver con el mío lleno de fotografías en las paredes y libros y botecitos en miniatura en una repisa.

Llegamos a la habitación después de que yo cogiera la caja con el anillo, previamente lavado. Sobre la mesilla de noche había una caja de preservativos a la que miré nada más entrar.

—Espero que el anillo no sea incompatible con el uso de un condón —comentó—. Siempre los uso. Porque imagino que si hace tiempo de tu última vez no usas ningún anticonceptivo.

—También condones, y no es incompatible. —Me había informado previamente.

—Bien.

Se volvió hacia la cama y con habilidad retiró la colcha y la sábana superior. Observé que su respiración se volvía tan agitada como la mía. Después se giró hacia mí y quedamos frente a frente. Me miró a los ojos con aire indeciso.

—¿Te importa si empezamos de la forma tradicional? Se me hace muy raro eso de ir al grano sin besos y caricias previos.

—A mí también. Aunque te cueste creerlo es la primera vez que estoy con un hombre... por este motivo.

—Lo supongo.

Me sonrió con la boca, con los ojos y con el alma y me agarró las manos, que no dejaban de temblar. Poco a poco acercó su cara a la mía y me besó. Al principio solo un roce suave sobre los labios, lento y acariciador, y cuando ya pensaba que no pasaría de ahí, los rozó con la punta de la lengua. Cerré los ojos y me dejé llevar. Entreabrí la boca y dejé que entrara en ella. La invadió despacio, hurgando en cada rincón mientras yo atesoraba las sensaciones nuevas y maravillosas que estaba experimentando. El tacto, el olor y la cercanía de Óscar me estaban haciendo temblar por dentro. Poco a poco mi lengua cobró también vida y salió al encuentro de la suya, rozándola, acariciándola y absorbiendo el sabor de su boca.

Me rodeó con los brazos y yo alcé los míos hasta su cuello. La punta del cabello castaño

acarició mis dedos mientras estos rozaban su nuca muy despacio. Sintiendo la piel en cada una de las terminaciones nerviosas de mis yemas. El beso se hizo más profundo, más intenso. Nuestras bocas buscaron un ángulo más cómodo para saborearse. Nos apretamos cuerpo contra cuerpo, sintiendo cada centímetro del otro. Supe al instante que no habría gatillazo, que él estaba tan excitado como yo. Porque lo estaba. Aquel beso que se volvía abrasador por momentos estaba despertando en mí un fuego desconocido, feroz e implacable.

Olvidé mis temores y mis nervios, y me apreté con fuerza contra su cuerpo. Como si lo hubiera hecho muchas veces, como si fuera la mujer experimentada que quería hacerle creer. Las manos de Óscar se colaron bajo el jersey acariciando mi espalda, los dedos recorrieron la cintura y los costados y yo deseé hacer lo mismo con él. Nos separamos jadeantes y empezamos a quitarnos la ropa. Mirádonos a los ojos, con el deseo reflejado en ellos. Me saqué el jersey por encima de la cabeza y vi sus ojos brillar mirando mis pechos cubiertos por el sujetador de encaje. A continuación, hice lo mismo con la falda y quedé expuesta ante él, con mi conjunto de ropa interior más sexi. Sus dedos estaban parados en los botones de la camisa mientras me comía con los ojos. Yo deseaba verlo desesperadamente, porque aquella noche la ropa no desaparecía de su cuerpo a menos que se la quitara.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté fingiendo una desenvoltura que estaba lejos de sentir. Pero en mis sueños le había desabrochado la camisa muchas veces.

—Por favor... —susurró sin dejar de mirarme.

Mientras desabotonaba botón a botón, dejando a la vista cada vez un poco más de piel, alargó las manos y rozó mis pezones con los nudillos, provocando una reacción en todo mi cuerpo. A punto estuve de acabar de un tirón, pero logré contenerme.

Le quité la camisa y él se deshizo del pantalón y de los calcetines en un solo movimiento. Se acercó a mí de nuevo y nos abrazamos. Volvimos a besarnos mientras las manos terminaban de quitar la poca ropa que nos quedaba. Nos dejamos caer en la cama, él debajo, yo encima, y seguimos besándonos. Tenía la sensación de que nunca tendría suficiente de sus besos, que me embriagaban los sentidos. Aquel era un regalo añadido e inesperado que iba a disfrutar, porque yo había imaginado una rápida relación sexual para probar el anillo, no la experiencia maravillosa que Óscar me estaba ofreciendo.

Sus manos, su boca se deslizaban por mi cuerpo y las mías no se hicieron rogar. Toqué, acaricié y besé ese cuerpo firme y delgado con el que llevaba soñando semanas. Y volvía a buscar su boca una y otra vez. Ya no me importaba que se percatase de mi inexperiencia, sentía que la vida me estaba ofreciendo algo especial que pensaba disfrutar hasta las últimas consecuencias, como una niña golosa en una tienda de dulces.

Cuando ya las sensaciones por parte de ambos se hicieron insoportables, y el deseo necesitaba ser satisfecho en su totalidad, alzó la mirada, turbia de pasión, y me preguntó:

—¿Vamos?

—Sí.

Me tendió de espaldas en la cama y se arrodilló con las pernas abiertas sobre mis caderas. Nunca había tenido una visión tan tremendamente atractiva y erótica como la de aquel hombre colocándose un preservativo. Luego agarró el anillo y lo puso en mis manos.

—Haz los honores.

Se lo coloqué con cuidado, acariciando a la vez toda la longitud de su pene duro y preparado. Pulsé con cuidado el pequeño botón que activaba la vibración y Óscar entró en mi cuerpo. Lento, firme y caliente. La sensación fue muy diferente de la que me producían los juguetes. Nunca, ninguno, me había hecho sentir una excitación tan brutal. Sentí que iba a correrme de inmediato, lo que sucedió. Pequeñas contracciones lo oprimieron mientras él seguía avanzando en mi interior. Me llenó por completo, el pequeño vibrador rozó mi clítoris por un segundo para retirarse enseguida. Y comenzó un lento vaivén, un ritmo que por primera vez no imprimía yo. Me encontré esperando impaciente cada embestida, sintiendo que el tenue orgasmo que había experimentado deba paso a una excitación mucho más intensa, más profunda. Mis caderas empezaron a alzarse clamando por que volviera a hundirse en mí una y otra vez. Las sensaciones se arremolinaban en mi interior, como un torbellino incontrolable. Él tenía los ojos cerrados, sumido también en un placer intenso, estaba segura de ello. Al fin, un orgasmo brutal y devastador se apoderó de mi cuerpo haciéndome temblar de pies a cabeza, gemir y boquear buscando el aire que le faltaba a mis pulmones. Óscar abrió los ojos y me contempló mientras me corría, lo mismo que hice yo minutos después, cuando le tocó el turno a él.

Después, se dejó caer sobre mí, exhausto, sin fuerzas apenas para sostenerse sobre los brazos.

Permanecimos unos minutos en silencio, agotados y palpitantes. A continuación, salió de mi cuerpo y se dejó caer en la cama a mi lado.

—¡Joder con el aparatito! —susurró.

Yo no podía articular palabra. Me sentía tan devastada por lo que acababa de vivir, por lo que estaba sintiendo, que si hablaba me lanzaría sobre él y le juraría amor eterno. Porque si tenía alguna duda de mis sentimientos por Óscar, estas acababan de evaporarse de forma rotunda. Estaba enamorada hasta la médula de mi vecino del tercero, ese que me había ofrecido su ayuda para probar un anillo vibrador y nada más. Ese que había terminado para siempre con mi veganismo sexual, brindándome una entrada al mundo del sexo por la puerta grande.

—¿Te ha gustado? —pude articular por fin.

—Ha sido brutal. ¿Para ti no?

—Sí, también.

Se giró sobre la cama y buscó mis ojos.

—No lo dices muy convencida. Y yo... la verdad es que en este momento no sabría explicar las sensaciones que he experimentado. Si esperas detalles para tu informe, me temo que no podré ser muy preciso.

—Lo de brutal me vale. ¿Y puntuación del uno al diez?

—Once.

El corazón se me iba a salir del pecho con sus palabras y sobre todo con su mirada.

—¿Y tu puntuación? Tú estás más acostumbrada a esto que yo.

—Once —susurré a mi vez.

Alargó la mano y me apartó un mechón de pelo sudoroso de la frente.

—Y este personaje —dijo quitándose el anillo y el preservativo a continuación para dejarlo en el suelo—, ¿tiene nombre?

—Aún no. ¿Qué tal si lo llamo Óscar? Es un once sobre diez.

—Me parece bien. ¿Sabes? Pocas veces me he encontrado una mujer tan participativa en la cama. ¿Ves lo que te decía de que es como montar en bicicleta? Nunca se olvida.

Había tanta ternura en sus ojos que estuve a punto de confesarle la verdad. Que, aunque no tuviera el himen intacto, me había desvirgado con él. Pero entonces le estaría confesando que era alguien especial para mí, y solo me había ofrecido ayuda para probar a Óscar, aunque lo hubiera disfrutado tanto como yo. No quería hacerlo sentir incómodo, y sobre todo no quería apartarlo de mi vida. Aquel pequeño secreto, debía permanecer secreto.

—Así es, nunca se olvida —admití.

Volvió a clavar los ojos en mí, como si pretendiera indagar en mi alma. Y tuve miedo de que averiguara demasiado.

—Vero... —susurró—. No tendrás que hacer el informe ahora, ¿verdad?

—No.

—¿Te quedas a dormir?

Sentí que mi corazón brincaba de nuevo, desbocado.

—Si quieres...

—Si lo haces, te invito a desayunar tu pan favorito.

—¿No tienes que trabajar temprano? Es martes.

—Puedo tomarme media jornada por asuntos propios y entrar un poco más tarde. Salvo que tú tengas que hacer algo a primera hora.

—Nada hasta el mediodía. Acepto el desayuno, pero en esta ocasión creo que te acompañaré con unos churros.

—Estupendo. Ven, vamos a dormir —susurró abriendo los brazos e invitándome a acurrucarme en ellos.

Lo hice. Me refugié contra su costado dispuesta a disfrutar de otro regalo inesperado. No quería imaginar cómo haría para verlo de nuevo como un simple vecino después de aquella noche, pero aparté esa idea de mi mente de inmediato. Me dejé envolver por su calor, por su aroma y por la fuerza de su cuerpo hasta adormecerme.

Desperté de madrugada, con una pierna sobre su cadera, una nueva erección contra mi muslo, y sus brazos rodeándome la cintura. Supe que estaba despierto porque su pecho subía y bajaba muy rápido con la respiración algo entrecortada. Me removí un poco y apreté la mano en mi cintura.

—Vero —me susurró en el oído, la voz cálida y cargada de deseo.

—¿Sí?

—He estado pensando que quizás... sería una buena idea hacerlo sin el vibrador... para comparar. Así tu informe sería más exacto.

Una sensación de euforia se apoderó de mí.

—¿Quieres hacerlo otra vez? —pregunté ilusionada como una niña el día de Reyes.

—Solo si consideras que es conveniente para el informe.

—Sería una buena idea, sí. Saldría mucho más completo.

—En ese caso...

Me dio la vuelta hacia él y comenzó a besarme.

Capítulo 20

Óscar me despertó pasadas las diez, con una taza de café y un plato de churros recién hechos. No lo había sentido levantarse, la verdad es que estaba agotada después de la noche de emociones y sexo que había vivido. Lo hicimos otra vez, sin anillo, solo con el preservativo, y había sido igual de maravilloso, con la diferencia de que en esta ocasión la propuesta no había sido mía sino de él. Me sentía como una cenicienta después del baile, y si en un principio creí que me resultaría difícil enfrentar su mirada, no fue así. Nos sentamos a disfrutar del sabroso desayuno con naturalidad, como si no hubiera sucedido nada extraordinario aquella noche. Los cálidos ojos verdes de Óscar me miraban como siempre y supe que aquello no alteraría nuestra amistad. Y que yo podría atesorar lo sucedido como algo especial e inolvidable, aunque para él hubieran sido un par de polvos más. De once sobre diez, eso sí.

Después de desayunar nos despedimos con un amistoso «ya nos vemos» y regresé a mi casa mientras él se disponía a ir al trabajo. Eran las once y cuarto cuando llegué a mi piso y encendí el móvil. Sesenta y ocho mensajes de las chicas del JB enviados desde las ocho de la mañana. Los primeros jocosos y los últimos preocupados.

YO: Hola, chicas.

CHUS: Gracias a Dios, estás viva.

Y: ¿Por qué pensabais que no lo estaría? He pasado la noche con Óscar, ya lo sabíais.

ROMI: Pero hace mucho que se hizo de día.

Y: Me quedé a dormir, y a desayunar.

ANISI: ¡Eso es *tupendi*! ¿Ha ido todo bien, entonces?

Y: Muy bien.

A: ¿Solo muy bien? No pensarás que nos vamos a conformar con eso.

TERE: Dime que ya no eres vegana, tía.

Y: No lo soy.

T: Genial por el Óscar.

A: Bienvenida al mundo de las carnívoras.

R: ¿La tiene como la imaginabas?

Y: No me he parado a pensar en eso. Me dejé llevar y nada más.

T: Y te corriste como una burra, espero.

Y: También.

CH: Me alegro muchísimo.

Y: Me pidió que me quedara a dormir y me invitó a desayunar churros.

T: Eso no lo hacen todos, la mayoría, después de darte el suyo, si te he visto no me acuerdo.

Y: Dificilmente va a pasar eso a menos que se cambie de domicilio. Yo espero que sigamos manteniendo la amistad. Sé que esto no ha sido más que un amigo echándome una mano y tampoco espero más.

R: Ha sido tu bautismo de carne fresca.

Y: Eso suena muy mal, Romi. Dejémoslo en ayuda. Y ahora os tengo que dejar, tengo cita con Marcia, mi psicóloga, y no me la quiero saltar que estamos haciendo muchos progresos. Tratamos de descubrir el motivo por el cual de buenas a primeras empecé a ver a los hombres desnudos, y pienso que nos estamos acercando. Ella cree que tuvo que haber un detonante para que un recuerdo olvidado de mi infancia aflorase y me provocara esto.

R: De acuerdo, hasta el jueves. ¡No te libras de la celebración!

Y: Besos a todas.

Cerré la conversación con un montón de emoticonos cariñosos y me metí en la ducha. Tenía una agradable sensación de plenitud en todo el cuerpo, mucho más intensa que cuando lo hacía con los juguetes. Me sentía pletórica y feliz.

Óscar silbaba alegre una cancioncilla pegadiza mientras conducía hacia su trabajo. Había enviado un mensaje a su jefe pidiendo media jornada de asuntos propios, y debía incorporarse las doce. Aunque lo que hubiera deseado era quedarse con Vero toda la mañana, salir a pasear con ella cogidos de la mano y disfrutar de su compañía el resto de la jornada. Como si fueran una pareja de luna de miel.

Lo sucedido la noche anterior lo había dejado un poco aturdido, había sido tan intenso, tan especial que no acertaba a calificarlo. Solo sabía que le había costado un mundo dejar que se marchara. Cuando le propuso quedarse a dormir y Vero aceptó se sintió como un niño con un regalo de cumpleaños, y más aún cuando ella también quiso hacerlo de nuevo.

Hacía mucho tiempo, desde el principio de su relación con Candela, que no sentía algo tan intenso. Y su expareja nunca se entregaba en la cama como Vero. Había tanto entusiasmo, tanta pasión en ella que había olvidado que solo se trataba de elaborar un informe. Por eso quiso repetir, comprobar si se mostraría tan apasionada sin la prueba del anillo. No lo había defraudado.

Salió del atasco en que estaba metido de puro milagro, porque no podía quitarse de la mente el cuerpo de su vecina bajo el suyo, retorciéndose y acoplándose a sus movimientos, sus gemidos y sobre todo esa mirada brillante que le dirigió al final, y que no supo interpretar. Tampoco podía dejar de pensar en nuevos encuentros, en otras posturas y otros lugares aparte de la cama. Deseaba seguir viéndola y no solo en la escalera; quería mucho más de Vero que una relación de vecinos.

Llegó más tarde de lo previsto, tendría que quedarse a recuperar una hora por lo menos al final

de la jornada. Trató de sumergirse en el trabajo, pero lo único que consiguió fue cubrir el expediente con su presencia ante el ordenador, mientras miles de sensaciones seguían recorriendo su cuerpo sin que pudiera evitarlo. Miraba sin ver la pantalla pensando si a ella lo sucedido le había impactado tanto como a él, cuando una sombra se proyectó sobre su hombro en la pantalla del ordenador.

—¡Vas a joderlo! —dijo una voz a su espalda.

—¿Qué?

Ismael pulsó una tecla para volver a una pantalla anterior. Solo entonces se percató de que había estado a punto de cargarse el trabajo de los dos días anteriores.

—¡Mierda, casi...!

—Sí, casi. Menos mal que he llegado. Vamos a la sala de descanso, creo que necesitas un café.

—He tomado uno hace un rato, pero sí, más vale que salga de aquí un momento para despejarme.

Se levantó del sillón de piel negra y siguió a su amigo. Ismael se dirigió hacia la cafetera y sirvió dos tazas de café, la de Óscar negro y fuerte. Este le dio un sorbo y no dijo nada.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó su amigo mirándolo con sorna.

—Nada fuera de lo normal.

—¿Seguro? Acabo de servirte un café que te hará un agujero en el estómago y te lo estás tomando sin siquiera hacer una mueca.

Miró la taza, y se percató de lo que estaba bebiendo.

—No me he dado cuenta.

—A eso me refiero. Podría darte cicuta y ni te percatarías. Estás en Babia, macho. Veo que no ha funcionado.

—¿Qué tenía que funcionar? —preguntó añadiendo un poco de leche y azúcar a la bebida para adecuarla a su gusto.

—Pensaba que cuando te la follaras se te pasaría el encoñamiento mental que tienes con ella. Pero es evidente que no.

—Ha sido al contrario. Solo pienso en volver a hacerlo. Y no hemos follado.

—¿Ah, no? Se trataba de redactar un informe sobre un anillo vibrador, ¿cómo llamarías a eso? Porque lo habéis hecho, ¿no? ¡Claro que sí, no tendrías esa cara de flipado si no hubiera sucedido!

—Sí, lo hemos hecho. Y ha sido... fantástico.

—¿Vero piensa lo mismo?

—No lo sé, se marchó a su casa después de desayunar para elaborar el informe.

En aquel momento Elena Parras, la jefa del departamento comercial, entró en la sala de descanso. Se dirigió a la cafetera y escogió una capsula de expreso, su bebida favorita.

—Me alegro de verte aquí, Óscar —dijo—. Quería hablar contigo.

Ismael apuró su taza, y se despidió.

—En ese caso, me marcho.

—Puedes quedarte, lo que tengo que comentarle no es ningún secreto. Se trata de la plaza de administrativo que tenemos que cubrir en mi departamento. Hemos entrevistado a algunos candidatos y tengo entendido que uno de los currículums lo entregaste tú en persona —comentó mirando a Óscar e ignorando a su amigo.

—Sí, el de Verónica Ramírez. ¿Por?

—Tiene una formación excelente, incluso diría que superior a lo que requiere el puesto, pero ninguna experiencia. ¿La conoces? ¿Crees que desarrollaría bien el trabajo?

—Estoy seguro de ello.

Ismael puso los ojos en blanco.

—La falta de experiencia es un punto en contra.

—¿Por qué no le hacéis un contrato de prueba, digamos por un mes? —recomendó Óscar—. Es tiempo más que suficiente para saber si se adapta al puesto. La chica se merece una oportunidad.

—Se la está tirando, no es objetivo.

La voz de la mujer se volvió un poco seca al responder.

—Mientras no lo haga en la oficina y en horas laborales, eso no es de mi incumbencia. Además, tampoco sería el único que se acuesta con las compañeras; no es una práctica que prohíba la empresa, siempre que no afecte al trabajo.

—Está claro que la vas a contratar. Ya he escuchado todo lo que tenía que oír, me voy. El deber me llama.

Ismael colocó la taza en el lavavajillas y salió de la habitación. Óscar enfrentó la mirada de la jefa de personal.

—De acuerdo, le daré una oportunidad a tu amiga —dijo la mujer

—Es mi vecina y no te la recomiendo por lo que pueda haber entre nosotros, que no es tanto como Ismael cree. A él no le cae muy bien porque apenas la conoce, pero es un encanto y muy trabajadora.

—Eso me pareció en la entrevista. Y la opinión de tu amigo me importa muy poco. La llamaré para decirle que está admitida.

—Gracias, Elena.

—De nada. No lo hago porque sea tu vecina o cualquier otra cosa, sino porque creo que es adecuada para el puesto. Hablaré con Ricardo.

Salió de la habitación dejando que ella tomara su café, y se dirigió a su mesa. Estaba deseando que Vero supiera la noticia, pero aguantaría las ganas de contársela él, no quería que pensara que su incorporación a la empresa se debía a algún tipo de ayuda por su parte. Como Elena había dicho, la consideraban apta para el trabajo y estaba más que convencido de que pasaría el periodo de prueba con creces. Ya no tendría que mojarse bajo la lluvia repartiendo pizzas, ni aguantar críos ajenos, aunque pensaba que le gustaban los niños. Era el tipo de mujer que disfrutaría teniendo un hijo en brazos, estaba seguro, pero la vida no le había dado la oportunidad.

Sacudió la cabeza diciéndose que debía dejar de pensar en Vero y en todas las tonterías que se

le estaban ocurriendo y ponerse a trabajar. Estaba demasiado moña aquella mañana.

Me encontraba sentada tratando de escribir un informe lo más desapasionado y profesional posible sobre el anillo. Había quitado y añadido frases ya dos veces sin conseguirlo, cuando sonó el teléfono. El corazón se me paró pensando en que quizás Óscar me llamaría con cualquier excusa, pero era el mismo número desde el que me telefoneó Elena Parras para la entrevista.

—¿Sí? —Respondí al instante. Nunca me habían llamado para decirme que no era la elegida para un trabajo, y eso me puso muy nerviosa.

—Soy Elena Parras. Quería comunicarte que el puesto de administrativo en mi departamento es tuyo, si te interesan las condiciones.

Ahogué el grito de júbilo que me salía de lo más hondo.

—Estoy segura de que sí. —Cualquier condición sería mejor que lo que tenía en los empleos precarios y sin contrato actuales.

—Puesto que no tienes experiencia hemos decidido realizar un periodo de prueba de dos meses y si te adaptas al trabajo, se te hará un contrato indefinido. El sueldo inicial será algo más bajo en este periodo, y luego se te igualará al resto de la plantilla. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, sí. —Acepté rotunda y encantada. Era un lujo saber cuánto cobraría cada mes.

—La jornada será de ocho horas laborales con media o una para almorzar, como elijas. El horario es ligeramente flexible, dependiendo de la hora en que entres empezarán a contar. ¿Te pasas mañana por la oficina, firmamos el precontrato e iniciamos el papeleo? Sobre las diez y media.

—Claro, allí estaré.

—Hasta mañana entonces.

Corté la comunicación y también cerré el documento que tenía abierto en el ordenador. Era incapaz de continuar escribiendo, el corazón me brincaba en el pecho y la poca concentración que tenía se me había evaporado. No me podía creer que al fin hubiera sucedido, que tuviera un trabajo estable y bien remunerado, con un horario y bajo techo.

Dudé a quién contárselo antes, si a Óscar o a mis amigas, pero tras unos segundos cogí el móvil y abrí el JB. A él se lo diría en persona cuando llegara por la tarde.

YO: ¡¡¡Chicas!!! Tengo trabajo, me han aceptado en la empresa de Óscar. Mañana voy a firmar el precontrato.

ANISI: ¡Bien, chati! Cuánto me alegro.

Y: Trabajaré con Óscar. Bueno, no en el mismo departamento, y lo veré a menudo.

TERE: Búscate otro cacharro para probar en pareja, aunque lo compres tú. Ahora te lo podrás permitir.

CHUS: Eso, proponle otra «colaboración interesante».

ROMI: Aunque tengas un trabajo estable y con horario, no dejarás lo de los juguetitos, ¿no? Te salen

gratis y cuestan una pasta. Y no todos los hombres están a la altura.

T: Pero ahora que ha probado la carne, seguro que ya no le interesan los otros.

R: Pues no sé, casi todas mis clientas se han comprado un succionador y están como locas. Mandan a sus maridos a hacer recados para quedarse solas en casa. Creo que está agotado en Amazon.

A: ¿Tú qué opinas, Vero? ¿Óscar o Arturo?

CH: Está enamorada, y no hay elección posible cuando entra en juego el amor, ¿verdad?

T: ¿Pero Óscar te ha succionado? Solo así puedes saber cuál es mejor.

Y: No, no llegamos a ese punto.

A: Pues ahí lo tienes.

T: A huevo. Le dices que te piden que compares.

R: Seguro que te ayuda, Vero. Y tú nos cuentas si merece la pena gastarnos la pasta.

Y: No sé cómo nos las apañamos. Os he escrito para contaros lo de mi trabajo y siempre acabamos hablando de lo mismo.

A: Somos mujeres liberadas, *modernis* y activas sexualmente, aunque no tengamos pareja.

CH: Unas más activas que otras, ¿verdad, Romi?

A: Todo se arreglará, espero.

T: Yo llevo sin sexo ya demasiado tiempo. Voy a apuntarme a un grupo de esos para buscar folleteo.

CH: Yo necesito que haya amor.

A: Puedes encontrar el amor también en un grupo de esos.

R: Donde es difícil que lo encuentres es en el coro gregoriano.

CH: Ya tuve bastante con dos malas experiencias. Estoy bien así. No trataré de encontrar pareja, si llega será porque me lo envía Dios, no porque yo lo busque.

T: Le escribiremos un email a Dios para que te mande uno bien macizo.

CH: No seas irreverente, Teresa.

Y: Bueno, chicas, a lo que íbamos. El jueves karaoke después de las copas. Invito yo.

CH: No sé si podré quedarme muy tarde este jueves, tengo que acompañar a mi madre a unas pruebas a primera hora del viernes y hay que prepararla. Solo me podré tomar una copita con vosotras y me marcharé enseguida.

Y: No te preocupes, dejamos el karaoke para la próxima semana. En la celebración tenemos que estar todas.

CH: Gracias, eres un sol.

A: De *acuerdi*.

Y: Y como me aconseja Romi, dejaré los repartos de pizzas y los trabajos de canguro, pero no las pruebas de artículos eróticos. Lo de Óscar no creo que llegue a nada más, y es un trabajo placentero y bien pagado.

T: Hasta el jueves.

Tras ver emoticones de corazones y besos dejé el teléfono sobre la mesa y me dediqué a dar vueltas por el piso esperando a escuchar los pasos de Óscar para contarle la noticia.

Abrí la puerta en cuanto oí cerrarse el portal. Era más tarde de lo habitual, y ya empezaba a ponerme nerviosa.

Los pasos ascendían despacio y yo tuve que contenerme para no bajar y salirle al encuentro. También para no demostrarle mi alegría colgándome de su cuello.

—Te han llamado —me dijo en cuanto llegó al segundo y vio mi cara de alegría. No era una

pregunta.

—Sííí.

—Elena me dijo que iba a hacerlo, que eras la elegida.

—Mañana tengo que firmar el precontrato, a las diez y media.

—Yo entro a las siete y media, si te hubieran citado más temprano podrías venir conmigo. De todas formas, sabes cómo llegar.

Me dieron ganas de decirle que no me importaba, que esperaría con gusto con tal de ir con él, pero no quise imponerle mi presencia.

—No te preocupes, hay buena comunicación por metro.

—Tenemos que tomar algo un día para celebrarlo —dijo, y me pareció que no con mucho entusiasmo.

O tal vez era que yo tenía demasiado y hubiera querido hacerlo esa misma tarde.

—Cuando quieras. Ya sabes dónde vivo y también mi teléfono.

—Muy bien, Vero. Ya quedamos.

—Recuerda que los jueves salgo con mis amigas.

—¡¿Cómo podría olvidarlo?! Los jueves borrosos. —Pareció dudar unos segundos—. Si quieres mañana, cuando estés por la oficina, me das un toque y te enseño todo.

—No me gustaría molestarte.

—No es molestia.

—Gracias, entonces. Hasta mañana.

Continuó su camino escaleras arriba. Yo me había preguntado si lo sucedido la noche anterior cambiaría algo entre nosotros, pero estaba claro que no. Que seguiríamos siendo vecinos, amigos y ahora también compañeros de trabajo. Pero nada más.

Capítulo 21

Al día siguiente, jueves, acudí presta a las oficinas de AUTISA para comenzar las gestiones de mi incorporación como administrativo. Me recibió Elena, como la vez anterior, y me acompañó hasta el departamento de personal para tramitar el papeleo que me convertiría en una empleada más de la empresa. Después se ofreció a enseñarme las instalaciones y, aunque Óscar se había brindado a hacer lo mismo, no fui capaz de rechazar la propuesta de la que sería mi jefa. Fue tan amable al quedarse en mi entrevista que me pareció una descortesía decirle que había quedado en llamar a mi vecino.

Me acompañó departamento por departamento y me presentó a todos como la nueva incorporación a su equipo en calidad de administrativo. Estreché manos y repartí saludos sin sentir ningún tipo de malestar con el personal masculino. Las sesiones con Marcia me estaban ayudando a controlar mis visiones y ambas estábamos seguras de que estas desaparecerían con el tiempo. Por fortuna, en adelante podría pagar las que fueran necesarias.

Después de recorrer varias salas, mi futura jefa se detuvo ante una puerta con una sonrisa en la cara.

—Y esta es la habitación de los informáticos —dijo—. La he dejado para el final porque tal vez Óscar quiera enseñarte él la sala de descanso. No le he dicho a nadie que tenéis una relación, dejo a vuestro criterio que lo hagáis público o no.

Sentí que me ponía tensa.

—¿Óscar os ha dicho eso? No tenemos una relación, somos vecinos.

—Ha sido Ismael. Dijo que os acostabais juntos o algo parecido.

Respiré hondo. Había algo en Elena que me hacía sentir cómoda y no me importó contarle la verdad. En general era más discreta con mi vida privada, pero con ella no me costó sincerarme.

—Solo ha sido una vez, y no creo que se repita. Una noche no implica una relación.

—No, claro que no. Una noche no implica nada, al menos para ellos. Los hombres no dan la misma importancia que nosotras a esas cosas.

Sentí que me entendía, que quizás había adivinado mis sentimientos por Óscar y también que guardaría el secreto. A continuación, abrió la puerta y me hizo pasar a una sala amplia y luminosa con seis mesas, en cinco de las cuales se afanaban tres mujeres y dos hombres. La del rincón estaba desocupada, aunque un ligero desorden evidenciaba que alguien estaba trabajando en ella

hasta hacía poco. Óscar levantó la vista y me sonrió desde la suya.

Elena me presentó a todos, dejando a mi vecino para el final, imagino que de forma premeditada.

—Bienvenida a la empresa, Verónica —dijo estrechándome la mano, y supe que no tenía intención de demostrar que nos conocíamos.

Esperaba que Ismael no continuara difundiendo rumores sobre nosotros, mucho menos si eran infundados. Que, por cierto, no tenía idea de a qué departamento pertenecía porque no lo había visto. Sabía que trabajaba en la empresa porque me lo encontré en el corredor el día de la entrevista, pero no me lo habían presentado aquella mañana. Elena disipó mis dudas.

—Falta Ismael, que ocupa aquella mesa del fondo. ¿No ha venido hoy?

—Sí —respondió la chica que se sentaba en la mesa contigua—, pero debe tener unas diarreas de órdago porque lleva en el servicio más tiempo que trabajando esta mañana. Y es demasiado joven para que sean problemas de próstata lo que le sucede.

Todos rieron la ocurrencia, incluido su amigo.

—Tengo una reunión en cuestión de minutos —dijo Elena con una mueca divertida ante el comentario—. Óscar, ¿te importaría enseñarle a Verónica la sala de descanso? Y de paso la invitas a un café.

—Por supuesto —dijo este levantándose con presteza—. Por aquí.

Lo seguí por el corredor hasta la segunda puerta después de su departamento.

—Este es el servicio, por si lo necesitas. —Señaló una habitación situada junto a la de descanso.

—¿Donde pasa Ismael la mañana? Qué pena que esté indispuerto, me hubiera gustado conocerlo «oficialmente».

Una risita coreó mis palabras.

—Ya habrá ocasión. La diarrea no puede durarle para siempre, en algún momento tendrá que recuperarse.

Entramos en una estancia amplia en la que, sobre una encimera de granito, había una cafetera, un hervidor de agua, un microondas, vasos, platos y tazas. Un lavavajillas, un frigorífico y varias mesas y sillas completaban el mobiliario.

—Esta es la sala de descanso. Aquí solemos desayunar y también los que vivimos lejos nos traemos la comida y almorzamos. Tiene lo suficiente para cubrir las necesidades más básicas. ¿Te apetece un café?

—Sí, gracias.

Me dejé invitar. Él sabía ya cómo me gustaba tomarlo y cuando sirvió sendas tazas nos sentamos a una de las mesas. Me imaginaba más desayunos como ese en el futuro.

—Me has llamado Verónica y me ha chocado un poco. ¿No quieres que sepan en la empresa que nos conocemos? —le pregunté para tener claras sus intenciones.

—Al principio prefiero que lo ignoren. No me gustaría que pensasen que has entrado a trabajar

aquí por enchufe, porque no ha sido así. Elena te fichó desde el primer momento, le caíste muy bien en la entrevista. Pero no tenemos que guardar las distancias, nada impide que nos hagamos amigos y en breve vengamos juntos en mi coche o nos reunamos aquí a la hora del café. Solo Ismael sabe que somos vecinos y no dirá nada.

—No estés tan seguro. Va diciendo que nos acostamos juntos. ¿Lo sabe o se lo imagina?

Óscar pareció un poco incomodo con mi pregunta. Fijó la mirada en su taza y respondió con sinceridad.

—Lo sabe. Él y yo nos lo contamos todo. Pero solo lo comenté delante de Elena y ella no lo difundirá. Ya has visto que nos ha presentado como al resto de compañeros. Es un encanto y muy discreta, tienes mucha suerte con tenerla de jefa. A Ismael ya le he advertido que guarde silencio y lo hará.

—¡Vaya! Supongo que no debo molestarte por que se lo hayas contado, pero me he quedado un poco descolocada. También mis amigas saben... lo de la prueba del anillo. Espero que no te incomode. Supongo que es lógico que nos contemos esas cosas entre amigos.

—No me importa en absoluto que lo sepan tus amigas. Somos adultos y capaces de gestionar un polvo.

—Por supuesto.

—También hay otra cosa que Ismael sabe de ti.

Alcé los ojos y enfrenté los suyos, aunque ya sabía lo que iba a decirme. No importaba, Marcia me estaba ayudando a aceptar y gestionar que otras personas además de mis amigas y Óscar lo supieran. Me decía que era como si tuviese una erupción o algo por el estilo. Que la gente podía mirarme raro, pero que no debía sentir vergüenza por ello.

—Le has hablado de los desnudos.

—Sí. Y es por lo que lleva media mañana encerrado en el servicio. Verás, Ismael es muy particular en cuanto a mostrar el cuerpo. Se crio en un orfanato donde las duchas eran comunes y no había privacidad. La idea de que alguien lo vea sin ropa no le gusta. No sé cómo se las apañará para follar, pero sin el sexo de por medio, evita mostrar su cuerpo. De hecho, yo nunca lo he visto en pelotas.

—¿Tratas de decirme que se está escondiendo de mí?

—Más o menos. Pero se tendrá que acostumbrar, vas a trabajar aquí.

—¡Así estaba tan raro cuando me lo encontré por el corredor el día que vine a la entrevista! ¿No le has dicho que lo estoy superando, que las sesiones con Marcia me ayudan a controlarlo?

—Algo le he comentado, pero en realidad no sé mucho de tus progresos.

—Van despacio, pero me ha dado técnicas para controlarlo y la mayoría de las veces funciona. Dice que acabaré por no tener que emplearlas, que poco a poco irá desapareciendo.

—¿La causa es la que me dijiste? ¿Lo de aquel vecino que bajaba corriendo la escalera cuando eras pequeña?

—Sí, pero cree que debe haber algo más que hizo que en la adolescencia a florase ese recuerdo

que tenía olvidado. En las últimas sesiones estamos hablando de aquella época para ver si conseguimos encontrar el detonante.

—¿Fuiste una adolescente promiscua? ¿Hay mucho que contar? —me preguntó como si le interesara saberlo.

—¡Qué va! Bastante normalita —mentí. De adolescente y de adulta fui cualquier cosa menos normalita. Pero no podía decirle que me había estrenado con él, pocos días atrás y con treinta y cinco años.

Escuchamos pasos que se dirigían hacia la sala y cambiamos de conversación. También el aspecto relajado y amistoso con que nos sentábamos. Erguimos la espalda como harían dos personas que se acaban de conocer y Óscar comentó con acento amable, pero sin entusiasmo:

—Te vas a sentir muy cómoda trabajando aquí. Es una buena empresa que paga puntualmente y también incentiva a los empleados.

—Estoy segura de ello.

—¿Cuándo empiezas?

—El lunes.

Un hombre al que me habían presentado con anterioridad, pero del que no recordaba el nombre, entró en la sala.

—Tú eres la chica nueva del departamento comercial, ¿verdad? Verónica es tu nombre.

—Sí, pero todo el mundo me llama Vero.

—Elena me ha pedido que le enseñara la sala de descanso. Ella tenía que irse a una reunión —informó Óscar para explicar nuestra presencia allí.

—Siempre está muy ocupada. Es una gran jefa, muy cercana y amable. Pero no te confundas, también exigente. Te exigirá mucho.

—No me asusta el trabajo.

—Aquí todos nos ganamos el sueldo, no se admiten vagos —informó Óscar.

Apuramos nuestros cafés y nos levantamos.

—¿Sabes salir? —me preguntó.

—Sí, el pasillo adelante hasta la puerta, ¿no?

—En efecto. En ese caso, te dejo que tengo trabajo. Nos vemos por aquí a partir del lunes.

—Adiós.

Salí contenta y me dirigía hacia la salida cuando escuché pasos a mi espalda. Me giré y vi a Ismael que avanzaba en sentido contrario, hacia la sala de informática. Ambos estábamos solos en el corredor y me sentí un poco mala. Iba a devolverle el que le hubiera contado a Elena lo mío con Óscar.

—Ismael —llamé.

Se detuvo en seco y se volvió desde una distancia de dos metros.

—Hola —dijo algo incómodo.

Yo lo recorrí con la mirada de arriba abajo y después de abajo arriba, lentamente. Se encogió,

hundió los hombros y murmuró algo que no escuché.

—Espero que te recuperes pronto de tu diarrea —le deseé con mi sonrisa más inocente.

—¿Quién te ha dicho que yo...?

—La chica que se sienta junto a tu mesa. Espero que no sea grave.

—Lara es una bocazas. Estoy mucho mejor, gracias.

—Me alegro. Ya soy miembro de la plantilla. Empiezo el lunes.

—¡Qué bien! —gruñó.

—Y nos veremos por aquí.

—Yo estoy muy ocupado, dudo mucho que coincidamos a menudo. No suelo moverme de mi mesa.

—Buen chico. Hay que ganarse el sueldo.

—Espero que tú hagas lo mismo y no salgas de tu departamento o Elena te tirará de las orejas.

—No será necesario, trabajaré con ahínco.

—Tengo que volver, estoy muy ocupado.

—Adiós entonces.

Salí con paso rápido y me encaminé hacia el metro. Me bajé en el centro y me entretuve en comprar algo de ropa adecuada para mi nuevo trabajo. Las sudaderas y pantalones vaqueros que usaba normalmente no me valdrían. Me había fijado en cómo vestían las mujeres que Elena me presentó aquella mañana y busqué mi propio estilo dentro de la relativa elegancia que imperaba en la oficina. Salía un par de horas después cargada de bolsas y con una moderada deuda en la tarjeta de crédito que esperaba subsanar con mi primer sueldo, cuando me entró un mensaje de Óscar:

ÓSCAR: Tenemos que celebrarlo.

YO: Por supuesto, pero esta noche es jueves.

O: ¿Mañana? ¿O trabajas aún en la pizzería?

Y: Este fin de semana es el último. Ya he dado aviso de que no continuo con el reparto, pero no puedo dejarlos tirados los días de más movimiento. Mañana tengo sesión con Marcia. ¿Qué tal un café el sábado por la tarde? Prepararé algún dulce.

O: Me parece estupendo. ¡Que te lo pases bien con tus amigas esta noche!

Y: Gracias.

O: Y no bebas demasiado, no es bueno para tu hígado.

Y: No lo haré. En realidad, ya no siento la necesidad de ahogar mis frustraciones en vodka. Quiero dejar de ver la vida borrosa para disfrutarla en colores. Vivir con intensidad cada momento de ella.

O: Me alegro mucho. Brindaremos por eso el sábado con un buen café.

Y: Hasta entonces, Óscar.

Regresé a casa con mis compras, mis ilusiones renovadas y mi cita para merendar el sábado. Me sentía una mujer nueva, vital y pletórica que dejaba atrás angustias y problemas. Que enfrentaba un futuro prometedor y que tenía un hombre maravilloso viviendo en el piso de arriba. Un hombre que no había salido corriendo al conocer el problema que había marcado mi vida

desde la juventud. Que seguía ahí después de que hubiéramos pasado la noche juntos con la peregrina excusa de probar un juguete sexual y no había puesto distancia después, como decía Tere que solía hacer la mayoría. Que, aunque no estuviera enamorado, me había hecho sentir emociones muy fuertes en la cama. Óscar, mi vecino del tercero que me había creído ciega, ninfómana y algo perversa y que a pesar de eso me quería en su vida, aunque fuera como amiga.

Capítulo 22

Me moría de ganas de que llegase el sábado y reunirme con Óscar para merendar. Estaba viviendo mi último fin de semana como repartidora de pizzas y me resultaba más llevadero, porque sabía que se trataba de una despedida del precario trabajo que me había acompañado durante unos años. También el buen tiempo ayudaba, y mucha gente salía a comer fuera en vez de pedir a domicilio, por lo que las entregas eran menos numerosas. El sábado me levanté temprano y horneé una fuente de galletas de canela y a continuación una tarta de hojaldre con crema y frutas. Quería agasajar a Óscar por su ayuda, pero también escuchaba esa vocecita de mi abuela que siempre me decía que a los hombres se los conquistaba por el estómago. La casa olía a dulce y deseaba que él supiese que era en su honor. Cuando a media tarde lo tuve todo preparado, le puse un mensaje.

YO: Todo listo, baja cuando desees.

ÓSCAR: Ya era hora. Me muero de ganas de probar las exquisiteces que llevo oliendo toda la mañana.

Que sepas que no he almorzado para hacer los honores como es debido.

Y: Espero estar a la altura de tus expectativas.

Ó: Siempre lo estás.

Sentí que una ola de calor me invadía el cuerpo y deseé que no se refiriera solo a comida.

Y: Baja entonces.

Me di una última ojeada ante el espejo, re Coloqué un mechón de cabello que no lo necesitaba, alisé la falda corta que me había puesto, abrí un botón más a la blusa elegante que me compré para el trabajo y me acerqué a la puerta. Los pasos en la escalera no se hicieron esperar y, antes de que llamara, abrí.

También él se había arreglado, estaba guapísimo con un pantalón negro y camisa blanca con las mangas ligeramente arremangadas, mostrando los antebrazos.

—Pasa —invité.

Me miró de arriba abajo y me hizo pensar si había sido demasiado audaz al desabrochar el botón, porque sus ojos se detuvieron justo ahí, en el comienzo del seno realzado por el sujetador. Me había puesto el otro conjunto, el que él no conocía, a pesar de que sabía que nuestra merienda no se iba a alargar demasiado. Eran las cinco de la tarde y a las ocho y media debía salir para la

pizzería. Pero, aunque no fuera a verlo, me hacía un pecho tan bonito que no me pude resistir.

Había preparado la mesa para algo especial, tal como hizo él la última noche que cenamos juntos, quería que supiera que para mí no se trataba de tomar un simple café.

—Pensaba traer una botella de cava para brindar, pero imagino que tienes que conducir la moto más tarde —se lamentó.

—Así es.

—La dejamos para otro momento.

—Vale. A partir del próximo fin de semana estaré libre los sábados y domingos y seré toda tuya... para tomar esa copa. —«Y para todo lo que quieras».

Óscar alzó una ceja y esbozó una media sonrisa. Nos sentamos a merendar.

—¿Estás nerviosa por empezar el lunes?

—Un poco, lo reconozco. Es la primera vez que tengo un trabajo estable. Aunque Elena me dijo que estaba de prueba, quizás me estoy haciendo demasiadas ilusiones y no la supero.

Óscar alargó la mano por encima de la mesa y oprimió la mía. Hubo familiaridad en su forma de tocarme, sin duda algo había cambiado después de nuestra noche juntos.

—Por supuesto que lo harás —dijo, y supe que estaba convencido, que no lo decía para aminorarme—. Superarás el periodo de prueba y tendrás tu contrato indefinido con el aumento de sueldo que eso conlleva.

Sus dedos me acariciaban el dorso mientras sus ojos me miraban con intensidad. Empecé a desear que la merienda llegara a su fin. Luego recordé que trabajaba aquella noche.

—Eso espero —confesé—. Sería duro haber llegado hasta aquí para que me despidieran a los dos meses.

—Eso no sucederá. Elena no es tonta y no dejará escapar a alguien como tú, con tantas ganas de trabajar y que pone ese enorme entusiasmo en todo lo que hace. Si debe ofrecerte un curso de perfeccionamiento en algo que no domines, lo hará. Ya te digo que esta empresa cuida a sus trabajadores. Un ejemplo es la cena de Navidad. La organizan en un hotel y facilitan alojamiento en él a todos los empleados que lo deseen para que no tengan que conducir. El año próximo espero verte en ella.

Retiró la mano y cogió una galleta.

—El que me preocupa es Ismael —comenté—. Me lo encontré al salir y estuvo muy frío e incluso un poco desagradable conmigo. También es verdad que me sentía molesta porque le hubiera contado a Elena que tú y yo nos acostamos juntos una noche y me vengué mirándolo con muuucho detenimiento. Debió pensar que le había visto hasta el último detalle de su anatomía. Pero luego he estado pensando sobre ello. Es tu amigo y vamos a trabajar en la misma empresa; no quiero que se sienta incómodo conmigo.

—Habla con él y aclárale que estás en tratamiento y que no le ves hasta el carné de identidad.

—No lo hago. Ya no. Estoy haciendo bastantes avances. Creo que en la sesión de ayer hemos dado con la clave de por qué empecé a ver desnudos a los hombres con los que mantenía algún

tipo de conversación.

—¿Y cuál fue?

—Prefiero no hablar de ello ahora. Se trató de algo desagradable y tenemos que ahondar un poco más en el tema.

—De acuerdo, pero espero saberlo algún día. No importa lo desagradable que fuera, confío en que me lo cuentes cuando estés preparada. No hay prisa, tenemos tiempo.

¿Estaba tratando de decirme algo con aquella frase? Mi mente solo acertó a preguntar:

—¿Lo tenemos?

Respondió con otra pregunta y una sonrisa de medio lado.

—¿Piensas mudarte pronto?

—No.

—Yo tampoco. Ahora, por favor, sírveme un trozo de esa tarta que me muero por saborear.

Corté dos pedazos enormes y volví a llenar las tazas. La conversación fluyó de nuevo sobre el trabajo. Óscar me habló de compañeros con los que debería trabajar de manera cercana y de otros a los que solo vería de forma ocasional.

—¿Contigo y con Ismael no tendré mucho trato?

—No de forma habitual. Pero mi departamento mantiene todo el sistema informático de la empresa y tarde o temprano sufrirás un problema que tengamos que solventar nosotros. Si es en tu terminal, puedes estar segura de que me ocuparé yo.

De nuevo esa sonrisa que me volvía las piernas de gelatina. Otra vez su mirada se paseó por mi pecho como si lo acariciara. O como si deseara arrancarme la preciosa blusa que mis buenos euros me había costado. Me dejó sin respiración, y sentí que se estremecía hasta la última fibra de mi cuerpo. Maldije la pizzería en la que tenía que presentarme e incluso sopesé la idea de llamar fingiéndome enferma si me hacía alguna insinuación. Porque su mirada se asemejaba a aquella con que me propuso hacer el amor por segunda vez. O quizás era lo que yo deseaba creer.

—Se agradece.

Íbamos a cortar otro trozo de tarta, aunque yo muriera de indigestión sobre el *scooter*, cuando el teléfono de Óscar comenzó a vibrar encima de la mesa donde lo tenía colocado.

—Es mi madre —dijo—. Perdona, lo voy a coger.

—Claro.

—Hola, mamá. —Lo escuché decir, pues no se había levantado de la mesa.

—.....

—No, no estoy en casa.

—.....

—¿Abajo? Espera, no te vayas. Estoy en el edificio, tomando café con Vero, mi vecina, En su piso.

—.....

—No molestas. Te abro en un momento.

Cortó la comunicación y me miró.

—Mi madre ha venido a visitarme y está en el portal. ¿Te importa si le abro desde aquí?

—Claro que no. ¿Suele hacerlo? Me refiero a presentarse de sorpresa.

—Jamás, hasta hoy. Pero me lo advirtió, que trataría de pillarme un día con la casa en desorden.

Se dirigió a la puerta y pulsó el botón para abrir.

—¿Y lo ha conseguido? ¿Tienes todo manga por hombro?

—En absoluto. Es sábado y he limpiado esta mañana. Está impecable. Pero lamento la interrupción.

—No te preocupes, ya sabes que tengo que irme a trabajar en un rato.

—Lo retomamos el fin de semana próximo con esa botella de cava. —Me guiñó un ojo.

—Te tomo la palabra.

Pasos pesados ascendían la escalera con lentitud. Óscar mantenía la puerta abierta en vez de subir a su casa, como si tuviera la intención de esperar a su madre en mi planta. Una mujer alta, corpulenta y nada parecida a Óscar, llegó algo jadeante.

—¿No podías mudarte a un piso con ascensor, como todo el mundo? —preguntó con una sonrisa.

—Este tiene mucho encanto, mamá —respondió él en el mismo tono mientras le daba un beso.

La mujer me miró con sorna.

—Ya veo, ya.

—Te presento a Vero, mi vecina. Ella es Doris, mi madre.

—Encantada —dije.

—Lamento la interrupción.

—Solo estábamos tomando un café, no se preocupe.

—De tú, por favor —respondió con amabilidad.

—Pues no te preocupes.

—Vero me ha invitado a merendar porque ha conseguido un buen trabajo —aclaró Óscar como si necesitara dar explicaciones de su presencia en mi casa—. Lo estábamos celebrando.

—Me alegro. ¿Puedo preguntar dónde?

—En mi empresa —respondió eufórico.

Por la sonrisa de la mujer, la misma de su hijo, pensé que quizás no debería haberle dicho nada. Estaba claro que pensaba, por su forma de mirarme, que había más que una relación de vecindad entre nosotros.

—Puedo volver otro día y continuáis con la celebración. Me sabe mal haberla interrumpido.

—Ya estábamos terminando, Vero se tiene que ir en breve. ¿Vamos arriba?

—Si queréis un trozo de tarta... —ofrecí—. Queda bastante.

—No, gracias, no suelo merendar —rehusó Doris.

—Solo quieres cotillear mi casa, ¿verdad?

—Exacto. Encantada de haberte conocido, Vero.

Me sonrió de nuevo con amabilidad. Me pareció una mujer muy agradable.

—Lo mismo digo.

Subieron la escalera en silencio y yo me dispuse a recoger los restos de la merienda antes de irme a trabajar.

Doris siguió a su hijo por otro terrible tramo de escalones altos y empinados. Al llegar a la puerta marrón y antigua que ocupaba el último piso, este abrió y le franqueó la entrada. Sabía lo que iba a encontrar, Óscar era ordenado al igual que sus hermanos. Desde pequeños ella los había educado en el orden y la limpieza, aunque sin caer en la obsesión.

Paseó la mirada complacida por el salón y el trozo de cocina que se vislumbraba desde la entrada.

—¿Das el visto bueno? —preguntó Óscar con una sonrisa divertida.

—A todo.

—Solo has visto el salón y parte de la cocina.

—He visto más que suficiente.

—¿Por qué creo que no te refieres al piso?

—Porque me conoces y adivinas que no he venido de improviso para cotillear tu casa. Sabes que me gusta avisar mi presencia, salvo cuando quiero pillar a mis hijos *in fraganti*.

—¿Qué esperabas encontrar?

—Lo que he encontrado, o quizás algo más si no hubiera interrumpido. Lo lamento.

—No iba a pasar nada más; Vero entra a trabajar en un par de horas.

—¿En tu empresa? ¿Hacéis turnos?

—No; reparte pizzas a domicilio. Este es su último fin de semana, antes de incorporarse a AUTISA el lunes. Es lo que estábamos celebrando.

Doris esbozó una sonrisa socarrona.

—¿De qué te ríes?

—De que has dicho que no iba a pasar nada más por falta de tiempo, no porque no hubiera la posibilidad.

Óscar rio con ganas.

—Me has vuelto a pillar, como siempre.

—Me gusta tu chica.

—No es mi chica. Pero me gusta mucho y no rehusaré una relación con ella si se tercia. De momento, es mi vecina.

—Puedes traerla a comer a casa un domingo, para que la conozca mejor.

—¡No corras tanto! Te he dicho que solo es mi vecina.

—En calidad de eso, por supuesto. El día que la traigas, te presentaré a Blas.

—¡Eso es chantaje!

—Tómalo como quieras. Y ahora... ¿Me enseñas el resto del piso?

—¡Cómo no! Critica a gusto.

—Para eso he venido. Luego puedes invitarme a cenar, algo ligero.

—Por supuesto. Después del atracón de dulce que me he dado en casa de Vero, solo podré con un poco de la lechuga que tanto te gusta.

Doris rio con ganas. Le gustaba ver a su hijo con ganas de sentar cabeza, y no había duda de que la chica que vivía en el piso de abajo le gustaba mucho, o nunca lo hubiera admitido. Óscar siempre fue muy reservado en lo tocante a sus relaciones o a las mujeres que habían pasado por su vida, la mayoría sin pena ni gloria. Ya estaba temiendo que no encontrase a su media naranja, pero era evidente que Vero le había calado hondo.

Capítulo 23

El primer día de trabajo no pudo ser mejor. Me levanté temprano y, arregladita y con un montón de nervios, me encaminé en metro a la oficina. Aunque Óscar debía hacer el mismo camino no quise insinuar siquiera que nos fuéramos juntos, puesto que él no me lo había ofrecido. Salí con tiempo de sobra y llegué bastante temprano. Esperé un poco en una cafetería cercana tomando una tila para calmar mis nervios de empleada novata y entré de las primeras.

Elena se comportó como una jefa amable y cercana. Me explicó en qué consistirían mis tareas, nada que no fuera capaz de realizar, y durante un rato estuvo cerca, por si precisaba alguna aclaración. Debo decir que no fue necesario, que desempeñé mi cometido de forma eficiente y rápida.

A media mañana se me acercó y me dijo que tenía media hora para desayunar, y que podía hacerlo fuera o en la sala de descanso. Opté por esto último y se ofreció a venir conmigo para explicarme cómo funcionaba todo. Se lo agradecí, porque el día que estuve allí con Óscar no me había fijado en el manejo de la cafetera. Solo tenía ojos para él.

Le eché un vistazo al móvil que había dejado en silencio y comprobé que tenía un mensaje suyo.

ÓSCAR: Avisame cuando vayas a desayunar y me reúno contigo en la sala de descanso.

YO: Justo ahora.

Me dirigí hacia allí acompañada de Elena. Notaba cierta conexión entre nosotras, no sabía el motivo, pero más que una jefa se comportaba como una compañera más y yo me sentía cómoda con ella, casi tanto como con mis amigas del JB.

Llegamos a la sala de descanso, donde dos chicas ocupaban una de las mesas. Las saludamos y Elena se acercó a la cafetera de cápsulas y me enseñó su funcionamiento. También me mostró un armario donde guardaban cereales, pan de un par de tipos para tostadas, mantequilla y mermelada.

—La empresa suele poner lo habitual para desayunar; si tomas algo especial debes traerlo tú.

—Un café y una tostada me va bien. No soy de gustos complicados. Solo los domingos por la mañana me permito un pan especial o unos churros.

No pude evitar acordarme de los churros compartidos con Óscar la mañana después de dormir juntos y se me debió poner una sonrisa tonta.

—También puedes traerte el almuerzo si no quieres ir y volver a casa, imagino que ya te lo han

comentado —añadió mi jefa, mirando hacia la puerta de la habitación donde mi vecino acababa de aparecer.

—He traído un bocadillo, hasta saber cómo funciona todo esto —respondí.

Él se acercó a nosotras después de dar un buenos días general.

—¿Cómo va tu primer día? —me preguntó bajito, para que nadie más lo oyera.

—Muy bien, creo. Aunque es Elena quien tiene que evaluarlo.

—Doy mi total aprobación —respondió la aludida.

Cogimos nuestros respectivos cafés y tostadas y nos sentamos a una de las mesas desocupadas. Óscar se nos acercó preguntando:

—¿Puedo unirme a vosotras?

—Por supuesto —admitió mi jefa con una sonrisa—. ¿Tu amigo no desayuna hoy?

—Vendrá luego, creo que ahora está con un trabajo que no puede dejar.

—¿Qué raro! Normalmente sois inseparables.

—No tanto; de vez en cuando vamos cada uno a nuestro aire.

Un gesto escéptico cruzó la cara la mujer y algo me hizo sospechar que Ismael no le caía demasiado bien. También tuve claro el motivo por el que no estaba en aquel momento en la sala de descanso.

Elena se apresuró a apurar su café y se marchó aduciendo mucho trabajo y agregando que no se apurase, que disponía de media hora para desayunar y aún tenía veinte minutos. Las dos chicas de la otra mesa se fueron también y nos dejaron solos.

—Ismael no ha venido porque estoy yo, ¿verdad?

—Eso me temo.

—¿Puedes decirle que lo haga? Quiero hablar con él y explicarle que no es necesario que se mantenga alejado.

—Lo intentaré, pero no te garantizo nada.

Lo vi escribir un mensaje y luego soltar el móvil en la mesa.

—Dice que viene.

—Óscar, no quiero que debas elegir entre él y yo. Pero si tienes que hacerlo, es tu amigo desde antes de que nos conociéramos. Sigue desayunando con él y yo buscaré alguien de mi departamento. Siempre podemos vernos en casa... o en la escalera. ¿Sabes que hay una obra de teatro que se llama *Historia de una escalera*?

—De Buero Vallejo; la conozco. Nuestra historia podría llamarse así también.

¡Qué bien sonaba eso de nuestra historia! Sentí mariposas gigantes correrme por todo el cuerpo.

—He oído al entrar que te has traído un bocadillo para almorzar.

—Sí. No he querido arriesgarme con algo más complicado hasta ver cómo funcionaba el tema de las comidas.

—Yo tengo filetes empanados para los dos. Suelo hacerlos a menudo, es algo muy socorrido y fácil de comer aquí porque no hace falta calentarlos. A veces hay cola para usar el microondas.

Alcé la vista con una sospecha en los ojos.

—¡No irás a decirme que los de aquella noche eran tu almuerzo!

Se encogió de hombros con aire culpable.

—No debiste dármelos.

—Te veías tan cansada que no podía permitir que te metieras en la cocina tan tarde.

—¿Qué comiste tú al día siguiente?

—Un sándwich.

—Lo lamento.

—Yo no.

Miró por encima de mi hombro y al seguir sus ojos pude comprobar que Ismael acababa de entrar en la estancia. Se levantó con premura y cogió su taza para depositarla en el lavavajillas. Por la mirada asesina que le dirigió su amigo intuí que no le había hablado de mi presencia en la sala de descanso cuando le envió el mensaje.

—Os dejo que habléis —dijo, y se esfumó.

Ismael se dirigió a la cafetera y comenzó a prepararse un café.

—No sabías que yo estaría aquí. —Le hablé a su espalda.

—Defíne aquí —respondió sin volverse—. Sé que trabajas en la empresa.

—Desayunando.

—Óscar no me lo ha dicho, pero debí suponerlo. No ha parado hasta conseguirte un puesto de trabajo lo más cerca posible de él y no se va a despegar de ti ni a sol ni a sombra.

No quise indagar en esa frase, sabía que no tenía demasiado tiempo y que en cualquier momento alguien podía entrar en la habitación y frustrar mis planes de aclarar la situación.

—Ismael —dije con voz cauta y tratando de infundirle confianza—. Solo te veo los vaqueros y la camisa que llevas puestos. Nada más.

Se volvió rápido, con una taza en la mano que se llevó a los labios con fingida indiferencia. Sin embargo, no se acercó a mí.

—¿Qué te ha dicho ese cotilla?

—Que no quieres tenerme cerca porque sabes mi problema. Pero te aseguro que lo he controlado, que ya no me sucede. Estoy en tratamiento con una psicóloga que me está ayudando muchísimo. Ahora no veo nada que no quiera, no me sucede de forma involuntaria como antes. Aunque nunca he visto nada real, solo he creado imágenes en mi mente que eran producto de mi fantasía, y te aseguro que no me interesa en absoluto imaginar tus partes pudendas.

Lanzó una carcajada que casi hizo que escupiera el café que tenía en la boca.

—¿Has dicho partes pudendas? ¿En serio hay alguien que las llama así? ¿En el siglo veintiuno?

—No me gusta la palabra polla, si es en lo que estás pensando. Entiéndelo como pene si lo prefieres. Lo que trato de decirte es que no tienes que esconderte de mí, en serio. Solo te imaginé de refilón aquel día en la puerta de mi piso y me apresuré a mirar a la pared, te lo aseguro.

—Recuerdo que miraste la pared. Y yo, idiota de mí, pensaba que era por tu ceguera.

—¿También tú pensabas que era ciega?

—Óscar y yo nos lo contamos todo.

—¡Mierda! ¿Cuánto es todo?

—Más de lo que te imaginas, Vero. Y estoy seguro de que hay cosas que no te ha dicho.

Me puse rígida de repente.

—¿Qué cosas?

—Si él no lo ha hecho, no seré yo quien te lo cuente. Pero ya lo hará, no tengo ninguna duda.

Me sentí molesta de que Ismael supiera cosas sobre mí que quizás yo prefería mantener en secreto. Pero luego recordé mis conversaciones con mis amigas y tuve que aceptar que Óscar tenía tanto derecho como yo a mantener ese tipo de amistad que comparte confidencias.

—Está bien. ¿Amigos entonces? Me resulta un poco violento que me rehúyas. De verdad que no tienes que preocuparte.

—Entonces, ¿lo del otro día en el pasillo, esa mirada que me taladró y me hizo pensar que me habías visto hasta los pelos de la barba que aún no han salido?

—Una pequeña venganza por esconderte de mí. Solo vi la ropa que llevabas puesta, te lo juro.

—De acuerdo, amigos. Y a cambio, me gustaría que me respondieras a una pregunta que me tiene intrigado.

—A ver...

—Has dicho que no ves nada que no desees.

—Imagino.

—De acuerdo ¿A Óscar lo imaginas en bolas cada vez que hablas con él?

—Con él no tengo que hacerlo; ya lo he visto, sé cómo es hasta en sus más mínimos detalles. Si os lo contáis todo, supongo que lo sabes.

—Sí, lo sé; pero no has respondido a mi pregunta.

—A él fue a la primera persona que dejé de imaginar desnudo. ¿Te basta con eso?

—No; soy un cotilla en lo que se refiere a mi amigo. Responde. Ahora, mientras desayunabais... ¿Le veías las pelotas?

—Claro que no. —Mentí como una bellaca, por supuesto. Porque, aunque ya podía controlar las visiones, desde que me había acostado con Óscar no deseaba hacerlo y mi mente se recreaba de vez en cuando en ese cuerpo que estaba loca por acariciar de nuevo. Y aquella mañana había sido una de ellas.

—De acuerdo. —Rio—. No se lo diré, palabra.

Me reí también, sellando una complicidad que esperaba terminase de derrumbar cualquier barrera que hubiera entre nosotros. Supe que habíamos fumado la pipa de la paz.

—Tengo que volver al trabajo —dije levantándome de la silla.

—También yo. Espero que Elena Parras no te haga sudar tinta. Es una mujer un poco particular...

—¿En qué sentido? Es una buena jefa, todo el departamento opina lo mismo.

—No estoy hablando de la jefa, sino de la mujer. Demasiado seria, demasiado fría. Demasiado... todo.

—A mí solo me interesa la jefa.

—Claro. Nos vemos a la hora del almuerzo porque nos reunimos todos aquí.

—Hasta entonces, Ismael.

Los dos nos levantamos y nos reincorporamos a nuestros respectivos puestos de trabajo. Mi primer día en la empresa estaba resultando genial.

Capítulo 24

Por fin íbamos a poder celebrar mi nuevo empleo. Los jueves seguían siendo sagrados para las chicas del JB, pero para mí ya se acabó el beber más de la cuenta y retirarme de madrugada. Tenía que estar al cien por cien al día siguiente en el trabajo, nada de presentarme con resaca y tampoco con ojeras. No solo por dar una imagen seria y competente, sino también por Óscar. Quería presentarle mi mejor aspecto en todo momento. Desayunábamos y almorzábamos juntos cada día. También habíamos empezado a ir y venir juntos al trabajo, aunque uno de los dos se demoraba antes de entrar. Él quería esperar un poco más para hacer pública nuestra amistad, prefería que creyesen que esta había comenzado en la oficina.

Aquella noche de jueves quedamos para tomar nuestras habituales copas, yo solo una, y después iríamos al karaoke. A cantar como posesas y a pasarlo bien. Chus tenía una voz maravillosa, Tere y Romi eran pasables y Anisi y yo hacíamos lo que podíamos. Pero la diversión no nos la quitaba nadie. Si alguien sentía castigados sus oídos, que fuera a un recital. Es sabido que a los karaokes van los que no tienen oído y mucho menos talento.

Me vestí con una falda negra, corta y una camiseta escotada del mismo color. Estaba tan sexi que me hubiera gustado que Óscar me viese, pero no tenía ninguna excusa para pasar por su piso antes de salir. En el camino del trabajo a casa le había comentado los planes de la noche, y me deseó que me divirtiera mucho. Nuestra amistad se estaba fortaleciendo por momentos y mi amor por él también. Ya no concebía mi vida sin su presencia en ella, sin su sonrisa abierta y sus pícaros ojos verdes. Tampoco me atraía la idea de acostarme con otro que no fuese él.

Me reuní con mis amigas en nuestro lugar habitual, el Lolita's, y empezamos a contar cómo nos había ido la vida desde la última reunión.

—Hola, chicas —saludé eufórica.

—¡Hola, señora *curranta*! ¿Cómo va la vida laboral? —me preguntó Tere.

—Estupenda —admití.

—¿Y la amorosa? —se interesó Anisi.

—Esa la dejamos en amistosa.

—¿Todavía no te ha empotrado contra un archivador?

—No hay archivadores físicos en mi departamento. Todo se hace a través de la nube.

—Bueno, pues sobre la mesa. Porque hay mesas, ¿no, *guapi*?

—Sí, pero las usamos para trabajar y para comer.

—Menudo aburrimiento. Vamos a tener que darle un empujoncito —sentenció Romi.

—¿Empujoncito? Una patada en toda regla. Y tú haz algo, tía.

—Ya lo hice, Tere. Recuerda que fui yo quien le pidió ayuda, dando el primer paso.

—¡Error... error! Ahora no se trata de pedir favores sino revolcones. Una vez que ha probado seguro que quiere repetir.

—Lo siento, Anisi; no voy a plantarme delante de Óscar y pedirle un polvo sin ninguna excusa. Además, nuestra amistad está avanzando mucho. Nos vamos y venimos juntos al trabajo, nos sincronizamos para desayunar y almorzar a la vez.

—¡Por ahí se va a librar! Pero hija mía, lo vuestro se está haciendo más largo que un día sin pan —añadió Tere—. Yo creí que una vez roto el hielo todo iba a ser follar y follar.

—Tampoco tanto. Solo hace unos meses que Óscar se mudó al tercero y yo estoy disfrutando mucho esta etapa de amistad. No todo es sexo.

—Bueno, si a ti te gusta así... Un brindis, chicas. ¡Por Vero y su amigo del tercero!

Le di un sorbo a mi bebida, pequeño, para que durase hasta el fin de la velada. Porque no tenía dudas de que habría más motivos para brindar durante la noche. Siempre los había.

—¿Cómo es el ambiente de trabajo? —preguntó Tere—. Eso es muy importante, porque yo he estado en algunos sitios...

—Muy agradable. El único escollo era Ismael, el amigo de Óscar, que me esquivaba temiendo que lo imaginara en pelotas; pero después de aclararle que eso ya no me sucede, todo está bien. Mi jefa es un auténtico encanto. Siento una conexión muy especial con ella.

—¡A ver si os vais a hacer *coleguis* y no vas a querer nada con nosotras!

—Eso no sucederá, Anisi. Vosotras sois mis amigas del alma y nada ni nadie lo puede cambiar. Además, corren rumores por la oficina de que se ha vuelto abstemia y no bebe alcohol desde una cena de empresa en que se achispó un poco y, al parecer, hizo el tonto. Es muy seria y se toma su papel de jefa muy a rajatabla. Conmigo es superamable y siempre trata de ayudarme a que me integre en la plantilla, pero es mi jefa, no mi amiga, y eso lo tengo bastante claro. ¿Y vosotras?

—¡Como siempre, cielo! Yo con mis cantos y mi catequesis... y mi cruz en forma de madre. Cuando me muera iré al cielo de cabeza, porque el purgatorio ya me ha tocado en la tierra. Me tiene hasta «allí» con la cantinela de que me busque un marido porque se me pasa el arroz. No es que no quiera, pero no voy a casarme con cualquiera para tener niños. La verdad es que después de cuidar a mi madre me apetece poco cuidar bebés.

—Yo esta semana no he vendido nada. El mercado inmobiliario está fatal. Eso significa que tampoco he visto a Jorge.

Debo aclarar que Anisi era agente inmobiliaria *freelance*, lo que significaba que sus ingresos iban acordes con sus ventas. Y estaba enamorada platónicamente del director de la sucursal donde tramitaba los créditos de sus clientes.

—Yo tengo dos unicornios nuevos, uno en llavero y el otro es un cojín precioso.

Romi los coleccionaba y los tenía de todo tipo. En pijamas, en cuadernos, hasta en la funda del móvil.

—Yo sigo dando tumbos de un trabajo a otro, pero no me quejo —comentó Tere—. Desde que el Jhonny ya no está conmigo, me las apaño bien con el dinero. Otra cosa es el sexo, que ¡bufff!

—¿No pillas o lo que pillas es de pena?

—Un poco de todo. Y yo no puedo vivir sin sexo... ¡Necesito otro tequila que lo sustituya!

—¿Eso no era el chocolate?

—Para mí, no. Otra ronda...

—Yo no... —me excusé—. Aún tengo casi la mitad.

Mis amigas me miraron, pero se guardaron sus comentarios. Sé que pensaban que era Óscar el causante de mi repentino cambio respecto a lo de achisparme los jueves. Bueno, quizás minimizo un poco con lo de achisparme, que he cogido alguna buena cogorza, pero la verdad es que no se trataba solo de él. Ya no sentía la necesidad de beber para olvidar mis problemas, ya no quería escapar de mi vida. Me gustaba como estaba ahora, y aunque desearía que con mi vecino las cosas siguieran avanzando, no me quejaba.

Sirvieron otra ronda, mientras yo seguía con mi vodka con naranja inicial. Chus, que no concebía lo de beber sin comer, pidió unas croquetas y unas olivas.

La velada siguió animada, hasta que sobre las once menos cuarto nos desplazamos al Teatro Kapital para nuestra sesión de karaoke.

Óscar llevaba un rato inquieto. Desde que Vero le dijera en el coche, de camino a casa, que aquella noche sus amigas del JB y ella irían al karaoke no dejaba de dar vueltas a una idea. Cenó algo rápido y, al fin, se decidió a llamar a Ismael.

—Dime que tu Vero no está probando un Alfonso o algo similar y tú estás ahí dale que te pego cachondo perdido.

—No es eso, no.

—¿Entonces? Porque no tenemos ningún programa empezado en este momento, y estoy seguro de que no me echas tanto de menos como para llamarme. Solo hace tres horas que nos dijimos hasta mañana.

—¿Qué te parece darnos una vuelta por el Kapital esta noche?

—¿Hoy? Es jueves, y nunca salimos entre semana.

—Me apetece un poco de marcha.

Una profunda carcajada desde el aparato le hizo saber que había sido descubierto.

—Deja que adivine. Tu Vero, que sí sale los jueves, va a estar allí.

—Eso me ha dicho.

—Macho, lánzate a la piscina de una vez e invítala a salir en vez de arrastrarme a mí a una

discoteca cuando me tengo que levantar temprano al día siguiente. Y tú también.

—Y ella, por lo que no creo que se vuelva a casa muy tarde. Te prometo que me plantearé lo de invitarla a salir. Pero esta noche tengo ganas de verla fuera de nuestras respectivas casas y de la oficina. Quiero averiguar cómo se comporta con sus amigas.

—Vete solo, y así aprovechas para darle un par de achuchones bailando.

—Estarán en el karaoke, y si voy solo me costará hacerme el encontradizo.

—¿El encontradizo? ¿No te ha dicho que va a estar allí?

—Me dijo que iban al karaoke, fue en otra ocasión cuando me comentó que ese era su preferido.

—¡O sea, que me vas a sacar de mi casa para llevarme a un sitio donde ni siquiera estás seguro de encontrártela!

—Tengo la corazonada de que sí.

—¡Macho, tienes treinta y ocho años y te estás comportando como un crío de quince! ¡Hacerse el encontradizo a tu edad!

—Y tú tienes treinta y siete y te escondes para que una mujer no te imagine en pelotas, como si tuvieras diez.

—¡*Touché!* De acuerdo, nos vemos en la puerta de Kapital en media hora. ¡Qué dura es la amistad a veces!

—Gracias. En serio, Vero me importa y necesito ir sobre seguro con ella.

—Pero confío en que no te equivoques y la veamos allí o mañana te voy a poner en evidencia a la hora del almuerzo.

—Lo aceptaré, si es el caso.

Mientras mirábamos la lista de canciones yo di un sorbo a mi bebida. Cuando intenté pedir un refresco mis amigas me dijeron que en el JB no se podía tomar eso, así que salvé la situación pidiendo un vodka con naranja, sin vodka. Sentí un leve codazo en las costillas y la voz de Romi en mi oído susurrando:

—¿No es ese tu vecino?

Alcé la mirada y lo vi acercarse sonriendo seguido por su inseparable Ismael. Todas mis amigas levantaron la cabeza, expectantes. Yo me encogí un poco, temiendo lo que la impulsiva de Tere pudiera decir.

—¡Hola! —saludó él—. De modo que es a este karaoke al que sueles venir.

Ismael alzó los ojos al techo y se mordió el interior de la mandíbula sin ningún disimulo.

—Sí. Y tú, ¿qué haces aquí? ¿También cantas?

—De maravilla —explicó su amigo—. Está loco por arrancarse por Bisbal con patada incluida.

—¿Os sentáis con nosotras o tenéis otros planes? —propuso Tere haciendo sitio a mi lado.

—Encantados, ¿verdad, Óscar?

—Si no os molesta nuestra presencia...

Ismael lo agarró del brazo y lo hizo sentarse en el hueco que mis amigas habían dejado a mi derecha con un gesto decidido. Yo no entendía muy bien qué estaba pasando. Lo último que esperaba aquella noche era encontrarme con ellos en el Teatro Kapital. Ni qué decir tiene que para mí se acabó cantar aquella noche, no pensaba hacer el ridículo delante de ninguno de los dos.

—No te importa, ¿verdad? —me preguntó Óscar.

—Está encantada —aseguró Romi—. Precisamente estaba contándonos que tenía la intención de invitarte algún día a tomar una copa para agradecerte lo del trabajo. Y todo lo demás, claro. No siempre se cuenta con un amigo al que le puedes pedir cualquier favor.

Sentí que enrojecía sin poderlo evitar. Aquella noche se iba a convertir en una tortura para mí si mis amigas seguían comportándose de ese modo. Esperaba que Tere no soltara alguna burrada de las suyas o le pidiera sin rodeos que me echara un polvo. De ella podía esperar cualquier cosa.

—A Óscar ya lo conocemos —dijo Chus mirando a Ismael, que se acababa de sentar entre ella y Romi—, pero a ti no.

—Yo soy Ismael, amigo y «confidente» del vecino para todo. También compañero de trabajo de ambos.

—Nosotras somos Tere, Anisi, Romi y yo, Chus. Las chicas del JB. Amigas y también «confidentes» de Vero.

—Un placer. Veo que sois normales.

—¿Por qué no íbamos a serlo, *tronco*? Que nos guste ponernos borrosas los jueves es algo bastante común, lo hace mucha gente. Aunque Vero ya no, lo que ves en el vaso es un vodka con naranja, sin vodka.

—Es que este —señaló a su amigo—, pensaba que Vero era ciega y que sus amigas también debían tener alguna minusvalía.

—Lo de la ceguera lo sabía, pero... ¿minusválidas nosotras? —Tere se levantó para mostrar su palmito embutido en un pantalón que se le ajustaba como una segunda piel, o quizás un poco más, y un top que ocultaba bien poco.

—Ya veo que no. Pero Óscar... —Miró a su amigo con aire divertido y añadió—: Se ha montado unas pajas... mentales que no os podéis imaginar.

El aludido miró a su amigo con cara asesina, y yo traté de salvar la situación.

—¿Por qué no cantas algo de Bisbal para que te escuchemos? —propuse.

—Porque no sé cantar, y hacer la patada mucho menos. Me echaron del equipo de fútbol del colegio la primera semana. Canta tú.

—Ni hablar... también yo lo hago fatal.

—La verdad es que desentona un poco —admitió Chus—. Pero tiene otras muchas habilidades.

¿Se habían propuesto venderme como si fuera un mono de circo?

—Seguro que ya conoce algunas —añadió Romi.

Anisi, viendo mis apuros, decidió echarme una mano.

—Canta tú algo, Chus, porfi. Estamos deseando oírte.

Le apreté la mano con disimulo para agradecerle el capote mientras la aludida, que se moría por subir al escenario, se apresuró a obedecer.

Comenzó a cantar, con su habitual maestría, sus canciones favoritas de Jesucristo Superstar, mientras Óscar e Ismael pedían unas bebidas, y las chicas, otra ronda. Yo decidí tomarme una segunda copa poco cargada de vodka, que en absoluto me iba a emborrachar, para calmar los nervios que se estaban apoderando de mí. Tenía a mi vecino completamente pegado a mi derecha, pues el espacio que le había dejado Tere era muy estrecho. Sentía su olor, su calor y de vez en cuando sus ojos verdes clavados en mí.

Nuestra cantante particular nos deleitó con varias canciones que hicieron las delicias de todos los presentes. Sin embargo, yo no las pude disfrutar del todo, porque veía cuchichear a Romi y a Tere, y eso no presagiaba nada bueno. Cuando Chus bajó del escenario, mis dos amigas, a las que unió Anisi, se levantaron, hicieron una petición y ocuparon su lugar sin dejar de mirarnos alternativamente a Óscar y a mí. Los primeros compases me resultaron familiares, los había escuchado antes, pero solo cuando empezaron a cantar comprendí de qué canción se trataba.

Ese momento

Cuando tus pasos van sonando

En la escalera

Noté a Óscar tensarse a mi lado. Mis amigas nos miraban a ambos con una sonrisa cargada de intención.

Me vuelvo loco,

Mi sangre hierve y mi pulso

se acelera

Mierda, mierda, mierda. Iba a matarlas. Sentí los ojos de Óscar clavarse en mi cara que enrojecía por momentos. Mi pulso también se iba acelerando como si estuviera en una montaña rusa. Bebí un largo trago de mi vaso y deseé que estuviera mucho más cargado. También quise que la tierra se abriera y me tragarse, con copa y todo. Me pareció que él se acercaba un poco más, si eso era posible. Mis amigas seguían desgranando la canción que hablaba de humedades, de conquistas y de deseos. Yo sentía todo eso, iba a dejar una mancha en el asiento cuando me levantara para mi gran vergüenza. Y él seguía mirándome, con expresión inescrutable. No tenía dudas de que había captado las intenciones de mis traviesas amigas. Que dejarían de serlo de forma inmediata a partir de aquella noche.

También Ismael nos miraba a ambos, con una sonrisita, y supe que aquello pasaría a formar parte de los cotilleos de la empresa a partir de la mañana siguiente.

La pieza terminó y Tere, Anisi y Romi se reunieron con nosotros. Bebieron un largo trago para refrescar la garganta y se sentaron sin hacer ningún comentario sobre la letra. Seguimos mirando

el escenario donde otros cantantes, con mayor o menor talento, se sucedían sin parar. Yo seguía muy nerviosa, a pesar de que la conversación se había hecho trivial en nuestra mesa, porque Óscar desviaba con frecuencia sus ojos hacia mí.

A la una de la madrugada, él miró el reloj y a continuación me preguntó:

—Se hace tarde y mañana tenemos que madrugar. ¿Te vienes conmigo o prefieres quedarte un poco más?

—Mejor te vas con él, ya que vivís en el mismo bloque —decidió Chus—. Así no tenemos que pedir un Cabify de los grandes y sale más barato.

¡Como si a ella le importaran unos euros! Nunca nos quería cobrar nuestra parte en el transporte. Sin embargo, yo también deseaba irme con él. Si iba a hacer algún comentario sobre lo sucedido, cuanto antes mejor. Siempre podía explicarle que era una de las canciones favoritas de Tere y que la cantaban siempre. Pero no sabía si iba a creerme.

—Yo me voy también, es absurdo que si vamos al mismo edificio lo hagamos por separado —acepté.

Nos levantamos, mientras los demás nos miraban con sorna. Dejaría lo de asesinarlas para el día siguiente.

Miré con disimulo si mis bragas mojadas habían dejado huella en el asiento, pero no pude apreciar nada sospechoso. Me despedí con un desenfadado «hasta mañana, chicas», y salí de la discoteca seguida de mi vecino. Era consciente, creo que los dos lo éramos, de las sonrisitas que dejábamos a nuestras espaldas.

—No he traído el coche —me dijo—. Cuando bebo siempre me muevo en taxi. Hay una parada en Exprés Toledo, no muy lejos.

—No hace falta —dije—. Ahí viene uno libre.

Óscar alzó la mano y lo detuvo. En silencio subimos a él y recorrimos el trayecto hasta casa en medio de una conversación banal sobre la enorme discoteca de moda en que habíamos estado. Sobre sus siete plantas dedicadas a diferentes tipos de música. Me contó que él solía ir a la de salsa; yo, que siempre nos quedábamos en el karaoke. Había una tensión extraña en el vehículo, que no existía cuando nos desplazábamos hasta el trabajo.

Al fin llegamos a casa, pagó el trayecto sin aceptar que lo hiciéramos a medias y entramos en el portal.

Comenzamos a subir, despacio. Yo delante, él detrás. Al llegar a mi rellano, abrí el bolso para buscar las llaves, pero me agarró el brazo deteniendo mi ademán.

—Vero... —dijo, y yo supe que había llegado el momento de aclarar las cosas—. La canción que han cantado tus amigas, la de la escalera y todo eso, iba con segunda intención, ¿verdad? Por nosotros.

—No, siempre la cantan. Es una de las favoritas de Tere. —Traté de disimular, pero me salió fatal.

—Aunque sea así, tengo que confesarte que conmigo han acertado de pleno. Se me acelera el

pulso cuando oigo tus pasos en la escalera. Y me hierve la sangre cada vez que te veo... y...

Me giré para mirarlo, y no hubo necesidad de decir nada más. El bolso cayó al suelo y el contenido se desparramó mientras nuestras bocas se buscaban con avidez. Fue un beso salvaje, frenético, el de dos desesperados que llevaban mucho tiempo deseándolo.

Me apretó contra la pared haciéndome sentir su erección, yo me abracé a su trasero para atraerlo más, y el beso se hizo aún más intenso y profundo. Apartó su boca de la mía y me mordió el cuello, me bajó los tirantes de la camiseta y dejó al descubierto el precioso sujetador de encaje. En aquel momento no me hubiera importado que lo rompiese, porque nada deseaba más que sentir sus labios sobre mis pechos. Pareció leerme el pensamiento, pero tuvo cuidado con la prenda. Deslizó las manos por detrás de la espalda y lo desabrochó para besar mis senos, para lamerlos, para volverme loca con sus caricias. Frotó su pelvis contra la mía y sentí las sensaciones arremolinarse en mi interior. Me corrí con su simple roce y su boca en mis pechos. Grité, soy consciente de que lo hice, mientras me estremecía contra él, y cuando me miró a los ojos con intensidad y me dedicó esa sonrisa torcida que me llegaba al alma, no pude menos que agradecer a mis amigas su pequeña ayuda. Se apartó y yo me sentí desolada por un momento, temiendo que se arrepintiera de lo ocurrido. Sin embargo, me dedicó una mirada incendiaria que me hizo comprender que no era así.

—Deberíamos recoger el contenido de tu bolso y entrar, ¿no te parece? —me preguntó agachándose. Con rapidez guardó los objetos desperdigados y me tendió las llaves.

Solo pude asentir, recostada contra la pared y tratando de recuperar el aliento. Él mismo abrió la puerta y agarrándome la mano me hizo entrar en mi piso. Yo lo hice con las piernas de gelatina y mariposas gigantes recorriéndome el cuerpo.

Capítulo 25

Ni siquiera fui consciente de cómo entramos en mi casa. Solo sé que apenas la puerta se cerró tras nosotros volvimos a enredarnos en un abrazo apasionado, nuestras bocas se buscaron con besos tórridos y nuestras manos tiraron de la ropa, que fue desperdigándose por el suelo camino del dormitorio. Nos dejamos caer en la cama sin siquiera deshacerla, ebrios de deseo, que no de alcohol.

Nos dejamos llevar por la pasión, nuestras manos recorrieron senderos, nuestros labios exploraron cada centímetro de piel libre ya de ropa. A través de la blanquecina luz de la luna que entraba por la ventana del patio vi la silueta de Óscar recortada en la oscuridad mientras se colocaba el preservativo que yo había sacado de mi mesilla de noche.

Todo sucedió muy rápido, ninguno de los dos podía esperar para llegar al momento culminante de nuestra unión. Parecíamos dos náufragos hambrientos lampando por un trozo de pan. Y Óscar no era un mendrugo con que saciar el hambre, sino todo un banquete. Sin demasiados prolegómenos, no los necesitábamos, fuimos directos al grano, moviéndonos al compás con un ritmo desenfrenado hasta alcanzar el orgasmo más devastador de mi vida. No pude evitar que al final, mientras tratábamos de recuperar la respiración, asomaran a mis ojos los sentimientos que aquel hombre maravilloso me inspiraba. Lo miré con adoración y no me importó que se diera cuenta. Estaba allí, acabábamos de hacer el amor, o al menos para mí había sido eso, por deseo propio y no por que yo le hubiera pedido ayuda. Estaba allí y en sus ojos verdes había una chispa que no sabía identificar, pero quería pensar que era interés hacia mí. Simplemente estaba allí, y yo era la mujer más feliz del mundo en aquel momento.

Sin salir de mi interior se dio la vuelta de forma que mi cuerpo quedase sobre el suyo, todavía unidos. Con gesto perezoso deslizó las manos por mi espalda una y otra vez mientras me besaba en el pelo en medio de un relajado silencio. Al fin, susurró:

—Vero... tengo que confesarte una cosa.

El corazón se me encogió de repente, presa del pánico.

—¿Estás casado? —pregunté lo primero que se me ocurrió.

Una leve risita resonó en mi oído.

—¿Qué pasaría si lo estuviera?

Incómoda, me levanté y me separé de él, rompiendo la unión que aún manteníamos.

—Que esto no volvería a pasar —dije muy seria y con el corazón oprimido, pero firme en mis convicciones de no liarme con un hombre casado. Por muy enamorada que estuviera de él, algo de lo que no tenía duda.

—¿A ti te gustaría que pasara?

Me encogí de hombros. No podía negar lo evidente, la forma total en que me había entregado minutos antes.

—Bien, no tienes que preocuparte; estoy soltero.

Una duda me asaltó y quise salir de ella.

—¿Novia?

—Aún no.

Aún no. Esas palabras me hicieron separarme un poco más de él y mirarlo en la penumbra.

—¿Quiere eso decir que la tendrás?

—Me gustaría, sí.

—¿Me hablas en términos generales? ¿O tienes una prenovia o como se llame por ahí?

—¡Una prenovia! Vero, eres divertidísima.

—Estoy hablando muy en serio. Si hay alguien en tu vida, debo pedirte que salgas de la cama y te marches a tu casa. No me enrolló con hombres que tienen otras mujeres. Pensarás que soy una anticuada, pero es mi forma de ser.

Alargó la mano y me atrajo de nuevo hacia su costado.

—Deja que te haga mi confesión y luego decide si quieres que me vaya.

Contuve el aliento esperando sus palabras, que sonaron solemnes en medio de la noche.

—Vero, me gustas mucho.

—¿Pero...?

—Sin peros. Me gustas mucho y te considero mi prenovia. ¿Qué dices? ¿Le quitamos el pre?

—¿Yo? ¿Tu novia? ¿En serio lo quieres?

—¿Por qué te parece tan extraño? —preguntó con interés.

—Porque soy un bicho raro.

Una leve risita resonó en la oscuridad de la habitación.

—Debo reconocer que muy normal no eres, pero yo estoy loco por ti. Desde la primera vez que... te vi.

—Estuve a punto de pegarte con un bolso.

—¡No me digas que no es romántico! Aunque en aquel momento pensaba que querías proteger la droga que llevabas en él.

—Veo tíos en pelotas —añadí para dejar claros todos mis puntos negativos antes de enredarnos en una relación. Deseaba que estuviera seguro de dónde se iba a meter.

—¿Aún? Creía que eso era agua pasada.

—En realidad ya casi no me sucede. Hemos descubierto el motivo que desencadenó esas visiones.

—Soy todo oídos.

—¿Quieres que te lo cuente ahora?

—Si estamos a punto de dar un paso importante en nuestra vida creo que debemos sincerarnos el uno con el otro. ¿O no aceptas mi propuesta?

Respondí inclinándome sobre el pecho y dándole un pequeño mordisco. Suave, sin hacerle daño, pero marcando territorio.

—Entiendo eso como un sí. Ahora cuéntame el detonante. —Lo miré con reticencia—. Si lo haces —añadió—, te confesaré una cosa muy íntima.

La curiosidad pudo más que la vergüenza que sentía por lo que iba a decirle. Recliné la cabeza en su pecho para que no me viera la cara y comencé a hablar.

—Ya te conté lo del vecino que bajaba las escaleras desnudo.

—Sí.

—Según Marcia, esa imagen quedó oculta en mi mente durante años. Pero un día, cuando contaba unos trece o catorce años, fui al cine con unos cuantos amigos y amigas del instituto. A mi lado se sentó un chico un poco mayor que yo. En mitad de la película me agarró la mano y la metió dentro de sus pantalones. Aquello me resultó repugnante, tanto que logré soltarme y me fui del cine, entre risitas sordas de varios de sus amigos. Creo que fue a partir de entonces cuando empecé a ver de nuevo en todos los hombres la imagen de aquel que bajaba la escalera. Con el tiempo ya no eran todos iguales, mi mente los diferenciaba según el color de pelo, la estatura, la complexión física... Saberlo es un paso importante.

—Creo que para que te cures del todo quizás deberías tocar uno que te guste. —Me agarró la mano y la colocó en su entrepierna. Lo acaricié con suavidad, sin mucho entusiasmo.

—¿No quieres? No tienes que hacerlo, ¿eh? Si te resulta desagradable o repugnante, lo dejamos.

—En absoluto, es que creo que quieres librarte de las confidencias... ¿Qué es eso tan íntimo que me ibas a contar?

—Vale. Que te he mentado un poco. Que no me enamoré de ti la noche del bolso, sino algo después. La primera vez que te escuché probar tus juguetitos. Me ponía a cien cuando lo hacías. En esos días me hice más pajas que en la adolescencia. Lo que ha dicho esta noche Ismael es cierto, solo que no eran mentales sino muy físicas.

Alcé la cabeza, sorprendida.

—¿En serio? ¿Los dos estábamos a la vez...?

—Sí. Aunque yo creía que estabas con hombres, que te montabas tríos, orgías... Que eras una especie de ninfómana insaciable y que pocos hombres lograban dejarte satisfecha. Yo me ponía a cien y soñaba con probar suerte. Aunque también temía que me echaras el rapapolvo del siglo por incompetente.

—¡Tríos! ¡Orgías! Si vamos a ser sinceros el uno con el otro debo confesarte mi más oscuro secreto. Has sido el primer hombre con el que me he acostado.

Lo sentí tensarse a mi lado.

—No puede ser. Tienes...

—Treinta y cinco años, sí. Y hasta que me ayudaste con el anillo vibrador era, según palabras de mi amiga Tere, vegana sexual.

Una sonora carcajada resonó en la noche.

—¡Madre mía! ¡Vegana sexual! ¡Prenovia! Me lo voy a pasar en grande contigo.

—¡No te burles! Es porque nunca había disfrutado «carne», solo plástico y silicona.

—Pues hay mucho que recuperar, ¿eh? Porque seguramente andas escasa de «vitaminas sexuales». Y estamos aquí perdiendo un tiempo precioso.

—Ya te digo...

Me rodeó con los brazos y comenzó a besarme despacio, muy despacio, y yo no puse ningún reparo. La urgencia de un rato antes quedó olvidada para disfrutar de besos y caricias durante el resto de la noche.

Llegamos al trabajo diez minutos después de la hora, y entramos juntos para no acumular más retraso. De todas formas, no habríamos podido engañar a nadie, pues los dos estábamos radiantes. Yo por lo menos me sentía flotando en una nube, mirando a Óscar a mi lado y repitiéndome sin cesar: mi novio; es mi novio... Tengo pareja. Esperaría un poco para asegurarme de que la relación funcionaba y llamaría a mis padres. Me moría de ganas de hablarles de él.

Nos despedimos con una mirada tórrida en el pasillo antes de entrar en nuestros respectivos departamentos.

Elena me miró muy seria cuando me acerqué a disculparme por la hora.

—Siento el retraso —dije, aunque era evidente que mentía.

—Espero que sea por algo que merezca la pena —me dijo, y supe que había adivinado la causa.

—Lo es. No se repetirá, te lo aseguro.

Alzó una enigmática ceja y esbozó una sonrisa de duda.

—Deberéis recuperar cada minuto, así que allá vosotros. El sistema para controlar la hora es muy estricto.

—Sin problema. Gracias.

Me incorporé a mi trabajo, y me sumergí en él con entusiasmo. A la hora del desayuno, sentí vibrar mi móvil en el bolsillo del pantalón. Sabía que era Óscar, reclamando mi presencia en la sala de descanso, y me reuní con él. Su sonrisa era aún más amplia que la mía, que ya es decir, cuando me miró con la cafetera en la mano.

—¿Doble? —me preguntó refiriéndose al café.

—Por favor.

—De modo que noche movidita... —La voz de Ismael sonó a mi espalda cargada de sorna—.

Tus amigas hicieron un buen trabajo.

—¿Qué le has contado? —pregunté mirando a mi novio. Caray, qué bien sonaba.

—Nada en absoluto.

—¡No hace falta! Acabo de darme un resbalón con la miel que habéis chorreado por el suelo. Está toooda la oficina resbalosa. En serio, enhorabuena, chicos. Que yo no crea en el amor no significa que no me alegre por vosotros.

Mi jefa acababa de entrar en la habitación, y nos contempló con su habitual seriedad. Luego me sonrió y comentó mirando a Óscar:

—Has hecho bien en fijarte en este buen mozo. Si lo hubieras hecho en su amigo habría tenido que advertirte de que no te hicieras ilusiones con él. Lo de que no cree en el amor lo dice muy en serio. Más de una compañera del departamento de informática ha intentado echarle el lazo, pero se ha escurrido como una anguila.

La cara del aludido esbozó una leve sonrisa.

—Siempre lo dejo bien claro a cualquier mujer que se acerque a mí. Un polvo, o unos cuantos como mucho, es lo único que van a conseguir. Si intentan ir más allá y no logran lo que buscan, no es culpa mía. Como ya he dicho, no creo en ese sentimiento que parece robar la sensatez a la mayoría de la gente. Como a vosotros, que menuda cara de bobos tenéis hoy.

—Algún día te llegará la hora —sentenció Óscar.

—No si soy lo bastante rápido para salir corriendo en cuanto vea los síntomas.

Elena se sirvió un expreso y lo bebió de pie antes de volver al trabajo. Siempre iba con prisas, era una mujer muy ocupada. También Óscar e Ismael regresaron a su departamento y yo aproveché los diez minutos que me quedaban para contarles a mis amigas la buena noticia. Diligente abrí el chat del JB.

YO: ¡Chicassss! ¿A que no adivináis qué pasó anoche?

TERE: ¡No tenemos la menor idea de que habéis *follao* como conejos hasta altas horas!

ROMI: Deja que lo cuente ella.

Y: ¿Cómo lo sabéis?

ANISI: Porque si no fuera así habrías empezado este chat queriéndonos matar a todas. Por lo tanto, nuestra estrategia ha funcionado.

T: También porque llevabais escrita en la cara las ganas de follar. Seguro que no te dejó ni llegar a la cama.

Y: Quizás.

CHUS: Entonces, ¿sí?

Y: Sí, pero hay más.

CH: Pues cuenta rápido que tengo la catequesis en breve y no me lo quiero perder.

Y: Esto va más allá de un polvo. Nos hemos hecho novios, de los de verdad.

A: ¡Biennnnn!

T: O sea que vas a joder con frecuencia. ¡Cómo te envido, cabrona! Pero también me alegro.

R: Ya tienes maquilladora para la boda.

Y: No hemos hablado nada de eso, no corras tanto, Romi.

CH: De todas formas, y antes de que me tenga que ir, vamos a imaginarnos en el JB con nuestras copas preferidas en la mano y a lanzar un brindis.

Y todas escribieron a la vez, como si lo hubieran ensayado:

TODAS: Un brindis por Vero y su novio del tercero.

Capítulo 26

Otra tarde más debía recuperar tiempo en el trabajo. Teníamos horario flexible por lo que, a tenor de la hora de entrada, era la de salida. En el mes que Óscar y yo llevábamos juntos, habíamos llegado con retraso en varias ocasiones. Recién descubierto el encanto de hacer el amor al amanecer, a veces se nos iba de las manos. No me arrepentía, porque de todas formas ambos recuperábamos el tiempo a la vez.

Aunque aquella tarde sería más complicado porque era jueves. Y, por mucho que hubiera cambiado mi vida, los jueves seguían siendo para mis chicas. Como solíamos decir: lo que el JB ha unido, que no lo separe un hombre. No era el caso, porque Óscar no interfería en mi relación con mis amigas. Nunca hacía planes que me incluyeran para los jueves, solo dejaba caer que si llegaba pronto subiera a dormir con él, que nunca era solo para dormir. Yo, aduciendo que debía madrugar mucho, me retiraba a una hora prudente y subía al tercero sin siquiera pasar por mi casa, donde me recibían los brazos de Óscar sin que importase que pasara la medianoche y debiéramos madrugar al día siguiente.

Aunque lo mejor eran los fines de semana, los desayunos en la cama, a veces con mi pan preferido, a veces con churos. Pero siempre juntos. En ocasiones pasábamos el sábado y el domingo en una de nuestras respectivas casas, pero otras cogíamos el coche y salíamos a comer fuera de Madrid, a disfrutar del incipiente verano y de la cálida temperatura reinante. Nunca en mi vida había sido tan feliz, ni estado tan enamorada.

Aquella tarde de jueves, tras recuperar la media hora larga que nos habíamos retrasado por la mañana, entré en el servicio antes de abandonar a oficina. No quedaba nadie más que nosotros y el guardia de seguridad que custodiaba la entrada al marcharse los empleados, y yo deseaba llegar a casa cuanto antes y arreglarme para mi reunión nocturna.

Estaba a punto de salir cuando un sonido ahogado me llegó a través de una de las puertas cerradas.

—¡Hola! —saludé a la vez que golpeaba la madera—. ¿Te encuentras mal?

—Estoy bien —respondió una voz sollozante, que reconocí como la de mi jefa.

—¿Elena? ¿Eres tú? ¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

—No estoy enferma, Vero; solo tengo un mal día.

—Yo sé mucho de eso. No ahora, claro, pero sí en el pasado. Sal, por favor.

Sin que tuviera que insistir más la puerta se abrió y una Elena con los ojos hinchados por el llanto apreció ante los lavabos. Le tendí un pañuelo de papel y esperé a que se calmara un poco.

—Se me hace un poco extraño verte así. Das la imagen de una mujer fuerte y controlada.

—Esa es la jefa, pero a veces la mujer se impone.

—Espero que lo que te sucede no sea nada grave.

—El mal de amores nunca lo es; solo duele.

—¿Quieres hablar de ello?

—No hay mucho que contar. Estoy enamorada de un hombre para el que no existo. Hasta creo que no le caigo bien. Y eso es todo. A veces pesa como una losa, porque no consigo dejar de sentir lo que siento, y ya dura más de un año. Hoy... —titubeó antes de proseguir, como si midiera las palabras— me enteré de algo que me ha hecho sufrir, y no he podido evitar que me diera la llantina. Se me pasará, no te preocupes.

—Para eso lo mejor es una amiga y una copa.

—No suelo beber, y tampoco tengo amigas. Solo una hermana con la que no me llevo bien.

—Yo me ofrecería a quedarme contigo para tomar esa copa y levantarte el ánimo, pero tengo una cita ineludible esta noche.

—Deja que adivine —dijo con un esbozo de sonrisa—: con un buenorro del departamento de informática.

—Oye, ¿no será Óscar el hombre por el que lloras?

—En absoluto. No... no es de la empresa.

—Es un alivio saberlo; no quisiera ser yo quien te hace sufrir. Pero mi cita no es con él, sino con mis amigas. Nos reunimos todos los jueves. Aunque... espera un momento.

Se me acababa de ocurrir una idea. Saqué el móvil y conecté el chat.

YO: Hola, chicas. Tengo que preguntaros una cosa.

TERE: No, no se deja de venir al JB por un polvete. Ni siquiera por un polvazo.

Y: No era eso. El polvazo puede esperar.

ROMI: Eso, tú ponnos los dientes largos a las que llevamos tiempo sin catar varón.

CHUS: ¿Qué te ocurre, cielo?

Y: Se trata de mi jefa, ya os he hablado de ella. Está hoy un poco chof y no tiene amigas con las que desahogarse ni pasar un buen rato. Yo me ofrecería para animarla si no fuera jueves, pero el JB es sagrado. ¿Os importa si la invito esta noche a unirse a nosotras? Solo por hoy. Se ha portado muy bien conmigo y me da pena dejarla sola.

ANISI: ¿Qué le pasa?

Y: Mal de amores.

R: En ese caso, es bienvenida.

T: Las mujeres con problemas, sean de la índole que sean, tenemos que ayudarnos unas a otras.

Y: Le diré que venga. Gracias, chicas.

Guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y enfrenté a Elena, que se enjuagaba la cara para borrar todo rastro de lágrimas.

—He hablado con mis amigas del JB. Me han dicho que te unas a nosotras esta noche para que te animes un poco.

—No es necesario, gracias. Ya estoy mejor.

—No lo estás. Y si no tienes amigas no sabes el efecto beneficioso que producen, te lo digo por experiencia.

—Pero vosotras os conocéis desde hace tiempo, seguro que lo último que os apetece es que una extraña se os una esta noche. Y menos tu jefa. Os sentiríais incómodas en mi presencia.

—Estoy segura de que no. Si es por la relación de trabajo que nos une, lo que sucede en el JB, se queda en el JB. Allí no serás mi jefa ni yo tu subalterna. Solo Vero y Elena. Seré una tumba si te emborrachas y echas la primera papilla o te vas a casa con cinco tíos, y espero lo mismo de ti. Aunque Óscar y yo hemos formalizado lo nuestro; ya solo me voy con él. Además, tampoco hace tanto que las chicas y yo nos conocemos. Unos meses, desde la noche de Halloween y de la forma más surrealista que te puedas imaginar. Ya te lo contaré.

—De acuerdo, pero solo esta noche, porque estoy bastante depre. No seré un incordio para vosotras en el futuro.

—Nos vemos entonces en dos horas en la boca de metro de Sol. De allí ya sabremos hacia dónde dirigirnos porque, aunque uno de nuestros locales favoritos es el Lolita's, no siempre nos vemos allí.

—Muy bien. ¿Tipo de ropa?

—La que te apetezca. Mis amigas son de lo más variopintas en su forma de ser y de vestir.

Me apresuré a reunirme con Óscar en la salida, que ya me esperaba impaciente. No le comenté mi encuentro con Elena en el baño, intuía que ella deseaba privacidad y mantenerlo en secreto, pero sí le dije que saldría con nosotras aquella noche. No hizo ningún comentario, solo enarcó las cejas y entramos en el coche.

A la hora convenida me reuní con Elena en el lugar de nuestra cita. Vestía de forma más desenfadada que en el trabajo, con un pantalón rojo muy ajustado y un top negro que dejaba al aire casi toda la espalda. Tenía un cuerpo muy curvilíneo, con un pecho más que generoso, que no se podía apreciar con su sobria manera de vestir en la oficina.

—¿De verdad piensas que no molesto? ¿No se verán tus amigas forzadas a admitirme esta noche en vuestra reunión?

—Si las conocieras sabrías que son sinceras hasta la saciedad. Si no quisieran que te unieses a nosotras habrían dicho no. Tajante y rotundo, así que relájate y disfruta de la noche. Eso sí, debo advertirte que son un poco peculiares.

—¿En qué sentido?

—Anisi está un poco loca, bueno, bastante. Tere dice siempre lo que piensa y casi nunca con

tacto. Romi viste digamos que un pelín estrafalaria y flipa con los unicornios, y Chus es pija, católica, practicante y da catequesis.

—¿Y cómo os habéis conocido? Porque da la impresión de que sois muy diferentes.

—Muchísimo, pero ahí está lo mejor, que nos complementamos y, sobre todo, nos respetamos. Son increíbles, y nos queremos un montón.

Dejé de hablar porque habíamos llegado al lugar de reunión de aquella noche. Entramos al local y ya estaban todas sentadas a la mesa. Me gustó ver que habían añadido una silla más. Nos acercamos y me dispuse a hacer las presentaciones.

—Elena. Ellas son Romi, Anisi, Tere y Chus, las chicas del JB

—Yo soy Elena. Puesto que usáis diminutivos de vuestros nombres, a mí podéis llamarme Lena, que es el que solía tener en el instituto. Y, por favor, si mi presencia os incomoda de alguna forma, solo tenéis que decirlo.

—Mira, *tronca*. Aquí todas hemos hecho o dicho cosas capaces de sacarle los colores a un arcoíris, de modo que no creo que nos incomode nada de lo que puedas hacer.

—Nos ha dicho Vero que andabas un poco chof. Las mujeres, cuando estamos así, tenemos que ayudarnos. Y no, *guapi*, no tienes que contarnos el motivo, aunque el ochenta por ciento de las veces es por culpa de un hombre.

—O de la ausencia de uno —añadió Chus, pensando en ella misma, seguro.

—Así que relájate y pide una copa. Cuando te pones un poco borrosa, todo se ve... de color de rosa.

—Buena rima, Anisi.

—¿Verdad? La usaré para vender algún piso, que la cosa está dura de pelar.

—¿Borrosa? —preguntó Lena frunciendo el ceño.

—No nos gusta la palabra borracha, de modo que cuando nos tomamos unas copas y nos achispamos preferimos decir que estamos borrosas.

—Yo no suelo beber más allá de una copa de vino con las comidas especiales, no sé qué pedir.

—Yo bebo anís del mono; sé que suena anticuado, pero me importa poco —dijo Anisi levantando su vaso.

—A mí me encantan los chupitos de hierbas... con croquetas. Si son de la Paqui, mejor. También un vino de vez en cuando.

—La Paqui es mi madre, la mejor cocinera del mundo —aclaró Anisi, como orgullosa hija—. A veces nos deleita con algo de picar.

—Yo ron con lo que sea. Pero siempre ron —afirmó Romi, categórica.

—Vodka —informé a mi vez—. Con naranja cuando no quiero achisparme mucho; caramelo cuando estoy muy depre y necesito animarme.

—Tequila, que *pa* eso soy de Vallecas y aguanto mogollón.

—Pues no sé... algo que no sea muy fuerte. Un licor...

—¿Limoncello? —propuso Chus—. Tiene chic, y como eres jefa...

—Y tú pija y a la segunda copa te falta poco para mojar las croquetas en el chupito, como una vallecana cualquiera —se burló Tere.

—En el JB todas olvidamos nuestras vidas y nuestras idiosincrasias.

—Eso. Los indios sin gracia para las películas del oeste. Nosotras, tal cual.

—Romi, ¿ya vas pasada de copas? La próxima te pides ron cola, que a palo seco se te sube en seguida.

—Aquí yo tampoco quiero ser jefa de nada. Solo Lena. Y lo de limoncello me atrae. No será muy fuerte, ¿verdad?

—Pruébalo, y si te gusta, la graduación no importa —dije—. En lo que a mí respecta, seguirás siendo abstemia para todo el mundo, incluido Óscar.

Nos sentamos, y pude comprobar que Elena se integró de maravilla entre mis ebrias. Yo no había tenido ninguna duda de que encajaría en el JB, porque si algo bueno tenían mis chicas era el respeto a la personalidad de cada una de nosotras. Sé que mi jefa, sería Lena desde entonces fuera de la oficina, se encontró a gusto y por un rato desapareció de su mirada la tristeza de aquella tarde. No sé el motivo exacto de su pena ni tampoco se lo pregunté. Ni ninguna de mis amigas. Sabíamos que, a pesar de su seriedad, llegaría el momento en que ella se decidiera a contarlo si se unía a nuestras salidas de forma habitual. Solo era cuestión de tiempo y de estar preparada para hacerlo. Porque ella aún no lo sabía, pero el JB era una piña y todas y cada una de nosotras se dejaría matar antes que traicionar a las demás de cualquier forma.

Después de varias horas charlando y riendo, Lena se sorprendió un poco cuando a última hora de la noche, ya a punto de despedirnos, y como solíamos hacer siempre, Anisi le dijo que el jueves siguiente le tocaba a ella elegir el lugar de reunión.

—¿En serio queréis que vuelva? —preguntó incrédula.

—Por supuesto, tía —añadió Tere—. Si tú quieres, claro. No obligamos a nadie y si te parecemos demasiado piradas... puedes negarte.

Lena miró a las demás con expresión interrogante.

Chus asintió y Romi lanzó una de sus sentencias lapidarias:

—Lena, con limoncello se quita la pena. Por muy honda que sea.

—Gracias, chicas. Me lo he pasado genial esta noche, de modo que sí. Me uno al JB.

Y así quedó establecida su incorporación como un miembro más.

Epílogo

Tres meses después

Estaba en casa preparando la maleta con una ilusión tremenda. Óscar me había invitado a pasar un fin de semana romántico en la playa para aprovechar los últimos calores del verano. Nuestra relación iba de maravilla, parecía que hacía mucho más de cuatro meses que estábamos juntos. Yo sentía que era el hombre de mi vida, con el que podía envejecer y, quizás, formar una familia en el futuro. Digo quizás porque nunca habíamos hablado del tema, pero aún era pronto para abordarlo. Nos limitábamos a vivir el día a día y a disfrutar el uno del otro. Me bastaba con que quisiéramos pasar juntos todo el tiempo posible, y dada la cercanía de nuestras casas, esa era la tónica de nuestra relación. Dormíamos, comíamos y casi trabajábamos juntos. Solo las noches de los jueves nos separábamos. Yo salía con mis chicas y él había comenzado a hacerlo con Ismael el mismo día, puesto que los fines de semana los pasaba conmigo. Mis amigas decían que éramos de lo más empalagoso, pero a mí me encantaba su deseo de estar conmigo, la forma en que me trataba, cómo me mimaba y la pasión con que nos amábamos por las noches. Y por las tardes. Y por las mañanas. Me estaba desquitando de treinta y cinco años de veganismo sexual. El colofón fue que hubiera cogido una habitación con *jacuzzi* en un hotel de cinco estrellas en la costa alicantina, para pasar un fin de semana. Saldríamos el sábado al amanecer para estar allí a mediodía. Y el viernes, después del trabajo, cada cual se fue a su casa a preparar el equipaje.

Como chica ordenada que soy había colocado sobre la cama la pequeña maleta y todo lo que pensaba guardar en ella. A simple vista más de lo que cabía, pero tenía un fantástico método japonés para aprovechar el espacio. Estaba en ello cuando sonó el timbre y me apresuré a guardar bajo la colcha el precioso conjunto de lencería que me había comprado para la ocasión. Era una sorpresa y por nada del mundo quería que Óscar lo viese antes de tiempo.

Abrí y mi chico me saludó con un beso apasionado en cuanto entró en el piso.

—Ya he hecho la maleta. ¿Y tú?

—Aún me falta un poco. ¡Hay tantas cosas que guardar!

—¿Tantas? Serán dos días, de los cuales pasaremos en la cama la mayor parte del tiempo. Un par de bikinis y unas mudas de ropa interior. No vas a necesitar más.

Me rodeó la cintura desde atrás y me besó la nuca mientras echaba un vistazo a todo lo que tenía sobre la cama. De pronto lo sentí rígido y me soltó de inmediato, como si hubiera sufrido una

descarga eléctrica.

—¡¡Hostia!! —exclamó cogiendo la funda que mi amiga Romi me había hecho por si quería llevarme algún consolador al viaje. Era muy habilidosa con la costura y siempre nos estaba haciendo pequeños regalos fabricados por ella. Se había esmerado en hacerle hasta la forma de los testículos y le había añadido un pequeño unicornio que colgaba del cordón con que se ajustaba en la base. Completaba la creación un lazo rojo muy coqueto en la punta—. ¿Qué demonios es esto, Vero?

—Es un regalo de Romi para el viaje. ¿A que es mono?

—Tu amiga nos ha regalado... ¡¿un condón de pana?! —Su cara de estupor no tenía precio—. ¡No pensarás que voy a ponerme esto! ¡Y con un lacito! Antes prefiero que te quedes embarazada.

—Ay, Óscar, por favor... —Iba a aclararle la verdadera función de la funda, pero quise hacerlo sufrir un poco—. Estarías tan mono...

—Ni de coña, Vero. Aparte de que no creo que sea fiable —dijo dándole la vuelta para comprobar que el forro era de una tela suave y no plastificada—, me parece absolutamente antihigiénico. Además, intuyo que querías hacerme una foto con él y enviársela a tus locas del JB y ya imagino mi pene haciéndose viral en internet. Dale las gracias a tu amiga, dile que apreciamos su regalo, pero deja eso en casa. Por favor.

—En realidad no es para ti —aclaré temiendo que le diera un ataque—, sino para Ramón.

—¿Ramón? ¿Te refieres a...?

Saqué de debajo de unas camisetas el consolador que había bautizado con ese nombre.

—A él. Pensé que a lo mejor podíamos jugar un poco este fin de semana, puesto que te excitó oírme mientras lo usaba. Pero si quieres, lo dejo en casa; faltaría más.

—Ni hablar —dijo con sonrisa pícaro—. Ramón también viene.

Volvió a contemplar la funda, perfectamente cosida y rematada. Era una pequeña obra de arte.

—¡Dios mío! ¿Cómo he podido pensar...?

—De la misma forma que creías que era ciega o que me acostaba con mudos. Porque tienes una imaginación desbordante.

—¿Eso te molesta?

—No; me encanta.

—En ese caso tendré que volverme imaginativo este fin de semana.

—Eso espero. Ahora, por favor, vete para que termine de hacer la maleta o no saldremos mañana a primera hora.

—¿No puedo quedarme? Prometo estar quietecito y no interrumpir, ni con las manos ni con la boca.

—No; tienes que irte.

—¿Hay sorpresa?

—Quizás...

—En ese caso, yo también prepararé una. Es lo justo. Pero antes, un beso... para coger fuerzas

para la escalera.

Me besó con pasión, dejándome con su boca la promesa de un fin de semana memorable.

Llegamos al hotel a última hora de la mañana, y tras registrarnos nos dimos un baño en el mar. El verano estaba a punto de terminar, en breve el otoño tomaría el relevo, pero aún la temperatura animaba a meterse en el agua. Jugueteamos como dos chiquillos entre las olas durante un rato y después almorzamos en un restaurante de la playa.

Con la ropa todavía húmeda nos dirigimos al hotel dispuestos a disfrutar de un relajante baño en el *jacuzzi*. La tarde era toda nuestra.

Óscar abrió los grifos y yo saqué de la maleta un bote de sales para echar en el agua. Me las había regalado Tere, prometiéndome una experiencia inolvidable. Yo esperaba que de hacerla inolvidable se encargara Óscar, pero le agradecí a mi amiga el detalle.

Cuando les dije a las chicas que nos íbamos a hacer una escapada, todas se presentaron con un regalo para la ocasión. Romi con el «condón» de pana, Anisi me trajo una tortilla de la Paqui con muchos huevos, para que la comiésemos entre polvo y polvo, porque según la buena señora, lo que se come, se cría. Chus me acompañó a comprar el camisón, si podía llamársele así a una prenda con tan poca tela, y pagó de su bolsillo unas braguitas a juego. Lena me hizo el mejor regalo: la mañana del lunes libre para que pudiéramos pasar también la noche del domingo en la playa. Óscar también se la pidió de vacaciones, de modo que nuestro fin de semana se alargara un poco más.

Nos desnudamos mientras se llenaba la enorme bañera redonda y empezamos a besarnos. Después, cuando tuvo agua suficiente cogí el frasco de sales de burbujas y vertí un poco.

—¿Cuánto hay que echar de esto?

—Ni idea. Vierte un poco y si no es suficiente, añadimos más.

Dejé caer la cuarta parte del contenido, pero aquello apenas mostraba un tímido burbujeo. Entramos en la bañera y pulsamos todos los botones para activar los chorros. La espuma seguía sin aparecer, aunque había teñido el agua de un bonito tono de verde.

—Esto no va, Vero. Ni asomo de espuma.

—¡A saber cuánto tiempo lleva el frasco en la estantería del chino Juan! No creo que los botes de sales tengan mucha salida en su comercio —comenté consciente de que mi amiga lo compraba todo en la tienda oriental en la que comenzó nuestra relación de ebrias.

Óscar cogió el recipiente con el resto de las sales y lo volcó entero. Después, me atrajo hacia su cuerpo y comenzó a besarme de nuevo. Me senté a horcajadas sobre su erección y nos olvidamos del mundo. Y de los chorros. Y de las burbujas.

Nos amamos despacio, sin prisas. Parando una y otra vez antes de alcanzar el orgasmo para alargar el momento. Cuando al fin me dejé caer exhausta su sobre su pecho, él abrió los ojos.

—¡Madre mía! —exclamó con un salto que casi me hace caer en el agua. Seguí su mirada y contemplé el cuarto de baño totalmente inundado de agua y espuma.

—Creo que hemos echado demasiadas sales —dije.

—Y puesto los chorros demasiado fuertes.

—¿Qué hacemos ahora?

—Coge las toallas y tratemos de enjugar este desastre.

Con cuidado para no resbalar sobre el suelo espumoso nos dirigimos al toallero.

—¿Y si llamamos al servicio de limpieza? —propuse entre resbalones.

—¿Y que se rían de nosotros? Ni hablar. En un periquete estará resuelto.

No fue en un periquete, por supuesto. Y tuvimos que pedir más toallas, que nos proporcionaron con amabilidad, pero indicándonos que no se podían sacar del hotel y que las anotaban en nuestra cuenta. Por si se nos ocurría robarlas, supongo. Imagino que se preguntarían para qué demonios necesitábamos seis toallas más de baño.

Cuando el desastre estuvo más o menos solucionado, porque, aunque seco el suelo, seguía presentando un aspecto verdoso, nos miramos el uno al otro con el pelo cubierto de espuma seca, y envueltos en unas batas húmedas.

—Creo que necesitamos una ducha —me dijo sonriente—. Porque no puedo darte tu sorpresa con este aspecto. Me lo estarías reprochando el resto de tu vida.

—¿Qué es?

—¡A la ducha, señorita!

Me agarró de la mano y nos metimos bajo el chorro del cubículo situado junto al *jacuzzi*. Dejamos que el agua limpia eliminase los rastros verdes de espuma seca de nuestros cuerpos. En el suelo del *jacuzzi*, ya vaciado, apilamos el montón de toallas húmedas y verdes tratando de imaginar qué pensarían las encargadas de la limpieza al día siguiente.

—Tú, que tienes una imaginación desbordante —le pregunté a mi chico—, ¿qué crees que pensarán mañana cuando vean esto?

—Que hemos matado a un montón de marcianitos.

—¿Qué poco original! Lo del condón de pana estaba mejor.

Después, nos pusimos cómodos y decidimos pedir la cena al servicio de habitaciones. Él también tenía ganas, se lo leía en los ojos, de seguir con una noche de amor hasta que cayéramos agotados, sin que hubiera que madrugar al día siguiente.

Yo entré en el baño para ponerme el minúsculo camisón de encaje para cenar. Lo cubrí con una camiseta hasta que nos trajesen la cena y me puse a elucubrar cuál sería la sorpresa de Óscar.

Poco después, instalados ante una suculenta cena, con botella de cava incluida, me deshice de la camiseta. Vi sus ojos brillar mientras me contemplaba y sentí correr la sangre por mis venas de nuevo.

—¿De verdad pretendes que coma con semejante espectáculo? —me preguntó.

—El postre al final. Guarda las ganas.

—Bien. ¿Una copa de cava para abrir boca?

—Perfecto.

Disfrutamos de la comida, pero también de las miradas y de los ligeros roces de nuestras manos que se buscaban sin cesar. Entre bocado y bocado casi nos terminamos la botella. Sin embargo, Óscar reservó las últimas copas «para después». Fuera después lo que fuera, lo acepté, porque me pareció un poco nervioso.

—Ahora la sorpresa...

Se levantó y rebuscó en la maleta. Se sentó frente a mí y me tendió una bolsita de raso con el nombre de la marca para la que yo probaba juguetes eróticos. Una amplia sonrisa me iluminó la cara, llena de expectativas ante una noche de travesuras sexuales. La abrí y extraje un anillo vibrador rosa, con una pequeña protuberancia en una parte exterior del aro.

—Quieres jugar, ¿eh?

—Es un anillo.

—Lo sé; un anillo vibrador para pene.

—Me pediste que fuera original, que usara mi imaginación... y eso trato de hacer. Puesto que un anillo siempre es un anillo... —agarró el aro de silicona rosa y me lo tendió mientras me miraba a los ojos con el anhelo desbordando los suyos—, Vero... ¿quieres casarte conmigo?

¡Ay, Dios! Me quedé más muda que mis supuestos amantes.

—¿Me estás pidiendo matrimonio...?

—Sé que es poco romántico, pero en realidad es lo que nos unió. Aún estaríamos tonteando por las escaleras si no hubieras tenido que probar uno de estos.

—Eso es verdad.

—Bueno. —Inspiró profundamente—. No has respondido a mi pregunta. ¿Aceptas?

—¡Claro que sí! —exclamé mostrando todo el entusiasmo que sentía—. No hay nada que desee más que casarme contigo. —Extendí la mano y me coloqué el anillo en el dedo anular. Había espacio para dos dedos más, pero sonreí mirando embobada mi mano «comprometida». Aunque tenga que llevar esto en el dedo.

Entonces Óscar metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un anillo de oro blanco con una pequeña piedra roja.

—No será necesario. Seguro que este te queda mejor.

Me quitó el aro de silicona y lo sustituyó por el de oro, que me encajaba a la perfección. Luego, agarró el otro y, sujetándolo con dos dedos, murmuró:

—A ti, Eusebio, ya buscaremos algo a tu medida donde colocarte más tarde, ¿verdad? —Me miró con un guiño pícaro.

—Verdad —respondí preparándome mentalmente para la apasionada noche que me esperaba.

FIN

Agradecimientos

Los agradecimientos en esta novela tienen que ser muy amplios porque toda la serie ve la luz gracias a muchas personas. En primer lugar tengo que dar las gracias a quienes me incluyeron en este proyecto que me cambió un día difícil, llenándolo de risas; a todos los que lo votaron creyendo en él a pesar de ser el peor presentado con mucho, pero sobre todo a mis compañeras autoras de las restantes novelas por ser unas estupendas colaboradoras, por hacer piña y sumar y no restar en la serie y estar ahí siempre apoyando, leyendo y participando en todo momento.

También una mención especial a Nuria Rivera, inestimable ayuda en lo que se refiere al «problemilla» de Vero.

Prólogo *Ebrias de amor 2*

Hola, me llamo Romi y me desmadro con el ron. A mis treinta y seis años, soy lo que podría llamarse una ~~trá-trá~~ mujer poco común, pero cuando el destilado de la caña de azúcar se apodera de mi cuerpo cada jueves por la noche, la cosa se agrava. A veces, incluso me pregunto si hay algún vídeo mío circulando por internet en el que aparezca bailando descalza en un bar, con pelos de trastornada y la zarpa agarrada con firmeza alrededor de la copa para que el camarero que merodea por la zona no se lleve el sorbito final. Por suerte, me consuelo al pensar que el resto de las chicas del JB tendrían casi el mismo aspecto que yo, aunque con los zapatos puestos y ropa menos hortera.

En realidad, descubrí lo divertido que era beber ron hace solo unos meses (siempre he sido más de cañitas), en una de esas primeras reuniones liberadoras con Anisa, Tere, Vero y Chus pero, como reza el dicho, nunca es tarde si la picha es buena (en fin, creo que he mezclado conceptos, pero ya me entendéis...). Para cuando Elena, nuestra brillante (y cuerda) incorporación, se unió, ya era oficialmente conocida en el JB como «Romi Ron». Eso sí, nunca lo tomo a palo seco. La única vez que lo intenté bajó por mi garganta como lava hirviente del Krakatoa para fundirme el esófago. Daiquiris, piñas coladas, ron cola... Todos han conseguido que me dé la risa floja en esos jueves borrosos que no cambiaría por nada del mundo, y el mojito, sin duda, se ha convertido en mi forma favorita de hidratación. Por salud, claro. No hay que olvidar la importancia de reponer líquidos a menudo.

Supongo que me gusta esa bebida por el sabor dulce que me deja en los labios después del regusto amargo que todavía siento por culpa de mi exnovio. Alfredo y yo nos conocimos hace quince años en la universidad, mientras los dos estudiábamos Económicas, aunque empezamos a salir juntos tres años después. Nuestra primera cita ya debería haberme dado pistas de que nuestra relación estaba abocada al fracaso más estrepitoso. Yo, cuchilla en mano, me depilé las ingles (y más allá) con sonrisa picarona antes de salir de casa. Él me llevó por sorpresa a un spa con una piscina que simulaba el mar Muerto. Cuando mi entrepierna rasurada entró en contacto con litros y litros de agua salada, la que se quedó muerta en el sitio fue una servidora. No sé si os hacéis una idea de lo que escuece eso, fue como si me quemaran con un soplete, y no precisamente el de Alfredo. Después del drama de caminar como si me acabara de bajar de un caballo durante un par de días, los dos seguimos adelante con el noviazgo. En ese momento, yo, hija única, aún vivía con

mis padres en un pisito cerca de Atocha, y Alfredo con los suyos, y veíamos muy lejano eso de independizarse. Cuando nos graduamos, empecé a trabajar en una consultoría y mi ex como administrativo en una gran multinacional, pero yo sentía que estaba perdiendo ~~mis idas de olla~~ mi esencia, así que lo dejé todo, hice un curso superior de maquillaje y caracterización y conseguí convertir mi obsesión por los cosméticos en mi profesión. Me hice autónoma y ya tengo un buen número de clientas que me llaman para sus cosillas. Me desplazo hasta sus casas con una maleta llena de trastos y una sonrisa enorme (porque además de ~~cabezota~~ perseverante, tengo don de gentes) y todas acabamos satisfechas. Ellas, con sus nuevos estilismos y yo, por hacer lo que de verdad me gusta.

Alfredo nunca me dio su opinión al respecto de ese cambio tan radical, ni para bien ni para mal. Es un cacho de carne con ojos.

Yo intentaba hacer que reaccionara, que se implicara más en lo nuestro, pero era como darse de cabezazos contra la pared. Mis padres se jubilaron, vendieron su casa y se fueron a vivir a un pueblo en la sierra de Guadarrama y, en lugar de mudarme con él, me fui con mi tía Frido y mi prima Samantha al piso que tienen en la zona de Acacias para tener compañía. La excusa de Alfredo era que no quería que se rompiera la magia cuando nos escuchásemos roncar y hacer nuestras maniobras de emergencia en el cuarto de baño. No me di cuenta de que el tiempo volaba, de que cumplí los treinta y los dejé muy atrás, y todo seguía igual en el plano sentimental.

El declive se produjo hace dos años, cuando Alfredo llegó a la conclusión de que también se merecía trabajar en lo que le apasionaba y dejó una empresa de renombre para pasar a ser buzo recogedor de pelotas de golf. Cambió las cuatro paredes de su oficina por los lagos de los campos de golf, y ahora viaja por toda España en busca de las escurridizas esferas. En aquel momento me di cuenta de dos cosas: la primera fue que, o insistía a Alfredo para que se comprometiera conmigo de verdad (asentarse, formar un hogar, tener hijos...) o sería la eterna adolescente dándose besos a escondidas con su novio en casa de los padres, pero con sesenta años en vez de dieciséis; y la segunda, que el neopreno no se le ajustaba en el paquete. Las dos eran muy desalentadoras.

A partir de entonces, me esforcé mucho en avanzar en nuestra relación (y en no toquetear de forma compulsiva las bolsas de tela que se le hacían en la bragueta con cualquier pantalón que se pusiera), pero...

Dentro de un mes y medio, día arriba, día abajo, se cumplirá un año desde que Alfredo lo estropeó todo. Al igual que en nuestra primera cita, mis expectativas eran demasiado altas para un día de Halloween que tuvo escenas peores que una película de terror. Los hechos se sucedieron de la siguiente manera: Escapada romántica en moto. Los dos solos por primera vez en semanas y semanas. Hotel reservado por Alfredo en Villapene, provincia de Lugo (cuyo nombre prometía, ¿para qué nos vamos a engañar?). Yo, disfrazada de unicornio de la cabeza a los pies casi desde que hicimos el *check-in* a mediodía (¡Imaginaos! Morbo en estado puro), a la espera de una propuesta de matrimonio o de que me arrancase el cuerno con lujuria y lo hiciésemos por primera

vez sin preservativo y él... él con el puñetero traje de neopreno otra vez como disfraz, contando las horas para irse al día siguiente al campo de golf de Villapene, donde le pagarían un extra por ser festivo. Entonces, pasé de ser un unicornio con las hormonas revolucionadas a un unicornio desquiciado y con sed de sangre, medio afónica de los gritos que pegué, que se cortaron en seco cuando Alfredo me dijo que nos deberíamos tomar un descanso porque le estaba presionando mucho. La relación se acabó en ese instante para mí. En realidad, no hay mucho que pensar ni espacio que dejar después de doce años juntos. Lo siguiente que recuerdo es que estaba sola encima de la moto de mi exnovio, de vuelta a Madrid en plena madrugada, con mis crines de colores agitándose allí donde sobresalían debajo del casco y que, al llegar al desvío de Vallecas, giré el manillar con determinación en el último segundo, dispuesta a aparcar en cualquier lado y dejar en manos del karma si se merecía que le robasen la Yamaha.

Sí que se lo mereció, porque la moto nunca más volvió a aparecer. O quizá fue el Johny, el ex de Tere, y no el karma el que se la llevó...

Bueno, lo importante es que el equilibrio del universo existe, y esa noche de Halloween mi decisión me llevó a perder un novio y ganar cuatro amigas, bueno, cinco, que Lena se uniría después. Cinco mujeres excepcionales con las que compartir cualquier cosa que se nos pase por nuestras ~~inexplicables~~ fascinantes cabezas.

Aquel fue el primer jueves borroso del JB; de él conservo un recuerdo muy claro. Las enormes sonrisas de Vero, Anisi, Tere y Chus, y a mí misma, después de varios chupitos de vodka Ming, con dos grados menos que el aguarrás, gritando en medio de un parque en una especie de catarsis emocional de elegancia sin par: «¡Voy más pedo que las pelotas de Alfredo!».

Ya cuento los días para el próximo jueves. ¿Quién no?

Capítulo 1

—Mierda, lo he vuelto a hacer.

Era la tercera vez en quince minutos que me restregaba los ojos con los nudillos, sin acordarme de que todavía iba maquillada como una puerta. Me debió de entrar algo de máscara de pestañas en la córnea, porque empecé a lagrimear mientras juraba en arameo.

Ese mismo miércoles por la mañana había recibido las muestras de nuevos productos con los que tentar a mis clientas, y había usado todos los potingues sin ningún otro criterio más que el de ir aplicándomelos según salían de la caja perfectamente embalada. Sombras azul eléctrico, rosa fosforito y naranja chillón acabaron mezcladas sobre el párpado derecho. Verde panzaburro, rojo cereza y gris perla en el izquierdo. Y, por encima, una raya negra de un metro de grosor. El colorete también variaba de ocre a rosado en cada uno de mis redondeados mofletes, y tenía los labios hinchados de tanto poner y quitar colores sobre ellos. El último labial que había probado era un nuevo tono berenjena cálido, así que mi cara debía de ser lo más parecido a un retrato de Picasso si el hombre hubiera conocido a Cyndi Lauper. Peor todavía, ahora que me había corrido todo el *eyeliner* de tanto frotar. Pero me daba igual. Primero, porque estaba tras los inexpugnables muros de ~~la casa de mi tía~~ mi casa. Segundo, porque la camiseta a rayas y la falda de cinturilla elástica con estampado de flores hacían juego con ese desbarajuste cromático. Y tercero, y no menos importante, estaba demasiado concentrada en mi nuevo proyecto como para que me importara.

Siempre había sido una persona con grandes inquietudes e imaginación. Muchas veces me cosía mi propia ropa, había aprendido a hacer ranas con papiroflexia e, incluso, había hecho mis pinitos en la alfarería. Mi tía Frido tenía expuesto en el salón un jarrón que le regalé hace unos años como si fuera un trofeo (aunque era lo más parecido a un moñigo de mulo que uno se pueda imaginar porque, además de carismática, conozco mis límites). Pero este último trabajo me producía una auténtica sensación de orgullo.

Estaba componiendo un *contrarreguetón*. Y lo estaba bordando.

La idea me golpeó como una centella el jueves pasado, mientras a las chicas del JB y a mí no nos quedaba más remedio que bailar al son de una de esas canciones de dudoso gusto sobre mujeres con la boca grande y que no dejan de provocar. Mi mente no había parado de crear desde entonces.

Me aparté un mechón castaño que se había escapado del moño flojo que me había hecho en lo alto de la cabeza. Después, repasé las palabras que había garabateado con un boli de unicornios sonrientes sobre un cuaderno con tapas de unicornios de purpurina.

*Cuando escucho «mira cómo perrea»
el tímpano se me estropea.
¿Te gustaría que te dijera:
Qué bien te queda ese pantalón,
te marca t'ol paquetón?
Pues no te tires el pisto,
porque ya te la he visto.
Visto-isto.
Es micro.
Con esa nalga...*

Fruncí el ceño y mordisqueé la tapa del boli, frustrada, antes de coger el móvil y desbloquear la pantalla. Pulsé sobre el simbolito del WhatsApp y luego sobre la conversación del JB.

ROMI: ¿Qué rima con nalga? Solo me sale alga y llevo un buen rato dándole vueltas.

Las respuestas llegaron enseguida sin que tuviera que explicar nada más, y no me encontré con ningún emoticono sorprendido que me mirase de vuelta con sus ojos saltones. Cuánto quería a mis chicas.

CHUS: ¿No puedes poner pompis? ¿O pandero?

TERE: Pon cacha del culo, Romi Ron, no te compliques.

R: En el 90% de las canciones dicen nalga. No es que yo la use en mi día a día, pero tengo que meterla como sea.

ANISI: Ayyy, ¡cuántos hombres se sentirían identificados con esa última parte! Bueno, todos, da igual por dónde la metan.

LENA: Necesitas algo con gancho.

VERO: Pues nalga rima con... ¿cabalga?

T: ¡Mira la Vero! Cómo se te nota en el cerebro que has cuidado niños.

R: Cabalga puede dar taaanto juego.

Busqué un caballo al galope y un corazón y le di a «enviar».

Todavía tenía una sonrisa en los labios cuando la tía Frido entró en mi habitación como un vendaval. Tenía sesenta y siete años, dos menos que mi madre, pero una energía capaz de tumbar a alguien tres veces más joven que ella. También tenía sus ventoleras momentos místicos, y por eso la gente decía que yo parecía más su hija que mi prima Samantha, quien se había ido a vivir a Londres hacía un año.

Además, no solo coincidíamos en el carácter, sino también en el físico. Bajitas y con extra de curvas, aunque ella se había teñido el pelo corto de morado y yo todavía estaba debatiendo si

debía probar alguna de las pelucas que me compré en un arrebato por AliExpress.

Ah, y que las dos estábamos solteras... Pero mi tía mantenía placenteras relaciones esporádicas y yo comía chocolate. Bueno, tampoco es que el sexo con Alfredo hubiera sido para tirar cohetes los doce años anteriores, y un praliné relleno de trufa nunca me iba a fallar.

—Tenemos que irnos. Ya mismo —dijo mi tía, con la voz un poco temblorosa.

No pude evitar fruncir la nariz para olisquear el aire, por si había algún fuego.

—¿Qué ha pasado?

Tía Frido levantó la mano y agitó su teléfono móvil delante de mi cara.

Intenté contener un suspiro, porque sabía lo que se avecinaba. Mi tía estaba decidida a convertirse en *influencer*, y estaba segura que me iba a raptar para otra de sus sesiones de mil trescientas fotos para Instagram en las que se mordía el interior de los carrillos para que los pómulos parecieran más afilados.

—Romina, acabo de encontrarte el trabajo de tu vida. Te lo explico todo por el camino, pero hay que salir pitando a Callao.

Cuando me llamaba así, es que la cosa era muy seria. Mi tía sentía verdadera aversión hacia los nombres acabados en «ina» gracias a una absurda tradición familiar (mi madre se llamaba Abelina y ella misma, Fridolina) y había roto la maldición con mi prima al llamarla Samantha. Si había pronunciado «Romina», lo mejor era correr hacia la parroquia de Chus, pero ella bloqueaba la única salida.

—Callao. Entendido —accedí sin mucha resistencia. En realidad, me iba la marcha y tenía curiosidad por saber lo que se traía entre manos.

Tía Frido se dio por satisfecha y se dio media vuelta con garbo.

—¡Ah! —añadió, cuando ya tenía medio cuerpo fuera del cuarto—. Y coge una hoja con tu currículum.

—¡Vale. pero solo si me ayudas a juntar *nalga* y *cabalga* en una frase pegadiza!—grité yo de vuelta, antes de ponerme en movimiento.

Ni siquiera me molesté en ponerme una chaqueta, porque todavía hacía calor a mediados de septiembre, y diez minutos después, estábamos montadas en la línea cinco. El metro estaba hasta arriba a pesar de ser un día entre semana y las ocho de la tarde, y no habíamos podido sentarnos, así que las dos nos íbamos balanceando con los traqueteos del vagón y una mano agarrada a la barra como bailarinas patizambas de *pole dance*.

—¿Y dices que la ha atropellado un autobús?

Ya sabía yo que el tema iba a tener miga.

—Nada más salir por las puertas de Barajas —asintió la tía Frido—, cuando cruzaba por el paso de cebría hacia el aparcamiento.

—Jodo con los de la EMT. Dirán que contaminan menos, pero te liquidan con más eficacia.

—Que no la ha diñado, hija. Está publicando todo en sus *stories* de Instagram, por eso me he enterado de que se busca cubrir su puesto con mucha urgencia. Aunque tiene no sé cuántos huesos

rotos.

—Vaya faena. Pero ¿qué tiene que ver una estilista turca conmigo?

Metí tripa y me pegué a la barra como un percebe para que los viajeros que se subían y se bajaban en La Latina no me llevaran con ellos de llavero.

—Pues que trabaja para Kerem Sunay.

Mi tía me miró fijamente, a la espera de mi reacción.

Yo la miré fijamente de vuelta.

—Y ha venido con Kerem a Madrid.

Mi tía parpadeó y arqueó las cejas hasta el nacimiento del pelo.

Yo parpadeé y arqueé las cejas hasta la coronilla.

—Y el amigo Kerem... ¿es otro ligue tuyo? —indagué, descolocada. Los amoríos de mi tía también eran exóticos, y a lo mejor tenía enchufe.

La tía Frido hizo una pedorreta muy esclarecedora.

—¡Ya me gustaría a mí que diera un buen meneo!

—¡Toma, y a mí! —Se oyó la voz de una espontánea a mi derecha. No me dio tiempo a girar el cuello para ver a la efusiva mujer, porque mi tía siguió hablando.

—A veces te pasas de desconectar del mundo, Romi. Menos mal que estoy yo aquí. Kerem Sunay es el actor turco de moda. El nuevo *lover latin* de esos, como los llamáis los jóvenes. Aparece en las televisiones, revistas, redes sociales y sueños húmedos de féminas de medio planeta.

—¡Oiga, y en sueños húmedos masculinos también!

Esa vez, el espontáneo fue un chico a nuestra izquierda.

¿Era yo o todo el vagón estaba pendiente de nuestra conversación?

Intenté centrarme en mi tía. Lo de que estaba obsesionada con series turcas ya lo sabía. Casi se encadenaba al sillón cuando empezaban y a mí me daba miedo que se le derritieran las retinas por no pestañear, pero me importaba tres pepinos el nombre del colega de Turquía repeinado que apareciera en la pantalla.

—Vamos a ver. —Me estaba esforzando por conectarlo todo—. El protagonista de la serie a la que eres adicta ha venido a Madrid para alguna chorrada. Su estilista personal casi la palma nada más aterrizar. Y yo...

—Kerem ha venido a rodar una película. Y tú... —La tía Frido bajó la voz a un susurro conspirador, porque nuestro público tenía el oído muy fino—. Tú te vas a convertir en su nueva estilista.

—¡Y una leche! ¡Ja, ja, ja!

No pude contenerme. Ni siquiera ante la aterradora visión de las fosas nasales de tía Frido dilatándose. Yo no tenía ese tipo de experiencia profesional, no sabría ni por dónde empezar. Y lo más seguro era que las personas que supuestamente me iban a entrevistar, también se echaran unas risas conmigo.

Por suerte, me salvó la campanita de megafonía que anunciaba Callao.

Cuando las puertas se abrieron, fue como descorchar una botella de cuerpos sudorosos y ávidos de libertad. Me enganché al brazo de mi tía y nos dejamos llevar por la corriente hasta salir a la superficie, pero en la calle el panorama no era mucho mejor.

Una multitud de chicas al borde del parraque se agolpaba a las puertas de un conocido hotel de lujo en plena Gran Vía. Los neones y las farolas iluminaban la acera como si fuera pleno día.

—¡Qué barbaridad, cuánta gente! ¿Es que regalan algo o qué?

Había que reconocerlo. Sentía cierta debilidad por las frases de señora mayor.

—Están esperando a Kerem, que está a punto de salir —me aclaró tía Frida, tras echar una ojeada al móvil como si lo tuviera enchufado a la *suite* del colega—. Son sus fans: *Las Totos Turcos*.

—¿Se han llamado a sí mismas *Las Totos Turcos*? Yo habría buscado un nombre más sutil, como *El Fandango de Estambul* o *La Chirimoya de Capadocia*.

Mi tía resopló y me agarró de la mano.

—Son peligrosas, así que, menos tonterías y más hacernos hueco o no atravesaremos el muro.

Era como una estrategia militar. Mi tía había asumido la responsabilidad de un general con muy malas pulgas en el desembarco de Normandía, donde vencería o moriría luchando... Y yo me lo estaba pasando en grande.

—Dame el currículum, anda, que conociéndote seguro que lo doblas con forma de sapo y lo tiras al aire como si hubiera dado un salto.

—No es mala idea —repliqué mientras hurgaba en mi maxibolso del caos—. Seguro que así llamo la atención del turco.

Ella torció el gesto y me arrancó el papel con garras de águila en cuanto asomó por la cremallera. Yo le di varias veces con el dedo en el hombro.

—Será difícil atravesar las líneas enemigas, general Frida.

Apreté los labios para disimular un poco el pitorreo. Me la estaba jugando y, al final, mi tía me iba a arrear.

—Pues hinca bien los codos, hija, que para eso los tenemos afilados.

Casi no había terminado de hablar cuando empezó a abrir brecha con esa técnica aniquiladora hacia el hotel, en medio de quejidos de dolor y bufidos de cabreo. Yo me puse en la retaguardia y avanzamos a pasos lentos hasta que, de pronto, una especie de onda expansiva sacudió ese amasijo de extremidades.

Las totos empezaron a espachurrarnos, y yo me sentí como en la escena del triturador de basura de *Star Wars*, pero sin Harrison Ford para sujetarme.

Estaba empezando a agobiarme bastante, con brazos que me rozaban la cara para intentar hacerse un selfi con el famoso Kerem y alaridos obscenos sobre darle al turco hasta en el pasaporte. Entonces, un grito se elevó sobre los demás.

—¡Kerem, mocetón, contrata a mi sobrinaaaa!

Lo había logrado. La general Frida había alcanzado su objetivo, y le estaba metiendo mi currículum casi en la boca al colega de Turquía. Pero no estaba repeinado como yo me había imaginado. Más bien era un león rampante. Una bestia parda de un metro noventa por lo menos, con melenaza suelta hasta los hombros y barba espesa. Era lo más masculino que había visto en mi vida, y me entraron ganas de ponerme a gritar obscenidades a mí también.

Por desgracia, no pude recrearme más en su perfil porque un nuevo empujón grupal hizo que me tambaleara y, al bajar la cabeza, vi la mano de una fan hacer un movimiento sospechoso.

—¡Oye, guapa, no le toques la nalga al colega!

Por un instante efímero pensé que igual tenía que tomarme con más calma lo del *contrarreguetón*, pero lo principal era que la muy caradura se estaba aprovechando del pobre hombre y no me daba la gana callarme. El muchacho se había quedado paralizado y se notaba que estaba pasando un mal rato. Normal, cuando alguien te manoseaba como si estuviera amansando pan.

La dedos largos se revolvió como una culebra y me enseñó los dientes.

—¡Pírate, Joker!

Joder, era verdad. Al salir con tantas prisas, no me había limpiado el maquillaje y debía de tener más churretones de rímel por la cara, pero esa pechugona con los botones a punto de reventar de la blusa no era la indicada para decirme nada. Por lo general, era una persona pacífica, pero ~~se me cruzó el cable~~ me alteré un poco.

—Por lo menos yo no soy una perversa. ¡Marrana!

—¡Serás...!

Ya estaba temiendo los pelos que me iba a arrancar esa *toto* desatada que se abalanzaba hacia mí, cuando unas manos fuertes me agarraron de la cintura y me apartaron de su trayectoria mortal. Me encontré con la espalda pegada a un pechamen que debía de ser de mármol de Carrara, y un aliento cálido me hizo cosquillitas en el oído.

Estar apoyada en el colega era mejor que una tumbona de hidromasaje, pero mi tía rompió el momento de un plumazo.

—¡Romi, no la cagu... fastidies! —siseó en el último segundo. Luego enganchó los dedos a mi muñeca como una tenaza para girarme de cara al actor y sonrió tanto que pensé que se le iban a partir los labios—. Esta es mi sobrina. No te dejes engañar por sus fachas, cariño, porque es la mejor en lo suyo. Si le das el puesto de estilista, te va a dejar hecho un pincel. Además, es muy mañosa, cose, esculpe, recorta sin torcerse...

«¿Qué?». Por la descripción de mi tía, yo era más parecida a una máquina de bricolaje que a un ser vivo.

Y ella seguía dale que te pego con lo del trabajo, como si no hubieran estado a punto de darme una manguzada. Como si no estuviera viviendo una de las experiencias más surrealistas de mi existencia (y eso era mucho decir con mis antecedentes y los del JB). Por suerte, estaba convencida de que el turco no entendía ni papa de español, y que pronto pondríamos rumbo de

vuelta a Acacias.

Mi universo de unicornios, *glitter* y arcoíris se fundió en negro cuando Kerem Sunay volvió sus ojos oscuros hacia mí, me dio un repaso de arriba abajo y, con perfecta dicción y un tono profundo como el de un viril guerrero otomano, dijo:

—Que venga seguridad.

Si te ha gustado
Un vodka para Vero
y que la ayude el del tercero
te recomendamos comenzar a leer
Alguien como tú
de *Ana F. Malory*



Capítulo 1

Agosto de 1886, Helena, Montana

Cansado, y con un incipiente dolor de cabeza que le taladraba las sienas, Rayen apoyó los codos sobre la mesa y se frotó los párpados con las yemas de los dedos. Las horas que llevaba encerrado entre aquellas cuatro paredes comenzaban a pasarle factura, y su cuerpo reclamaba un descanso que no pensaba concederle. Prefería continuar y acabar cuanto antes.

Echó hacia atrás el mechón de pelo que le caía sobre la frente y repasó las anotaciones que iba dejando al lado de cada nombre: demasiado mayor, demasiado severo, carece de experiencia, le sobra arrogancia... Ni un solo apunte positivo. ¿De verdad era tan complicado encontrar a la persona adecuada?

Resopló exasperado, y por enésima vez se preguntó cómo demonios había conseguido René endilgarle aquella tarea. Tendría que haber sido él —René— el que estuviera allí sentado revisando credenciales y entrevistando a los candidatos; para algo era el alcalde. Pero de poco servía lamentarse. Había accedido a hacerle el favor y cumpliría con el encargo.

—El siguiente —alzó la voz para hacerse oír al otro lado de la puerta.

—Mi turno —musitó Evelyn, parándose ante el panel de madera.

Con una mano —la que tenía libre— se acomodó el sombrerito negro que coronaba su cabeza, tiró del bajo de la entallada chaquetilla de color verde oscuro, alisó la parte delantera de la falda e inspiró con fuerza para darse ánimos. Que el resto de aspirantes hubieran abandonado el lugar visiblemente decepcionados, cuando no molestos, no significaba que ella fuera a correr la misma suerte, se alentó. A sus veintiséis años contaba con experiencia suficiente, buenas referencias y, sobre todo, deseaba aquel puesto más que cualquier otra cosa en la vida. Era la oportunidad que tanto tiempo había estado esperando y no podía desaprovecharla. Allí dentro, tras aquella puerta, se encontraba la llave hacia su futuro.

—¡Siguiente!

El áspero rugido la hizo dar un respingo que provocó alguna que otra risita a sus espaldas. No se molestó en mirar. Alzó la barbilla, abrió la puerta y, con cierto temblor en las piernas, entró.

Sentado tras una tosca mesa, con la vista puesta en los papeles que había sobre ella, se encontraba el hombre que podía hacer realidad sus sueños o echarlos por tierra.

Se detuvo en mitad de la estancia y, en silencio, aguardó a que este se dignara a alzar la cabeza para recibirla.

«¿A qué tanta prisa si ahora me ignora por completo?», se preguntó molesta por la falta de modales del individuo.

—Buenos días —saludó, decidida a captar su atención.

—Buenos días —masculló sin despegar los ojos de los documentos.

Incrédula, enarcó una ceja y, sin dejarse intimidar por lo grosero de su comportamiento, avanzó resuelta hacia el improvisado escritorio.

«Al menos tiene una voz agradable», pensó Rayen al recordar el tono chillón de una de las

anteriores candidatas. El repentino estruendo que se produjo delante de él interrumpió sus pensamientos y le obligó a levantar la mirada. Por la forma en que la mujer se apresuraba a colocar la silla en su lugar, supo que había tropezado con ella.

—Mi nombre es Evelyn Grey y estas son mis referencias —se presentó y, solemne, dejó sus papeles sobre la deslustrada superficie de madera como si no acabara de llevarse por delante el asiento.

Rayen la observó de arriba abajo con detenimiento.

De entrada, y a pesar de lo torcido que llevaba el sombrero que cubría —solo en parte— su cabello rubio peinado con sobriedad, su aspecto resultaba aceptable. Las gafas redondas que se apoyaban sobre una nariz más bien pequeña, eran lo único que destacaba en un rostro que nada tenía de especial. Vestida con discreta elegancia, y su edad parecía adecuada. En conjunto ofrecía la imagen de lo que era: una maestra.

Animado por la apariencia de la mujer, bajó los ojos hacia su historial de trabajo. Rezó para que también fuera conveniente y así poner fin a la búsqueda, a su confinamiento en la diminuta sala y a su estancia en la ciudad. Quería regresar cuanto antes al rancho.

—Siéntese —ordenó adusto, concentrado en el texto.

El polisón, en absoluto excesivo, la obligó a colocarse en el borde de la silla —la misma con la que había chocado al entrar—, con la espalda recta. Entrelazó las manos sobre el regazo y observó a la persona sentada del otro lado de la mesa.

El pelo, castaño y salpicado de mechones más claros, le caía con gracia sobre la frente otorgándole un aire de muchacho travieso que no concordaba con su seca actitud y mucho menos con su edad; sin duda, hacía tiempo que dejara de ser un mozalbeta. Poseía una nariz recta y unos labios con una forma muy masculina que no logró imaginar curvados en una sonrisa. «Y tiene unos increíbles ojos azules», recordó al tiempo que apartaba la mirada del atractivo aunque mal encarado rostro. No deseaba que la sorprendiera observándolo, porque entonces, además de nerviosa, también se sentiría abochornada. Bajó la vista hacia los dedos que no había logrado mantener unidos y que se dedicaban a tamborilear sobre sus muslos.

—¿Por qué le interesa el puesto?

La pregunta, inesperada y formulada con brusquedad, volvió a sobresaltarla y la hizo dar un pequeño bote sobre la silla. Detalle que Rayen prefirió pasar por alto.

—Como habrá comprobado —comenzó, con los hombros erguidos y el tono firme como si nada hubiera pasado, porque si de algo estaba segura, era de su valía como docente—, tengo experiencia más que suficiente para aspirar a él. Pero también habrá notado que mis anteriores empleos siempre han sido temporales —continuó, sosteniéndole la mirada con determinación—. Quiero estabilidad.

A Rayen le gustó su franqueza. Un nuevo punto a su favor.

—¿Por qué se dedica a la enseñanza, señorita Grey? —Esperanzado, prosiguió con el interrogatorio.

—Considero que el conocimiento y la cultura son indispensables. Inculcar a los más jóvenes educación y valores, los convertirá en hombres y mujeres de provecho. Además, me encantan los niños.

De nuevo, su respuesta satisfizo las expectativas de McGhee. Su historial era excelente; los informes sobre su trabajo, inmejorables, y su apariencia, lo bastante corriente como para que los críos no huyeran despavoridos al verla.

«¡Por fin!», festejó para sus adentros. Había encontrado a la persona ideal para el puesto.

—¿Cuánto tardaría en organizar su partida hacia Great Falls? —espetó sin rodeos.

—¿De cuánto tiempo dispondría? —inquirió a su vez, resuelta.

—Lo que resta del día.

—Más que suficiente —contestó sin perder un ápice de aplomo. «Siempre y cuando no surja algún percance», pensó recelosa, cuidándose, eso sí, de no exteriorizar sus temores.

A Rayen le agradó su determinación.

—El puesto es suyo, señorita Grey —anunció impasible—. Será la nueva maestra de Great Falls. La recogeré mañana a primera hora.

La noticia, aunque dada en tono desabrido, liberó a Evelyn de la tensión que hasta ese instante atenazara todas y cada una de las fibras de su cuerpo, y una amplia sonrisa, de pura felicidad, afloró en sus labios.

En esta ocasión, Rayen, atento a la reacción de la mujer, no pudo ignorar la forma en que el anodino rostro se iluminaba ni el brillo que desprendían sus ojos tras los cristales de las gafas. Curioso cómo una simple sonrisa podía alterar la apariencia de una persona.

—No se arrepentirá de haber tomado esta decisión —le aseguró Evelyn, poniéndose precipitadamente en pie. Tenía que regresar a casa y contárselo a Sammy. Y hacer el equipaje. Y despedirse de sus amigos... Demasiadas cosas por hacer y muy poco tiempo para llevarlo a cabo —. Mañana, a primera hora, le estaré aguardando lista para partir —sentenció antes de tropezar de nuevo con la silla y trastabillar hasta la puerta—. ¡Gracias! —añadió desde el pasillo, con la sonrisa aún en los labios, antes de desaparecer de la vista de un estupefacto Rayen que, con la mirada fija en la salida, no podía creer que se hubiera marchado así, sin más, sin siquiera darle tiempo a mencionar las condiciones del empleo. Por suerte, su dirección aparecía en su solicitud.

«¡Se ha terminado!», celebró entonces, aunque con escaso entusiasmo a causa del agotamiento. Tan solo esperaba haber tomado la decisión acertada, reflexionó al tiempo que se frotaba el rostro con ambas manos. Necesitaba salir de allí cuanto antes, aunque primero debía despedir a los aspirantes que aún aguardaban en el pasillo.

Al ponerse en pie notó las piernas entumecidas, doloridas y pesadas a causa de las horas que había pasado sentado. Sin duda, René le debía un gran favor, y pensaba cobrarlo.

Rancho McGhee, Great Falls. Montana

Tumbado sobre la hierba, a tan solo unos pasos del lugar donde su madre trabajaba, Sean jugaba con sus soldados de madera.

—Mamá, ¿cuándo va a regresar el tío Rayen? —preguntó de repente el niño sin despegar la vista de los muñecos.

Amber lo miró por encima del hombro.

—Me temo que aún tardará unos días, cariño. —Dobló al medio la funda de la almohada que acababa de quitar de la cuerda, la dejó en el cesto y se acercó al pequeño. Sabía lo mucho que su hijo extrañaba a su tío. Pocas veces se habían separado y Rayen era lo más parecido a un padre que Sean había conocido; el suyo había muerto siendo él un bebé. El mordisco de una víbora le había arrebatado la vida, recordó con tristeza.

—Pero ya ha pasado mucho tiempo —protestó con el ceño fruncido; costumbre que sin duda había heredado de su tío.

—Lo sé, tesoro. —Agachada a su lado, le acarició el rostro—. Estoy segura de que él también te echa de menos y estará deseando volver a casa para verte. —Le revolvió el pelo, tan negro y rizado como el suyo y único rasgo que compartían. Por lo demás, el crío era una réplica en miniatura de los hermanos McGhee.

—La próxima vez le pediré que me lleve con él —sentenció muy serio.

—Me parece una idea estupenda. Ahora ve a lavarte las manos y la cara. —Le palmeó el trasero con suavidad para instarlo a levantarse—. Comeremos en cuanto termine de recoger la colada.

—¡Qué bien, tengo mucha hambre! —exclamó entusiasmado, levantándose de un brinco y corriendo después hacia la casa. Amber se incorporó, lo observó con una sonrisa en los labios y, divertida, sacudió la cabeza. Con qué facilidad olvidaba las penas cuando había comida de por medio. Aunque intuía que esa noche, antes de quedarse dormido, volvería a preguntar por Rayen—. Hola, Jace. —Lo escuchó decir justo antes de alcanzar el porche trasero.

Con el pulso acelerado, Amber apartó la sábana que se disponía a descolgar y sus ojos buscaron al vaquero. Lo vio avanzar hacia ella luciendo una arrebatadora sonrisa que le robó el aliento. ¡Era tan apuesto!

—Buenos días, señora McGhee. —El saludo llegó acompañado de un abrazo que delataba la intimidad que existía entre ellos.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —le recriminó inquieta, los ojos puestos en la puerta por la que su hijo acababa de desaparecer—. Sean podría salir de nuevo y vernos. —Se removió para zafarse de los brazos que le rodeaban la cintura.

El gesto alegre desapareció del rostro de Jace al tiempo que la liberaba.

—Pensé que te agradecería mi visita. —Enterró las manos en los bolsillos de la zamarra, de lo contrario no podría mantenerlas lejos del voluptuoso cuerpo de su amante.

—Por supuesto que me complace, pero sabes que...

—¿Hasta cuándo tendremos que ocultarnos, Amber? —No había acritud en su voz, pero tanto secretismo comenzaba a cansarle.

—No puedo contarle a Rayen, de buenas a primeras, que me he enamorado de otro hombre. — Esquiva, apartó la mirada del curtido rostro de Jace.

—¿De buenas a primeras? Llevamos meses viéndonos —señaló incrédulo.

—Soy la viuda de su hermano —se defendió enfrentando de nuevo sus ojos—. ¿Te imaginas su reacción si llegara a enterarse de que me acuesto con uno de sus empleados?

—Tú lo has dicho: viuda. Nadie espera que pases el resto de tu vida llorando la pérdida de tu esposo. Tienes derecho a rehacerla y ser feliz de nuevo.

—Concédeme un poco más de tiempo, por favor.

—Sabes que esperaré lo que haga falta —suspiró resignado; lo último que deseaba era hacerla sufrir—, pero demorarlo no lo hará más fácil. —Amber, consciente de que llevaba razón, guardó silencio. Carecía de argumentos para rebatir sus palabras. Ni siquiera contaba con una excusa adecuada con la que justificar su empeño por mantener en secreto su amor; solo el miedo a la respuesta de su cuñado—. He de regresar al trabajo.

—No te marches enfadado —pidió compungida.

—Solo si me das un beso —la chantajeó con descaro y un destello de deseo en la mirada.

—De acuerdo, pero solo si... —No le dio tiempo a establecer sus condiciones, los labios de Jace le sellaron la boca y su lengua acalló sus protestas.

Por un instante, la morena olvidó sus reparos y participó de la caricia con ardiente entusiasmo.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó con un susurro grave al separarse. Amber asintió, excitada ante la idea de perderse una vez más entre sus brazos. Tenían que aprovechar el tiempo. Cuando Rayen regresara ya no podrían pasar las noches juntos y tendrían que retomar los furtivos y esporádicos encuentros en el granero.

—Dejaré el candil junto a la ventana cuando Sean se haya dormido —le recordó la señal en voz baja—. Ahora vete, Sean aparecerá de un momento a otro para reclamar su comida.

—Al chico le caigo bien, seguro que no le importaría que me convirtiera en su padrastro — apuntó el vaquero antes de robarle otro rápido beso y alejarse caminando hacia atrás para dedicarle un guiño y una de sus seductoras sonrisas.

Amber lo miraba pasmada, sin atreverse a interpretar su comentario ni el brillo de sus ojos color miel.

—Mamá, ya me he lavado las manos —gritó el niño desde la entrada.

—Enseguida voy —contestó ensimismada, pendiente del hombre que se alejaba en dirección a los establos.

Un vodka para Vero y que la ayude el del tercero



Vero tiene un problema con el sexo masculino lo que le impide tener un trabajo estable y una relación de pareja normal. Sus amigas, a las que conoció una noche de Halloween en divertidas circunstancias, la animan a que busque un hombre que la ayude con su problema.

Óscar se acaba de mudar al piso de arriba de Vero, y aunque la chica le parece muy peculiar, se siente atraído por ella. Intuyendo que tiene un problema le ofrece su ayuda. Lo que no sabe es que el problema que Vero tiene y el que él imagina

son cosas muy diferentes.

Los enredos y malentendidos están asegurados.

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Durante muchos años ejerció de ama de casa y ha escrito durante toda su vida, desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez.

Después de un divorcio difícil, su hija la animó a publicar en Internet y las muchas lecturas y comentarios le decidieron lanzarse a la autopublicación y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde se publicaron convirtiéndose en un gran éxito.

Edición en formato digital: junio de 2020

© 2020, Ana Álvarez

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-31-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un vodka para Vero y que la ayude el del tercero

Presentación de la serie Ebrias de amor

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Agradecimientos

Prólogo Ebrias de amor 2

Capítulo 1

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana Álvarez

Créditos